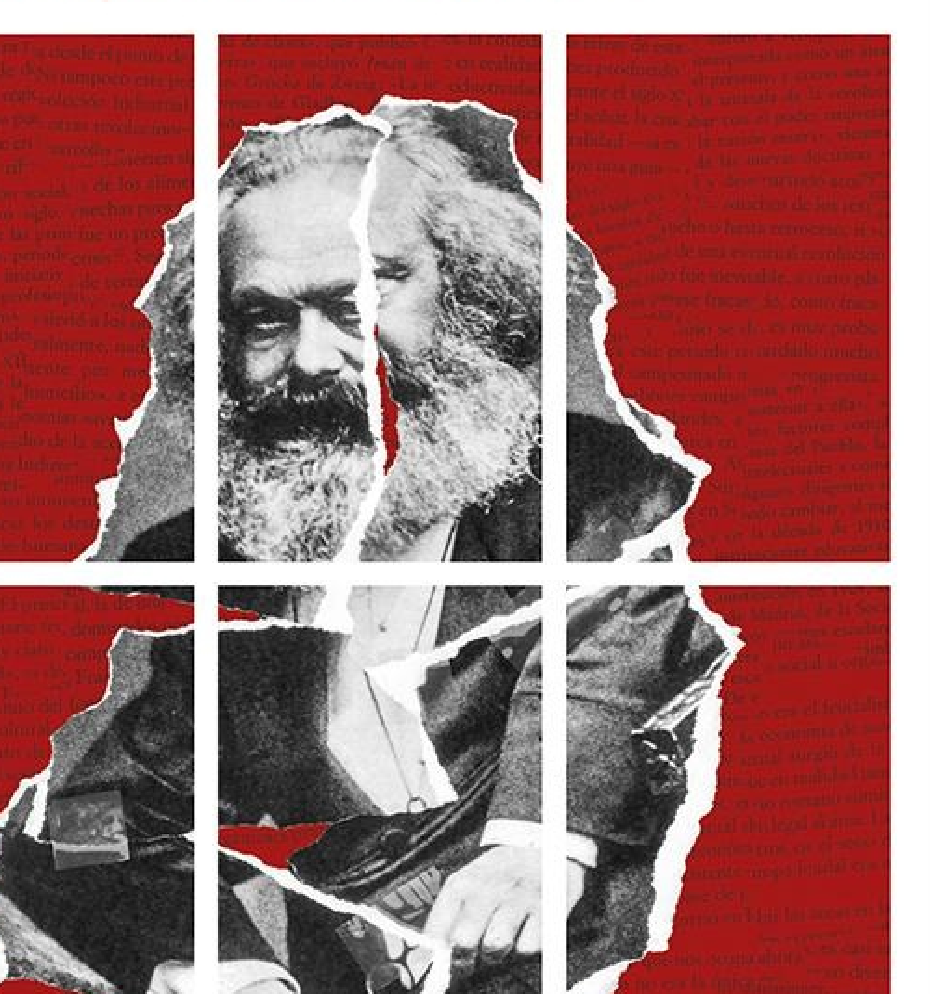
José Gómez Alén (ed.)

Historiografía, marxismo y compromiso político en España



Del franquismo a la actualidad

SIGLO XXI ESPAÑA

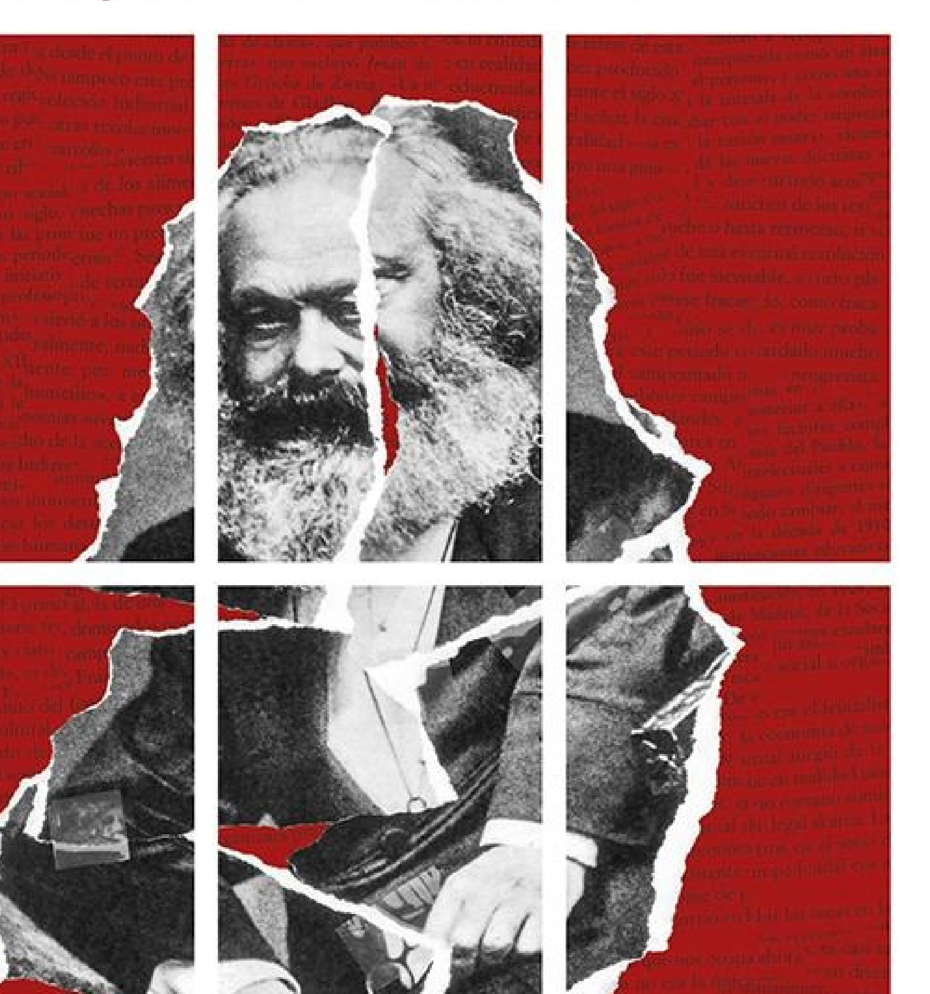


José Gómez Alén (ed.)

Historiografía, marxismo y compromiso político en España



SIGLO XXI ESPAÑA



Siglo XXI / Serie Historia

José Gómez Alén (ed.)

Historiografía, marxismo y compromiso político en España

Del franquismo a la actualidad

SIGLO XXI

ESPAÑA

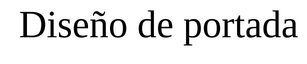
▪

Durante las últimas décadas del franquismo y la transición a la democracia, los planteamientos marxistas supusieron un soplo de aire fresco frente a la hegemónica y asfixiante cultura nacionalcatólica española. Heredera de las corrientes vanguardistas británicas y francesas, la historiografía marxista inició un proyecto de análisis del pasado con un fuerte compromiso político y social hasta que, con la virulenta imposición del discurso neoliberal y sus políticas, perdió la presencia de que había gozado. Sin embargo, las subsiguientes crisis económicas y políticas han hecho patente la insuficiencia del paradigma neoliberal para abordar la realidad, haciendo urgente retomar aquellos planteamientos teóricos y conceptuales.

En Historiografía, marxismo y compromiso político en España, primeras figuras de la historiografía española reabren aquella puerta cerrada en falso y recuperan los enfoques marxistas en el debate histórico, económico y social. Con esas herramientas de análisis y propuestas conceptuales será posible rescatar nuevamente un horizonte de sentido que no ha perdido un atisbo de vigencia.

Jose Gómez Alén, catedrático de Historia de Enseñanza Media, ha orientado sus líneas de investigación hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo durante el franquismo. Autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros como As Comisións Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo (1995) o Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo (2008), es coautor de O dez de marzo. Unha data na historia (1997); Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo, historia y patrimonio (2013); Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977 (2013); Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas entre la justicia y el compromiso (2017) y Estado e industria. La construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal (2017). Fue director del Archivo Histórico de las CCOO de Galicia/Fundación 10 de Marzo (1991-2005) y de la revista DEZEME (2000-2006). Es miembro de la sección de Historia de la FIM y del comité coordinador de la revista Nuestra Historia.

▪



Diseño de portada

RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.sigloxxieditores.com

ISBN: 978-84-323-1914-3

INTRODUCCIÓN

Marxismo e historiografía en España: del franquismo a la actualidad

José Gómez Alén

Fundación de Investigaciones Marxistas

Todo lo sólido se desvanece en el aire

Karl Marx, El manifiesto comunista

¿Tiene sentido, ya en pleno siglo XXI, volver la mirada hacia el pensamiento de Karl Marx y las aportaciones de la tradición historiográfica marxiana para encontrar en ellas herramientas de análisis y propuestas conceptuales útiles con las que enfrentarnos a los retos de investigación y estudio de la historia? O, por el contrario, ¿hay que abandonarlas por inservibles y abrazar modelos que provienen de otras corrientes, particularmente las posmodernas que frecuentan hoy el campo académico? O, a modo de síntesis, ¿es posible la confluencia de la herencia marxiana con los planteamientos epistemológicos que emanan de esas tendencias para profundizar en el conocimiento del pasado y entender cómo hemos llegado a este presente tan complejo?

Los acontecimientos que marcaron el final de la Guerra Fría parecían dar paso al triunfo definitivo del liberalismo capitalista y su idea de único modelo posible invadió la esfera política, intelectual y mediática de nuestro mundo, mientras todo tipo de voces se apresuraban a incinerar el corpus intelectual y analítico que había germinado al amparo de la obra del viejo pensador de Tréveris en un contexto en el que «el final de la historia» suponía el entierro de las cenizas del marxismo junto a su autor en el cementerio de Highgate, al norte de Londres. Sin embargo, casi tres décadas después, la larga crisis económica que desde 2007 ha convulsionado como ninguna otra el capitalismo ha traído al primer plano las

viejas contradicciones del modelo que, lejos de desaparecer, resurgieron con más fuerza mostrando la verdadera realidad de los «paisajes floridos», entonces prometidos y ahora convertidos en sobreexplotación capitalista y desmantelamiento progresivo del llamado Estado de bienestar, al tiempo que las nuevas y focalizadas guerras de nuestro presente desangran el continente africano y el mundo árabe dejando tras de sí millones de refugiados que ensombrecen la realidad cotidiana del en otro tiempo vitoreado como el mejor modelo posible.

La evidencia de esa realidad ha vuelto a poner sobre el escenario intelectual la obra de Karl Marx y, en la última década, sectores de la intelectualidad académica en el mundo anglosajón e iberoamericano han vuelto su mirada hacia el autor de El capital para rastrear, también historiográficamente, las claves que permitan comprender las causas y la profundidad de la crisis y sus visibles consecuencias. Y si, en el 2017, el 150 aniversario de la edición del primer libro de la obra mencionada y el centenario de la revolución rusa propiciaron, más allá de nuestras fronteras, numerosas iniciativas que evidencian el interés intelectual y político por repensar la obra de Marx, en este 2018, la conmemoración del bicentenario de su nacimiento seguramente continuará mostrando la vitalidad y actualidad de un análisis que está aún muy lejos de haberse agotado.

En España han sido escasas las iniciativas dedicadas a reflexionar y debatir sobre las cuestiones apuntadas y seguramente tengamos que buscar las causas de ese alejamiento en la limitada influencia del marxismo en nuestro pasado. Un pasado que se remonta a los tiempos de la Segunda República cuando el marxismo pugnaba por asentarse entre nosotros y que finalmente solo fue un lejano precedente sin continuidad durante gran parte de la larga dictadura. Conviene tener en cuenta este factor a la hora de explicar la debilidad del marxismo entre nuestra intelectualidad y en nuestra historiografía.

Coincidimos con José Antonio Piqueras cuando, en este mismo volumen, destaca la solidez intelectual de Manuel Sacristán en el marxismo español. Un rasgo que, en el campo de la historia, caracterizaba el trabajo de Josep Fontana, quien, sin duda, con la misma consistencia intelectual que Sacristán contribuiría a visualizar en España las corrientes historiográficas europeas que bebían analíticamente en la tradición marxiana. No es casualidad que Sacristán y Fontana coincidieran en la oposición clandestina al franquismo como miembros del Partido Socialista Unificado de Cataluña y miembros de su Comité de intelectuales, ni que desde ese compromiso político y a través de Nous Horitzons

y otras revistas similares realizasen importantes aportaciones en sus respectivos campos desde finales de los años cincuenta del pasado siglo.

Fontana, assistant lecturer en el curso 1956-1957 en la Universidad de Liverpool, leyó de primera mano a los marxistas británicos en las monografías de Our History, que los historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña comenzaron a editar en 1956. En aquel curso tuvo la oportunidad de acceder a los primeros números de Marxism Today y a la revista Past and Present, fundada por aquellos historiadores en 1952. Publicación esta que le enviaría a su maestro Vicens Vives con quien incluso intercambiaría correspondencia a propósito de un artículo de Pierre Vilar publicado en el número 10, «Problems to the Formation of Capitalism»[1], No es pues extraño que a su regreso a la Universidad de Barcelona propusiera la suscripción a la prestigiosa publicación y que, unos años más tarde, cuando ya dirigía la colección de historia de la editorial Ariel, se incluyera el mencionado artículo, traducido al castellano por el propio Fontana, en el libro de Vilar, Crecimiento y desarrollo.

El compromiso de Sacristán y Fontana confluyó, durante el tardofranquismo, con el de una nómina, no muy amplia pero sí muy activa, de intelectuales que desde el antifranquismo militante tiñeron de marxismo su trabajo profesional en sus específicos campos de conocimiento: Gustavo Bueno en el ámbito de la filosofía; historiadores como Manuel Tuñón de Lara (1915-1997) y las aportaciones que bajo su amparo generarían los coloquios de Pau; el trabajo renovador de Enric Sebastià (1930-2006) desde la Universidad de Valencia; el de Abilio Barberó (1931-1990) y Marcelo Vigil (1930-1987), las contribuciones historiográficas de Juan José Carreras (1928-2006) en la Universidad de Zaragoza o las de algunos nombres que participan en este volumen o que son reconocidos por su obra en estas páginas.

En el haber de Fontana hay que destacar además su labor editorial para facilitar nuestro acercamiento a la obra de una parte importante de la historiografía europea de la tradición marxiana. En esa tarea de asentar el pensamiento marxista, los intelectuales españoles contaron con la connivencia y el soporte de algunas editoriales que fueron imprescindibles para la difusión del marxismo y a las que Piqueras dedica en estas páginas una merecida atención. Así nos llegaría la obra de historiadores franceses como Pierre Vilar o Albert Soboul y otros, que ampliarían nuestra mirada historiográfica. Entre las editoriales merece nuestra atención Ciencia Nueva, creada por simpatizantes y militantes del Partido Comunista y en la que estaban comprometidos Manuel Sacristán y el historiador

Domingo Plácido, traductor de Benjamin Farrington y autor de un capítulo del presente libro. La obra de Farrington fue la primera de una serie de publicaciones que nos familiarizarían con los trabajos de otros marxistas británicos, V. Gordon Childe, Maurice Dobb o Arthur L. Morton; con el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo y con obras de Marx como La lucha de clases en Francia o Formaciones económicas pre-capitalistas que incluiría una excelente introducción de Eric Hobsbawm, después de superar algunos problemas con la censura para convertirse en el primer texto que se publicaba en España del que posteriormente se convertiría en el historiador más conocido en el mundo[2].

En la década de los setenta, en el escenario final del franquismo y la transición se produjo una explosión editorial marxiana a pesar de las suspensiones, el rechazo de títulos, el cierre de Ciencia Nueva e incluso las sanciones y autos de procesamiento en el Tribunal de Orden Público, caso del editor Ramón Akal quien, desde 1972, se incorporó a la tarea de difundir el pensamiento y la historiografía marxista. Su presencia en las librerías y en los campus universitarios se debía, en gran medida, a la militancia comunista de estudiantes, profesores y profesionales de formación universitaria. Esa presencia se mantuvo hasta bien avanzada la década de los ochenta cuando, como consecuencia de los cambios políticos y culturales que habían fraguado en su primer lustro, el marxismo comenzó a perder el atractivo intelectual de las décadas anteriores. Lo que durante la Transición parecía una marea dominante mostró entonces una debilidad que, a comienzos de los años noventa, desembocaría en una mayoritaria desafección de los intelectuales con respecto al viejo paradigma y el inicio de una desbandada hacia refugios teóricos, mediática y académicamente más cálidos. La influencia marxiana quedó entonces bajo mínimos y durante años su herencia solamente podría percibirse en las líneas de investigación de los historiadores ligados a diferentes organizaciones políticas y sociales[3], mientras en la universidad solo algunos nombres, que aparecen en los capítulos de este libro, resistían los embates de las corrientes posmodernistas que parecía alzarse como un sólido castillo teórico.

Sin embargo en el mundo anglosajón, el tsunami posmodernista, a pesar de su importante presencia, recibió contundentes respuestas, entre las que podemos mencionar las de intelectuales tan diversos como Terry Eagleton, Fredric Jameson, Alex Callinicos o Eric Hobsbawm por citar solo al más conocido entre los historiadores[4]. Mientras, en el ámbito académico español, Josep Fontana era una de las excepciones que públicamente no compartían la conclusión de

aquel «final feliz». El historiador británico y el entonces catedrático de la Universidad Pompeu Fabra articularon entonces algunas de las primeras respuestas al pretendido final de la Historia[5]. Uno y otro veían insuficiencias y debilidades en las propuestas que se ofrecían entonces como novedosas y defendían la utilidad de las herramientas analíticas del marxismo para comprender las contradicciones del modelo capitalista desde un marco global que podía «situar y explicar el conjunto de los acontecimientos históricos». Y si el historiador británico en 1991 despedía Marxism Today confiando en que «todavía hay un lugar para el marxismo hoy, aunque ya no sea desde la páginas de Marxism Today»[6], Fontana finalizaba su libro con una declaración de compromiso: «Merece la pena que nos esforcemos en recoger del polvo del abandono y el desconcierto esta espléndida herramienta de conocimiento de la realidad que se ha puesto en nuestras manos. Y que nos pongamos entre todos, a repararla y a ponerla a punto para un futuro difícil e incierto»[7].

Hoy, casi tres décadas después, ese futuro está ante nosotros y aquel castillo que se nos mostraba como sólido y definitivo ya no lo es tanto y, como en otro tiempo señaló Marx refiriéndose a otras cuestiones, se puede aplicar en este caso también aquello de que «todo lo sólido se desvanece en el aire». Veinticinco años después, las propuestas puramente posmodernistas no parecen mostrar ya la fortaleza pasada ni ofrecen, en su cuenta de resultados, grandes aportaciones en forma de investigaciones empíricas. Mientras resulta evidente que el entierro de toda la diversa herencia marxiana había sido algo prematuro, hoy cada vez son más frecuentes las voces que defienden las posibilidades de sus herramientas analíticas, una vez depuradas de las visiones esquemáticas del «marxismo vulgar», para aplicarlas a proyectos y líneas de investigación que respondan a la necesidad de profundizar en el conocimiento del pasado desde una perspectiva historiográfica global y total.

Se cumplen cincuenta años de la creación de la Fundación de Investigaciones Marxistas y los que formamos parte de su ya amplia sección de historia, continuando una larga tradición de la FIM[8], organizamos a finales de 2014 unas jornadas que, alejadas de cualquier sentido hagiográfico, sirvieran para medir críticamente la influencia del marxismo y para valorar su aportación a la renovación conceptual y metodológica de la historiografía española en el siglo XX. Al mismo tiempo, y sin desdeñar las contribuciones metodológicas que provienen de otras tendencias, perseguían el objetivo de tratar de encontrar respuestas o sugerencias a las preguntas inicialmente planteadas.

En aquel encuentro en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, historiadores de diferentes generaciones y trayectorias historiográficas ofrecieron un balance historiográfico crítico y variado que incluía propuestas metodológicas y conceptuales con mayor o menor carga renovadora. Ahora, en el bicentenario del nacimiento de Karl Marx, nos parece el momento adecuado para ofrecer aquellas aportaciones que abarcan las grandes épocas de la historia de España y abordan las cuestiones temáticas de mayor calado, al mismo tiempo que, con la mirada puesta en el presente de nuestra disciplina, reflexionan sobre los límites y la utilidad del arsenal teórico del viejo paradigma para cubrir las insuficiencias y los vacíos analíticos que percibimos en el conocimiento del pasado y entender cómo hemos llegado hasta la compleja realidad política y social del siglo XXI.

En un bloque inicial centrado en las sociedades precapitalistas, Domingo Plácido, se refiere a la obra de los primeros marxistas que cuestionaron la interpretación esquemática de la historiografía estalinista, que caracterizaba como esclavistas a todas las sociedades antiguas. Ese rechazo fue retomado por Abilio Barbero y Marcelo Vigil en sus trabajos sobre la romanización de Hispania, las relaciones sociales y la formación del feudalismo ibérico que influiría en las líneas de investigación de otros historiadores para aportar una visión renovadora de la lucha de clases o el estudio de la Antigüedad desde una perspectiva de género. Desde un marxismo liberado de la rigidez conceptual estaliniana contribuirían al conocimiento de la Antigüedad hispana profundizando en cuestiones como el modo de producción esclavista y la transición al feudalismo. El catedrático de la Complutense reconoce que la influencia marxiana en la historia antigua se ha ido difuminando con el paso del tiempo y hoy apenas es perceptible en los métodos y en las líneas de investigación presentes en los encuentros internacionales.

Carlos Martínez Shaw analiza la primera mundialización y la civilización atlántica que consolida el Imperio español como una obra colectiva que, más allá de la apropiación y explotación del territorio, es obra también de las poblaciones conquistadas y de italianos, belgas, franceses y alemanes. Se refiere a los dos sistemas atlánticos (John Elliott) y a Pierre Vilar que entendía el imperialismo español en América como la última etapa del feudalismo y participa de la idea de los dos sistemas atlánticos en un mundo globalizado por el intercambio económico, la explotación y la deslocalización, para sostener que son «meros subsistemas dentro de una economía mundial» que no puede entenderse sin la interacción económica, comercial y cultural entre Europa, Asia y América.

Defiende, con su propuesta analítica, la conceptualización marxista aplicada al atlantismo como primer antecedente de lo que hoy conocemos como mundialización de la economía, dos conceptos que forman parte del ropaje ideológico con el que se refuerza la hegemonía de Estados Unidos.

Cierra la primera parte Juan Trías, que se adentra en el debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo protagonizado por Maurice Dobb y Paul Sweezy y que entiende más como una controversia centrada en el sistema económico y social más que en la esfera de lo político ideológico. Se refiere también a las aportaciones que se dieron en el contexto del llamado «debate Brenner» y a las que incidían en las transformaciones industriales y agrícolas para explicar la necesidad de una economía mundializada y para poner el acento en los cambios en el proceso de producción durante el Antiguo Régimen. Resalta además la escasa presencia de la historiografía española en aquellos debates que se reduce a algunas excepciones y a los encuentros organizados por la FIM sobre la cuestión de las transiciones para concluir que estas no pueden reducirse solo a las transformaciones en el modo de producción. Entiende que aún es necesario seguir investigando y que el marxismo, depurado de la visión «esclerotizada de entreguerras», ofrece conceptualización y herramientas de análisis válidas para estudiar las crisis de las sociedades y los procesos de cambio.

En la segunda parte del libro, temáticamente muy diversa, José Antonio Piqueras se refiere al proceso de sustitución de Antiguo Régimen y la formación del capitalismo español, englobado en el debate sobre el fracaso de la revolución burguesa y el carácter semifeudal de la sociedad española. Una tesis influida por la teoría y la estrategia política del Partido Comunista defendida por Tuñón de Lara y otros historiadores. Analiza los rasgos del debate entre marxistas sobre la abolición de las relaciones feudales y la revolución burguesa hasta la aportación de Enric Sebastià que defendía la supresión del carácter coercitivo del dominio señorial y la sustitución de las relaciones feudales por unas contractuales que cimentarían las relaciones capitalistas. El mismo Piqueras coincidiría con Sebastià para mantener que la producción agraria e industrial, antes de la Segunda República ya estaba capitalizada y que la burguesía actúa como clase con la revolución para concluir que habían fracasado los aspectos democráticos pero no la revolución como tal[9]. Finaliza dando validez al marxismo para reinterpretar los cambios del siglo XVIII, el origen del capitalismo y el estado burgués y se pregunta sobre la desaparición de los marxistas en el ámbito historiográfico para afirmar que es un buen momento para revisar la época de la transición en el campo de la historiografía.

Francisco Cobo aborda la cuestión del comportamiento político del campesinado durante el primer tercio del siglo XX[10]. Considera agotada la tesis tradicional, mantenida por el pensamiento marxista hasta la Transición, que veía en la estructura de la propiedad de la tierra y en la escasa productividad los factores explicativos de la conflictividad rural. Cobo, quien ha prestado atención investigadora a las movilizaciones agrarias en las primeras décadas del siglo XX, achaca a la rigidez de esa corriente historiográfica el rechazo de otros factores explicativos, mientras que la metodología analítica de la sociología histórica y la «nueva» historia política y cultural le permiten ver en el control de los poderes locales o en las estrategias del pequeño propietario y sus alianzas las causas del comportamiento político del campesinado y su apoyo a las opciones políticas más beneficiosas para sus propios intereses, para en un momento contribuir a la consolidación de un estado liberal o a apoyar opciones antiparlamentarias para mostrar su frustración ante el abandono de esos intereses por la República.

Carlos Forcadell propone la actualización del debate que, en los años noventa, concluía con la aparente hegemonía de la historia cultural de lo social y el giro lingüístico, lo que suponía el final de la «vieja» historia social y del instrumental epistemológico del marxismo. La identidad de clase dejaba paso a la de ciudadanía que incluía sujetos culturales, políticos, religiosos o de género. Sin embargo, la crisis del capitalismo ha resucitado a Marx y los economistas vuelven la mirada hacia el pensador alemán para analizarla mientras los historiadores reactivan sus herramientas analíticas, sobre todo en los países anglosajones, no así en Francia, donde cualquier referencia al marxismo es descalificada de inmediato[11]. Repasa las aportaciones del marxismo hispano, con especial referencia al trabajo de Juan José Carreras[12] para mantener la validez analítica de las categorías conceptuales que emanan de una tradición marxiana que representan Gramsci, Thompson o Raymond Williams y su utilidad para enfrentarnos a la investigación del pasado, tarea para la que propone la búsqueda de un consenso historiográfico con algunas propuestas metodológicas que proceden del territorio de la posmodernidad.

En la parte dedicada a la Segunda República, Guerra Civil y el Franquismo, José Luis Ledesma revisa la historiografía sobre el periodo desde los trabajos del hispanismo anglosajón y francés y los del enfoque marxista que entendía la guerra como consecuencia del conflicto de clases, el temor de los grandes latifundistas ante los posibles cambios en la estructura de la propiedad, el avance del fascismo o la defensa del orden capitalista. Una visión sustituida en los años noventa por un marco analítico basado en categorías morales, mitos y creencias

que conformaban identidades colectivas desde las que se explicaría la conflictividad social y la guerra. En la actualidad la investigación, desligada de las interpretaciones estructurales, pone el acento en la tesis de la responsabilidad compartida y centra la atención en actores concretos, para alejarse tanto de la antigua historia social como de los que han situado el giro lingüístico de la sociología histórica y la antropología como eje central de sus tesis. Ledesma plantea no desechar el enfoque analítico del materialismo histórico que, despojado de su dosis de teología, también puede ofrecer una visión global de la República y la Guerra Civil.

Julián Sanz analiza la historiografía sobre el franquismo y las nuevas investigaciones influidas por el marxismo y, en ese sentido, valora el trabajo promovido desde la sección de historia de la FIM para la renovación de la historia del Partido Comunista o los estudios sobre la clase obrera y la conflictividad sociolaboral que, como una renovada lucha de clases, salieron del entorno de la Red de Archivos Históricos de las CCOO. Destaca los avances en la historia de las mujeres, relativos a su inserción en trabajo industrial y en el movimiento obrero y la importancia sociopolítica del Movimiento Democrático de Mujeres, así como los estudios sobre el fascismo que provienen de la tradición marxiana. Ve, en el agotamiento del posmodernismo, la necesidad de una confluencia paradigmática de los utillajes conceptuales y analíticos del marxismo con los de otras tendencias historiográficas, para construir una explicación global del periodo franquista en el marco de una amplia agenda investigadora que abarque desde las estructuras económicas de la historia social y las relaciones de producción a la historia cultural, las identidades y la historia de género.

En la cuarta parte del libro, Teresa María Ortega se apoya en teorías y métodos que proceden de la psicología social, la antropología y la sociología histórica, para defender una historia social y política que, en su opinión, ha superado la explicación tradicional sobre la construcción de la protesta colectiva en el Tardofranquismo y la Transición. Esa visión estaba influida en exceso por las corrientes marxistas que atribuían la protesta social y la lucha contra la dictadura a factores como el crecimiento económico y los cambios estructurales derivados del desarrollismo o a la acción política de los partidos y sindicatos. Propone ir más allá de esa visión mecanicista y defiende la construcción social de la realidad basada en formulaciones lingüísticas, mitos, símbolos, representaciones mentales, idealizaciones e intereses individuales, que permiten a los individuos interpretar la realidad y construir su concepción del mundo para integrarse en

redes sociales responsabilizadas de coordinar y canalizar la acción colectiva durante el Franquismo y la Transición, lo que avala con las investigaciones realizadas por el grupo de estudios sobre el Franquismo y la Transición de Andalucía oriental.

En una posición diferente, Francisco Erice parte del retroceso del marxismo en el debate cultural y político del último tercio del siglo XX y la desafección de los intelectuales para cuestionar las ideas posmodernistas, rechazadas hace más de una década por algunos pensadores e historiadores. Erice cuestiona los «textos sobre textos» con escaso apoyo de la investigación empírica sobre la que teorizan para moverse más en el terreno de lo descriptivo que en el analítico y sustituir la realidad y los rasgos de causalidad de la tradición marxista por el discurso como un acontecimiento lingüístico. Diferencia entre ficción y realidad histórica, sin la que «no puede haber historia» y con un soporte argumental que va de Gramsci a Harvey pasando por Callinicos, Vilar, Thompson, Hobsbawm, Fontana, Raymond Williams o Gustavo Bueno, defiende una visión renovadora del concepto de determinación, la noción de clase y de acción social, y la vigencia de la lucha ideológica y la fusión entre teoría e investigación empírica para ofrecer una batería de propuestas desde el marxismo que sin desdeñar las que se originan en la posmodernidad construir una historia con nuevos contenidos desde una vocación totalizadora en la línea de lo que Hobsbawm planeaba hace unos años.

Cierra el libro Josep Fontana que ve en La ideología alemana, los rasgos que mejor definen la concepción de desarrollo histórico de Marx, presentes también en El 18 Brumario, en las sucesivas introducciones de El capital y en algunas cartas y textos de los últimos años de su vida, en los que Marx escribe sobre los acontecimientos de su tiempo. Esos trabajos forman un corpus teórico muy alejado de la formulación esquemática del prefacio de la Contribución a la crítica de la economía política, utilizado como soporte conceptual del estructuralismo althusseriano. Fontana traza un recorrido por la historiografía marxiana, rechaza el «marxismo litúrgico» de recetas abstractas, causante de la fosilización de su pensamiento histórico y encuentra en Lubinskaya, Kossok o el cubano Manuel Moreno, interpretaciones novedosas del pasado que añade a las aportaciones de los historiadores franceses y sobre todo británicos que resistieron la crisis de los años sesenta, los ataques de M. Thatcher contra la historia social y la marea posmodernista del giro cultural y «la historia como una estructura verbal en forma de discurso narrativo». Mantiene la vigencia del aparato conceptual e instrumental de la tradición marxiana, depurado del esquematismo estaliniano,

para afrontar los retos historiográficos del presente y analizar el capitalismo del siglo XXI, las causas de la crisis y el crecimiento ilimitado que genera una desigualdad social como nunca había existido en la historia y que amenaza las conquistas sociales de los dos últimos siglos de lucha.

Desde una perspectiva general, podemos concluir que los textos ofrecen algunas respuestas a las preguntas que planteábamos al inicio de estas páginas y de su lectura se pueden extraer conclusiones más o menos generalizadas sobre la debilidad del marxismo hispano; sobre su presencia en nuestra historiografía y su contribución a la renovación epistemológica de la historia; su aportación a los debates sobre determinadas cuestiones y una importancia, no menor, en las investigaciones que han contribuido a profundizar en el conocimiento histórico.

Somos conscientes de que el presente político no es ajeno al debate historiográfico, como no lo fue durante el Franquismo y la Transición, ni lo fue en el final de siglo y también comprobamos que nada es inmutable. De ahí que ahora, superada la resaca intelectual generada por los acontecimientos políticos que tanto condicionaron el debate sobre las nuevas tendencias historiográficas en los años noventa y después de años de alejamiento epistemológico de la tradición marxiana, se percibe, entre los historiadores españoles como ya sucede en otros muchos países, una voluntad de retomar del arsenal teórico y conceptual del marxismo las herramientas analíticas que han mostrado su utilidad para analizar el capitalismo del siglo XXI y su validez para continuar profundizando en el conocimiento del pasado. En ese sentido, historiadores con un amplio bagaje investigador a sus espaldas apuestan por continuar el debate y por la búsqueda de un consenso historiográfico conscientes de que para construirlo será necesario ampliar nuestra mirada teórica e incorporar, en nuestro caso desde el marxismo, elementos e instrumentos metodológicos que pueden aportar otras tendencias historiográficas, para enfrentarnos con rigor argumental y solidez conceptual a los retos historiográficos del siglo XXI desde una agenda de investigación que va del pasado al presente sin perder la mirada de globalidad. El debate no ha concluido y esperamos que los lectores encuentren en las páginas del presente libro elementos para suscitar nuevas preguntas y nuevas polémicas que contribuirán a enriquecerlo.

Y por último y no por ello menos importante, no podemos dejar de mostrar nuestro profundo agradecimiento a los autores por su generosidad historiográfica que nos permite ofrecer la diversidad temática de los textos, sólidamente argumentados, que ponemos en manos de los lectores gracias a su disponibilidad

personal para colaborar en este proyecto editorial.

[1] Cartas de Vicens Vives a Josep Fontana, 5 y 24 de febrero de 1957, en J. Clara et al., Epistolari de Jaume Vicens Vives, Cercle de Estudis Històrics, Girona, 1998, pp. 106-197.

[2] F. Rojas, «Edición y censura de libros de Marx y Engels durante el franquismo (1966-1976)», en Nuestra Historia 3, 2017, pp. 102-126; y, del mismo autor, «Una editorial para nuevos tiempos: Ciencia Nueva, 1965-1970», en Historia del Presente 5, 2005.

[3] Uno de estos colectivos de historiadores fue el articulado en torno a la Red de Archivos Históricos de las CCOO, que centrarían sus investigaciones en el movimiento obrero durante el franquismo con atención preferente a la relaciones laborales, la conflictividad sociolaboral y las huelgas, y que desde 1992 encontrarían un marco para su difusión en los «Encuentros de Investigadores del Franquismo», en la revista DEZEME (2000-2006) o en los numerosos libros publicados sobre los temas que abarcaba su agenda investigadora.

[4] Véase A. Callinicos, Against postmodernism. A Marxist Critique, Blackwell, Oxford, 1989 [ed. cast.: Contra el Posmodernismo, RyR, Buenos Aires, 2011; ed. gal.: Contra o postmodernismo. Una crítica marxista, Laiovento, Santiago de Compostela, 1995; T. Eagleton, The Illusions of Postmodernim, Wiley-Blackwell, Oxford, 1996, o Fredreic Jameson, quien ha publicado numerosos libros sobre el tema desde Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism, New Left Review, 146, august, 1984, del que hay edición española, El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío, Paidós, 1991.

[5] Durante la década de los ochenta Eric Hobsbawm publicó numerosos trabajos en los que reflexionaba sobre las contradicciones del liberalismo capitalista y sobre las dificultades de las alternativas históricas al modelo y su fracaso definitivo. Además de responder, desde el marxismo, a las posiciones posmodernistas que comenzaban a sobrevolar en el campo académico. Véase en este sentido ensayos como los recopilados en Sobre la Historia, Critica, Barcelona, 1998 o su conferencia Asking the big why questions. History: a new age of reason, December, 2004, disponible en [www.hartford-hwp.com/archives]. También «Good-bye to All That» y «Out of the ashes» en

Marxism Today, October 1990, april 1991, traducción española en R. Blackburn, Después de la caída, Crítica, Barcelona, 1993. De J. Fontana véase, La historia después del fin de la Historia, Critica, Barcelona, 1992.

[6] E. Hobsbawm, «We've got problems too», Marxism Today, december 1991, pp. 16-18.

[7] Josep Fontana, 1992, op. cit., p. 146.

[8] Desde el seminario de 1979 La situación del debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo hasta las jornadas de 1995 sobre La transición del mundo antiguo al medieval, fueron frecuentes las convocatorias de la FIM para tratar las principales cuestiones historiográficas. En ellas participaron historiadores como Reyna Pastor de Togneri, Juan Trias, Domingo Plácido, Julio Mangas, Julio Valdeón, Guy Bois, Marcelo Vigil, Serge Wolikow; Michael Lowry, Harmut Heine, David Ruiz, Antonio Elorza, Carlos Forcadell, Carmen García Nieto, Juan José Carreras, Tuñón de Lara y Josep Fontana entre otros. Y ya en este siglo XXI esa labor continuaría con los congresos sobre la Historia del PCE (Universidad de Oviedo 2003 y Universidad Complutense, 2007) y sus correspondientes publicaciones y con las colaboraciones españolas e internacionales que desde hace unos años publica la revista Nuestra Historia como evidencia del vigor actual de una nueva historiografía que se reclama heredera de la tradición marxiana.

[9] Véase sobre estas cuestiones E. Sebastià y J. A. Piqueras, Pervivencias feudales y revolución democrática, Edicións Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1987 y Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la revolución Gloriosa, Edicións el Magnánim-IVEI, Valencia 1991.

[10] Agradecemos a Francisco Cobo, catedrático de la Universidad de Granada, su disponibilidad para colaborar en este libro cubriendo uno de los vacíos temáticos que observamos en el diseño inicial de las mencionadas jornadas.

[11] En Francia la desafección al marxismo entre los intelectuales va más allá de la influencia de la marea posmodernista. Su origen hay que buscarlo en la lucha ideológica de la época de la Guerra Fría y la presencia de la CIA en los medios intelectuales franceses con la finalidad de debilitar la presencia del marxismo en la cultura y en la política francesa como demostró F. Stonor Saunders, La CIA y la política cultural de la Guerra Fría (1993) y ahora la desclasificación de nuevos

documentos, como el informe France: Defection of the Leftist Intellectuals de diciembre de 1985 (The National Security Archive), muestran la valoración que la CIA hace de la derechización intelectual y la desafección hacia el marxismo en Francia, repasa la influencia de los Nuevos Filósofos y la situación de la Escuela de Annales en competencia con la historiografía marxista. K. Ross, Fast Cars. Clean Bodies: Decolonization and the Reordering of French Culture (1996) también destaca la influencia de las elites económicas de Estados Unidos en la consolidación de la Escuela de Annales. Sobre el tema véase G. Rockhill, «The CIA reads French theory: on the intelectual labor of dismantling the cultural left», Los Angeles Review of Books, february, 2017 y M. Barker, «Why the CIA Cares About Marxism», en Counterpunch, june, 2017.

[12] Juan José Carreras Ares fue objeto de un Congreso de homenaje en 2016 («El legado de Juan José Carreras 10 años después») promovido por sus colegas de la Universidad de Zaragoza y completado con la edición de una recopilación de algunos de sus textos más significativos, véase Juan José Carreras Ares, Lecciones sobre Historia, edición e introducción de C. Forcadell Álvarez, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2016.

PRIMERA PARTE

EL MARXISMO Y LOS DEBATES EN ESPAÑA SOBRE LAS SOCIEDADES PRECAPITALISTAS

I. HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE LA ANTIGÜEDAD DE TENDENCIA MARXISTA

Domingo Plácido

Universidad Complutense de Madrid

En el terreno de la Historia Antigua, la historiografía marxista en España no tenía ninguna tradición en que basar una eventual recuperación bajo el franquismo. En la República, durante la Guerra Civil y en el exilio, la Antigüedad no recibió gran atención por parte de los historiadores de formación marxista. Wenceslao Roces, catedrático de la Universidad de Salamanca, tuvo sus aproximaciones al Derecho Romano. Sus relaciones con Unamuno, catedrático de Griego, no se reflejaron en una aproximación al mundo clásico. Como militante activo del Partido Comunista de España fue exiliado y se convirtió en profesor de Historia de Roma e Historia de Grecia de la Universidad Nacional Autónoma de México, mientras mantenía sus contactos con el Partido Comunista de España. A él se debe la traducción de la edición abreviada de El mundo de los Césares, de Mommsen[1] y el Alejandro Magno de Droysen[2].

Como publicación original destaca Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua[3]. Se pronuncia contra los teóricos de moda en la época, Toynbee y Spengler, lo que también hará Montero Díaz años más tarde[4].

La tesis principal de Roces consistía en la defensa de posiciones como la de Bücher, en Los orígenes de la economía nacional, que teorizaba sobre el primitivismo de las sociedades precapitalistas. Bücher fue atacado entre otros por una obra que Roces califica de «anacrónica», representante del modernismo: Historia del socialismo y el comunismo antiguos, de Robert Pöhlmann[5]. Esta obra tuvo repercusiones en posiciones marxistas «modernizantes», que se refieren a «partidos» y «revoluciones» en la Antigüedad. En esa misma línea, Roces ataca a quienes hablan de capitalismo antiguo, como Beloch o Meyer, y sobre todo Rostovtzef. En cambio, emprende la defensa de Weber, Historia

agraria romana[6], que ha servido de base para interpretaciones como la de Finley[7], o Salvioli, El capitalismo en el mundo antiguo, que desde la crítica del uso del término moderó luego su posición. También se opone explícitamente a la moda semántica que trata de vaciar de contenido el lenguaje, germen de las posiciones posmodernas. En esa línea critica también a Croce o Nietzsche.

Un caso único, a mi modo de ver, fue un autor que escribía desde México en el exilio, con el pseudónimo de «Mauro Olmeda», Julio Luelmo. Su dedicación está enfocada en el estudio de las sociedades precapitalistas en general. Tiene varios volúmenes sobre El desarrollo de la sociedad[8], con carácter muy general. El que trata sobre Sociedades precapitalistas se publicó en 1963. El volumen III de El desarrollo trata sobre la Sociedad grecorromana; el I y el II sobre sociedades preclasistas, mientras el IV, La superestructura, se publicó ya en 1984.

Colabora como Luelmo en el primer número de Memorias de Historia Antigua, con un artículo de 1940 revisado en 1962, sobre «Mi punto de vista sobre las sociedades prehistóricas y sobre la antigüedad grecorromana»[9]. Trata de corregir lo que considera interpretaciones esquemáticas marxistas sobre las sociedades precapitalistas y sobre la transición al feudalismo. Es interesante porque define la diferencia de pueblos tributarios con respecto al esclavismo, frente al panesclavismo. Destaca las limitaciones de la esclavitud incluso en la Roma imperial. Niega la existencia de una «fase esclavista» como etapa necesaria en la evolución de las sociedades. Defiende que en las sociedades precapitalistas no existe ni salario ni mercancía. Se apoya en gran parte en la comparación con las sociedades azteca y maya (a la mexicana en general dedica un volumen de El desarrollo). No hay revolución en el paso al feudalismo. Acepta en cambio la hipótesis de que todas las sociedades pasan por las mismas etapas. En gran parte recibe su inspiración de la obra de Morgan[10]. Llega hasta nuestra época para tratar sobre el capitalismo y el Tercer Mundo. No cree que la cultura nazca en las clases ociosas, sino en las productivas.

Desde los años sesenta, Montero Díaz, aunque no dejó nada escrito en esta dirección, en las clases de la Complutense enseñaba historiografía marxista en diferentes cursos. Muy aislado debido a las características de su personalidad, mantuvo sin embargo relaciones con personajes de la izquierda, como Jesús Alonso Montero. Dentro de su variada producción, en el campo de la Historia Antigua, destacan Alejandro Magno[11], De Calicles a Trajano[12], «La juventud romana en torno a Catilina»[13], «Juliano el Apóstata», en Flavio

Claudio Juliano, dentro de la serie Los protagonistas de la historia, donde hay ciertos rasgos de interpretación en el marxismo. Fue una época de vuelta al marxismo originario, que duraría unos diez años y dejó huellas en sus alumnos, más que en sus escritos. Aun así, hay que destacarlo dentro del desierto que dominaba en este periodo.

Los primeros impulsos sólidos y definidos tuvieron lugar gracias a la obra de Abilio Barbero y Marcelo Vigil. En sus viajes durante la preparación de sendas tesis doctorales, habían tenido conocimiento de las primeras obras de Hobsbawn y Thompson, así como de la revista Past & Present; las relaciones personales con Fontana les abrieron algunas puertas a las corrientes europeas de la historiografía de izquierdas. En concreto, en Francia tuvieron conocimiento del número de Recherches internationales à la lumière du marxisme, que luego daría a conocer Prieto en traducción para Akal. Su obra común más importante fue La formación del feudalismo en la Península Ibérica[14].

En particular, quien, procedente de los estudios clásicos, estaba especializado en la Antigüedad era Vigil. Obtuvo la cátedra en la Universidad de Granada tras haber leído una tesis arqueológica sobre el vidrio en la España romana y de haber realizado excavaciones en Toledo, concretamente en el circo romano, bajo la dirección de García y Bellido. Fue en gran parte el responsable de los primeros pasos en la introducción de interpretaciones marxistas en el campo de la Antigüedad. Había recibido influencias variadas, al margen de las citadas. En el plano teórico fue determinante el contacto con el filósofo Eloy Terrón y el biólogo Faustino Cordón. Mantuvo igualmente contactos en Italia, con el arqueólogo e historiador del arte antiguo Ranucio Bianchi-Bandinelli y con la escuela de Santo Mazzarino, sobre todo con Mario Mazza, importante colaborador del Istituto Gramsci. En relación con su estancia en Londres, importa la influencia de la obra de George Thomson, quien también está presente en la obra conjunta con Barbero.

La obra de Vigil en colaboración con Barbero se dedica fundamentalmente a los temas relacionados con las transiciones y los orígenes de la Edad Media, para lo que destaca la importancia del periodo comprendido entre la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media. En este marco se halla el problema de la Reconquista enfocado como fenómeno social, que se señala en los artículos luego recopilados en Orígenes sociales de la Reconquista, de 1965[15]. Es conveniente recordar que es la época de la Transición del feudalismo al capitalismo, de P. Sweezy y otros. El tema era, pues, actual en la investigación marxista universal[16].

La colaboración tiende pues a centrarse en el Bajo Imperio y la Reconquista. En general, reflejan las matizaciones extendidas dentro del marxismo de la época, en el ambiente de las tendencias italianas del Istituto Gramsci y de las inglesas de Past & Present.

La labor de Vigil destaca como maestro en lo que puede llamarse la Escuela de Granada, con proyección en Almería y Jaén, y en una fuerte actividad durante los años sucesivos a su estancia en aquella universidad, donde se dedica específicamente a la Historia social de la romanización y, en general, del Imperio romano.

Sus trabajos están relacionados con el contenido del manual de Alfaguara-Alianza dirigido por Artola, Historia de España I, con Cabo, de 1978. Fue la primera revisión del concepto imperialista de la romanización como civilización. Busca el análisis de las formas de integración de los procesos colonizadores en la realidad social, con el estudio de instituciones como el hospitium y la fides. Representa al mismo tiempo la superación de la visión nacionalista en las colonizaciones fenicias o griegas, para enfocarlas como fenómenos sociales y económicos. La continuación de estos temas se encuentra en trabajos de Mangas y Ruiz, en relación con el mundo ibérico[17].

Vigil recoge asimismo la tradición de historia social española en temas como las colectividades agrarias de los vacceos o la realeza tartésica, definidos por Joaquín Costa o Julio Caro Baroja, respectivamente, y le da un giro que se inserta en las corrientes marxistas, como la de George Thomson, que ya estaba presente en los Orígenes sociales de la Reconquista. Introduce temas como el de la resistencia ibérica a la romanización, que igualmente se extendía en estudios de ámbito provincial como el africano o, en general, en el Congreso de Estudios Clásicos de Madrid de 1974, sobre el tema Resistencia y asimilación de la cultura antigua en el mundo mediterráneo. En relación con el papel de los pueblos prerromanos, destaca el tratamiento de los vadinienses y su papel en los orígenes de la Reconquista[18]. Vigil pone de relieve la peculiaridad de las sociedades periféricas en relación con las formas de dependencia[19].

Así se formó el ambiente dominante en la Universidad de Granada en las décadas de los setenta y de los ochenta, donde se estudió la romanización, sobre todo de la Bética. Ello da pie a gran cantidad de trabajos sobre el imperialismo romano, como las tesis de A. Prieto[20], M.a L. Sánchez León[21], Fernández Ubiña, González Román[22], Amalia Marín[23] y Nicolás Marín, naturalmente

intercalado con el tema del esclavismo. Prieto, además, escribió un libro junto con N. Marín muy en línea con la corriente de Althusser, sobre el tema de los aparatos ideológicos del estado como cuestión de fondo[24]. Ubiña hizo su tesis sobre la crisis del siglo III en la Bética[25], con argumentos que luego fueron ampliados a todo el mundo antiguo[26]; es frecuente la insistencia en el tema de la crisis, con el problema de la transición en el fondo. La transición se interpreta como crisis del sistema esclavista.

M. Vigil se trasladó posteriormente a Salamanca, donde su discípula más destacada, M.a J. Hidalgo, abre varias puertas dentro de la dedicación al mundo clásico. Tras su trabajos sobre Apuleyo, a partir de su tesis doctoral[27], con dedicación ulterior a la Grecia de época romana[28]. Da un importante impulso al desarrollo de la historia de género, sobre todo en su estudio sobre las emperatrices[29], sin perder de vista las relaciones sociales, en una línea que está presente igualmente en algunas representantes de la historiografía feminista, como Rosa Cid o Amparo Pedregal, dentro de la escuela de Oviedo, iniciada a partir del magisterio de Julio Mangas. También colaboran en esa línea Cándida Martínez en Granada, como lo hizo en tiempos Juliana Cabrera. Rosa Cid ha trabajado sobre mujeres en la época imperial romana, como Hidalgo, pero también realizó un estudio sobre Bacanales en un libro coordinado por Dolors Molas, sobre Violencia deliberada. Se plantean en el libro problemas derivados del dominio masculino, que tocan el tema de la explotación y la consideración de clase tal como lo planteaba G. E. M. de Ste. Croix[30]. Rosa Cid estudió también el culto imperial en el libro de J. González sobre Trajano[31]; Amparo Pedregal hizo «Propuestas de declaración por la plena integración de los estudios de las mujeres, feministas y de género en el espacio europeo de educación superior» dentro de las publicaciones sobre los Feminismos como herramienta del cambio social. Ha sido coordinadora con M. González del libro Venus sin espejo[32]. Ambas forman parte del grupo Deméter: historia, mujeres y género, junto con participantes de otras universidades.

De nuevo en Salamanca, la línea feminista continúa con Iván Pérez Miranda, que presenta una tesis en la que muestra el feminismo en la interpretación de la mitología griega.

De acuerdo con la orientación de Vigil, continúan las tendencias hacia el estudio del Bajo Imperio y el mundo visigodo dentro de la escuela de Salamanca, por medio de Dionisio Pérez Sánchez y Pablo de la Cruz Díaz, o del cristianismo y el Bajo Imperio con Manuel Rodríguez Gervás.

Desde Granada, Prieto deriva a la Universidad Autónoma de Barcelona, donde continúa los trabajos sobre la España romana. Añade un nuevo enfoque a través del estudio del territorio en relación con la Universidad de Besançon y los trabajos de Monique Clavel-Lévêque. Ha dado frutos como los estudios de Rosa Plana sobre Ampurias[33] o de Oriol Olesti sobre el Maresme[34]. Fomenta asimismo los estudios de Historiografía, iniciados a través de la tesis de Jordi Cortadella, y se aplica en gran medida a estudiar la temática de la historia antigua en el cine y, a través del mismo y de la historiografía, de la visión de las sociedades antiguas desde la sociedad actual.

Por otra parte, en los años setenta dejó una impronta notable la labor de divulgación por parte de Prieto, desde antes de irse a la Universidad Autónoma de Barcelona, con la publicación de obras como Transición del esclavismo al feudalismo[35], con participación internacional, de autores soviéticos, como Kovaliov, y occidentales, como Weber, Finley o Bloch. Él mismo escribiría más tarde El fin del Imperio romano[36] con el mismo objetivo de comprender la transición.

La línea iniciada por Prieto en relación con Besançon en su investigación dedicada a la explotación del territorio encuentra paralelos en los estudios sobre el mismo tema en el grupo Estructura social y territorio del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, formado por F.-J. Sánchez-Palencia, M.a D. Fernández-Posse, Almudena Orejas, entre otros. Las formas de explotación del trabajo se estudian por ejemplo, de un modo privilegiado, en el mundo de la minería. Dentro del grupo, I. Sastre, en 1998, publicó «El modo de producción como estructura de explotación: esclavismo y tributación»[37], con una vertiente derivada de la línea de Haldon y sus teorías sobre el modo de producción tributario. Se dedica de modo específico al estudio de las sociedades campesinas, problemática heredada de M.a D. Fernández-Posse.

El concepto de modo de Producción presenta su eficacia como modelo derivado de la experiencia del estudio de la Antigüedad válido para continuar los estudios de las sociedades antiguas[38], más allá de las relaciones precisas referidas a la explotación del trabajo.

Siempre hay que tener en cuenta que la vinculación con el marxismo es cada vez más matizada y desde luego menos dogmática. El estalinismo ha quedado claramente abandonado y se producen múltiples conexiones con diferentes tendencias historiográficas, desde las diferentes escuelas arqueológicas hasta el

posmodernismo (Víctor Fernández, M.a Cruz Cardete) lo que responde a paralelos con otros países. La presencia del marxismo deja de ser evidente incluso (o sobre todo) en la terminología, y no solo en las declaraciones metodológicas. Están más claras en algunos prehistoriadores o arqueólogos no clásicos.

Discípulo de Blázquez, quien había difundido el manual de Kovaliov en Salamanca antes de Vigil, Julio Mangas, con su tesis sobre Esclavos y libertos en la España romana[39], inaugura en España los estudios sobre la esclavitud desde una perspectiva marxista, como declara en la «Introducción»: parte de las preocupaciones de Marx expresadas en El manifiesto comunista y en El capital. En su texto expone posiciones contrarias a F. Vittinghoff, tal como quedaron señaladas en su intervención en el Congreso de Estocolmo[40]. Era entonces el representante de los estudios sobre la esclavitud desde perspectivas antimarxistas militantes, en la línea de Joseph Vogt.

Mangas se adhiere expresamente a las corrientes filocomunistas de Occidente, como la inaugurada por el Groupe International de Recherche sur l’Esclavage dans l’Antiquité en Besançon, o la promovida por el Istituto Gramsci, y los estudios de los historiadores soviéticos postestalinistas, como la figura entonces dominante de E. M. Schtajerman, o Staerman, de la que también se tradujo entonces La esclavitud en la Italia imperial, con M. K. Trofimova, con prefacio precisamente de M. Mazza, del mencionado Istituto[41]. Mangas concluye que había esclavitud prerromana en la Península Ibérica, pero los romanos desarrollaron la sociedad propiamente esclavista, donde la esclavitud forma parte de la estructura social. Antes, las formas de dependencia tenían otras formas, como se ve en otros estudios suyos sobre «servidumbre comunitaria».

Julio Mangas fue el promotor de los Coloquios de Oviedo[42], organizados al estilo de los organizados por el Groupe Internatiuonal de Recherche sur l’Esclavage dans l’Antiquité en Besançon, siguiendo la preocupación que parte de su tesis sobre la esclavitud. Se manifestó, desde el primero, una gran efervescencia teórica. Publicado en el primer número de las MHA (1977) se trataron muchos problemas de metodología, como la definición terminológica de clase y orden (ordo / status) en relación con las teorías de Finley, por parte de Cristóbal González Román. Agustín Díaz Toledo trató de «La historia entre la teoría y el dato», con fuerte polémica antipositivista, dominante entonces en las corrientes oficiales, contra «el final de las ideologías», defendido entonces por el publicista de Opus Dei Gonzalo Fernández de la Mora. Fernández Ubiña trató de

«Explotación y esclavitud en la Antigüedad según C. Marx». Destaca la importancia del tema en Marx pese a no ser su objetivo principal. Expone importantes consideraciones acerca de la sociedad antigua sobre la base de su definición esclavista, como el estudio de Aristóteles y sus reflexiones sobre la economía. Esta era una época de la transición, antes de la caída del Muro, el periodo de mayor definición de las actitudes marxistas en España. El primer coloquio, planteó asimismo los problemas de modernismo en el lenguaje.

Al mismo tiempo se busca la definición de «sociedad esclavista», discutida en aquellos tiempos, lo que coincide con los orígenes del Groupe International de Recherche sur l’Esclavage dans l’Antiquité (el organismo más activo en la investigación de la Antigüedad de tendencia marxista, centrado, en principio, en el análisis del llamado nodo de producción esclavista, aunque con tendencia a analizar diversas formas de explotación e incluso a incorporar investigaciones sobre épocas posteriores) y el desarrollo de Instituto Gramsci que creó un grupo de trabajo sobre «antichistica» en 1974 y publicó en 1978 el volumen Analisi marxista e società antiche, donde se recogen las actividades del primer año, fundamentalmente una discusión sobre los conceptos de formación económico-social y modo de producción; también enlaza con los planteamientos del coloquio Groupe International de Recherche sur l’Esclavage dans l’Antiquité, 1973[43]: repensar los términos en relación con las realidades antiguas y los problemas históricos concretos en un intento de conjugar las posiciones teóricas y los análisis concretos. En Italia, en la discusión se nota la presencia del espíritu de Croce y el protagonismo de la individualidad, y sus posibilidades de coincidencia con el marxismo. Se impone la crítica de posturas rígidas como la de los historiadores soviéticos. Propone Cristóbal González Román en Oviedo evitar simplificaciones y atender a la complejidad, tratar de definir la clase dentro de las características propias de las sociedades antiguas, donde se impone el valor de uso, la importancia del ciudadano y el predominio del trabajo esclavo.

Al mismo tiempo, se manifiesta el reconocimiento de que Marx no puede servir de guía para la comprensión de la Antigüedad de modo directo, como hace Fatás[44], desde luego no definido como marxista. Expone el problema del estalinismo presente en las primeras publicaciones en español, formadas en gran parte por traducciones indirectas del ruso, en los años setenta. Insiste en la complejidad social, al incluir la oposición entre ricos y pobres. Propone usar «modo de producción clásico antiguo» en terminología de Marx, mejor que «esclavista». Defiende igualmente la necesidad de limpiar a Marx de

estalinismo. Atribuye gran importancia a las Formen (Formaciones económicas precapitalistas), frente al Origen de la familia, la propiedad privada y el estado, de Engels, de lectura sin duda más fácil y por ende más divulgada.

En el coloquio hubo también análisis concretos, como el de Hidalgo sobre Apuleyo como representante de la clase dominante[45]. Se trata de un estudio ideológico que destaca la imposición de los deberes de los miembros de su clase, así como las contradicciones entre la realidad y la imagen de Apuleyo sobre ella, como reflejo de las relaciones esclavistas en ese periodo del Imperio.

Destaca igualmente el desarrollo de temas arqueológicos sobre la Protohistoria de Hispania, específicamente sobre los ibéricos[46], donde estudia las clases dominantes en la sociedad ibérica; luego, en contacto con Mario Torelli, discípulo de Bianchi-Bandinelli en la Universidad de Perugia, quien se dedicaba al estudio de las relaciones clientelares entre los etruscos, Ruiz aplicó al mundo ibérico muchos de sus puntos de vista, en relación también con el territorio. Enlaza con el estudio del Bronce de Lascuta, que reflejaría las características de las sociedades ibéricas. El concepto de modo de producción asiático de S. Amin, resultó productivo, junto con el estudio de la ciudad ibérica dentro de las concepciones de Lévêque de la estructura de la ciudad. Incorpora igualmente el análisis de los mitos tartésicos y los estudios correspondientes de Caro Baroja, Vigil y Mangas. Este interviene precisamente en el primer coloquio de Oviedo con una ponencia sobre la servidumbre comunitaria, integrada en las formas de dependencia del resto del Mediterráneo[47]. En el libro editado por Mariano Esteban, 25 años de historia. La revista Studia historica en la historiografía española, Hidalgo[48] dedica un artículo a «La Historia Antigua en la historiografía española», que trata de la evolución del tema de Tarteso, en un epígrafe llamado «Hacia los planteamientos sociales, desde Caro Baroja a Alvar y Wagner».

En el coloquio de 1978 el tema fue el de Colonato y otras formas de dependencia no esclavista, que rompía claramente con el panesclavismo como interpretación de las sociedades antiguas. Ubiña trató sobre el final del esclavismo en el siglo III[49], en una postura luego corregida, en el ciclo organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas sobre Transiciones en la antigüedad y feudalismo entre noviembre de 1995 y mayo de 1996[50]. Se manifestó en este coloquio de Oviedo la existencia de fuertes tensiones entre el neopositivismo agresivo dominante en la época y el excesivo teoricismo de algunas posturas marxistas. Hubo interesantes estudios concretos como el del campesinado en el mundo

micénico[51], donde se muestra la específica presencia de esclavos en las tablillas, tal vez interpretados como campesinos dependientes (do-e-ro); las formas de dependencia de la comunidad primitiva romana: relaciones entre plebe y clientela[52]; la población semilibre del norte de África: el colonato[53]. Quedaba clara la variedad de formas de explotación del trabajo, dentro de la dominancia de la esclavitud.

Al año siguiente, en 1979, hubo varios artículos sobre pueblos prerromanos, como el dedicado a los oretanos por López Domech[54]. La aplicación de la Arqueología del Paisaje se muestra en el estudio de la utilización del medio geográfico en valle medio del Ebro[55], donde se marca la jerarquización del territorio acentuada en época romana. El autor sería el promotor de estos estudios en Teruel. Los aspectos económicos y sociales de los pueblos de la Meseta son objeto del trabajo de M. Salinas[56], en relación con la Hispania de finales de la República. El Imperialismo romano se presenta en el trabajo de González Román[57]. Las comunidades campesinas pirenaicas en el de Jordi Pons[58]. La propiedad agraria en la Bética del siglo III en el de Ubiña[59]. Los movimientos de población de la Bética en el de Prieto[60].

El tema de 1980 fue el de las Formas de intercambio durante la Antigüedad. N. Marín dedica su trabajo a hacer una crítica del uso del concepto de Laissez faire para la Antigüedad[61], en una posición de rechazo de las interpretaciones modernista. En relación con el comercio y la agricultura en la Italia del siglo II d.C., Prieto y Pinyol[62] buscan el modo de extraer conclusiones teóricas sobre el modelo económico al que corresponden. El expolio de bienes de los dioses en los Julioclaudios es el tema planteado por Julio Mangas[63]. En La ley ática de 375/4, se descubre un intento de relacionar una ley de carácter monetal con las transformaciones política de Atenas en el siglo IV para aclarar la evolución social en las relaciones con el Imperio[64], en la primera intervención del autor tras un periodo de alejamiento de la universidad.

En 1981 los análisis se refirieron a cuestiones religiosas: Paganismo y cristianismo en el occidente del Imperio. Prieto se acerca a las religiones no oficiales[65] y a su funcionalidad ideológica. En la mujer en las Bacanales el mismo Prieto colabora con M.a E. Sanahuja[66]. Abundaron las intervenciones en relación con el cristianismo, está presente el análisis del patronato de los obispos[67], o el de las alternativas cristianas en la crisis[68]. Los rescriptos imperiales de los Antoninos en relación con la política social y religiosa se tratan en la intervención de C. González Román[69]. Respecto al mundo griego, solo

estuvo la intervención sobre la oligarquía ateniense en relación con Isis[70].

En los coloquios, la herencia del marxismo se nota sobre todo en el predominio del enfoque social que se nota precisamente de manera destacada en los títulos seleccionados.

La Fundación de Investigaciones Marxistas organizó un ciclo de conferencias en 1981, con participación de González Román, Prieto, Mangas, Mazza y Plácido, que trataron temas de la especialidad de cada uno con una orientación marcadamente marxista. Fue tal vez la última ocasión en que se produjo el evento con cierta homogeneidad en ese sentido.

González Román continúa los estudios sobre la Bética, en contacto con Perugia. En esa línea, organizó varias reuniones sobre La sociedad de la Bética: contribuciones para su estudio, con textos publicados en la Universidad de Granada, en 1994. En ellos destacan, desde nuestra perspectiva, las contribuciones de Carrilero (La depresión de Ronda)[71]; de Fernández Ubiña, sobre Gregorio y la sociedad de Elvira[72]; de Mangas, sobre niños esclavos en época altoimperial[73]; de F. A. Muñoz, sobre concordia, miedo y violencia en Hispania meridional[74]. Luego se dedicaría a estudios sobre «la paz y los conflictos»); de Plácido, sobre la sociedad bética en el imaginario grecolatino[75]. Es de destacar la importancia de Carrilero en los temas relacionados con el mundo colonial y protohistórico, como se muestra en su intervención en el volumen Los enigmas de Tarteso[76], como «Discusión sobre la formación social tartésica». En la Universidad de Almería, fomentó los estudios de Prehistoria orientados por su preocupación acerca del origen del estado.

Fernández Ubiña continuará en la línea de estudios del cristianismo, que en la escuela de Granada había iniciado ya el malogrado Agustín Díaz Toledo, en uno de los coloquios de Oviedo[77], o Juliana Cabrera con su tesis[78].

Como continuidad de la escuela de Granada, en Almería trabajo primero Agustín Díaz Toledo y posteriormente M. Carrilero. A su temprana muerte dedicaron sus discípulos el libro Mujeres y arqueología. Nuevas aportaciones desde el materialismo histórico, homenaje a M. Carrilero, editado por T. Escoriza, M.a Juana López Medina y A. Navarro[79]. La continuidad de la obra de Carrilero se materializa sobre todo en los estudios de M.a Juana López Medina[80]. En ellos se establece una clara vinculación al feminismo con explícita referencia al

materialismo. Ambos, con otros colaboradores, han realizado excavaciones en Granada y Almería con criterios materialistas vinculados a Perugia. Lo mismo puede decirse de los trabajos que lleva a cabo José Uroz en Alicante y en Italia, en colaboración con la escuela de Perugia[81], o de los fenicios (López Castro), con mucha derivación religiosa. En Almería organizaron algún coloquio al que concurrieron diversas intervenciones de orientación marxista[82].

También se celebraron varios coloquios hispanoitalianos en colaboración con Perugia: en Elche[83], San Giustino, que no llegó a publicarse, y Toledo[84]. Aquí se hizo notar expresamente cómo había desparecido prácticamente la terminología marxista, tanto en España como en Italia.

La Fundación de Investigaciones Marxistas organizó entre 1995 y 1996 un seminario, ya citado, sobre Transiciones en la antigüedad y feudalismo, con intervenciones de John Haldon y Chris Wickam, junto a Ubiña, Plácido, Estepa[85], publicado en 1998 y coordinado por Juan Trías[86].

El tema de la esclavitud ha sido, como es natural, tema estrella en la historiografía marxista. L'esclavitud en l'economia antiga: evolució i fonaments de la historiografia moderna es el título de la tesis de Bernat Montoya, leída en Alicante en 2011 y publicada por la Universidad el mismo año.

Sin duda, el organismo de investigación más activo entre los investigadores de la Antigüedad de tendencia marxista ha sido el Groupe International de Recherche sur l'Esclavage dans l'Antiquité. Sus coloquios se iniciaron en Besançon en 1970 y, además de la publicación de sus actas y de otros textos, la Universidad del Franco-Condado inició la publicación de una serie que pretendía analizar los textos antiguos referidos a la dependencia: Index thématique de l'esclavage et de la dépendance, en la que han participado varios investigadores españoles con trabajos sobre Homero, Tucídides, Jenofonte, Dionisio de Halicarnaso o Gayo.

La participación española se inaugura con el coloquio celebrado en Madrid en 1986, con el tema Esclavos y semilibres en la Antigüedad clásica[87]. Hay dos intervenciones sobre el índice temático organizado por Besançon[88]. No todos los textos muestran una tendencia marxista, pero entonces todavía algunos lo reflejaban con cierta claridad, como las de Fernández Ubiña, sobre la Bética bajoimperial, «Las relaciones sociales de producción»[89]; la de Prieto, «Formas de dependencia en los territorios de Baetulo e Iluro»[90], investigaciones que ha continuado su discípulo Oriol Olesti; González Román, sobre «Dediticii y

clientes en el área ibérica de la Hispania republicana antes de la Guerras Civiles»[91]; o el mismo Mangas, sobre «Esclavos y libertos en Asturica Augusta»[92], y Plácido sobre «Nombres de libres que son esclavos…»[93], sobre un texto de Pólux.

En Blagoevgrad, Bulgaria, en 1989, el coloquio se dedicó al tema Polis et Civitas[94]. El coloquio sobre Captius i esclaus a l'antiguitat i al món modern. XIXe colloque du GIREA tuvo lugar en Palma de Mallorca, en 1991[95].

En Besançon, 1993, el XX coloquio versó sobre religión y antropología[96]. Por parte española intervinieron Lomas, sobre las iglesias del siglo IV; Alvar, sobre cultos mistéricos, y Plácido, sobre hilotas[97].

El XXI coloquio sobre Femmes-esclaves: modèles d'interprétation anthropologique, économique et juridique, se celebró en Lacco Ameno, Isquia, Italia, en 1994[98].

En XXII coloquio, sobre Schiavi e dipendenti nell'ambito dell «oikos» e della «familia», se celebró en la Certosa di Pontignano, centro dependiente de la Universidad de Siena, en 1995[99]. En 1996, se limitó a una sección del Congreso general sobre el África romana, celebrado en Olbia, Cerdeña, publicado como un volumen de las actas general de dicho congreso[100]. La participación española se limitó a las intervenciones de José María Blázquez[101] y la de Domingo Plácido y Jaime Alvar[102].

El protagonismo de los españoles se acentúa, lógicamente, en Madrid en 1997, con el número XXIV, sobre el tema Edades de la dependencia[103]. Entre otros, intervienen Cascajero en relación con la oralidad[104], Valdés sobre el templo refugio de esclavos[105]; Plácido, sobre la diferencia entre paîdes y hebôntes[106]; Casillas sobre grupos dependientes del ejército espartano[107], Sánchez León sobre el mundo minero[108]; Hidalgo sobre Apuleyo[109], o Wagner sobre Tarteso[110].

Lo mismo ocurrió al año siguiente el XXV, celebrado en Huelva, en cooperación con el grupo Antigüedad: religiones y sociedades. El tema fue Divinas dependencias: individuos, santuarios, comunidades[111]. La orientación ideológica estaba asimismo más diversificada de lo habitual. En ese sentido predominó la tendencia derivada de la coincidencia con la asociación Antigüedad: religiones y sociedades, que estaría menos marcada en ese sentido.

El siguiente coloquio, sobre Routes et marchés d'esclaves[112]. Los españoles que intervinieron fueron Plácido[113], Orejas y Sastre[114], Prieto[115] y Valdés[116], sobre el origen de los esclavos, los mercados, o la guerra como modo de aprovisionamiento de esclavos.

En Valladolid, en 2002, el coloquio versó sobre el tema de las jerarquías religiosas y el control social[117]. Entre las múltiples intervenciones, por su orientación se pueden señalar las que trataban el tema en la democracia ateniense[118]; en Arcadia[119]; en el noroeste peninsular[120]; en el mesianismo en las revueltas judías[121].

En Mitilene, en 2003, se estudió la esclavitud y las discriminaciones socioculturales[122]. Hubo intervenciones españolas sobre hilotas y mesenios[123]; o sobre esclavos de Asia Menor según la epigrafía[124], entre otras.

En Retimno, Creta, en 2004 (publicado en Besançon en 2007)[125], se trató sobre sobre el Miedo de los esclavos y el miedo a la esclavitud. Valdés trató del miedo de los campesinos áticos a caer en la esclavitud[126]; López Barja, sobre las leyes promovidas por el miedo a los libertos[127]; Iriarte, acerca del miedo y la resistencia de las vírgenes esclavizadas en la tragedia[128], Hidalgo estudió la relación de las bandas de latrones con el miedo a la esclavitud[129]; Prieto se dedicó a la aparición del tema del miedo en el cine[130]; Domínguez, al miedo como mecanismo de control social[131]; y Plácido, a explicar cómo predominaba el miedo a la esclavitud más que a la guerra[132].

El coloquio de 2006 se celebró en Salamanca sobre el tema Resistencia, sumisión e interiorización de la dependencia[133]. Se trató sobre revueltas de mesenios[134]; de Ducetio en Sicilia[135]; de Cinadón en Esparta[136]; sobre violencia servil en Apuleyo[137]; sobre consenso en la crisis republicana[138]; sobre la dependencia entendida como protección[139]; sobre la caridad cristiana y la interiorización de la dependencia[140]; y la sumisión en el Nuevo Testamento[141] o la sumisión femenina en la figura de la ancilla Dei[142]. Igualmente se trató el tema de la sumisión femenina en Asia Menor en la diosa frigia[143], y con respecto a las mujeres en las Matronalia[144].

En Besançon, en 2005, se planteó la cuestión sobre el final del estatuto servil[145]. Los temas fueron la manumisión, la liberación o la abolición de la dependencia. La función de Zeus como liberador en el Peloponeso fue el tema de

la participación de M. Valdés[146]. La integración ideológica y la transformación del bárbaro en el proceso de transformación de seruus a colonus, constituyó el tema de la intervención de Rodríguez Gervás y Pérez Sánchez[147]. M.a J. Hidalgo trató sobre el caso de Trimalción[148]; D. Plácido, sobre las teorías de la igualdad según la evolución de las formas de dependencia[149]. La formas de dependencia campesinas en las provincias romanas fueron objeto de estudio de Plácido y Sastre[150]. Hubo otras intervenciones españolas que trataban temas más o menos relacionados con la visión marxista de la historia, dado que, en cualquier caso, el objetivo era siempre un tema típico de la preocupación de las corrientes herederas del materialismo histórico.

En Mesina se trató el tema de las formas de dependencia en las transiciones[151]. Los participantes españoles trataron, entre otros temas, de la Atenas arcaica, la esclavitud por deuda y la esclavitud mercancía[152]; de la transición del clasicismo al helenismo[153]; de la plebe en época tardorrepublicana[154]; o de las esclavas en los tratados patrísticos[155].

El objetivo del coloquio de Nápoles fue el tema de las relaciones entre la marginación y la dependencia[156] en la ciudadanía ateniense[157]; las relaciones entre dependencia y discriminación en la obra de Sinesio[158]; en Homero y Hesíodo[159]; la marginación en el cristianismo primitivo[160]; en la obra de Libanio[161]; de las madres dependientes[162]; de la marginación social como factor de identificación de la «esclavitud» en la Antigüedad[163], por el mismo autor que estudia la historiografía de la esclavitud en su tesis: L’esclavitud en l’economia antiga: evolució i fonaments de la historiografia moderna; de la presencia de esclavos y libertos en la producción del vino[164]; y de las relaciones entre libertad, esclavitud y género en Apuleyo[165].

En Buenos Aires se estudiaron las relaciones de subordinación personal y poder político, con referencia especial a las clientelas[166]. Se trataba de profundizar en las relaciones de dependencia en el plano político como metáfora de la dependencia social. Como ejemplos directamente relacionados con el título, pueden mencionarse las intervenciones de Pedregal, que trata el tema en el cristianismo y destaca la importante vinculación de las relaciones sociales con la relaciones de género[167]. En el Imperio ateniense la misma vinculación quedaba especialmente patente[168].

Posteriormente, y todavía sin publicar, se han celebrado coloquios en Madrid

(2012), sobre Los espacios de la esclavitud y la dependencia en la Antigüedad, Barcelona (2013), sobre Lo viejo y lo nuevo, y México (2014), con el tema Hermenéutica de la esclavitud.

Predomina la tendencia general a trabajar con presupuestos marxistas asumidos sin declaraciones explícitas, conjugados con otras tendencias, entre positivismos o idealismos más o menos declarados. La huella marxista es muchas veces perceptible solo para iniciados. Siempre hay una cierta coherencia en el hecho de participar en determinados eventos, al menos en los que se han citado.

[1] México, FCE, última edición en 2004; J. A. Delgado, «La obra de Theodor Mommsen en España», Gerió 21, 2003, pp. 45-58.

[2] México, FCE, 1946.

[3] W. Roces, Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua, México, UNAM, 1951.

[4] S. Montero Díaz, Ni Spengler ni Toynbee, Boletín del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca, 1960.

[5] Geschichte des antiken Kommunismus und Sozialismus, 1893-1901.

[6] Traducción española, en Madrid, Akal, 1982.

[7] Por ejemplo en M. I. Finley, «La ciudad antigua: de Fustel de Coulanges a Max Weber y más allá», en La Grecia antigua. Economía y sociedad, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 35-59.

[8] Editados por Ayuso.

[9] MHA 1, 1977, pp. 7-15.

[10] Ancient Society, 1877 [ed. cast.: La sociedad primitiva, o investigaciones sobre las líneas de la evolución humana desde el estado salvaje, a través de la barbarie, hasta la civilización, Madrid, Ayuso, 1971, con prólogo de C. Lisón].

[11] S. Montero Díaz, Alejandro Magno, Madrid, Atlas, 1944,

[12] S. Montero Díaz, De Calicles a Trajano, reeditado por Urgoiti en 2004.

[13] S. Montero Díaz, «La juventud romana en torno a Catilina», Boletín del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Salamanca 24, 1959, pp. 109-144, hoy en Estudios de Historia Antigua y Medieval, Madrid, Universidad Complutense, 1988, pp. 53-103, junto con otras publicaciones.

[14] A. Barbero y M. Vigil, La formación del feudalismo en la Península Ibérica, Barcelona, Crítica, 1978.

[15] Reeditado recientemente como M. Vigil, Visigodos, cántabros y vascones en los orígenes sociales de la Reconquista, Pamplona, Urgoiti, 2012, con prólogo de J. Faci. Reseña en Gerión 30, 2012, pp. 385-388.

[16] Véase M.a J. Hidalgo; D. Pérez y M. Rodríguez Gervás (eds.), «Romanización» y «Reconquista» en la Península Ibérica. Nuevas perspectivas, Universidad de Salamanca, 1998, en general y, en particular D. Plácido, «La nueva visión de la Historia Antigua de la Península Ibérica en la obra de Abilio Barbero y Marcelo Vigil», pp. 25-32, correspondiente a un congreso celebrado en Salamanca en 1996. También el prólogo de J. Faci en la edición de Urgoiti citada en nota anterior.

[17] Véase también el artículo de Alberto Prieto sobre la romanización vista por Vigil en el mismo volumen de Salamanca.

[18] Las matizaciones que se han planteado posteriormente no afectan al fondo de la cuestión. Véase el prólogo de J. Faci, en la edición de Urgoiti citada.

[19] D. Plácido, «La cuestión del esclavismo antiguo. El caso de las sociedades hispanas», Historia social 20, otoño de 1994, pp. 5-22.

[20] A. Prieto, Estructura social del «conventus Cordubensis» durante el Alto Imperio romano, Universidad de Granada, 1973.

[21] M.a L. Sánchez León, Economía de la Hispania meridional durante la dinastía de los Antoninos, Universidad de Salamanca, 1978.

[22] A. Marín, Imperialismo y romanización en la Provincia Hispania Ulterior, Universidad de Granada, 1981.

[23] N. Marín, Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana, Universidad de Granada, 1988.

[24] A. Prieto y N. Marín, Religión e ideología en el Imperio romano, Madrid, Akal, 1979.

[25] J. F. Ubiña, La crisis del siglo III en la Bética, Universidad de Granada, 1981.

[26] J. F. Ubiña, La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo, Madrid, Akal, 1982.

[27] M.a J. Hidalgo, Sociedad e ideología en el Imperio romano. Apuleyo de Madaura, Universidad de Salamanca, 1986.

[28] M.a J. Hidalgo, El intelectual, la realeza y el poder político en el Imperio romano, Universidad de Salamanca, 1995.

[29] M.a José Hidalgo, Las emperatrices romanas: sueños de púrpura y poder oculto, Universidad de Salamanca, 2012.

[30] G. E. M. de Ste. Croix, The Class Struggle in the Ancient Greek World, Londres, Duckworth, 1981, capítulo II vi, «women», pp. 98-111.

[31] R. Cid, «El culto imperial en la época de Trajano», Imp. Caes. Nerva Traianus Aug., Sevilla, Alfar, 1993, pp. 49-75.

[32] M. González y Á. Pedregal, Venus sin espejo, Imágenes de mujeres en la Antigüedad clásica y el cristianismo primitivo, Oviedo, KRK ediciones, 2005,

[33] R. Plana, La chora d’Emporion, París, ALUB, 1994.

[34] O. Olesti, El territori del Maresme en època republicana (s. III-I a.C.). Estudi d’Arqueomorfologia i d’Història, Mataró, Caixa d’Estalvis Laietana, 1995.

[35] A. Prieto, La transición del esclavismo al feudalismo, Madrid, Akal, 1976.

[36] A. Prieto, El fin del Imperio romano, Madrid, Síntesis, 1991.

[37] I. Sastre, «El modo de producción como estrutura de explotación: esclavismo y tributación», en Hispania 58, 1998, pp. 705-711.

[38] Ibid., p. 706.

[39] J. Mangas, Esclavos y libertos en la España romana, Universidad de Salamanca, 1971.

[40] Recogida y traducida como «La teoría del materialismo histórico sobre el Estado esclavista», en A. Prieto (ed.), El modo de producción esclavista, Madrid, Akal, 1978, pp. 49-110.

[41] E. M. Staerman y M. K. Trofimova, La esclavitud en la Italia imperial, Madrid, Akal, 1979.

[42] Véase A. Duplá, «Un fantasma recorre Oviedo a finales de los 70», en Debita verba, Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés, Universidad de Oviedo, 2013, pp. 155-169.

[43] E. Sereni, «Recherches sur le vocabulaire des rapports de dépendance dans le monde antique», Actes du Colloque 1973 sur l'esclavage, París, Les Belles Lettres, 1976, pp. 11-48, seguido de «Discussion sur les formations économiques et sociales dans l'Antiquité», pp. 49-98.

[44] G. Fatás Cabeza, «Una propuesta metodológica, ¿qué es una sociedad esclavista?», Memorias de Historia Antigua 1, 1977, pp. 17-32.

[45] M.a J. Hidalgo, «Organización social y económico en la obra de Apuleyo», pp. 109-114.

[46] A. Ruiz, «Las clases dominantes en la formación social ibérica del sur de la Península Ibérica», pp. 141-150.

[47] J. Mangas, «Servidumbre comunitario en la Bética prerromana», pp. 151-161.

[48] M.a José Hidalgo, «La Historia Antigua en la historiografía española», en M. Esteban (ed.), 25 años e historia. La revista Studia historica en la historiografía española, Universidad de Salamanca, 2009, pp. 15-42.

[49] J. F. Ubiña, «De esclavismo al colonato en la Bética del siglo III», MHA 2, 1978, pp. 171-179.

[50] Madrid, FIM, 1998. J. Fernández Ubiña, «La crisis del siglo III: realidad histórica y distorsiones historiográficas», pp. 25-51.

[51] X. Bermejo, «La sociedad micénica fuera del ámbito del templo y del palacio: la cultura rural», pp. 9-18.

[52] J. M. Roldán, «La comunidad romana primitiva, la clientela y la plebe», pp. 19-39.

[53] E. Matilla, «Población semilibre del norte de África», pp. 51-57.

[54] López Domenech, «Aspectos económicos de los oretanos», 3, pp. 21-29.

[55] F. Burillo, «Modelos sobre la utilización del medio geográfico en época ibérica en el valle medio del Ebro», pp. 31-45.

[56] M. Salinas, «Algunos aspectos económicos y sociales de los pueblos prerromanos de la meseta», pp. 73-79.

[57] González Román, «Imperialismo, ejército y circulación de riqueza en la Península Ibérica durante el s. II a.C.», pp. 81-96.

[58] J. Pons, «Propiedad privada de la tierra y comunidades campesinas pirenaicas: Análisis de una sentencia judicial del año 193», pp. 111-124.

[59] J. Fernández Ubiña, «Formas de propiedad agraria en la Bética del siglo III», pp. 181-187.

[60] A. Prieto, «Aspectos de los movimientos de población en la provinica romana de la Bética», pp. 239-258.

[61] N. Marín, «Sobre el uso incorrecto del término Laisser faire, laissez passer en la Antigüedad», MHA, 4, pp. 19-26.

[62] A. Prieto y Pinyol, «Un modelo sobre el comercio y la agricultura en la Italia imperial del siglo II», pp. 65-88.

[63] J. Mangas, «Expolio de bienes de los dioses durante los Julio-Claudios», pp. 113-126.

[64] D. Plácido, «La ley ática de 375/4 a.C. y la política ateniense», pp. 27-42.

[65] A. Prieto, «Ideología de las religiones romanas no oficiales: notas sobre la función ideológica de la religión romana», MHA 5, 1981, pp. 7-18.

[66] A. Prieto y M.a J. Sanahuja, «El papel de la mujer en las bacanales romanas», pp. 143-152.

[67] F. Bajo, «El patronato de los obispos sobre ciudades durante los siglos IV-V en Hispania», pp. 203-212.

[68] J. Fernández Ubiña, «Comportamientos y alternativas ciristianas en una época de crisis: el testimonio de Cipriano», pp. 213-226.

[69] C. González Román, «Problemas sociales y política religiosa: a propósito de los rescriptos de Trajano, Adriano y Antonino Pío sobre los cristianos», pp. 227-242.

[70] D. Plácido, «Isis, la oligarquía ateniense y las tradiciones áticas», pp. 249-252.

[71] M. Carrilero, «La depresión natural de Ronda en la Bética romana», con B. Nieto, pp. 51-74.

[72] J. Fernández Ubiña, «La fe de Gregorio y la sociedad de Elvira», pp. 145-180.

[73] J. Mangas, «Niños esclavos en la Hispania altoimperial: Bética y alto Guadalquivir», pp. 365-380.

[74] F. A. Muñoz, «Concordia, miedo y violencia en la Hispania meridional», pp. 381-397.

[75] D. Plácido, «La sociedad bética en el imaginario grecolatino», pp. 399-407.

[76] M. Carrilero, «Discusión sobre la formación social tartésica», en J. Alvar y J. M.a Blázquez, Los enigmas de Tarteso, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 163-181.

[77] J. Fernández Ubiña, «Las relaciones de dependencia no-esclavistas y el Concilio de Elvira», MHA 2, 1978, pp. 199-203.

[78] J. Cabrera, Estudio sobre el priscilianismo en la Galicia antigua, Universidad de Granada, 1983.

[79] Junta de Andalucía, Boletín Antropológico, 2008.

[80] M.a J. López Medina, El municipio romano de Abdera. Una aproximación histórica, Universidad de Almería, 1996.

[81] «La villa di Plinio il Giovane a San Giustino. Il monumento e il suo contesto», con P. Braconi, en F. Coarelli y H. Patterson, Mercator placidissimus. The Tiber Valley in Antiquity, Romkja, Quasar, 2009, pp. 93-108.

[82] Por ejemplo, Colonos y comerciantes en el occidente mediterráneo, Universidad de Almería, 2001.

[83] Publicado en Dialoghi d'Archeologia 10, 1992.

[84] Italia e Hispania en la crisis de la república romana, Madrid, Universidad Complutense, 1998.

[85] En la publicación se sumaron otros nombres, como los de A. Guerreau, D. Barthélemy, J. Valdeón y J. M.a Monsalvo.

[86] J. Trías (ed.), Transiciones en la antigüedad y feudalismo, Madrid, FIM, 1998.

[87] Madrid, Universidad Complutense, 1989.

[88] M. Garrido-Hory, «Réflexions autour de l'index thématique», pp. 9-35; T. M. Rodríguez Cerezo, «Historia antigua de Roma (libros I-VI), de Dionisio de Halicarnaso. Un nuevo índice temático», pp. 81-84.

[89] J. Fernández Ubiña, «Las relaciones sociales de producción en la Bética bajoimperial. Evidencias arqueológicas y valoración histórica», pp. 157-178.

[90] A. Prieto Arciniega, «Aproximación a la formas de dependencia en los territorios de Baetulo e Iluro», pp. 179-185.

[91] C. González Román, «“Dediticci” y clientes en el área ibérica de la Hispania republicana con anterioridad a la Guerras Civiles», pp. 187-205.

[92] J. Mangas, «Esclavos y libertos en Asturica Augusta», pp. 207-219.

[93] D. Plácido, «“Nombres de libres que son esclavos” (Pollux, III, 82)», pp. 55-79.

[94] XVIIIe colloque du GIREA, Nápoles, 1992. Las participaciones españolas fueron las de M.a J. Pena, «Ampurias: dès le polis à la civitas», pp. 135-145; D. Plácido, «La formation de dépendances à l’intérieur de la polis après la guerre du Péloponnèse», pp. 147-152; A. Prieto, «Tarraco: de cité indigène à cité romaine», pp. 153-161; M.a L. Sánchez León, «Les colonies militaires de Lydie et la révolte d’Aristonicos», pp. 195-203.

[95] G. López Nadal y M.a L. Sánchez León (eds.), Nápoles, 1996. Las participaciones españolas fueron las de D. Plácido, «La esclavitud de griegos cautivos durante el periodo de la crisis de la ciudad estado», pp. 11-20; M.a L. Sánchez León, «Aporoi y douloi en Pérgamo», pp. 27-38; M.a J. Pena Gimeno, «Reflexiones sobre la condición jurídica y social de la populación rural de Mallorca en época romana», pp. 127-140; A. Prieto, «Index temático de las formas de dependencias antiguas según las fuentes epigráficas», pp. 165-174.

[96] Religion et anthropologie. Esclavage et forme de dépendance. XXe colloque du GIREA, Besançon 1993, éd. Par Jacques Annequin et Marguerite Garrido-HORY, Besançon, 1994.

[97] F. Lomas, «Dépendance et autorité dans les églises hispaniques au début du IVe siècle», pp. 209-228; J. Alvar, «Integración social de esclavos y dependientes en la Península Ibérica a través de los cultos mistéricos», pp. 275-194; D. Plácido, «Los lugares sagrados de los hilotas», pp. 127-136.

[98] Editado por F. Reduzzi y A. Storchi, Nápoles, Jovene, 1999 Aumenta la participación española en los coloquios celebrados fuera de España: D. Plácido, «La mujer en el oîkos y en la pólis: formas de dependencia económica y de esclavización», pp. 13-19; J. Alvar, «Diosas y esclavas en los Misterios», pp. 267-279; A. Prieto, «Index de la esclavitud en Barcino según las fuentes epigráficas: la mujer», pp. 331-342; J. Mangas, «Mujeres esclavas y collegia de la Hispania altoimperial», pp. 343-354.

[99] Editado por G. Cordiano y M. Moggi, Pisa, ETS, 1997. Las participaciones españolas fueron las de D. Plácido, «Los "oiketai", entre la dependencia personal y la producción para el mercado», pp. 105-116; J. Mangas, «Niños esclavos en el ámbito de la "familia". La informacion epigrafica del occidente altoimperial», pp. 259-288; A. Prieto, «El "oikos", en el cine: la Odisea», pp. 417-433.

[100] Dépendants et esclaves dans l'Afrique Mineure et l'Egypte de l'Antiquité. XXIIIe colloque du GIREA, Olbia 1996, Sassari, Edictrice Democratica Sarda, 1998.

[101] «Representaciones de esclavos en mosaicos africanos», pp. 1029-1036.

[102] «Coexistencia y transformaciones en las formas de dependencia del trabajo agrícola», pp. 985-995.

[103] J. Alvar, J. M. Casillas, M.a del M. Myro, D. Plácido (eds.), Las edades de la dependencia durante la Antigüedad. XXIV, colloque du GIREA, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000.

[104] J. Cascajero, «Grupos de edad y relaciones de dependencia en la oralidad antigua. La vejez en los restos orales», pp. 1-27.

[105] M. Valdés, «El Teseion, lugar de refugio de esclavos: sus orígenes y función en el "ágora vieja" de Atenas», pp. 41-54.

[106] D. Plácido, «Païdes y hebôntes: los diferentes tratamientos de cautivos en las guerras entre ciudades», pp. 91-99.

[107] J. Miguel Casillas, «Los grupos dependientes en el ejército espartano en época clásica (siglos V-IV a.C.)», pp. 113-138.

[108] M.a L. Sánchez León, «Grupos de edad y relaciones de dependencia en la Antigüedad. El mundo minero», pp. 175-189.

[109] M.a J. Hidalgo, «Esclavitud y dependencia en el universo del Asno de Oro de Apuleyo de Madaura», pp. 273-287.

[110] C. G. Wagner, «Elites, parentesco y dependencia en Tartessos», pp. 321-347.

[111] Huelva, 1998, publicado en ARYS, 3, 2000 y 4, 2001.

[112] XXVIe colloque du GIREA, Besançon 2001, editado por M. Garrido-Hory, París, Les Belles Lettres, 2002.

[113] D. Plácido, «Guerre et marchés d'esclaves dans la Grèce classique», pp. 21-28.

[114] A. Orejas, I. Sastre, «Origine de la main-d'oeuvre dépendante dans les mines de la Péninsule ibérique», pp. 83-96.

[115] A. Prieto, «El comercio de esclavos en et cine», pp. 255-274.

[116] M. Valdes, «Les marchés d'esclaves dans l'Athènes archaïque», pp. 275-320.

[117] J. Alvar y L. Hernández Guerra (eds.), Jerarquías religiosas y control social en el mundo antiguo. XXVIIe colloque du GIREA, Valladolid 2002, Universidad de Valladolid, 2004.

[118] D. Plácido, «Las prácticas religiosas atenienses y el control social en la democracia», pp. 163-167.

[119] V. Tsiolis, «Religiosidad y control social en Arcadia», pp. 185-192.

[120] I. Sastre, «Grupos dominantes y control social: Epigrafía funeraria y votiva del Noroeste hispano», pp. 371-379.

[121] J. M. Cortés, «Mesianismo y control social en la revuelta de Bar Koriba», pp. 473-483.

[122] V. I. Anastasiadis y P. N. Doukellis (eds.), Esclavage antique et discriminations socio-culturelles. XXVIIIe colloque du GIREA, Mytilène, 5-7 décembre 2003, Berna-Berlín-Bruselas, Peter Lang, 2005.

[123] D. Plácido, «Hilotes et Messéniens», pp. 59-68.

[124] A. Lozano, «Les esclaves dans l'épigraphie religieuse d'Asie Mineure», pp. 243-257.

[125] A. Serghidou (ed.), Fear of Slaves - Fear of Enslavement in the Ancient Mediterranean. XXIXe colloque du GIREA, Rethymnon, 2004, Besançon, PUFC, 2007.

[126] M. Valdés Guía, «Peur et contrainte des dépendants ratifiées par des pratiques judiciaires et religieuses: les paysans atimoi de l’Attique archaïque», pp. 99-114.

[127] P. Lopez Barja, «Fear of Freedmen. Roman Republican Laws on Voting Procedure», pp. 125-132.

[128] A. Iriarte, «Une peur colérique ou la résistance tragique des vierges asservies», pp. 243-250.

[129] M.a J. Hidalgo de la Vega, «The Flight of Slaves and Bands of latrones in Apuleius», pp. 325-336.

[130] A. Prieto, «Miedo, menosprecio y castigo a los esclavos en el cine de romanos», pp. 361-394.

[131] A. J. Dominguez, «Fear of Enslavement and Sacred Slavery as Mechanisms of Social Control among the Ancient Locrian», pp. 405-422.

[132] D. Plácido, «La guerre, la démocratie et la peur de l’esclavage», pp. 89-98.

[133] Studia Historica. Resistencia, Sumisión e interiorización de la dependencia. XXXIe colloque du GIREA, Salamanque 2006, Universidad de Salamanca, 2007.

[134] A. Domínguez, «Los mesenios de la diáspora: de la sumisión a la resistencia», pp. 79-101.

[135] M.a Cruz Cardete, «Sicilia Sícula: la revuelta étnica de Ducetio (465-440 a.C.)», pp. 117-129.

[136] C. Fornis, «La conjura de Cinadón: ¿paradigma de resistencia de los dependientes lacedemonios?», pp. 103-115.

[137] P. López Barja de Quiroga, «Violencia servil en las Metamorfosis de Apuleyo», pp. 305-313.

[138] A. Duplá, «Interpretaciones de la crisis tardorrepublicana: del conflicto social a la articulación del consenso», pp. 185-201.

[139] D. Plácido, «Resistencia, sumisión e interiorización de la dependencia. La dependencia como protección», pp. 163-170.

[140] D. Pérez Sánchez, M. J. Rodríguez Gervás, «Caridad cristiana e interiorización de la dependencia. Sidonio Apolinar», pp. 331-340.

[141] J. Alvar, P. Giménez de Aragón, «Didáctica del buen comportamiento. El magisterio de la sumisión en el Nuevo Testamento», pp. 397-415.

[142] M.a Amparo Pedregal, «"Ancilla Dei". El discurso cristiano sobre la sumisión femenina», pp. 417-434.

[143] A. Lozano, «Devoción religiosa y sumisión personal a la divinidad en las aldeas minorasiáticas lidio-frigias», pp. 341-355.

[144] R. M.a Cid, «Imágenes y prácticas religiosas de la sumisión femenina en la antigua Roma. El culto de "Juno Lucina" y la fiesta de "Matronalia"», pp. 357-372.

[145] A. Gonzalès (ed.), La fin du statut servile? Affranchissement, Libération, Abolition. XXXe colloque du GIREA, Besançon 2005, Besançon, PUFC, 2008.

[146] «Zeus Eleutherios/Zeus Soter y la liberación de esclavos-dependientes en el Peloponeso», pp. 77-87.

[147] «Integración ideológica y transformación del bárbaro: de servus a colonus», pp. 125-141.

[148] «El liberto Trimalción en el Satiricón de Petronio. Entre la libertad y la dependencia», pp. 229-240.

[149] «La théorie de l'égalité des êtres humains et l'évolution des formes de dépendance», pp. 467-473.

[150] «Deditio in fidem and peasant forms of dependence in the Roman provincial system: the case of Northwestern Iberia», pp. 501-509.

[151] R. Arcuri, E. Caliri, A. Pinzone (eds.), Forme di dipendenza nelle società di transizione. XXXIIe colloque du GIREA, Messine 2008, Mesina, Di.Sc.A.M., 2012.

[152] M. Valdés, «De la esclavitud por deudas a la esclavitud mercancía: formas de dependencia en Atenas arcaica», pp. 11-28.

[153] D. Plácido, «Las Formas de dependencia en Atenas en la transición hacia el Helenismo», pp. 57-64.

[154] A. Duplá, «Buscando los rostros de la plebe romana tardorrepublicana», pp. 97-113.

[155] A. Pedregal, «Las últimas esclavas. Violencia e (in)dependencia femenina en los tratados patrísticos sobre la virginidad», pp. 339-349.

[156] F. Reduzzi (ed.), Dipendenza ed emarginazione nel mondo antico e moderno. XXXIIIe colloque du GIREA, Naples-Ascea 2009, Roma, Aracne, 2012.

[157] D. Plácido, «Los límites de la marginación en la formación del cuerpo cívico ateniense», pp. 81-90.

[158] D. Pérez Sánchez, «Sinesio de Cirene y los bárbaros: dependencia y discriminación», pp. 179-190.

[159] M. Valdés, «Dependencia y marginación en Homero y en Hesíodo», pp. 191-206.

[160] A. Pedregal, «“Secessae Mundi”. Márgenes, (in)dependencia, espacios para la trasgresión en el cristianismo primitivo», pp. 233-250.

[161] M. Rodriguez Gervás, «Prisión, pobreza y dependencia en el “De vinctis” de Libanio», pp. 263-274.

[162] S. Reboreda, «Madres dependientes en la Antigüedad Griega. Su importancia en la preservación de la “polis”», pp. 337-348.

[163] B. Montoya, «La marginación social como factor de identificación de la “esclavitud” en la antigüedad», pp. 275-286.

[164] O. Olesti, C. Carreras, «Esclavos y libertos en la producción vinícola y alfarera en el Ager Barcinonensis: de la marginalidad al éxito económico», pp. 301-328.

[165] M.a J. Hidalgo, «Libertad, esclavitud y género: el mito apuleyano de Cupido y Psique (Met. 4.28- 6.24)», pp. 359-374.

[166] M. Campagno, J. Gallego, C. García Mac Gaw (eds.), Besançon, PUFC, 2013.

[167] A. Pedregal, «Nonnullae se libere et servis suis conferunt…, servili amore bacchata(e). Uniones entre mujeres libres y esclavos, y el orden del reino de los cielos», pp. 337-353.

[168] D. Plácido, «El imperio ateniense como subordinación servil», pp. 273-281.

II. ¿SISTEMA ATLÁNTICO O PRIMERA MUNDIALIZACION? UNA PERSPECTIVA MARXISTA

Carlos Martínez Shaw

Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid

Recientemente, dos teorizaciones referidas a la época moderna se han abierto camino en los debates historiográficos: el sistema atlántico y la primera mundialización (mejor que globalización). Como es obvio, la aparición de estos dos conceptos en el debate no es accidental, sino que, como siempre sucede en el mundo de la historiografía, responde a la proyección hacia el pasado de fenómenos del presente. En este caso concreto, el atlantismo, que ya tuvo su primera manifestación en la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, se ha revestido de un ropaje nuevo para reforzar material y, sobre todo, ideológicamente la hegemonía de Estados Unidos, asentada en la alianza con otros países afines, especialmente el Reino Unido y, ocasionalmente, España (con motivo de la guerra de Irak y el apoyo del entonces presidente del gobierno en una actuación de mero comparsa). En ese sentido, la historiografía trata de sostener la existencia de unos lazos que vinculan indisolublemente a las comunidades de uno y otro lado del Atlántico desde el momento del descubrimiento de América: unos lazos que, superando diferencias nacionales y situaciones coloniales de dominación y dependencia, han llegado a la constitución de una «civilización atlántica» basada en la defensa de los valores de la familia, la religión cristiana, la democracia y el capitalismo.

Desde otra perspectiva, Henry Kamen nos ofrece una construcción historiográfica en la que el Imperio español de los tiempos modernos aparece inicialmente como una obra colectiva, que se erige también al margen de las diferenciaciones de origen o de clase entre los grupos constitutivos, ya sean colonizadores, indios reducidos a servidumbre o esclavos negros condenados al trabajo forzado en las plantaciones:

Considero a los españoles no como los únicos «impulsores y animadores» que «labraron la gloria de un imperio»… Los creadores del imperio, según sostenemos aquí, no fueron solo los conquistadores de España. Fueron también las propias poblaciones conquistadas, los inmigrantes, las mujeres, los deportados, los marginados. Ni fueron solo españoles, sino también italianos, belgas, alemanes y chinos.

Y más adelante:

Mi exposición, debería advertirse, rechaza explícitamente el punto de vista generalizado según el cual los europeos constituían la base del poder, y que una suerte de milagro ocurrido en Europa les dio la supremacía mundial. […] El lector comprobará que, para mí, el imperio español fue creado por nativos americanos, africanos y asiáticos en no menor medida que por europeos[1].

Esta declaración, si por un lado parece rechazar el eurocentrismo anterior, por otro engloba bajo una misma capa a todos los agentes sin tener en cuenta su situación objetiva en el organigrama del dominio imperial:

No obstante, el peaje en vidas humanas no fue en menor medida responsabilidad de aquellos que ayudaron a sostener el poder español. Los aliados tlaxcaltecas de Cortés que ayudaron a masacrar y destruir Tenochtitlán, los regimientos alemanes que causaron carnicerías inmisericordes en San Quintín en 1557 y en Malinas en octubre de 1572 eran parte del mismo y brutal aparato militar.

Por fortuna, el párrafo final recuerda a los damnificados y dibuja la obligada dicotomía entre los verdugos y las víctimas:

Fuera de Europa, el precio [del Imperio] fueron los miles de africanos que se pudrían y morían todos los años en los barcos de esclavos portugueses, ingleses y holandeses que atravesaban el Atlántico; los millares, las decenas de millares de aldeas indígenas cuyas tierras fueron invadidas por plantas, animales y agentes patógenos del Viejo Mundo. Fue, más allá de toda duda, una inmensa y gloriosa epopeya para muchos, pero para muchos otros estuvo teñida de una irreparable desolación[2].

La teorización precedente ha iniciado el desplazamiento que conduce desde el sistema atlántico (caracterizado por la visión de un mundo tripartito de europeos, americanos y africanos convenientemente pasteurizado por el eufemismo del «comercio triangular») a un mundo global. Hoy día, la globalización es un concepto que sobre todo trata de expresar el beneficio universal que conlleva la libre circulación de bienes, capitales y empresas a escala mundial. Naturalmente, esta formulación no explicita que ello quiere decir, ante todo, la ampliación de los mercados para los países productores, la movilidad de los capitales superando las trabas del proteccionismo y de los intereses nacionales de los países menos favorecidos y la deslocalización de empresas para obtener una mano de obra más barata y con menos tradición en la defensa de los derechos laborales. Y, finalmente, esconde la imposición de las mercancías de los países productores, la imposición de las normas contractuales de las empresas multinacionales a los países receptores y la imposición de la inmovilidad a los trabajadores de los países desfavorecidos mediante la implantación de toda clase de regulaciones restrictivas contra los inmigrantes que tratan de cruzar la frontera que separa a los países pobres de los países ricos, de tal modo que la «globalización humana» es la única que conoce restricciones, a veces mediante la creación de un limes de civiles armados con licencia para matar, la edificación de «muros de la vergüenza» o el levantamiento de vallas erizadas de cuchillas.

No es nuestro cometido analizar la situación actual, para lo cual no tenemos la formación requerida, sino simplemente señalar sus antecedentes en los tiempos modernos para argumentar la existencia de diversos sistemas atlánticos que suponen diversos sistemas de imposición del pacto colonial sobre la base de la explotación económica y no de la construcción de sociedades portadoras de unos valores defendibles en el mundo de hoy día (la familia nuclear, el cristianismo, la democracia, el capitalismo), ocultando otras cuestiones como la conquista militar, la sumisión política, la regulación mercantilista, el imperialismo

ecológico o la necesaria práctica del esclavismo para la supervivencia de tales sistemas.

Por otra parte, queremos argumentar también la consideración de los sistemas atlánticos como meros subsistemas dentro de una economía mundial, que no se entiende sin la expansión europea en Asia, sin la apertura de rutas comerciales que llevan a los barcos del Viejo Mundo hasta los estados ribereños del Índico y del Pacífico para establecer relaciones mercantiles o para imponer economías de plantación siguiendo los intereses europeos, igualmente mediante los métodos de la ocupación territorial y el sometimiento político. Si hay algo que caracteriza la historia de la Edad Moderna es justamente la interacción de los diversos espacios geográficos, la aparición de rutas que comunican entre sí los diversos océanos, la transferencia de producciones entre los diversos continentes. La primera mundialización fue una realidad multifocal, sin un centro hegemónico único, lo que no es en absoluto incompatible con el hecho de que la Edad Moderna también signifique el comienzo de una verdadera historia universal.

Tomemos como punto de partida para la tesis del sistema atlántico el coloquio de Hamburgo (1999), que produjo una publicación clave de esta teorización[3]. En el volumen colectivo destaca la ponencia de Pieter Emmer (pp. 169-178), cuyo fundamento es la existencia de una «transferencia de valores y normas» del lado europeo al lado americano del Atlántico. Estos valores son «la protección de la propiedad privada, la monogamia y la familia nuclear», el hallazgo de un «lugar para las mujeres y los niños en la economía y la sociedad» y la afirmación de la superioridad del trabajo libre[4].

Naturalmente, esta construcción, al margen de las numerosas preguntas que suscita, se olvida de una serie de factores insoslayables: el impacto militar (y, consecuentemente, demográfico, económico, social y político), la conquista y la ocupación del territorio, el sentido de los intercambios impuestos por los europeos, las reducidas dimensiones de las migraciones y sociedades «blancas», las transferencias (normalmente forzosas) en sentido inverso (materias primas y metales preciosos), la necesaria (y también forzada) aportación africana de mano de obra esclava, la coexistencia del trabajo libre con la esclavitud negroafricana (hasta finales del siglo XIX) y con los contratos obligados en la América anglosajona, el destino final de la población autóctona, una parte de la cual no pudo beneficiarse de las transferencias de aquellos valores y normas superiores: integración o marginación en la América española y arrinconamiento o exterminio en la América anglosajona.

Hay un modelo alternativo, que no está lejos del propuesto en la misma obra por Horst Pietschmann: «En relación con el término “sistema atlántico” es ciertamente necesario adelantar y refinar el análisis a fin de responder a la cuestión de si estamos tratando de uno o varios sistemas»[5]. Como respuesta a esta cuestión, Carlos Martínez Shaw y José María Oliva señalaron las características específicas de un sistema atlántico español, basado en la instalación de colonos blancos libres, el monopolio privado e hispano de la explotación del Nuevo Mundo, el predominio de la economía extractiva (singularmente, la plata), la separación de la república de los españoles de la república de los indios, la explotación de la población nativa dentro de un marco legal, la concesión de una autonomía y un gobierno local a los indios sometidos en cambio a la obligatoria evangelización cristiana, la conservación de las comunidades indígenas coexistiendo con la explotación de una minoría negra esencialmente privada de derechos[6].

En resumen, la propuesta de un sistema atlántico basado en la transferencia de una serie de valores europeos ni es aceptable ni es universal. En su ensayo de historia comparada de los imperios atlánticos de España e Inglaterra, John Elliott distingue claramente las características de uno y otro «sistemas atlánticos», empezando por una cita de David Hume: «Las colonias españolas, inglesas, francesas y holandesas son todas distinguibles incluso entre los trópicos». Un primer origen de las diferencias se desprende de la interacción entre las actitudes y los conocimientos aportados por los europeos y las condiciones locales que nunca son iguales y a menudo son opuestas[7]. Así, hay que convenir con Pierre Vilar (glosando a Lenin) que «el imperialismo español en América era la última etapa del feudalismo», del mismo modo que las condiciones diferenciales del encuentro en tierras americanas quedan también definidas tanto por el espacio (distintas geografías humanas y económicas) como por el tiempo (distintos momentos de implantación de las colonias españolas, desde finales del siglo XV, y de las colonias inglesas, desde principios del XVII). Y así, el profesor de Oxford puede afirmar que las colonias se distinguían entre sí (como ya había señalado Hume) pero también cada una de ellas de las «comunidades metropolitanas de que habían surgido»: Nueva España no era España ni Nueva Inglaterra era Inglaterra.

En conclusión, para John Elliott también hay varios sistemas: «Cuando se toman en cuenta todas las variables introducidas por el lugar, el tiempo y los efectos de la interacción mutua, cualquier comparación sostenida de los mundos coloniales de Gran Bretaña y España en América tiene que ser imperfecta»[8]. En ese

sentido, son más las diferencias que las similitudes, con algunas constataciones que parecen desmentir tópicos muy difundidos: la América inglesa no produjo beneficios a la metrópoli, mientras ocurría lo contrario con la América española. Así: «las Trece Colonias continentales, y posiblemente también las Antillas británicas, no proporcionaron ningún beneficio significativo, en caso de que produjera alguno, para Gran Bretaña». Y, en cambio: «La América española, a diferencia de la británica, se autofinanciaba y no constituía en sí misma una sangría para el contribuyente castellano»[9]. Todo lo cual abona la idea, por un lado, de un comportamiento divergente de los respectivos «sistemas atlánticos» y, por otro, de la necesidad de estudiar detenidamente cada uno de los casos: «Detrás de los valores culturales y los imperativos económicos y sociales que configuraron los imperios español y británico del mundo atlántico, se halla una multitud de elecciones personales y las consecuencias imprevisibles de acontecimientos inesperados»[10].

Si la primera idea es la existencia de varios sistemas atlánticos (dejando además a salvo la necesidad de un análisis que tenga en cuenta las variables de un mundo extremadamente complejo), la segunda idea es que el «sistema atlántico», o de acuerdo con lo ya expresado, los subsistemas atlánticos no se entienden sin una inserción de los mismos dentro de un universo global, dentro de ese solo mundo alumbrado por los grandes acontecimientos que, en el transcurso de unos treinta años, pusieron en contacto a unos espacios que nunca habían tenido relación entre sí y ni siquiera conocimiento de su existencia respectiva: la llegada de los barcos españoles a América (1492), la llegada de los barcos portugueses a la India (1498), el paso desde la «Mar del Norte» (el Atlántico) a la «Mar del Sur» (el Pacífico) (1513) y la realización por la nao Victoria de la primera circunnavegación (1522). De esta manera, por primera vez en la historia, se produjo una serie de insólitas transferencias de personas, de productos, de cultivos y de informaciones, una comunicación permanente entre las «cuatro partes del mundo» para utilizar la expresión de Serge Gruszinski.

De esta manera, el Atlántico dejó de ser un universo cerrado y pasó a estar intercomunicado con los demás océanos. Ahora, en primer lugar, es forzoso contestar a algunas nuevas preguntas: el «sistema atlántico», ¿incluye a Acapulco y El Callao, a Realejo y Valparaíso? ¿Incluye al África del Índico, a Mozambique, de donde llegan no pocos esclavos a Brasil? En segundo lugar, la revolución comercial del siglo XVII queda mutilada si los barcos portugueses, holandeses, ingleses y franceses no cruzan el cabo de Buena Esperanza y se encaminan al Índico y al Pacífico. En tercer lugar, no basta señalar la llegada a

América del ganado europeo y la llegada a Europa de los productos americanos (el maíz o la patata), sino que hay que señalar las transferencias que se multiplican en todas direcciones: la batata y el tabaco que de América navegan a Europa y Asia, el algodón que desde Asia viaja a Europa y América, el azúcar que de Asia pasa a Europa y de Europa a América, la mandioca que desde América navega a África, el sorgo que desde África pasa a América y así sucesivamente. Un ejemplo de esta multilateralidad que ha devenido en multiculturalidad lo puede dar el almuerzo celebrado en la Universidad de Leiden con motivo de la reunión de la Asociación de Historiadores de Latinoamérica: los cocineros europeos ofrecieron un plato típicamente indonesio condimentado esencialmente con salsa saté, hecha a base del cacahuete (cacahuate, cacahuatl) importado en los tiempos modernos desde tierras americanas al sudeste de Asia.

La información también sufrió el mismo proceso de multilateralidad y de multifocalidad. Los jesuitas importaron noticias europeas a Asia, América y África, pero enviaron a Europa las noticias recogidas en Asia, América y África. El contacto dio asimismo lugar a numerosos casos de sincretismo: un biombo japonés con la representación de la batalla de Lepanto, un biombo del Imperio del Medio con dos aves fénix chinas (fong-hoang) entrando en el arca de Noé, una porcelana fabricada en la novohispana Puebla de los Ángeles a imitación de la cerámica española de Talavera pero con representación de chinos con sombrillas… Y así sucesivamente.

En esta línea, la ciudad de México pudo creerse en la primera década del siglo XVI que había pasado a situarse en el centro del mundo, por su equidistancia del Pacífico y el Atlántico, por su relación privilegiada con los dos mayores imperios del mundo, la China de los Ming y la España de los Austrias. A la ciudad de México afluían, por un lado, las noticias de todo el mundo, como sabemos gracias a los apuntes del noble chalca (de la antigua Confederación Chalca del México central) Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahín Cuautlehuanitzin, quien a principios del siglo XVII podía dar cuenta a la vez de los sucesos acaecidos tanto en Europa como en Asia, fechando los avisos en su propia lengua náhuatl: «Yquac ohualla tlahtolli in la China omachiztico»; o «Axcan miércoles yc 8tia metztli setiembre de 1610, y quacnican Mexico». En el primer caso, daba a conocer que los españoles habían conquistado las islas moluqueñas de Ternate y Tidore en 1606, mientras en el segundo comunicaba que el rey Enrique IV de Francia había sido asesinado en 1610.

Y a la ciudad de México afluían, por otro lado, todas las riquezas del mundo, como expresaba en 1604 Bernardo de Balbuena en los versos de su obra Grandeza Mexicana (de significativo título):

La plata del Perú, de Chile el oro

viene a parar aquí y de Terrenate

clavo fino y canela de Tidoro.

De Cambray telas, de Quinsay rescate,

de Sicilia coral, de Siria nardo,

de Arabia incienso, y de Ormuz granate.

Diamantes de la India, y del gallardo

Scita balajes y esmeraldas finas,

de Goa marfil, de Siam ébano pardo.

De España lo mejor, de Filipinas

la nata, de Macón lo más precioso,

de ambas Javas riquezas peregrinas.

La fina loza de Sangley medroso,

las ricas martas de los scitios Caspes,

del Troglodita el cínamo oloroso.

Ámbar del Malabar, perlas de Idaspes,

drogas de Egipto, de Pancaya olores,

de Persia alfombras, y de Etiopía jaspes.

De la Gran China sedas de colores,

piedra bezar de los incultos Andes,

de Roma estampas, de Milán primores.

Cuantos relojes ha inventado Flandes,

cuantas telas Italia, y cuantos dijes

labra Venecia en sutilezas grandes.

Finalmente, el caso de la plata representa el mejor ejemplo del significado de la primera mundialización. En el siglo XVI, la plata tiene su principal centro de producción en la América española. México y Perú. El mineral se expande a partir de dos circuitos distintos. El primero lleva desde las minas mexicanas o altoperuanas hasta los puertos expedidores de Veracruz y El Callao, de donde, por camino directo (en el primer caso) o indirecto (en el segundo, con las escalas de Panamá y Portobelo), la plata llega hasta Sevilla. Este circuito legal u oficial puede ser sustituido por una circulación de contrabando que, partiendo del yacimiento altoperuano de Potosí, atraviesa Tucumán para alcanzar Buenos Aires y desde ahí Río de Janeiro, punto de embarque para Lisboa. El segundo circuito lleva la plata novohispana hasta el puerto de Acapulco, embarcándose en dirección a Manila, desde donde se distribuye esencialmente a China, aunque también a otras plazas asiáticas. Al igual que en el caso anterior, este tráfico legal u oficial admite también una variante de contrabando, que implica la llegada a Acapulco de la plata que, procedente de Potosí y embarcada en el puerto de El Callao, finalmente navega también hasta Filipinas (y de allí a China) por la misma ruta del Galeón de Manila. La plata que ha llegado a Sevilla no se detiene en este primer destino europeo, sino que, después de redistribuirse por Europa, navega en parte hasta Extremo Oriente a través de varias rutas: el cabo de Buena Esperanza, el Mediterráneo y el Imperio otomano y el Báltico siguiendo por Polonia y Rusia hasta Persia, muriendo siempre, finalmente, en China (y no en Génova, como creía Francisco de Quevedo).

La plata se convierte así en el principal agente de la primera globalización, en el factor que suelda la economía mundial en el «Pacífico de los Ibéricos», tomando prestada la frase a Pierre Chaunu. No es este el lugar para reabrir los relevantes

debates a que ha dado lugar este comportamiento de la plata en el proceso de mundialización iniciado en el siglo XVI, pero sí sugerir que siguen abiertas muchas de las controversias en las que han participado a lo largo de los años numerosos historiadores de formación marxista: España como mero «puente de plata» entre América y Europa (pero entonces, ¿cómo sufrió una inflación patológica?), España como las «Indias de Europa» (capaz de saldar con la plata previamente extraída de América su déficit de productos manufacturados), España arrastrada a la decadencia justamente por su sobreabundancia de plata (pero el Imperio se mantuvo durante más de tres siglos y además, en la visión optimista de Dennis Owen Flynn y Arturo Girárdez, acumuló un portentoso patrimonio artístico), la proporción respectiva del circuito con destino a Sevilla y del circuito con destino a Manila (the two legs pudieron estar equilibradas pero también pudieron decantarse a favor de las llegadas a Europa en una proporción de tres a uno), la plata como combustible indispensable de la primera globalización pero solamente hasta 1650 (tesis de Flynn y Girárdez) o bien, como parece mucho más plausible, ejerciendo ese papel sin solución de continuidad al menos hasta 1820, incluso conservando los pesos fuertes o reales de a ocho españoles todo su prestigio hasta bien entrado el siglo XX.

En definitiva, la primera mundialización exige el esfuerzo de repensar toda la historia económica de la Edad Moderna. Desde luego, esta es la perspectiva correcta, por mucho que se alegue la autonomía de los distintos subsectores, incluyendo el tan publicitado «sistema atlántico». Las cuatro partes del mundo, como puede verse en la famosa serie pintada en la segunda mitad del siglo XVII por Jan van Kessel y custodiada en la Alte Pinakothek de Múnich, fueron, tras el descubrimiento de América, un motivo recurrente de la pintura europea de los tiempos modernos. Un motivo que no solo tiene en cuenta los intercambios económicos o los nuevos hábitos de consumo, sino también los procesos de aculturación inducidos por los europeos, como puede verse en el cuadro de Johann Wolfgang Baumgartner de la Alte Galerie am Joanneum de Graz, en el que las encarnaciones de los cuatro continentes (un asiático enturbantado, un amerindio empenachado, un africano enturbantado y empenachado a la vez y una europea coronada) se muestran adorando a la Eucaristía al unísono.

En cualquier caso, el ejemplo más señero es el de los frescos de Giambattista Tiepolo que decoran el techo de la escalera principal de la residencia de Würzburg: América aparece representada materialmente por varios haces de caña de azúcar y una espléndida jarra y una vistosa taza de chocolate; África se destaca ante todo por un manojo de lotos y papiros y por un par de magníficos

colmillos de elefante; Asia aparece como un continente no solo rico en mercancías sino también como cuna de la arquitectura, la escultura, la escritura y la medicina y como sede de la proverbial sabiduría oriental; finalmente, Europa pone de relieve su primacía política y militar, su mecenazgo de las artes (simbolizado por una orquesta integrada por cantantes y músicos con sus partituras y sus instrumentos de cuerda) y su afán expansivo fuera de sus fronteras con la encarnación de la pintura dibujando la Península del Labrador sobre el globo terráqueo. La obra de Tiépolo, concluida en 1753, era el resultado de más de tres siglos de exploraciones y descubrimientos, de transacciones mercantiles e intercambios intelectuales, de colonizaciones y mestizajes, de relatos de misioneros y navegantes, de estampas de dibujantes y grabadores. En definitiva, era un testimonio de que los nuevos mundos se habían incorporado decididamente al horizonte mental de los europeos durante los tiempos modernos.

La primera mundialización significó un paso adelante en la historia universal: es más, creó la historia universal. En su haber, debe figurar el desarrollo de la economía, la multiplicación de los intercambios mercantiles y culturales, la expansión del conocimiento. Sin embargo, el prodigioso proceso de cambio a escala planetaria tuvo sus contrapartidas. Se ha hablado mucho del impacto microbiano y sus negativos efectos sobre el aumento de la morbilidad como efecto indeseado pero al margen del control humano. Sin embargo, hay que subrayar la responsabilidad humana en otros procesos: la división internacional del trabajo impuesta desde Europa a América como productora de metales preciosos, a Asia como productora de productos manufacturados de calidad para el mercado occidental del lujo, a Indonesia como productora de especias bajo un régimen especialmente depredador, a África como proveedora de mano de obra esclava para la economía americana de plantación. Del mismo modo, la atribución de papeles económicos desencadenó el imperialismo ecológico, el traslado masivo y forzoso de poblaciones, la desarticulación de las sociedades autóctonas, la represión de las resistencias indígenas, la competencia muchas veces cruenta por los mercados. Tras las guerras de conquista territorial, la relación de dominación y dependencia fue la norma entre los hombres que establecieron los primeros contactos, la construcción del mundo global obligó a las distintas poblaciones de muy diferentes maneras, la agresión cultural completó una política de sometimiento económico, político y social.

Hoy día, la nueva globalización retoma viejas conductas procedentes de la primera mundialización. Nos encontramos ante un sistema multilateral, donde el

papel dominante se reparte entre diversos protagonistas: Estados Unidos en decadencia, la Europa en la senda de la pérdida de sus valores, las nuevas potencias imperialistas con políticas al margen de los derechos humanos y políticos al estilo de China o de Rusia. Siguen siendo reconocibles las víctimas del proceso: los países que no acaban de encontrar su vía de desarrollo, los trabajadores de tantas regiones que, carentes de derechos laborales, trabajan para las grandes multinacionales, los países que son víctima de la agresión arbitraria de sus vecinos como Palestina frente a Israel. Se observan fenómenos de regresión que ahora lo son a escala planetaria: la relativización de los valores de la democracia, el auge de las religiones como agentes de la irracionalidad y el fanatismo, el ascenso del poder incontrolado de las grandes corporaciones que se imponen a la representatividad de los gobiernos democráticos. Se trata, por tanto, de una globalización presa de un «totalitarismo frío» (para utilizar las palabras de Gruszinski), de una mundialización que no garantiza la igualdad, el desarrollo y el progreso de los individuos y de los pueblos. Por esta razón, encontrar las alternativas en un universo ya indefectiblemente globalizado es precisamente el reto capital de los intelectuales progresistas de nuestros días.

[1] H. Kamen, Imperio. La forja de España como potencia mundial, Madrid, 2003, pp. 12-14.

[2] Ibid., p. 584.

[3] H. Pietschmann (ed.), Atlantic History. History of the Atlantic System, 1580-1830, Gotinga, 2002.

[4] Ibid., pp. 169 a 178.

[5] Ibid., p. 43.

[6] C. Martínez Shaw y José María Oliva, Madrid, 2005.

[7] J. Elliott, Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América, 1492-1830, Madrid, 2006.

[8] Ibid., p. 17.

[9] Ibid., p. 591.

[10] Ibid., p. 596.

III. EL ANÁLISIS DE LAS TRANSICIONES

Juan Trías Vejarano

Universidad Complutense de Madrid

Si uno interrogase hoy a los estudiantes sobre que les evoca la palabra «transición», la respuesta prácticamente unánime seria que la transición española de la dictadura a la democracia, es decir, un fenómeno político. Esto refleja un hecho más general, de desplazamiento del significado socioeconómico, vigente hasta los años ochenta del pasado siglo, a uno político, que predomina en la actualidad. Esto se puede comprobar si se abre la entrada de Wikipedia de «Transición», en la que habla de diferentes significaciones. En ciencias sociales, menciona cuatro, de las que nos interesan las dos primeras: «Transición política, entendida normalmente como transición a la democracia», donde se mencionan la española, la chilena y la portuguesa. La segunda es «Transiciones del modo de producción», en las que señala tres: «Transición del esclavismo al feudalismo… Transición del feudalismo al capitalismo… Transición al capitalismo…». Mientras que de las dos primeras dice que son «fase de la evolución histórica, según el modelo de explicación materialista», de la tercera específica «de los antiguos países comunistas, desde 1989».

Seguramente el desplazamiento referido es expresión de varios factores, que tampoco son independientes entre sí. El fenómeno aludido puede ser comprendido en el marco del llamado revisionismo historiográfico, que abarca varios registros, desde la puesta en cuestión de las explicaciones globales y, más concretamente, de las socioeconómicas, entre las que siempre ha figurado el materialismo histórico, que si nunca las ha reducido al llamado factor económico, sí concedía una primacía al modo de producción y a la formación económica, hasta la atención prestada a la historia política y a la narrativa. Todo esto, si bien arranca de antes, en una opinión ampliamente compartida sería uno de los efectos de la afirmación del llamado neoliberalismo a partir de los ochenta, ha sido reforzado por las consecuencias de la caída de los regímenes del socialismo real.

A nuestros efectos, estimo que se puede tomar como punto de partida la definición de «transición» debida a Maurice Godelier que aparece en el Dictionnaire critique du marxisme, dirigido por G. Labica y G. Bensussan, y que reza:

Por transición, se designa generalmente en las ciencias históricas y antropológicas una fase particular de la evolución de una sociedad, aquella en la que encuentra dificultades internas o externas crecientes, para reproducir el sistema económico y social sobre el que se funda y comienza a reorganizarse, más o menos rápidamente y más o menos violentamente sobre la base de otro sistema que, finalmente, se convierte a su vez en la forma general de las nuevas condiciones de existencia.

[…]

En Marx, la noción de Übergang, de paso, designa los procesos y las formas de transformación de un modo de producción en uno o varios y de una formación económica y social en una o varias. Las épocas de transición son, pues, épocas de creación de relaciones sociales nuevas, marcadas por revoluciones sociales y políticas que corresponden a revoluciones en el desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Son épocas en las que se termina el desarrollo contradictorio de un modo de producción y de la formación económica y social edificada sobre su base[1].

Como se puede apreciar, la categoría de transición se aplica a un modo de producción y a la formación económica y social edificada sobre su base[2], lo cual evidentemente no obsta a que se analice ese proceso en una sociedad concreta, pero siempre que se la encuadre en uno o unos modos de producción y, más ampliamente, en una o unas formaciones económica y social, pues no se trata solo de analizar lo que acontece en el modo de producción, sino de extenderlo, como señala el mismo Godelier, al «análisis de las transformaciones de las estructuras familiares… de los regímenes políticos… de las ideologías»[3].

Por lo general, en los análisis de la transición o transiciones entre los autores de orientación marxista, ha prevalecido la atención a lo que sucedía en el modo de

producción, en su articulación de fuerzas productivas y relaciones de producción con su correspondiente estructura de clases. Así sucedió en los que se han considerado los debates clásicos sobre la cuestión: en primer lugar, en el que se desarrolló entre Maurice Dobb y Paul Sweezy en los primeros años de la década de los cincuenta del pasado siglo en la revista Science and Society a partir del libro del primero Studies in the develpment of capitalism, al que siguieron otras aportaciones, en los que se debatía el «motor» de la crisis del modo producción feudal y otros extremos relacionados con el tema[4]. El centro de la polémica radicaba en cuál era el motor del cambio, si lo acontecido en la esfera de la producción como defendían Dobb y otros autores, o en la del cambio como sostenía Sweezy.

En 1974 se publicaba el primer volumen de la enjundiosa obra de I. Wallerstein El moderno sistema mundial, titulado La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI[5]. La tesis del autor es que a partir de esa fecha se irá formando una economía mundo, es decir, un sistema que desbordaba las fronteras estatales pero cuyo lazo era económico, que, teniendo como origen la Europa meridional y central después se ampliaba a la Europa del Este y al continente americano. Surgido de la crisis bajomedieval, se iba a desarrollar «la apropiación de un excedente basado en una productividad más eficiente y ampliada (en primer lugar en la agricultura y posteriormente en la industria) por medio del mecanismo de un mercado mundial, con la asistencia "artificial" (es decir, ajena al mercado) de los aparatos de Estado, ninguno de los cuales controlaba en su totalidad el mercado mundial». Para ello fueron esenciales tres cosas: una expansión geográfica, «el desarrollo de variados métodos de control del trabajo para diferentes productos y zonas de la economía-mundo» y la creación de aparatos de Estado relativamente fuertes en lo que sería el centro del sistema[6].

El sistema se articulaba en un centro y unas periferias, a lo que se añadía una semiperiferia. Lo fundamental era la división del trabajo, basada en diferentes relaciones producción, de las que solo las del centro eran capitalistas, mientras que en América descansaban en la encomienda y la esclavitud, y en el este de Europa en la llamada segunda servidumbre, o sea, un régimen señorial. En otras palabras, las de la periferia se caracterizaban por lo que Marx denominó «coacción extraeconómica». Sin embargo, el sistema era capitalista, por serlo el mercado mundial, pese a que solo en el centro se daban relaciones de producción capitalistas. ¿Era una vuelta a las tesis de Sweezy?

En los ochenta tendría lugar el conocido como El debate Brenner[7], en el que participaron, junto a marxistas, historiadores de otras orientaciones, y en el que ocupó un lugar fundamental, a partir del planteamiento de Brenner, el papel de la lucha de clases. El trasfondo, como se reconoció, era la transición al capitalismo, que para él se operaba en Inglaterra, diferencia de Francia y el este de Europa, como resultado de la resolución de la lucha de clases en el sector agrario en una u otras. El enfoque de Brenner fue criticado por Guy Bois, que lo calificó de marxismo político; para el autor francés el énfasis debía ponerse en el modo de producción feudal y sus contradicciones.

Aparte de estos dos clásicos, hay otros trabajos sobre transición o transiciones. Insistimos en el plural, pues es frecuente que la transición se efectúe no solo desde un modo de producción o de una formación económica y social, sino de varios. Es el caso, según Perry Anderson en Transiciones de la Antigüedad al feudalismo, del modo de producción feudal en territorio europeo, que deriva de la descomposición del modo de producción esclavista sobre el que descansaba el Imperio romano, y de los primitivos modos de producción de los invasores germánicos que sobrevivieron en sus nuevos hogares después de las conquistas bárbaras[8]. Anderson reconoce su deuda con la ponencia presentada en 1970 en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Moscú por Z. V. Udaltzova y E. V. Gutnova bajo el título La génesis del feudalismo en los países de Europa en la que se abordan cuatro tipos de transiciones; en realidad tres, pues la segunda tiene dos variantes[9].

En 1998 apareció el libro Transiciones en la Antigüedad y feudalismo, en el que se recogían las ponencias presentadas en el seminario que sobre esa temática organizó la Fundación de Investigaciones Marxistas[10]. En la «Presentación» escribíamos:

Se puede constatar en el mismo título el empleo del plural. Ello responde a dos razones: por una parte, a la pluralidad de procesos analizados, algunos internos a las propias formaciones. Por otra, a la idea de que no existe una vía única, lo que está en consonancia con la diversidad de las entidades a partir de las cuales se producen los cambios, aunque queda abierta la cuestión de si existen ciertas pautas o determinaciones comunes, que, en cualquier caso, dependerán de cuales sean los procesos contemplados. También resulta patente que el análisis de la transición o transiciones no se puede limitar a las transformaciones en el modo

de producción, o bien porque no se produzca tal fenómeno como sostienen algunos participantes, o bien porque fenómenos que se sitúan en otros planos sean igualmente significativos.

En estas líneas se esbozaban ciertas tesis que pensamos gozan de general consenso entre los investigadores de orientación marxista y un programa pendiente de desarrollo. Los textos recogidos responden a estos propósitos y en nuestra opinión son de indudable valor. En todo caso, es el más amplio de los publicados en España sobre el tema.

Haciendo referencia o no al término, la problemática de la transición o transiciones han estado presentes en los trabajos realizados por muchos investigadores sobre las convencionalmente denominadas Prehistoria, Historias Antigua, Medieval, Moderna y Contemporánea en la Península Ibérica, en una enumeración que no podemos realizar. Sí queremos recordar el trabajo de los malogrados (por su temprana muerte) A. Barbero y M. Vigil que, en su renovador libro Sobre los orígenes sociales de la Reconquista[11], analizaban las transiciones desde las formaciones sociales de los pueblos del norte peninsular; era uno de los primeros testimonios de la aplicación de las categorías del materialismo histórico.

Mencionaremos asimismo el libro de Bartolomé Yun Casalilla Sobre la transición al capitalismo en Castilla. Economía y sociedad en Tierra de Campos (1500-1830), porque lo acoge como título y lo coloca bajo el amparo de los debates mencionados, sobre los que se dice:«… queremos llamar la atención sobre los logros que los trabajos citados puedan haber aportado… En concreto, y en primer lugar, el “debate de la transición” ha contribuido a delimitar un campo de análisis dotado de un grado de conjunción de lo teórico con el estudio empírico poco frecuente en otras discusiones entre historiadores y otros expertos en ciencias sociales»[12].

Sí hay que mencionar que las investigaciones no se han limitado a las transiciones del esclavismo al feudalismo y de este al capitalismo, que eran los temas clásicos de la historiografía marxista, sino que se han estudiado, por ejemplo, los procesos de descomposición de los sistemas bajo los que vivían las poblaciones indígenas en la Península Ibérica (como acabamos de ver) y el impacto del esclavismo; o, posteriormente, los procesos plurales de formación

del feudalismo. Hay un punto, que tal vez ignoro por información insuficiente, que es el tratamiento del modo de producción dominante en al-Andalus; no lo aborda un especialista del tema como Eduardo Manzano en el volumen por él escrito Épocas Medievales (2010) de la Historia de España dirigida por Josep Fontana y Manuel Villares. Algunos han hablado a propósito de los países de dominación islámica de modo de producción tributario, es una cuestión que merecería un tratamiento.

Otro campo que ha merecido la atención es el de los modos de producción vigentes en la América precolombina, de los procesos de su formación y de sus crisis, de los sistemas presentes en la América colonial como resultado de la conquista, así como de la transición al capitalismo y de las modalidades que este ha adoptado en los países de América Latina y el Caribe. Un punto muy interesante es si los imperios azteca e inca eran encuadrables en el llamado modo de producción asiático. Sobre todas estas cuestiones hay mucha bibliografía en castellano, inglés, francés, alemán, etcétera.

Se acaba de aludir al modo de producción asiático; este era uno de los mencionados por Marx en el «Prefacio de 1859» a Contribución a la crítica de la economía política, y a él se hace referencia en otros lugares de su obra. En este sentido ocupa un lugar fundamental el texto «Formas que preceden a la producción capitalista», que formaba parte de Las líneas fundamentales de la crítica de la economía política (los Grundrisse)[13]. Sin embargo, fue eliminado en la llamada época estalinista en nombre de suprimir la excepcionalidad asiática, sustituyéndolo por una visión unilineal del desarrollo histórico, articulada en cinco modos: primitivo, esclavista, feudal, capitalista y socialista.

Hoy se ha revisado esta posición, recuperando una visión plurilineal del desarrollo histórico y, con ella, el modo de producción asiática. Respecto a este se ha corrido el peligro que ha acompañado a otros modos de producción precapitalistas, que es el de la generalización abusiva, fijándose en rasgos muy generales. Contra este peligro advertía el volumen de varios autores Primeras sociedades de clase y modo de producción asiático[14]. En este sentido, algunos han preferido denominarlo tributario, que permite aplicarlo a realidades no asiáticas, como la azteca y la incaica; su estudio incluye el de las transiciones que le atañen[15]. También los modos de articulación de las llamadas sociedades primitivas y de sus transiciones han sido objeto de numerosos estudios. Con referencia a ellas, está el papel que desempeñan las relaciones de parentesco que, según Godelier, operan en ellas como auténticas relaciones de producción[16].

El periodo que va desde finales del siglo XV hasta el XVIII ha sido señalado en Europa como de transición del feudalismo al capitalismo, aunque con ritmos e intensidad diferente según las distintas zonas. Para caracterizar el periodo, Peter Kriedte en el libro a él dedicado lo tituló Feudalismo tardío y capital mercantil, cerrándolo con estas líneas: «El lugar histórico de esta crisis era la transición, sumamente dolorosa para los afectados, de un feudalismo tardío impregnado de elementos protoindustriales y de capitalismo agrario al capitalismo industrial»[17]. Con este se producía la subsunción real y no la meramente formal del trabajo bajo el capital que había sido señalada como el punto decisivo en el famoso capítulo sexto inédito de El capital. Lo que confirma la razón de quienes, contra las tesis de Wallerstein, ponen el acento en las transformaciones en el proceso de producción o de trabajo, y no en la esfera de la distribución.

El periodo que cubre el libro de Kriedte es el que ha sido encuadrado bajo la categoría de Antiguo Régimen, que tiene unos rasgos propios en cuanto a estructura de clases con el afianzamiento de la burguesía mercantil y financiera, la importancia de lo que se ha llamado en Francia noblesse de robe junto a la tradicional de espada, la acentuación de la diferenciación en el campesinado entre una burguesía agraria y los jornaleros; con la vigencia de la organización corporativo-estamental y del régimen señorial-feudal. Bajo el Antiguo Régimen se afirma la llamada monarquía absoluta como forma política dominante, sobre la que hay una abundante literatura sobre el alcance del absolutismo sobre todo hasta el siglo XVIII; y respecto a la cual hay la tesis, que a nosotros nos parece correcta, que discute su caracterización como primera forma del Estado moderno o, simplemente, de denominarla Estado, calificándola de forma política preestatal[18].

En ese periodo se produce, en especial a partir del siglo XVII, una confrontación entre los defensores de una visión todavía impregnada de categorías, valores, etc., procedentes del universo cristiano medieval y del aristotelismo, y los portadores de unas nuevas concepciones que hunden sus raíces en el emergente mundo capitalista burgués[19]. En definitiva, para nosotros, el Antiguo Régimen es una formación social de transición entre el feudalismo y el capitalismo, que se resolverá en una crisis y unas revoluciones con tiempos y modalidades diferentes según los países. Ello da pie al tema de las revoluciones burguesas objeto de consideración en la segunda parte del presente libro.

En conclusión, hay todavía mucho que investigar en este campo, pero la categoría de transición o transiciones ofrece una útil herramienta para analizar

los procesos de cambio y crisis de las sociedades. Pone de relieve, una vez más, el valor del materialismo histórico, o mejor, de la concepción materialista-dialéctica de la historia. Esta sufrió una cierta esclerotización en el periodo de entreguerras y, después, en los países del llamado socialismo real, aunque no se pueden ignorar el valor de las investigaciones históricas efectuadas en esos países pese al corsé que les imponían las tesis oficiales. En el llamado Occidente[20], hay un vigoroso desarrollo del marxismo sobre todo a partir de los años sesenta, en el que desempeñaron su papel el «redescubrimiento» de Gramsci, la obra de los historiadores marxistas británicos[21], la de L. Althusser y sus discípulos pese a su excesivo formalismo, etcétera, etcétera.

[1] PUF, 2.a edición, París, 1985, p. 1165. La traducción es nuestra.

[2] Godelier, en nuestra opinión correctamente, aplica la categoría de formación económica y social o formación económico-social, traducción de la alemana ökonomische Gesellschaftsformation, a «una realidad histórica particular compuesta de un modo de producción determinado y del conjunto de relaciones sociales no económicas que se han desarrollado sobre la base de este modo de producción y le corresponden», y no, como acontece en otros autores, a «sociedades concretas, por ejemplo Francia, Alemania, etc., en tanto que su base material descansa sobre la combinación de varias maneras sociales y materiales de producir, en resumen sobre la articulación de varios modos de producción»; esta es la tesis sostenida por L. Althusser y sus discípulos. Véase en obra citada la entrada Formation économique et sociale, pp. 473 y sig.

[3] Op. cit., p. 1165.

[4] Véase R. Hilton (ed.), La transición del feudalismo al capitalismo, Crítica, Barcelona 1977. En esta edición se recogen los textos iniciales del debate y otros posteriores.

[5] Hasta ahora se han publicado cuatro volúmenes, que lo han sido en castellano por la editorial Siglo XXI de España.

[6] Las citas en I. Wallerstein, El moderno sistema mundial I. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI, Siglo XXI de España, Madrid, 2016, p. 85.

[7] Véase T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial, Crítica, Barcelona 1988.

[8] El libro de Perry Anderson fue publicado sucesivamente a partir de 1974 por la New Left Review. Hay traducción española en Siglo XXI de España. Lo mencionado en el texto en las pp. 18-19 de la 3.a ed. inglesa (1977).

[9] El trabajo se incluye en la recopilación, realizada por el recordado A. M. Prieto Arciniega, bajo el título de La transición del esclavismo al feudalismo, Akal, Madrid 1975. El título no responde exactamente al contenido, pues aunque la mayoría de los trabajos se subsumen bajo él, hay algunos como el citado en el texto y el de Schtajerman publicado en 1952, que lo abordan a partir de diferentes formaciones sociales. La deuda de Anderson la recoge este en las pp. 154-155.

[10] Véase C. Estepa y D. Plácido (coords.), J. Trías (ed.), FIM, 1998.

[11] Editado en 1974 por Ariel.

[12] Publicado por la Junta de Castilla y León, 1987, la cita en la p. 16.

[13] Está recogido en K. Marx, Formaciones económicas precapitalistas, con una Introducción de E. Hobsbawm, Ciencia Nueva, Madrid, 1967.

[14] Akal, Madrid 1978.

[15] Sobre el particular, véase J. Haldon, The State & the Tributary Mode of Production, Verso, Londres y Nueva York, 1993.

[16] M. Godelier, Teoría marxista de las sociedades precapitalistas que es la traducción de su «Prefacio» a Sur les sociétes précapitalistes. Textes choisis de Marx, Engels, Lénine, Editions Sociales. El texto de Godelier en castellano lo publicó en 1971 Laia.

[17] Crítica, Barcelona 1982, p. 206.

[18] Así lo han sostenido autores como A. Hespanha, F. Albadalejo, B. Clavero y J. Pérez Royo entre los peninsulares.

[19] Sobre esta temática estamos realizando una investigación cuyos resultados esperamos ofrecer en breve.

[20] Al respecto véase, P. Anderson, Consideraciones sobre el marxismo occidental, Siglo XXI de España, Madrid, 2012.

[21] Sobre estos, véase H. J. Kaye, The British Marxist Historians, Polity Press, 1984.

SEGUNDA PARTE

EL MARXISMO Y LOS DEBATES HISTORIOGRÁFICOS SOBRE LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

IV. EL MARXISMO Y LOS DEBATES EN ESPAÑA SOBRE LA CRISIS DEL ANTIGUO RÉGIMEN, EL LIBERALISMO Y EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO

José Antonio Piqueras

Universitat Jaume I

Las miradas retrospectivas son tan necesarias para saber de dónde venimos, como a menudo se convierten en ejercicios de nostalgia acerca de un pretérito supuestamente mejor, quizá más esperanzado porque en un momento del pasado todas las opciones estaban abiertas y el curso de los acontecimientos se hubiera podido orientar en una dirección más acorde con nuestras aspiraciones e ideales. El Tardofranquismo y la Transición a la democracia conforman una época que se presta a ese ejercicio por lo que tuvo de final de ciclo histórico y etapa fundacional en libertades y derechos pero también en las formas de pensar el pasado.

En los años setenta del siglo XX, estudiar y establecer el nacimiento de la sociedad contemporánea era bastante más que un ejercicio de recuperación rigurosa de la historia, de rescate de un relato maltratado de un siglo mal conocido, que en el más obvio y neutral de los casos podía ser reducido a la tradición accidentada del liberalismo parlamentario español, de las culturas que le habían sido inherentes[1], convertido aquel por el nacionalcatolicismo franquista en la causa de los males modernos. Esa misma negación política de una larga época explica las tardías síntesis dedicadas al periodo: en 1958 y 1959 las obras en gran formato de Vicens Vives y la más tradicional de Ferran Soldevila, y en 1963 el apartado que José María Jover escribe para un difundido manual universitario (Introducción a la historia de España). A partir de entonces se multiplica la atención al siglo maldito y una década después puede presentar el balance más copioso de la producción historiográfica española[2].

El proceso de sustitución del Antiguo Régimen y de edificación del Estado liberal trascendía la estampa histórica y se revestía en el ámbito de los análisis

marxistas de problema histórico de la mayor relevancia: había formado parte del análisis teórico y político de la izquierda desde la primera época de la Segunda Internacional y adquiría plena actualidad tan pronto debían ser definidas las características de la formación económico-social española, la naturaleza del capitalismo español y el proceso de su formación histórica, de los que se deducían unas determinadas clases dominantes y unos usos políticos específicos a lo largo de casi siglo y medio, hasta llegar a la dictadura. Se trataba de un ejercicio analítico previo y necesario, junto con el conocimiento del grado concreto de desarrollo de las fuerzas productivas, antes de establecer la tarea histórica de la futura democracia y el papel que en la lucha por instaurarla correspondía a las fuerzas transformadoras.

El cambio de régimen de la dictadura a la democracia se prestaba a paralelismos con la transición del absolutismo al gobierno representativo y el parlamentarismo liberal del siglo XIX, actualizaba el interés por la política de alianzas o de pactos entre clases, por la conformación de bloques dominantes, llamaba la atención sobre las concesiones a los antiguos privilegiados para neutralizar su oposición y a la vez integrarlos en el grupo que podía disputar la hegemonía en la nueva situación. La historia de la crisis del Antiguo Régimen era también la historia de una transición socioeconómica al capitalismo (¿un capitalismo débil?, ¿una burguesía escasa, deforme, pronto plegada a una función subsidiaria de las antiguas clases terratenientes o refugiada en la especulación?), y era la historia de la revolución burguesa, lo que remitía a la naturaleza del régimen social que había entrado en crisis y era destruido, al sujeto del cambio histórico, a la determinación de la coyuntura en que tenía lugar un cambio fundamental, al tipo de sociedad y de Estado resultantes.

Todo eso planeó de una u otra forma hasta mediados de los años setenta, porque entre la muerte de Franco en noviembre de 1975 y las elecciones generales de junio de 1977 los movimientos tácticos se impusieron y el análisis histórico-teórico quedó relegado al terreno intelectual específico de los historiadores. En su lugar, se impuso el análisis de situación: una operación de cambio desde arriba demandada por la gran oligarquía financiera e industrial que busca estabilidad mediante una rápida homologación con los países europeos occidentales, con el premio de la integración en el Mercado Común, e impedir con ello en plena crisis económica la politización del descontento; o una ruptura desde abajo para la cual la suma de la fragmentada oposición demostraba ser bastante para desestabilizar, no lo suficiente para imponerse a los planes reformistas desplegados por el Estado bajo la tutela de los «poderes fácticos»

(económicos, militares y burocráticos) con el respaldo de amplios sectores de las despolitizadas «clases medias».

LA VOLUNTAD DE COMPRENDER

Para explicarnos el ascenso, características y retroceso del marxismo en el mundo académico en la época señalada, comenzaremos por enmarcar la cuestión en tres ámbitos:

1) La coyuntura de «fin de época» y la edificación de un nuevo sistema político en nuestro país, que algunos actores interpretaban en clave de cambio social posible. La hegemonía del Partido Comunista de España en el seno de la izquierda antifranquista desde mediados de los años cincuenta, con una organización en expansión en el curso de las dos décadas siguientes en el medio urbano, industrial, universitario, vecinal, y con un importante capital cultural por la proximidad de intelectuales y artistas, con un proyecto político conciliador, hacía pensar hacia 1974-1977 en una evolución «a la italiana», a diferencia del espejo paralelo –y distorsionado– creado en Portugal por la Revolución de los claveles, donde a lo largo de 1975 el clima en apariencia revolucionario alentaba perspectivas radicales minoritarias. En el contexto internacional, los avances electorales del Partido Comunista Italiano hacían prever un sorpasso a su rival democristiano. La oferta eurocomunista de un «compromiso histórico» traía a primer plano dos aspectos teóricos y políticos: la transformación de la hegemonía en gobierno, a fin de conjurar el riesgo de una respuesta preventiva contrarrevolucionaria en clave de dominio directo, como acababa de suceder en Chile –lo que conducía a repensar la transición hacia un sistema social avanzado–, y el pacto político entre fuerzas que desde la óptica del Partido Comunista Italiano eran consideradas representativas de clases y de capas sociales que experimentaban una relación contradictoria, para lo cual era indispensable que la Democracia Cristiana se desprendiera de aliados y de sectores internos identificados con el gran capital, antagónicos y ajenos a los intereses de los elementos populares que «objetivamente» también formaban parte de su electorado.

2) Hablar del marxismo como inspirador de planteamientos historiográficos en

una época determinada nos conduce a examinar de manera somera el estado del marxismo en esa misma época. Y esta corriente de pensamiento, desde comienzos de los años sesenta, en gran medida a consecuencia de la revelación sobre el estalinismo y su crítica posterior pero también debido a su inserción (limitada) en el medio académico occidental, recuperó una pluralidad antes desaparecida. El «marxismo occidental» era más abierto y flexible[3]: practicaba una lectura directa de Marx y de textos de reciente «descubrimiento» como La ideología alemana y los Grundisse; volvía a preguntarse por los orígenes del capitalismo como forma vigente de explotación (Dobb, Sweezy), las transformaciones revolucionarias (Hill) y el papel de la crisis general del siglo XVII en los procesos de cambio; rescataba el pensamiento no leninista de la época de entreguerras –Luxemburg, Gramsci, Lukács, Korsch– que se había caracterizado por su rechazo del determinismo económico y un regreso a pensar lo político y lo cultural en la sociedad; en ocasiones auspiciaba su inserción en el estructuralismo (Althusser, Poulantzas); en otros momentos lindaba con las reflexiones de la Escuela de Frankfurt, y como tal, podía asumir cierta asimilación de las claves de los postulados weberianos; por último, convivía con un desarrollo de las ciencias sociales abiertas a préstamos de disciplinas y corrientes marxistas y no marxistas.

Una diversidad de fracciones político-ideológicas defendía sus respectivas ortodoxias con denodada pasión y argumentos que hoy nos recuerdan una suerte de neoescolasticismo. Los sesenta y los setenta del siglo XX fueron años de controversia interna y hacia afuera. En un contexto como el español, en el que la ausencia de libertades constreñía los debates propios de la diversidad, se alimentaba una ortodoxia en cada organización marxista, aunque en conjunto las heterodoxias respecto al modelo canónico ganaban terreno. A la vez que se sostenían polémicas con firmeza, no estaba excluido un creciente eclecticismo, mientras un distanciamiento del marxismo soviético había conducido a un dogmatismo vacío de reflexión, a un cúmulo de verdades reveladas y fijadas en el tiempo que una vez trasladadas al estudio de la historia daban lugar a esquemas en los que la información debía corroborar un guion que se hacía pasar por teoría. El marxismo occidental tenía otra cualidad: no estaba vinculado a estructuras de poder de Estado y como corriente intelectual se veía obligado a contender con otros sistemas de análisis, por lo que sus seguidores estaban mejor dispuestos a practicar una libertad de pensar, restringida por la militancia en aquellos partidos comunistas que conservaban guardianes de la ortodoxia.

3) En tercer lugar, resulta conveniente prestar atención a la comunidad de

historiadores en un momento dado. Es una pretensión que ha sido atendida por autores como Ignacio Peiró, Gonzalo Pasamar y Miguel Ángel Marín, entre otros, a cuyas obras nos remitimos. No renunciamos, en cambio, a apuntar algunos trazos y esbozar varias hipótesis. En primer lugar, debemos recordar lo más evidente: la renovación de la historiografía y de otras disciplinas y ciencias sociales aparece en España unida a la recepción de las tendencias internacionales, irregular y contradictoria en la medida en que las cátedras y los nuevos departamentos universitarios creados a partir de 1965 eran el resultado del sistema de cooptación creado en la posguerra, después del exilio de unos y una rigurosa depuración. No obstante lo cerrado del sistema, desde los años sesenta puede encontrarse la evolución de unos pocos profesores hacia posiciones que después se llamaron liberales, y la administración por estos de su autoridad en la promoción de sus discípulos sin objetar su orientación ideológica aunque sin perder de vista el instinto de reproducción tribal del mandarinato que caracterizaba a la universidad española y al Consejo Superior de Investigaciones Científicas y que terminaba por prevalecer. «La reproducción de la comunidad es un objeto central de lucha por el poder», y a ella se entregan con dedicación los catedráticos desde los años cuarenta, nos recuerda Marín Gelabert; «en este juego de influencias –continúa–, las convicciones políticas y las tendencias profesionales pasaban a un lado. Solo había una convicción política y una tendencia profesional: lo que Alejandro Nieto bautizó como el catedrático centrismo»[4]. Una revisión de la correspondencia de Vicens Vives nos revela bastante bien los equilibrios, amparos institucionales y rivalidades existentes en la década anterior, cuando el principal protagonista de la renovación incorporaba la tendencia asociada a Annales e instaba a los suyos a participar en los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas mientras en el interior del país se asociaba al aparato de poder político y académico del neointegrismo –el influyente grupo de Pérez Embid y Rodríguez Casado, Cayetano Alcázar–, a cuya sombra publicaba libros y afianzaba un espacio universitario, incluida la promoción de los suyos[5].

No obstante, hay límites a esa reproducción endogámica en torno a la autoridad del catedrático, al menos hasta comienzos de la década de los setenta, porque en otro caso este arriesgaba la consideración que pudiera merecer al ministerio en la confección futura de tribunales de oposiciones, viendo amenazada la promoción de los suyos. Si tomamos uno a uno los nombres de los profesores agregados y adjuntos numerarios de las especialidades de Historia, de Historia del pensamiento político –en las facultades de Ciencias Políticas– o de Historia económica afines a posiciones que puedan ser consideradas marxistas a la altura

de 1973, o los catedráticos con nombramiento anterior a 1976, al margen de alguna politización sobrevenida después de realizar la correspondiente oposición, encontramos que en el común de los casos el beneficiario de la adjudicación dispuso de la protección de una de las escuelas, de un jefe de filas o del oportuno colega subsidiario del anterior al que había llegado el turno de ser atendido, capaces de negociar para sus patrocinados la codiciada plaza de funcionario. Los muchos ejercicios de las oposiciones proporcionaban una pátina de erudición al ganador, pero nadie podía llevarse a engaño a propósito del verdadero talento que estaba detrás del éxito. En un segundo nivel, al ir cambiando la sociedad se incrementaron las posibilidades de que los jóvenes ayudantes contratados o los becarios que preparaban sus tesis doctorales siguieran ideas distintas de las de sus patrocinadores. Sin embargo, no fue así como la universidad española «se hizo marxista», y con ella, o a la inversa, los nuevos «historiadores marxistas» dieron un vuelco al sistema establecido.

En la segunda mitad de los años sesenta, el desarrollo económico permite el despegue de unas clases medias urbanas nuevas y de una clase trabajadora acrecentada en su número y en sus funciones laborales; la nueva regulación de la censura posibilita cierta apertura en el mundo editorial; y llegan los ecos de los cambios que se están operando en el mundo. Era natural que se reanudara la politización de un sector de los estudiantes que protagonizaban la primera masificación de la universidad (77.123 estudiantes en 1960 y 228.529 en 1971), uno de los escasos espacios en los que circularán las ideas con un grado de libertad difícil de encontrar fuera de sus muros. A la vez se improvisa un heterogéneo cuerpo de profesores contratados, los «profesores no numerarios», por encima del 80 por 100 del personal docente en 1972 en la Universidad de Valencia[6] y con cifras parecidas en el resto de las universidades. Una parte de ellos experimentó idéntica politización en tanto estudiante reciente y como docente en ciernes: será el caldo de cultivo del antifranquismo universitario, unas veces organizado y, con más frecuencia, ideológico, sin dejar de ser bastante difuso.

El Partido Comunista de España era la organización hegemónica en ese movimiento, aunque la izquierda marxista se pobló de otros pequeños grupos revolucionarios nacidos al calor de la disputa chino-soviética, del relanzamiento de la Cuarta Internacional, de las luchas anticoloniales y antiimperialistas, la nueva izquierda que eclosiona en el 68, el posicionamiento del Partido Comunista de España frente a la dirección soviética, etc. Como escribe Rafael Chirbes de un personaje de Los viejos amigos, era «un comunista que odiaba el

pecé». El lenguaje marxista de esa inspiración impregnaba casi todo lo que emergía a la izquierda con la única competencia intelectual del cristianismo posconciliar, cuyos jóvenes transitaban muchas veces sin solución de continuidad a posiciones marxistas. En fin, entre 1970 y 1976 pudo pensarse que se cumpliría el proyecto de la conquista de la hegemonía cultural del movimiento demócrata por las ideas marxistas. Hemos presenciado espejismos mayores, así que no deberíamos ser demasiados severos al juzgar la etapa.

La Transición encierra otros trasfondos menos amables. Nos referimos al asalto al poder académico en su estructura básica y esencial, la consolidación de un profesorado en su inmensa mayoría interino que aprovecha la circunstancia para convertir lo que podía haber sido un proceso de construcción de una universidad cualificada mediante procedimientos competitivos de selección de los docentes, en un tema exclusivamente laboral. El movimiento de los profesores no numerarios, tan activo en la quiebra de la universidad autoritaria, que en 1976 descalifica el sistema de oposiciones pues reclama el cuerpo único de profesores, se diluye a continuación de la firma de los Pactos de La Moncloa (1977), que en compensación al pacto social compromete una expansión de los puestos de la función pública. Una parte de los profesores no numerarios se apresta en estampida a concursar. La nueva hornada de oposiciones, en su mayoría de adjuntos y agregados, crea nuevas solidaridades entre los concursantes, particularmente útiles después para el acceso a cátedras. La Ley de Reforma Universitaria promovida por el Gobierno socialista (1983) resolvió el problema de los numerosos interinos mediante un procedimiento benévolo de acreditación, la llamada «idoneidad», evaluada por comisiones designadas por el Ministerio de Educación. El sistema creó una estructura de apariencia horizontal en la que los nuevos jóvenes turcos ocuparon una posición de autoridad informal, ya que de ellos dependía la promoción de los cuerpos de inferior categoría. Fue el momento en que se formaron nuevas «familias» unidas por lazos de afinidad ideológica, experiencia política y vital o por amistad. Sustituían a los anteriores grupos de poder en las áreas de conocimiento, en las que se realiza la totalidad de la carrera docente.

Después de 1979-1982 cambiaron bastantes cosas en cuanto a expectativas políticas, «lucha ideológica» y hegemonía cultural. En 1979 tenía lugar la segunda victoria del centro-derecha posfranquista en unas elecciones generales cuando existían condiciones favorables a un avance de la izquierda y de las fuerzas que procedían de la oposición a la dictadura. El congreso extraordinario del Partido Socialista Obrero Español suprime la definición marxista del partido,

que en realidad había sido incorporada a los estatutos solo en 1972. El congreso del Partido Comunista de España liquida la definición leninista del partido y la sustituye por la de «marxista revolucionario». Los comunistas acceden a puestos municipales, pero demuestran de nuevo su debilidad en el tejido social; pronto se enzarzan en una división entre los que defienden profundizar en la línea eurocomunista y quienes reaccionan ante la deriva reformista y expulsan a los otros. En esos años se asienta un sistema institucional convencional, muy alejado de la democracia avanzada. De manera simultánea se produce un cambio en el panorama internacional con la crisis del eurocomunismo como tercera vía entre la socialdemocracia y el comunismo ortodoxo, y comienza a hacerse patente la crisis del comunismo de Estado de los países del Este. Después de 1981, año horrible, y del arrollador triunfo electoral en 1982 del socialismo más pragmático, con el Partido Comunista de España en quiebra y extinguida la izquierda revolucionaria, la atracción académica por el marxismo comenzó a enfriarse. Quedaba un fondo residual, las numerosas tesis doctorales en proceso de elaboración, el prestigio de un método todavía asociado a la forma profesional de analizar el pasado. Era, ante todo, la inercia de impulso anterior. Avanzada la década de los ochenta, cuando llegaron las propuestas neomarxistas y, algo después, las obras posmarxistas que podían alimentar el dialogo con los problemas del historiador, eran pocos los autores de nuestro país dispuestos a prestarles atención.

NUESTRO MARXISMO

La recepción académica

El marxismo universitario era planta reciente y en proceso de arraigo en el mejor de los casos. En la historia del antifranquismo intelectual ocupa un lugar señalado la expulsión en 1965 de tres catedráticos, dos de la Universidad Complutense de Madrid y uno de Salamanca, por haberse solidarizado con las asambleas de estudiantes. Ninguno de los tres (López Aranguren, García Calvo y Tierno Galván) mantenía proximidad al marxismo. Esa historia heroica de hitos

disidentes suele omitir, o reduce a un plano de relevancia menor, el hecho de que en ese mismo año era cesado por su inclinación ideológica un profesor no numerario de la Universidad de Barcelona, Manuel Sacristán. Profesor de filosofía y marxista, Sacristán era el valor intelectual más sólido del Partido Comunista de España en el interior y el mejor conocedor de Marx de nuestro país. En 1960 había traducido, con pseudónimo, los textos de Marx sobre el siglo XIX, Revolución en España, al que añadió una iluminadora introducción. Durante el estado de excepción de 1969, y hasta 1973, la cifra de universitarios expedientados de forma colectiva –detenciones y «caídas» aparte– se cuenta por centenares. La exclusión de docentes fue infrecuente, en gran medida porque en esas fechas eran escasos los profesores que militaban en organizaciones de izquierda. En la Universidad de Valencia fueron más de 300 los estudiantes expedientados y expulsados en el citado periodo, y 8 profesores no numerarios excluidos en 1973, entre ellos el historiador Enric Sebastià.

La introducción en España de las obras más significativas del pensamiento y la historiografía marxista estuvo condicionada por la tolerancia, primero, y la ley de imprenta de 1966, aparte de la dificultad de levantar una empresa editorial interesada por estas obras y dispuesta a correr con los riesgos. En 1962 la Sección de Inspección de Libros, órgano censor, pasó a denominarse Servicio de Orientación Bibliográfica y recibió instrucciones de tratar con mayor benevolencia las obras complejas destinadas a minorías intelectuales o de alto poder adquisitivo, entre ellas las de un marxismo no proselitista que no cuestionase el régimen. Después de 1966 las editoriales podían someter a consulta voluntaria a la censura la edición de las obras[7]. Varios sellos comenzaron a publicar textos clásicos marxistas y obras de historia de orientación marxista. La editora más destacada en este aspecto fue Ciencia Nueva, fundada por personas afines al Partido Comunista de España a finales de 1965. Comenzó publicando a Benjamin Farrington y a Gordon Childe. En 1967 publicaría las Formaciones económicas precapitalistas, el fragmento de Marx precedido de un estudio de Eric Hobsbawm que tanta importancia tendría en la reconsideración de los modos de producción y el origen del capitalismo, y La lucha de clases en Francia, así como La transición del feudalismo al capitalismo, que reunía los textos de Maurice Dobb y de Paul Sweezy aparecidos tres lustros antes. Después vendría el Anti-Dühring, mientras otras editoriales –Halcón, Ricardo Aguilera, etc.– ampliaban el catálogo de textos clásicos de Marx y Engels. La censura denegó el permiso de publicación a uno de cada cuatro títulos y mutiló uno de cada cinco libros publicados. Las tiradas fueron de 1.500 y 2.000 ejemplares, en ocasiones alcanzaban 5.000 y conocían varias

reediciones[8]. Pero no es menos cierto que la distribución era irregular, por lo que antes de su cierre en 1970, el estado de excepción de 1969, que suspendió sus actividades, llevó a la empresa a consumir su corto capital.

Los militantes comunistas eran consumidores naturales de una parte de esta literatura. El Partido Comunista de España reunía en 1968 a un número de afiliados que podía oscilar entre 5.000 y 10.000. Después de las escisiones de esos años, el porcentaje de universitarios en el Partido Comunista de España era poco significativo en el conjunto de los estudiantes[9], pero seguía superando en la universidad a la suma de los militantes de los restantes partidos marxistas-leninistas creados después de 1965. ¿Quién lee, entonces, las obras de historia marxista?

El libro Crecimiento y desarrollo, de Pierre Vilar, que entre otros textos recopilados incluye los importantes trabajos «Crecimiento económico y análisis histórico» y «Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas», fue publicado por Ariel en 1964. El libro de Vilar, tan valioso desde el punto de vista metodológico, casi pasó desapercibido. Su primera reedición tuvo lugar diez años más tarde, en 1974. Entontes su suerte cambia: conoce nuevas ediciones en 1976, 1980, 1983… y se detiene con el final de la Transición, un indicador perfecto de la inflexión que se está produciendo en la demanda; la sexta edición apareció dieciocho años después, en 2001. El Compendio de la historia de la Revolución Francesa, de Albert Soboul, aparecido en francés en 1962 y en español muy pronto, en 1966, publicado por Tecnos, conoce cinco ediciones hasta 1983. Las obras de Soboul se editan con regularidad desde que en 1971 la editorial Fundamentos publica en dos volúmenes La crisis del Antiguo Régimen. Las clases sociales en la Revolución Francesa; tiene continuidad con Problemas campesinos de la Revolución (1789-1848), publicado en español por Siglo XXI de España en 1980, cuatro años después de su aparición en Francia. Desde entonces no suele demorarse la traducción de sus libros, hasta que el mercado parece saturado y a mediados de los ochenta se distancia la edición original de la española hasta diez años[10].

La obra fundamental de Christopher Hill aparece en español entre 1977 y 1983, en 1977 su «revolucionario» y controvertido estudio sobre la revolución burguesa inglesa, cuya edición original había aparecido en 1940. Eric Hobsbawm publicó temprano en español su libro The Age of Revolution (1962), que Ediciones Guadarrama tradujo en 1964 con el título de Las revoluciones burguesas, aunque esta era una noción apenas utilizada por el autor. El libro

pertenecía a una colección británica dirigida al gran público en la que las convicciones marxistas del autor se hallaban convenientemente contenidas y, sin prescindir de una perspectiva de clase, omitía el lenguaje explícito asociado al marxismo[11]. Sus restantes libros aparecieron en los setenta y ochenta, con regularidad hasta el final de su prolífica carrera. Sus obras conocieron sucesivas reediciones, una auténtica excepción en el mundo editorial que se ocupaba de esta historiografía, bien es cierto que durante décadas exportaban parte de la tirada a América Latina.

La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra, obra central de Edward P. Thompson, de las que más han marcado la historiografía marxista del siglo XX, fue publicada en 1977 por la editorial Laia. En un breve prólogo, Josep Fontana llamaba la atención sobre el autor e invitaba a descubrirlo. En esa fecha, hacía catorce años que había aparecido la edición original y varios desde que se había iniciado la discusión en torno a la perspectiva cultural que confería a la experiencia social y política, distanciado de las versiones mecánicas y deterministas. La edición tardó bastante en agotarse. Fue reeditada, con nueva traducción, doce años después, en 1989.

La historiografía francesa fue leída e integrada relativamente pronto por sus pares españoles, pero no fue accesible a la mayoría de los estudiantes. No me parece que sucediera de igual modo, en lo que respecta a la asimilación, con aquella que provenía del ámbito británico. Los deudores de Thompson han sido numerosos, pero no siempre es sencillo hallar justificada esa invocación, que en España durante un tiempo se utilizó como signo de marxismo moderno, flexible, frente a ortodoxias y dogmatismos. En 1977, Jordi Maluquer de Motes dedicó 65 páginas espléndidas de su libro El socialismo en España 1833-1868 al tema «La revolución burguesa y el modelo liberal en España»[12]. En ese extenso capítulo ofrecía una interpretación de conjunto, sobre fuentes secundarias, de la formación histórica de la burguesía en España, sirviéndose del concepto de clase elaborado por Thompson. A pesar de la construcción retroactiva de varias biografías de nuestros historiadores, en orden a elaborar sus filiaciones, maestros y lecturas, no encontramos nada semejante hasta tiempo después, por lo común en torno al mundo de los trabajadores.

Podemos seguir enumerando más ejemplos, pero no creo que abundar en ello resulte más convincente en lo que hace a la recepción de la historiografía y su diálogo con esta. Estaba el marxismo creativo que bebía de los clásicos. El estudio de Sebastià sobre la revolución burguesa partía de la doble referencia del

debate sobre la transición y la relectura del capítulo de El capital sobre la acumulación originaria de capital, entre otras. Alberto Gil Novales buscó en Gramsci una explicación a la «revoluzzione mancata», la revolución pretendida y frustrada. Gramsci no era un autor demasiado requerido en España por los historiadores, a diferencia de lo que sucedía en Gran Bretaña con Hobsbawm, Thompson, Hill y Rudé, o en Estados Unidos con Eugene Genovese. La Antología de Gramsci preparada por Sacristán era un texto asequible, aparte de ediciones sobre El príncipe moderno, Il Risorgimento y otros fragmentos de las Cartas desde la cárcel, que fueron traducidas en su totalidad en México y circularon poco en nuestro país.

La «tentación Althusser» y de su discípulo Étienne Balibar, en cambio, con sus propuestas de ruptura epistemológica y refundación del materialismo histórico como ciencia desde la teoría, fue bien recibida por una serie de autores que creyeron sinceramente en su capacidad renovadora. El estructuralismo althusseriano funcionó mejor al explicar los aparatos ideológicos del Estado capitalista durante la construcción del Estado liberal en el siglo XIX que al proporcionar instrumentos de conceptualización de las relaciones sociales de producción, las clases sociales y el cambio histórico. La «autonomía relativa de las instancias» (económica, política e ideológica) y la «sobre determinación en última instancia» arrojaron un resultado cuando menos irrelevante al llevarse a la transición del régimen señorial al capitalismo y al fenómeno de la revolución liberal-burguesa.

Las tesis del politólogo Nicos Poulantzas sobre la constitución del «bloque dominante de poder» ganó a no pocos autores que encontraban un instrumento teórico con el que confirmar las enormes limitaciones de la revolución al cerrarse un pacto entre la burguesía ascendente –insuficiente, incapaz o veleidosa– y la aristocracia en crisis, que gracias a ese «pacto histórico» conservó muchos de sus privilegios y supuestamente continuó orientando –grupo dirigente del bloque– la política a favor de sus intereses latifundistas-feudales. La aparente «novedad» reproducía fielmente la tesis del marxismo revolucionario de los años treinta –los comunistas oficiales y también Maurín–, consagrada por el Komintern (o viceversa), y la línea oficial del Partido Comunista de España, como a continuación veremos. Tuñón de Lara se sirve de la noción de Poulantzas con mayor eficacia en sus estudios sobre la segunda etapa de la Restauración, aparte de asimilar las ideas de Wright Mills sobre la elite del poder, que aplica asimismo a la revolución de 1868 en un texto poco afortunado.

El extraordinario éxito editorial en los años setenta de Los conceptos elementales del materialismo histórico, de Marta Harnecker, antes que cualquier obra conceptual o alguno de los libros de los historiadores más reputados, explica a las claras un fenómeno de catequesis voluntaria antes que de profundización en las raíces interpretativas del materialismo histórico. No obstante, en la coyuntura del último Tardofranquismo y de la Transición, el marxismo simbolizó un pensamiento emancipador, de pretensión científica, en un páramo de historia política positivista de factura bastante defectuosa.

El marxismo llegaba de la mano de un esfuerzo autodidacto en la mayoría de los casos y en ausencia de estructuras de pensar, porque la larga dictadura y lo que ha sido llamado la destrucción de la ciencia en España no fue en vano. La militancia política creaba lecturas compartidas y, al mismo tiempo, sesgadas por la línea de la respectiva organización. Las ciencias sociales y la historia en particular sufrieron sus consecuencias de forma más intensa y por más tiempo, justo en la etapa que con posterioridad a 1945 terminan de institucionalizarse en el mundo occidental. La historiografía española, en temas y métodos, quedó descolgada. Así, el debate de La transición del feudalismo al capitalismo, que recoge intervenciones publicadas en los años cincuenta, aparece en España en 1967; la obra de Maurice Dobb sobre los orígenes del capitalismo, que apareció por vez primera en 1946 y estuvo en la base de la anterior discusión, se publica en español en 1971, en Argentina y México.

Junto a lo anterior, hallamos una escasa tradición de marxiología. El resultado oscila entre un corto número de contribuciones perdurables en la perspectiva del marxismo y el volcado al caso español de interpretaciones aplicadas en otros países europeos; una tercera modalidad consistió en collages de empirismo y citas de los clásicos que debían demostrar lo lúcidos que fueron al crear una teoría universal… y lo difícil de su aplicación a cada caso, de manera que proliferaron los modelos de transición al capitalismo y las peculiaridades de la revolución burguesa española en una u otra provincia, de un señorío al contiguo.

La tradición política-ideológica

La centralidad de la categoría «revolución burguesa», inspirada en los autores

liberales del primer tercio de siglo XIX, de donde la toma Marx, forma parte de la tradición que comienza con Engels y se desarrolla en el socialismo de la Segunda Internacional[13]. Más adelante fue incorporada por Vladimir I. Lenin en El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907 (1907), cuando consideró la cuestión desde la óptica de la «revolución democrática», esto es, la revolución burguesa en la época del capital monopolista. La Tercera Internacional incorporó la noción y la situó en el núcleo de sus análisis y de la estrategia dictada a los partidos comunistas nacionales.

El marxismo tuvo una presencia teórica en España muy débil antes de 1931 y no desarrolló ideas originales a lo largo de esa década, en que hubo una proliferación de publicaciones de esta orientación[14].

El tema de la «revolución española» se mantuvo vigente entre los escritores socialistas y formó parte del núcleo de ideas de la revista Leviatán, vinculada a la izquierda del Partido Socialista Obrero Español, cuyas ideas alimentaron en buena medida a las Juventudes Socialistas en proceso de radicalización, y que en 1936 se integraron en las Juventudes Socialistas Unificadas, con Santiago Carrillo de secretario general.

Uno de los jóvenes periodistas más activos en la época, adscrito a la corriente representada por Leviatán, el onubense Antonio Ramos Oliveira, en Nosotros los marxistas. Lenin contra Marx, libro publicado en 1932 en defensa de la política revolucionaria de su partido frente al reformismo y el aventurerismo sectario de los comunistas, destacaba el carácter pacífico de la revolución que había traído la república: «Revolución sin precedentes en el mundo. […] Original y admirable […]. Sí, Revolución». Era un cambio que con la monarquía, convertida en dique al progreso, daba lugar a la transformación integral del Estado; no suprimía la propiedad privada, «pero desaparecerá el feudalismo». Los tiempos históricos se aceleraban. «España –sostenía– ha hecho la revolución que pudo y debió hacer: la democrática», una revolución liberal, aconsejada no solo por las aspiraciones de la población y la correlación de fuerzas sociales y políticas, sino porque todavía la lucha de clases tenía «más de amo a vasallo que de capitalista a proletario»[15]. Era el mismo autor que tres años después editaba El capitalismo español al desnudo, y que en 1946, una vez en el exilio, escribía Politics, economics and men of modern Spain, 1808-1946[16], cuya traducción al español integró los volúmenes 2 y 3 de su conocida Historia de España, publicada en México en 1952. En una síntesis interpretativa sin aportación empírica, Ramos ratificaba el consenso de una historia fracasada que dejó un

país semifeudal y semicapitalista[17].

Advirtamos que en 1958 Jaume Vicens Vives daría el título de «La revolución burguesa (1833-1844)» a la sección de uno de sus libros más personales y conocidos, Els catalans del segle XIX (Industrials i politics)[18]. Esa obra, como en otra publicada inmediatamente después, prescinde de toda conceptualización. Vicens se limitaba a constatar que la «revolución de los liberales» se redujo a los episodios de agosto de 1835, con la formación de juntas que obligaron a llamar al gobierno a los progresistas, con Mendizábal a la cabeza: «Esta fue la verdadera revolución burguesa», afirma, «un intento global de la clase media de llevar a cabo la revolución política»[19]. ¿Un intento coronado por el éxito o, por el contrario, frustrado? El autor es poco explícito al respecto. ¿Y en qué consiste esa revolución? El problema es que había comprendido poco de la fuente que le servía de inspiración y que rigurosamente silencia, tal vez por ser la obra de un socialista exiliado, Ramos Oliveira, o por razones menos compasivas con la prudencia, señala Enric Sebastià, quien a comienzos de los años setenta llevó a cabo un análisis comparativo de ambos textos[20]. Constatamos la enorme difusión de sus tesis a través de los libros citados y de algunos de sus discípulos que ampliarían las fuentes metodológicas en un sentido marxista.

Pero si en un medio subsistieron las tesis del fracaso reiterado de la revolución burguesa y del carácter semifeudal de la sociedad española del siglo XX y, por lo tanto, la tarea prioritaria de orientar una «revolución democrática», fue en la cultura comunista. El conocimiento del grado de desarrollo de las relaciones de producción y la naturaleza de la clase dominante llevado a cabo por el Partido Comunista de España fue heredero de los análisis efectuados por el Komintern, trasladados sin solución de continuidad por los expertos del Partido Comunista de la Unión Soviética: el régimen fascista español era la expresión de dominación de las estructuras semifeudales en alianza con el capital financiero debido al fracaso histórico de la revolución burguesa en España y de la consiguiente debilidad de la clase burguesa.

En la Conferencia Nacional del Partido Comunista de España celebrada en marzo de 1930, en Bilbao, se discute un documento elaborado por el delegado de la Internacional Comunista, Humbert-Droz, sobre las condiciones de España, la naturaleza de la dominación social y el carácter de la futura revolución, en relación con lo cual debían establecerse las oportunas alianzas. Desenfocada la realidad, se lanza la consigna de «lucha de clase contra clase», de otra parte,

contradictoria con el estado de desarrollo social que se desprendía del informe de Humbert-Droz, donde se destacaba la importancia de las supervivencias feudales en España y se apuntaba a que la inminente revolución sería democrático-burguesa. La tesis de la relevancia de los vestigios feudales en España y de la debilidad de la burguesía española en relación con la italiana fue publicada poco después por Palmiro Togliatti en Lo Stato Operario, en un artículo en el que insistía en la necesidad de concluir la revolución democrático-burguesa antes de fijar un objetivo socialista. En 1931 el comité de la Internacional Comunista reiteró ese análisis, situando la destrucción de los restos del feudalismo en el principal objetivo de la revolución. Al respecto, el historiador Manuel Tuñón de Lara dirá que la Internacional Comunista «jamás partió de un análisis estructural serio de lo que era España, la formación social española: por eso nunca supo comprender las coyunturas»[21].

Esta interpretación de la Internacional Comunista desarrollaba una variante peculiar de la tesis leninista de la revolución democrática y de la posibilidad de la revolución en los eslabones débiles del capitalismo: la exacerbación de las contradicciones y la acción de una minoría revolucionaria de raíz trabajadora que liderase las transformaciones arrastraría tras de sí a mayorías campesinas y populares en general. La tesis de la estructura feudal o semifeudal, de los «restos» feudales, se aplicó en mayor o menor medida a la Europa mediterránea, a áreas de Europa central y a América Latina. La caracterización del Komintern se mantuvo prácticamente inalterable desde finales de los años veinte (la confirma el VI Congreso de la Internacional Comunista, en 1928) hasta los años sesenta[22].

El programa del Partido Comunista de España aprobado en el V Congreso (1954), el primer congreso celebrado desde 1932, llamaba a reanudar la «revolución democrática» que había sido frenada en 1939 por la dictadura. «El desarrollo de las fuerzas productivas en España –afirmaba–, exige la desaparición de las supervivencias feudales en las relaciones de propiedad en el campo». ¿Y cuáles eran esas «supervivencias»? El análisis comunista no hacía distinción entre estructuras de propiedad y relaciones de producción: «la gran propiedad latifundista y terrateniente, los arrendamientos de carácter medieval, y otras…». Millones de campesinos, afirmaba, estaban interesados en destruir esas supervivencias. El programa confundía las desigualdades que eran resultado del latifundio –al margen de los casos de su procedencia señorial, que omitía mencionar– y ciertas modalidades de tenencia de la tierra que, sin embargo, son detalladas en el apartado de la reforma agraria que anunciaba: «las

supervivencias feudales que aún subsisten en el campo español» consistían en los «foros y subforos gallegos, asturianos y leoneses, [y] la rabassa morta»[23].

La redacción del programa era obra de Vicente Uribe, un metalúrgico carente de dotes intelectuales que había sido ministro de Agricultura durante la Guerra Civil. Notorio estalinista, era junto a Dolores Ibárruri el máximo dirigente del partido. El partido cuenta con cierto número de intelectuales en el exilio, pero están ausentes del Buró Político y su participación en el Comité Central es ante todo simbólica, aunque en 1954 ya apunta la crítica a la cultura sectaria de la mano del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, mientras Jorge Semprún llama a conectar con los intelectuales resistentes del interior.

En el Congreso de 1954 gana autoridad la exposición de Fernando Claudín, quien lleva siete años en Moscú estudiando «ideología», en la que insta a elevar el nivel teórico del partido mediante el estudio de la «ciencia marxista-leninista», en una concepción cerrada al estilo de la norma estaliniana[24]. Lo paradójico es que Uribe, un año más tarde, en la reunión del Buró Político de abril de 1955, negaría la posibilidad de llevar a cabo la política de masas y de alianzas que se deducía del programa, puesto que no creía que existieran otras fuerzas organizadas en el interior de España ni una clase obrera lo bastante fuerte y con la suficiente conciencia de clase, y mucho menos creía que aparte de luchar contra Franco estuvieran interesadas en un «revolución democrática» como la concebían los comunistas[25]. De nuevo, la «revolución democrática», pero esta vez era el secretario político, y por lo tanto ideólogo y estratega del partido, quien considera que las condiciones no estaban maduras en España, que la reacción posterior a 1939 en contra de la clase obrera y los cambios en el contexto internacional habían apuntalado al régimen de Franco y, en consecuencia, distinguía entre un objetivo prioritario, la caída de la dictadura, y un futuro proyecto transformador que volvía a ser encerrado en la fórmula de la «revolución democrática».

El Programa aprobado en el VI Congreso del Partido Comunista de España, en 1959, comenzaba por hacer algunas concesiones a la realidad del desarrollo económico del país: «En los primeros decenios del siglo actual –afirmaba– España se convirtió en un país de nivel capitalista medio, pero con fuertes supervivencias feudales en su economía y en su superestructura». El principal papel retardatario dejaba de recaer en la oligarquía latifundista-terrateniente de origen feudal y se desplazaba al capital extranjero que detentaba posiciones clave y subordinaba a la economía nacional. Esas condiciones daban lugar al

estancamiento de la agricultura, deprimían el nivel de vida de la población y obstaculizaban los intentos industrializadores al propiciar un mercado interior muy reducido, una baja renta nacional y una acumulación capitalista muy lenta[26]. El nuevo análisis de las consecuencias de la estructura de la propiedad agraria, cualquiera que fuera su caracterización, estaba llamada a ejercer un atractivo indudable en las nuevas generaciones de economistas pertenecientes al Partido Comunista de España, como Ramón Tamames y de historiadores. En 1986 Josep Fontana traslada la insuficiencia del corolario a la política que inspira la reforma agraria de la Segunda República, que por coherencia, dice, «difícilmente hubiera podido basarse, en 1931, en otro supuesto que no fuese un fuerte estímulo interior». Al crear una «base suficiente de pequeña propiedad campesina» –lo que en su momento debió hacer la revolución antifeudal o democrática en el siglo anterior, añadimos nosotros–, la reforma «habría cambiado la distribución de la renta, hubiese obligado a subir los salarios […] incrementando la demanda agregada […] y hubiese hecho posible una dinámica de crecimiento» que comprendiera puestos de trabajo en la industria y los servicios[27].

El autor de las nuevas tesis era Tomás García, quien en 1946 había sido puesto al frente de la Comisión de Estudios Económicos del partido, pero cuya influencia se percibió a partir de agosto de 1956, fecha en que es incorporado al Buró Político como suplente, siendo en 1959 elegido miembro titular del ahora llamado comité ejecutivo. Era el momento en que comenzaba la adaptación del partido al postestalinismo, que llevaría a la caída de Uribe, el relegamiento de Ibárruri y el ascenso de Santiago Carrillo, de Fernando Claudín y de los «jóvenes», la antigua plana mayor de las Juventudes Socialistas Unificadas. Tomás García fue el autor del informe de septiembre de 1957 al Comité Central, La evolución de la cuestión agraria bajo el franquismo[28]. Sus tesis, en el sentido apuntado, se trasladaron a la ponencia de 1959.

A diferencia de otros funcionarios del partido convertidos en analistas, o de dirigentes de limitada capacidad intelectual, Tomás García («Juan Gómez» a partir de 1954) tenía formación académica: era titulado en derecho y doctor en economía política bajo el magisterio de Flores de Lemus, uno de los principales economistas de los años treinta, para acceder a continuación a una plaza de técnico de administración civil, desempeñando la mayor parte de su actividad en el Ministerio de Agricultura. Nos resultan desconocidos los entresijos de la relación entre los trabajos llevados a cabo por la Comisión de Estudios Económicos coordinada desde París y el autor del programa de 1954, pero no

existe duda de la consideración que Tomás García merecía a la dirección, puesto que colaboró con Uribe en la redacción del Programa –en el sentido que aquel instruyó a Uribe– y ese año «Juan Gómez» fue elegido miembro del Comité Central.

Las consideraciones de Tomás García de 1957 y de 1959 suponían un salto respecto a las posiciones de 1954. Entre esas fechas se ha llevado a cabo la crítica al dogmatismo anterior: la descalificación de los «métodos no leninistas de dirección» y «el problema del sectarismo», que en el informe presentado por Santiago Carrillo al pleno del Comité Central de agosto de 1956 dimanaba de condiciones de la estructura económico-social del país y del desarrollo histórico del partido. El sectarismo, añadía Carrillo, era una característica de la intransigencia que las castas dominantes imprimieron a la política y a la vida social en el marco de la tensión de la lucha de clases como resultado de que en España «no se hubiera llevado a cabo la revolución democrático-burguesa»[29]. El fracaso de la revolución democrático-burguesa se convertía, una vez más, en la clave que explicaba todos los déficits históricos del país, entre ellos, la evolución «normal» del capital nacional, de la burguesía y consiguientemente de una clase obrera moderna, pero también la ausencia de lo que más tarde se ha llamado cultura democrática, que impregna a la totalidad de las fuerzas políticas, incluidos los comunistas, que de esta forma nacionalizaban los errores de tres décadas de ultraleninismo, primero, y de concepciones estalinistas la mayor parte del tiempo.

Tomás García, en La evolución de la cuestión agraria y en su contribución al Programa del Partido Comunista de España aprobado en 1959, caracterizaba el campo español como una combinación de agricultura capitalista con baja inversión de capital –puesto que el capital nacional tenía una debilidad crónica estructural– y unas relaciones semifeudales que eran el fruto de la consolidación en el siglo XIX de la propiedad territorial en manos de la nobleza y una desamortización que, de un lado, se limitó a trasladar la propiedad de la Iglesia y los municipios a grandes propietarios, y, de otro, propició una insuficiente separación de los campesinos de los medios de producción. El análisis afinaba el uso de los conceptos, a la vez que el programa reproducía nociones monolíticas ya conocidas: «A la revolución democrático-burguesa que en 1931 derribó la Monarquía correspondía históricamente eliminar esos obstáculos y despejar el camino para el desarrollo capitalista de España». La revolución no pudo consolidarse debido a la confabulación de «la aristocracia terrateniente, el capital financiero español [… y] el capital monopolista extranjero»[30].

La aristocracia terrateniente, expresión del viejo orden feudal, había sido señalada por los informes del Komintern al comienzo de la República como la clase antagónica que despertaba el espíritu revolucionario del numeroso campesinado, algo que no había comprendido el secretario general del Partido Comunista de España José Bullejos al denunciar el carácter burgués del régimen republicano, una de las razones de su sustitución en 1932. En la Historia del Partido Comunista de España, preparada por una comisión del partido y publicada en 1960, a la que a continuación haremos referencia, el cambio de táctica se adelanta y se traslada a 1929, cuando se afirma que el Partido Comunista «consideraba que España solo podía llegar al socialismo a través de la etapa de la revolución democrático-burguesa, la cual, en esencia, se presentaba como una revolución agraria antifeudal en lo económico y antimonárquica en lo político». Y añadía: «La etapa de la revolución democrático-burguesa era insoslayable porque solo a través de ella podía forjarse una alianza de la clase obrera, los campesinos y otras capas populares». Solo así podría fundirse la revolución proletaria y la campesina pues, siguiendo las consideraciones de Lenin para aquellos países capitalistas «donde subsisten restos semifeudales y en los que está aún pendiente la revolución burguesa», en ese proceso la dirección de la revolución democrática correspondería asumirla al proletariado[31].

El grado de resistencia de los trabajadores durante la Guerra Civil, continuaba el programa de 1959, había reflejado «hasta qué punto había madurado en las masas populares la conciencia de la necesidad histórica de liquidar las supervivencias feudales y la dependencia del imperialismo extranjero…». Establecidas estas premisas, introducía elementos nuevos: 1939 no significó un retorno al capitalismo en su estadio anterior; el capitalismo aprovechó las condiciones creadas por la guerra y la victoria fascista para comenzar a vencer los obstáculos tradicionales que había encontrado; lo hizo mediante la intervención directa del poder al fomentar el capital monopolista de Estado y al servirse de la violencia para vencer las resistencias de los trabajadores y acelerar así los procesos de concentración, que implicaban también la expropiación de las masas campesinas y el «desarrollo del capitalismo en el campo». El análisis parecía superar la visión del arcaísmo de la sociedad española. De alguna forma había que explicar la nueva táctica iniciada en 1958 de la Jornada para la Reconciliación Nacional y de la aceptación de un gobierno liberal liderado por la burguesía, en ausencia de la fuerza suficiente de la izquierda antifranquista. No obstante, el peso de las supervivencias feudales volvía a aparecer citado en cuatro ocasiones más, para subrayar la fragilidad de la economía nacional que se

veía sometida a viejas formas de dominación mientras las nuevas formas (el capital monopolista) avanzaban.

Las libertades democráticas se convertían en el primer objetivo del Partido Comunista de España pero en modo alguno se renunciaba a reanudar la «revolución española» que, conforme a las condiciones del capitalismo español bajo la dictadura franquista, debía pasar por dos etapas fundamentales: «La primera, la etapa actual –se afirma en el programa del VI Congreso–, en la que la revolución tiene un carácter antifeudal y antimonopolista, y en la que se propone, como objetivos fundamentales, la liquidación de las supervivencias feudales y la limitación del poder de los monopolios, la instauración y el fortalecimiento de un régimen democrático, la defensa de la independencia nacional y de la paz». La segunda etapa correspondía a la revolución socialista[32]. Claudín recordaba a los delegados que «la revolución democrática española no murió en 1939, sino que prosiguió su labor subterráneamente, hasta reaparecer de nuevo en la superficie, más caudalosa y potente que nunca»[33]. ¿Se refiere el nuevo ideólogo del partido a la labor de zapa llevada a cabo por el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el franquismo, que iban minando los restos feudales, o al resurgir de las «fuerzas democráticas» que con su acción anunciaban la caída de la dictadura? Pero ¿cómo deducir lo segundo sin presuponer lo primero?

Coincidiendo con los nuevos tiempos, en 1960 el Partido Comunista de España publicaba una historia abreviada de su trayectoria, un relato convenientemente ordenado de su pasado. Elaborada por una comisión del Comité Central bajo la presidencia de Dolores Ibárruri, en el que se encontraban Manuel Azcárate y José Sandoval, recordaba al lector que en la era de las revoluciones burguesas a la que España se incorpora en 1808, a diferencia de Francia, la burguesía resultó débil y la lucha no revistió un carácter radical, lo que «se tradujo en un compromiso» con la «aristocracia feudal» que, aunque caduca, conservaba suficiente vitalidad para imponer su sello a la vida política, económica y social del país. El compromiso entre clases no se realiza en la primera mitad del siglo XIX, sino después de la aparición de la clase obrera en las luchas que dan inicio en 1868, que los redactores de esta historia hacen arrancar en el golpe de Estado de O’Donnell, confundiendo la revolución de 1854 y la de 1868 en una sola (¡!). Esta amenaza común fuerza la formación del bloque terrateniente-burgués que domina entre 1874 y 1931. Si las desamortizaciones habían favorecido el inicio del capitalismo moderno en España, no era menos cierto que habían empobrecido a los campesinos y forzado su emigración y proletarización, pues la

burguesía, «lejos de dar la tierra a los campesinos» [sic], lo que le hubiera proporcionado un aliado en la lucha antifeudal, «les despojó de ella», a la vez que favorecía la entrada de capital extranjero en la economía más evolucionada, adoptando con esto una actitud antinacional[34].

La carta de Javier Pradera al comité ejecutivo poco después del VI Congreso comenzaba por plantear dudas sobre la táctica de la huelga nacional pacífica, reflexionaba sobre el acomodo de la burguesía a la dictadura y la salida monárquica que podía auspiciar, a la vez que crecía su interés por la integración en el Mercado Común Europeo. Es obvio que Pradera no veía las masas que la dirección en el exilio creía en efervescencia, ni por supuesto, de buena familia y cómodamente instalado en Madrid, observa o presta atención al carácter «semifeudal» de la sociedad española. El comité ejecutivo del partido delegó en Jorge Semprún la tarea de responderle. Y después de una severa admonición, «Federico Sánchez» sentencia: «nosotros somos un partido revolucionario y no un instituto de sociología, querido Javier»[35].

Cuando en julio de 1963 el Partido Comunista de España reúne en Arrás a una pléyade de jóvenes intelectuales para celebrar durante quince días un seminario en el que exponer su línea, Tomás García se ocupa de explicar la estructura económica del país, Semprún habla de la base y la superestructura, Francesc Vicens diserta de estética. Manuel Sacristán no pudo asistir; iba a hablar del problema de la libertad y el secretario general creyó innecesario difundir el texto que le había enviado. Carrillo se despachó despectivamente por lo que consideraba elucubraciones de Semprún y Vicens: «Si yo tuviera que ser el secretario del partido por mis conocimientos de estética o de filosofía, probablemente no lo sería», dijo. Dos años antes, en 1961, con motivo del informe al comité central del Partido Comunista de España sobre el XXII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, Carrillo había expuesto la escasa atención que le merecía el conocimiento histórico. Refiriéndose a la solicitud de seguir revisando los errores estalinistas, dijo: «¿Qué es más urgente desde el punto de vista teórico: el estudio circunstanciado del pasado o el trazado del porvenir…? Para nosotros no hay duda. El estudio circunstanciado del pasado vendrá después»[36]. Para el caso español, no habría estudio circunstanciado alguno sobre la realidad del siglo XIX, la estructura social existente y el análisis de las coyunturas partiendo de la formación social efectiva. Semprún, objeto de la diatriba, había sido antes de la misma opinión: el Partido Comunista de España no era un instituto de sociología…

La divergencia político-estratégica de 1964, que se saldó con la expulsión del Partido Comunista de España de Claudín, miembro del comité ejecutivo y del secretariado, y de Semprún, del comité central, descansaban en buena medida en los análisis económicos de Tomás García, quien pasó de darles un apoyo inicial a retractarse por escrito en un artículo publicado en la revista Realidad en 1966 («Problemas del desarrollo económico de España»), lo que le permitió seguir en la dirección del partido[37]. El capital monopolista, afirmaba Claudín, evolucionaba hacia posiciones semejantes a la de otros países y era muy posible que aspirara a desprenderse de la dictadura fascista para propiciar una democracia similar a la de su entorno europeo, mientras la clase jornalera iba disminuyendo y crecía la clase obrera industrial, si bien no tanto ni de forma tan rápida que hiciera pensar en un protagonismo destacado en las luchas que se avecinaban, mientras las restantes fuerzas sociales ajenas al capital monopolista no se habían desarrollado de manera suficiente ni tenían conciencia de sus intereses, con la excepción de los intelectuales. En esas condiciones, la tan anunciada «revolución democrática» solo podía ser socialista, y no podía ser, por lo tanto, el objetivo inmediato del partido[38]. En suma, las «condiciones objetivas» de la acción antifranquista según habían sido definidas por el Partido Comunista, que instaban a ir ocupando la legalidad ante la debilidad creciente del régimen y auspiciaban una huelga general pacífica, guardaban una escasa relación con la realidad observable. Tomás García sería el encargado de replicar en la revista Nuestra Bandera cada uno de los asertos económicos «erróneos» del camarada Claudín.

En los años sesenta proliferan los escritores, artistas plásticos, dramaturgos, cineastas que se acercan al Partido Comunista. Apenas algún profesor no funcionario, ningún joven cercano a la profesión de historiador o a las ciencias sociales. El Partido Comunista parece un partido bueno para poetas y artistas, gente de sensibilidad, de abogados cultos. A comienzos de los sesenta llegan en un número muy apreciable. Ninguno dispuesto a indagar en la realidad histórica española sin reproducir la versión canónica pura acuñada por la Internacional Comunista en 1928 o matizada en los años siguientes al V Congreso del Partido Comunista de España. No quiere decir que no haya historiadores en el ámbito del partido, algunos de ellos llamados a renovar la práctica historiográfica española. En 1962 integra el comité intelectual de Barcelona el joven Josep Fontana, y entre 1967 y 1971, junto con Josep Termes, Fontana participa del equipo editorial de Nous Horitzons, la revista del Partido Socialista Unificado de Cataluña que en esas fechas dirige Sacristán[39]. Luego está el profesor de derecho político Jordi Solé-Tura, que participa en el Congreso de 1959 y se

mantiene exiliado hasta mediados de la década siguiente, en que es expulsado tras posicionarse con Claudín-Vicens y regresa a Barcelona. En 1967, Solé-Tura publica Catalanisme i revolució burgesa: «la historia del nacionalismo catalán, en sus diversas fases, es la historia de una revolución burguesa fracasada», afirma. Siguiendo de cerca el análisis sobre el carácter socialista de la única revolución que pudiera hacerse en España, llevado a cabo por Claudín, Solé-Tura añade que, fracasada la revolución burguesa (democrática), el desarrollismo franquista hacía innecesaria esta revolución porque de facto se ha producido en los años desarrollistas del franquismo[40]. Solé-Turá fundará por esos años la organización Bandera Roja.

La aparición de una izquierda comunista plural a partir de 1963 por sucesivas escisiones del Partido Comunista de España y la creación de grupos maoístas y en menor medida trotskistas reactivó la ilusión de una lucha frontal contra la dictadura, que no excluía la acción violenta en aras de derribar el régimen y promover la revolución. Esa revolución ya no se detenía en cuestiones tácticas sobre con qué sector de la burguesía liberal había que aliarse ni en qué momento la pequeña burguesía hija del desarrollismo abandonaría sus recién adquiridos hábitos consumistas y tomarían conciencia de su lugar junto al pueblo trabajador, ni merecía la pena correr tanto riesgo con el único fin de activar una «revolución democrática» que compartiera el poder con la burguesía y tuviera por objeto barrer los restos de un feudalismo que no se veía por ninguna parte. De sobra sabían ellos, estudiantes hijos de la burguesía y de las nuevas clases medias, que muy poco podía esperarse de las clases de las que procedían para acabar con la dictadura. La clase obrera era otra cosa, decían. La nueva izquierda revolucionaria era anticapitalista y creía alcanzado por España un grado suficiente de desarrollo del capitalismo que haría posible una movilización obrera que luchando por sus derechos, también luchara por el socialismo.

Todavía en el último gran documento aprobado por el Partido Comunista de España en el final del Franquismo, en septiembre de 1975, texto que debía orientar la política cuando se habían puesto en pie iniciativas que por fin lograban agrupar a sectores diversos de la oposición bajo el liderazgo del partido, como la Junta Democrática, el relato histórico reiteraba una perspectiva absolutamente desenfocada: a diferencia de lo que sucedía en numerosas ciudades europeas en el siglo XIX en las que se desarrollaba una burguesía ambiciosa, en España «la burguesía creció lánguidamente incapaz de romper con las trabas feudales y el absolutismo, viviendo a la sombra y bajo la protección de aquellos a quienes históricamente estaba llamada a derrotar, tomándoles de

prestado sus ideas y sus prejuicios reaccionarios. De esta suerte, la burguesía española fue impotente para realizar, a su tiempo, su propia revolución». Nada había cambiado, hasta aquí, de la tesis aprobada en 1929 en el III Congreso del partido. La «revolución frustrada», en una traslación literal de la noción gramsciana de rivoluzione mancata, se reproduce en 1808-1814, 1820-1823, 1834-1843 (¡gran novedad en la secuencia antes ignorada!), 1854-1856 y 1868-1873. De esta suerte, continuaba, en 1874 consumó el pacto con su adversario natural, «dejando en pie el problema agrario y sin quebrar las estructuras feudales-agrarias», tal como había escrito la Historia del PCE de 1960. Las consecuencias económicas y sociales eran «un mercado interior muy estrecho y de lento desarrollo, celosamente protegido; con una renta nacional baja y muy escasa acumulación», la principal contribución del programa aprobado en el VI Congreso. «Sobre esta base se constituye la oligarquía financiero-terrateniente que había de pesar duramente sobre el desarrollo del país.» Y el problema agrario quedaba en pie, «sin quebrar las estructuras feudales-agrarias». Algo cambia, sin embargo, con el crecimiento económico de la década de los sesenta. No solo por el desarrollo de la industria y los servicios, por el empuje del capital monopolista y de la oligarquía financiera. En el campo, se afirma, «se han mantenido intocables, en lo fundamental, las viejas estructuras latifundista», que ahora ya no son calificadas de feudales o semifeudales. La ausencia de una reforma agraria estaba desintegrando la agricultura tradicional mientras la agricultura «moderna» carecía de peso. Las «verdaderas feudalidades modernas» habían pasado a estar representadas por un grupo de monopolios dominantes, como había «feudalidades financieras». En consecuencia, el Partido Comunista de España llamaba a formar un frente antimonopolista y antilatifundista. Desaparecía cualquier mención a la «revolución democrática», a pesar de que en una ocasión se cita la expresión «revolución política» para referirse a la huelga nacional que debía acabar con la dictadura; pero subsistía el contenido de la «revolución democrática» trasladado a una noción de nuevo cuño, la «democracia política y social», que además de extender las libertades y los derechos, entre otras medidas, expropiaría los grandes monopolios y los bancos, acometería una «transformación democrática de la agricultura» con la supresión de los latifundios, la entrega de la tierra a los cultivadores y la supresión de la separación entre propiedad de la tierra y su cultivo, con la eliminación, entre otras modalidades, del colonato, esto es, una de la supervivencias feudales tradicionalmente reconocida[41].

CONTROVERSIAS ENTRE HISTORIADORES

Tiempo después escuchamos a Hobsbawm decir que «la historia es siempre un asunto sumamente politizado en todos los casos. El problema de la historia, que se inicia como disciplina académica, no es ya evitar la politización, porque no es posible hacerlo, pero lo que sí se puede evitar es subordinar el análisis histórico a fines políticos». Era un problema que se veía entre los marxistas, añadía, «donde hay tantos ejemplos de análisis históricos que no tienen sentido sino en función de una cierta agenda política»[42]. Los debates políticos e ideológicos no siempre han correspondido a los problemas de los historiadores. Por mucho tiempo los historiadores marxistas españoles sujetaron su interpretación a la agenda política e ideológica. La transferencia de planteamientos entre política e historiografía en el seno de la izquierda española a propósito de la «revolución burguesa» y su traducción en la estrategia antifranquista del Partido Comunista fueron objeto de un esclarecedor texto presentado en 1979 por Juan Sisinio Pérez Garzón en el X Coloquio de Pau, cuyo anfitrión era Manuel Tuñón de Lara, participe activo de la controversia que en los años setenta tuvo su máximo nivel[43]. La frustración de las dos repúblicas españolas y de las reformas emprendidas en ambas coyunturas, sostenía el autor, había llevado a deducir el fracaso previo de la burguesía en su intento de establecer una dominación desprovista de deudas con el Antiguo Régimen. El «pacto» de la aristocracia feudal latifundista y la burguesía habría imposibilitado un desarrollo pleno del capitalismo industrial y agrario, tarea histórica relegada y convertida en el objetivo de la revolución democrático-burguesa, frustrada en 1874 y en 1936-1939 por la acción violenta de las fuerzas contrarrevolucionarias. El equívoco se ampliaba al establecer una identificación entre revolución burguesa y democracia, y al interpretar la ausencia de la segunda como prueba y consecuencia de la no verificación de la primera. A esta deducción histórico-ideológica se unía una explicación de corte historiográfico: la definición de la revolución por el prototipo de la Revolución francesa, un movimiento que destruye el feudalismo y eleva a una nueva clase al poder, a la vez que favorece una «vía democrática» de desarrollo del capitalismo en la agricultura, en la que además de erradicar las formas de dependencia señorial, los campesinos retenían la tierra, rasgo distintivo en el medio rural de la revolución democrático-burguesa. Por el contrario, la «vía prusiana» se caracterizaba por una concentración de la propiedad territorial en manos de la antigua nobleza y de los capitalistas enriquecidos, y por la desposesión de los trabajadores de sus medios

de producción, aparte de generar una estructura de poder en la que se combina una aristocracia aburguesada y a menudo una burguesía ennoblecida que retienen el gobierno por métodos elitistas y autoritarios.

Pérez Garzón añadía otra peculiaridad de la historiografía española a la hora de desconocer la verificación de la revolución, absolutamente contradictoria con la conclusión político-ideológica sostenida por los comunistas y por la tradición socialista que lleva a Ramos Oliveira: la negación del feudalismo como régimen social en la mayor parte de la Península, siguiendo las teorías del mayor medievalista hasta entonces, Claudio Sánchez Albornoz, que reducía lo feudal a vínculos vasalláticos y a un conjunto de ritos y rasgos institucionales, en lugar de advertir un régimen socioeconómico. La historiografía medievalista y modernista española afirmaba que la existencia de señoríos no debía ser confundida con el feudalismo europeo debido a los rasgos específicos de la «Reconquista». La negación del feudalismo hacía innecesaria una revolución antifeudal.

La explicación de Pérez Garzón ha sido la más completa, razonada y convincente de las efectuadas sobre la suerte de la revolución burguesa y la reiterada negación de su verificación por la izquierda marxista y la historiografía española. A tenor de las discusiones habidas en otros países, hoy sería oportuno inscribir el análisis también en una dimensión internacional, ya que el mismo fenómeno ha sido debatido –y cuestionado– por razones distintas a las aquí apuntadas en Italia, Alemania, Inglaterra o en la misma Francia.

La transferencia de planteamientos entre política e historiografía, así como una inconsistente fundamentación histórica de los planteamientos políticos, no solo porque esa fundamentación contuviera ideas discutibles, sino porque no existía la oportuna investigación histórica detrás de los posiciones políticas y, por el contrario, había un esquema rígido comprendido en las concepciones mecanicistas de la Segunda Internacional, por extensión trasladada a los reformismos radicales y, naturalmente, al espacio donde demostró más arraigo y persistencia, la «ciencia marxista-leninista» o, mejor dicho, en el análisis tosco de la Internacional Comunista al servicio del modelo estaliniano, fijada en la década de los veinte y la de los treinta. Hemos visto que del análisis y las conclusiones participó la izquierda revolucionaria de la época, incluso en su vertiente antiestalinista pero formada en la estela del Komintern.

La primera contribución historiográfica posterior a 1939 sobre el siglo XIX

español y, en general, la época contemporánea, es la debida a Antonio Ramos Oliveira, antes citada. La segunda obra relevante fue la preparada por Francisco González Bruguera, asimismo en el exilio, y publicada en París en 1953 con el título Histoire Contemporanie d'Espagne (1789-1950)[44]. La de Bruguera era el resultado de su tesis doctoral, elaborada bajo la tutela de Manuel Núñez de Arenas, profesor de la Facultad de Letras de Burdeos y eximio intelectual marxista que tenía en su larga trayectoria la fundación de la Escuela Nueva, la pertenencia al comité nacional del Partido Socialista Obrero Español y su posterior participación en la fundación del Partido Comunista de España, exiliado en 1939 y alejado de la militancia política.

Bruguera ofrecía una síntesis interpretativa de siglo y medio de la historia española, desde una óptica marxista que se libraba de los esquemas habituales. De acuerdo con su forma de ordenar la información, del significado otorgado a las acciones políticas y a sus consecuencias sociales, la gran transformación omitida en el consenso político e historiográfico, la revolución burguesa española, era la empresa que consumía el siglo XIX, de 1808 a 1874, y como había apuntado Marx, tenía su coyuntura culminante en la etapa de 1833 a 1843, de la que sale una clase nueva ocupando el poder. Bien es cierto que su historia, como la de Ramos Oliveira, avanza de manera pendular, entre revoluciones y contrarrevoluciones, pero a diferencia del socialista, Bruguera cree reconocer un fenómeno auténticamente revolucionario en los años treinta del siglo XIX y un cambio en el régimen económico una vez se consuma el ciclo revolucionario (donde Lenin hubiera escrito proceso revolucionario burgués), en 1874, sin distinguir entre la revolución antifeudal, concluida en 1843 (si no antes, en 1841, con la supresión del mayorazgo, como nos inclinamos a pensar), y las revoluciones democrático-burguesas de 1854 y 1868.

La revolución democrático-burguesa, conviene precisar, no es una fase necesaria en el progreso social y en la preparación de la revolución socialista, como argumentó la Segunda Internacional, que atenta a lo escrito por Marx afirmaba que ningún modo de producción se transforma sin haber agotado antes todas las posibilidades de desarrollo de las fuerzas productivas. La revolución democrática (burguesa), en el sentido que Lenin da a la categoría, es la revolución burguesa en la época del capital monopolista en aquellos países que no la han realizado o que, habiendo introducido las relaciones capitalistas por medios no revolucionarios, albergaban en su sociedad y en el Estado poderosos rasgos de procedencia feudal que obstaculizan el propio desarrollo del capitalismo, dan lugar a una estructura anómala y atrofiada de clases y conserva

la autocracia como modalidad de gobierno.

El maestro de González Bruguera, Núñez de Arenas, a quien está dedicado el libro, falleció dos años antes de la aparición de la obra. No era de esperar que un nuevo texto marxista durante la Guerra Fría tuviera una acogida calurosa en el medio republicano y del socialismo inspirado por Rodolfo Llopis e Indalecio Prieto. ¿Y los comunistas? ¿Qué recepción dispensaron los comunistas a la obra? La interpretación de González Bruguera contradecía las tesis del Partido Comunista de España que serían ratificadas en el programa del Congreso del partido de 1954. La cultura comunista en la época era solidaria con los camaradas y los afines, cuidaba de los intelectuales que sin coincidencias ideológicas favorecían la alianza con los comunistas, era implacable con los adversarios y extendía ese mismo trato a los divergentes, convirtiéndolos en objeto de sus críticas o ignorándolos de forma activa, creando el vacío en torno a ellos. Se suponen modalidades de lucha ideológica.

La principal valoración del libro de González Bruguera llegó de la mano de un historiador francés, Pierre Vilar, un hispanista que todavía no había alcanzado la cima con una obra importante pero que se iba labrando una sólida reputación de historiador marxista, ocupaba un puesto en l'École Pratique des Hautes Études y era profesor en la Sorbonne. Vilar, a diferencia de su esposa, nunca ingresó en el Partido Comunista de Francia, al que estuvo próximo y con el que colaboró en sus revistas teóricas. En 1947, Vilar publicó su Histoire de l'Espagne, que en 1960 traducirá al español Tuñón de Lara. Era una síntesis útil para captar en poco más de cien páginas la historia de un país, absolutamente inútil para conocer los siglos XIX y XX. El momento central del cambio lo resuelve en un apartado que titula «Les tâtonnements du XIXe siècle». La revolución liberal-burguesa queda en un «tanteo».

Un año más tarde del V Congreso del Partido Comunista de España, dos después de la edición del libro de F. G. Bruguera, Vilar lo reseñaba en la revista Annales. Era una obra que conocía suficientemente puesto que había integrado el jurado académico que examinó la tesis.

La reseña de Vilar es formalmente correcta, descriptiva, fría. Reprocha al autor la excesiva atención prestada a la historia évènementielle, al acontecimiento político. Y descalifica sus principales conclusiones. ¿Acaso se podía sostener, como hacía Bruguera, que la nación española tuviera un carácter burgués? ¿Acaso no sabía, no había comprendido, que el fascismo español era «un

compromiso» de las «las fuerzas del Antiguo Régimen» en connivencia con el extranjero? La similitud de sus palabras con los análisis del Komintern y el texto aprobado por el Partido Comunista de España en su Congreso poco antes es completa: la clase terrateniente-feudal asociada al capital europeo. Añade Vilar el resultado de ese compromiso: las fuerzas del Antiguo Régimen «embridan una burguesía no triunfante, débil y amedrentada». Por eso mismo, consideraba inapropiado que Bruguera utilizara profusamente en su obra las categorías «burguesía agraria» y «proletariado agrícola», que sugieren unas relaciones sociales en el campo que distaban de producirse en amplias zonas de España. Vilar reiteraba el colofón del análisis del Komintern y del Partido Comunista de España: la ausencia de una dominación «moderna», esto es, plenamente capitalista, «aumenta las posibilidades de la revolución», sobre cuyo carácter no se extiende, pero que obviamente se trata de la «revolución democrática» que forma parte de los objetivos programáticos y de la estrategia del Partido Comunista de España[45]. El libro de Bruguera se convirtió en una rareza de lectores emigrados, sobre cuyo interés, nueva paradoja, en España llama la atención José María Jover, y más tarde, menos extraño, Enric Sebastià.

El relevo de exiliados e hispanistas lo tomó en los años sesenta Manuel Tuñón de Lara. Exiliado a la carrera en 1947, pertenecía a las Juventudes Comunistas desde comienzos de los años treinta, en que fue secretario de la organización estudiantil del partido. A su llegada a París se reencontraría con sus antiguos camaradas: Tomás García, quien le había introducido en el sindicato universitario y la organización comunista; su compañero Manuel Azcárate; y Fernando Claudín, su secretario general en la Unión de Jóvenes Comunistas. A Pierre Vilar lo conoce en 1951. Formado en Derecho, Tuñón cursa un diploma en Historia económica y social, realiza los trabajos más diversos mientras prepara su Historia de España en el siglo XIX y, finalmente, en 1965, obtiene una plaza en la Universidad de Pau[46]. Sus libros, en la década siguiente, se convierten probablemente en los más leídos sobre la época contemporánea. Los coloquios anuales que organiza en Pau durante diez años, a partir de 1970, lo convierten en referencia de los nuevos historiadores españoles que acuden a la convocatoria y de los lectores de sus actas. Tuñón de Lara mantuvo la afiliación al Partido Comunista de España casi hasta 1960, cuando afirma haber abandonado la militancia a causa del distanciamiento práctico y de la amenaza de las autoridades de expulsarlo del país ya que el partido había sido declarado ilegal en Francia. Sin embargo, no dejó atrás la amistad de sus camaradas y mantuvo una línea ideológica muy próxima a la seguida hasta entonces. Las claves de la interpretación que Tuñón hace de la España contemporánea no se

comprenden sin tener en cuenta esa circunstancia y la lealtad que el intelectual marxista/comunista no militante conserva por largo tiempo.

El fracaso de la revolución burguesa determina la historia reciente del país, según la tesis conocida. No obstante, en 1957 Tomás García ha alertado del avance del capitalismo en la agricultura y en 1959 el Partido Comunista de España ha adoptado las tesis de la alianza de la oligarquía latifundista-terrateniente de origen feudal con el capital financiero. En 1968 Tuñón publica «La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico (1875-1914)», texto reproducido en una compilación en 1972. Frustrada la revolución burguesa, afirma en sus páginas, frustrada en su ensayo más importante, que sitúa en la revolución de 1868, se recompone en 1875 un bloque de poder sobre propietarios de origen «tradicional» –donde el Partido Comunista de España escribía «terrateniente-feudal»– y de financieros. Tuñón precisa la idea de la alianza de clase y, adoptando los conceptos y la terminología de Poulantzas, centra la atención en el «bloque de poder» de la Restauración que consagra esa alianza[47]. Una generación de historiadores se formará con esa idea. Es la misma explicación histórica, en los mismos términos, con parecidas palabras, que encontramos en el Manifiesto-Programa aprobado por el Partido Comunista de España en 1975. Naturalmente, la función de ideólogo oficial del partido la ejerce Manuel Azcárate, amigo de Tuñón desde los años treinta y quien más le ayudó a su llegada a Francia en 1947, con quien mantenía una relación cordial.

Tuñón reacciona de forma irascible ante una serie de textos que ofrecen una visión radicalmente diferente de la evolución de la historia española. En primer lugar, realizó una crítica de la noción de «revolución burguesa» y de su desenlace favorable en los términos que en 1974 formula un historiador del Derecho, Bartolomé Clavero: «la abolición de las relaciones económicas feudales –la revolución burguesa– va a consolidarse en España desde 1834 a 1843 en un proceso ascendente que se desarrolla durante estos años», afirmaba el autor[48]. La respuesta de Tuñón es fulgurante[49]. Y conocerá una réplica no menos contundente y más convincente para muchos[50], signo de un cambio en el análisis historiográfico.

Unas semanas antes de la publicación del artículo de Tuñón, en marzo de 1975, tenía lugar en Pau el VI Coloquio de historia española, en esa ocasión dedicado a la sociedad rural desde la crisis del Antiguo Régimen. A él acudió el valenciano Enric Sebastià con la ponencia «Crisis de los factores mediatizantes del régimen feudal. Feudalismo y guerra campesina en la Valencia de 1835». El núcleo de su

contribución se centraba en la supresión del principal «factor mediatizante» del régimen feudal, la coerción implícita a la jurisdicción señorial, conforme a la interpretación del feudalismo expuesta por Maurice Dobb y H. T. Takahashi en el debate sobre La transición. Esa quiebra tenía lugar en la crisis que se manifiesta durante 1834-1835 y se acelera en los primeros ocho meses de 1836, en que tiene lugar no solo la desamortización de bienes eclesiásticos, sino las protestas que conducen a que un año más tarde se promulgue una nueva ley de abolición de los señoríos. La supresión de la capacidad coercitiva que posibilitaba el dominio señorial y la obtención de la renta, capacidad coercitiva que adoptaba la «forma jurídica feudal de los derechos jurisdiccionales», era la faz de una revolución jurídica, «aspecto capital de la revolución burguesa», en la conclusión de Sebastià, pues «al transformar la relación consuetudinaria predominante en la relación contractual ha disuelto además el aspecto socioeconómico, inherente al coercitivo, característico del feudalismo: la vinculación del trabajador directo a la tierra que cultiva». La disolución del régimen señorial y los fundamentos del desarrollo de las relaciones capitalistas estaban echados. La revolución terminó siendo posible, continuaba Sebastià, a diferencia de 1810 y 1820, mediante una amplia movilización social desde abajo que debilitó la capacidad del Estado: la acción carlista, comprendida como una inmensa jacquerie, y los motines antifeudales de 1835-1836. La primera radicalizó la revolución y alimentó el liderazgo de las capas medias urbanas que se hallaban organizadas en la milicia nacional, cuya sublevación conduce a esas capas a apoderarse del poder político local y provincial, a dictar la supresión de las prestaciones señoriales, como sucede en Valencia, y a promover un cambio en el gobierno de la nación. A su vez, las medidas liberales incrementan la separación de los campesinos de los medios de producción y aumenta la dimensión de la protesta rural. En el proceso revolucionario, la capa social media «se transformaba en clase social burguesa»[51].

El caso español reproducía la conocida como «vía prusiana» de desarrollo del capitalismo en la agricultura, en la que el crecimiento capitalista descansa en la expropiación de los campesinos y en la ausencia de los aspectos democráticos de la revolución burguesa. En el caso español, esto era más acusado debido a la conversión en propiedad privada de parte de la antigua propiedad feudal, los señoríos nobiliarios o solariegos, en lugar de revertir la tierra a los cultivadores. Esto fue así, como había probado Rafael García Ormaechea en 1932, debido a la falsa distinción que las Cortes de Cádiz habían hecho entre «señoríos jurisdiccionales» y «señoríos territoriales», declarando suprimidos los primeros y reduciendo a propiedad particular los segundos cuando históricamente los

derechos jurisdiccionales eran inherentes a todo señorío; en segundo lugar, la ley de 1837 liberaba a los señores de la obligación impuesta en el decreto de 1811 de presentar sus títulos para que se apreciara su legítima adquisición y la ausencia de los privilegios que permitían reconocerlos como «señoríos jurisdiccionales». Pero a diferencia de Ormaechea, Sebastià no conceptuaba las propiedades particulares –grandes o pequeñas– procedentes de los antiguos señoríos solariegos como «supervivencias feudales», pues las relaciones de propiedad y las relaciones sociales en adelante desarrolladas se regían por una concepción capitalista en la que los trabajadores quedaban reducidos en su mayoría a la condición de proletarios agrícolas, como Bruguera había designado a los jornaleros del campo[52].

Sebastià había desarrollado estas ideas en extenso en su tesis doctoral, La transición de la cuestión señorial a la cuestión social en el País Valenciano, defendida en 1971. La tesis permaneció inédita hasta su publicación en 2001[53]. Pronto comenzarían a emerger otras interpretaciones en la misma dirección. Una segunda brecha en la línea de flotación del consenso político-historiográfico que negaba la revolución burguesa tuvo un recorrido paralelo al anterior, con argumentos distintos y una valoración del fenómeno algo divergente. Nos referimos a la contribución de Josep Fontana. Su posición ante el tema se fue perfilando a partir de 1973, cuando introduce la cuestión en el libro Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, pues está ausente a pesar del tema que le ocupa, y del título, en La quiebra de la monarquía absoluta, publicada en 1971 y revisada en 1974 con la introducción de nociones conceptuales en la línea de contemplar la revolución. Todavía en la primera obra citada conserva plenamente las cautelas de la tradición historiográfica expresada por Ramos Oliveira y deja a salvo la posición oficial comunista: después de 1823, afirma, los hombres de 1814, esto es, el fernandismo que había liquidado el constitucionalismo, comprendió que «la única alternativa a una revolución social era un amplio programa de reformas». Por lo tanto, eran los contrarrevolucionarios quienes darían los pasos precisos para transformar la sociedad mediante una serie de cautas reformas que distanciarían el caso español del modelo de la «verdadera revolución», identificando esta con la francesa. El resultado fue «una revolución burguesa que apenas fue revolución y cambió muy pocas cosas». Y añade: «no bastó para evitar un futuro de subdesarrollo económico y conflicto social», hemos de deducir que en torno a las supervivencias anteriores puesto que el capitalismo no se caracteriza precisamente por erradicar el conflicto social. En 1977 Fontana revisa y precisa sus puntos de vista en La Revolución Liberal (Política y

hacienda, 1833-1845), en donde enfatiza la alianza entre la aristocracia y la burguesía ante la rebeldía campesina, el desmoronamiento del régimen señorial que compromete las rentas de la primera y la debilidad y el temor de la segunda, incapaz de impulsar los cambios «desde abajo» en alianza con los campesinos (lo que en realidad tampoco había sucedido en Francia, a pesar de las afirmaciones de Soboul en ese sentido). El resultado, esta vez, son un conjunto de reformas legislativas iniciadas en 1833 y consumadas en 1837 que dieron por resultado la transformación de las relaciones de propiedad y el predominio de la burguesía, que ha de renunciar a hacer una auténtica reforma agraria, cuestión recurrente del regeneracionismo y del marxismo en el siglo XX. Dos años más tarde lo resume en una síntesis: «Los terratenientes feudales hubieron de admitir que el viejo orden no podía ser restaurado y, antes que dejar que los campesinos acabasen de liquidarlo por su cuenta, prefirieron pactar con la burguesía para la mutua defensa de sus propiedades, renunciando a unos derechos incobrables, que supieron transformar en títulos de propiedad burguesa de la tierra». Por las razones que tuviera cada actor, la revolución se convertía en la explicación del cambio y de la transformación que explicaría un determinado dominio de clase, con los condicionantes indicados, y el desarrollo del capitalismo, con las insuficiencias que se quieran considerar. Ahora bien, el resultado volvía a ser estigmatizado; entiéndase: estigmatizado desde la evaluación política, ya que al historiador correspondía analizar el proceso y explicarlo: «La revolución burguesa –concluye Fontana– vino a salvar, así, la riqueza de la vieja oligarquía y a confirmar el despojo de los campesinos»[54].

La disolución del régimen señorial/feudal y la revolución liberal-burguesa, comprendidas las desamortizaciones, se convirtieron en la segunda mitad de los setenta y primera de los ochenta en los temas que más atención atraían. Era la superación del régimen feudal que los medievalistas españoles habían negado (la obra central de dos marxistas heterodoxos, Abilio Barbero y Marcelo Vigil, La formación del feudalismo en la Península Ibérica, se publicó en 1978); negación que mantiene Miguel Artola al identificar el Antiguo Régimen, al que pone fin la revolución liberal, con régimen señorial (no feudal); feudalismo, de otra parte, que el marxismo «oficial» había transformado en una historia que no tenía fin en la modalidad de supervivencias feudales y condicionaba la totalidad de la historia contemporánea, comprendida la naturaleza de la dominación social durante la dictadura franquista. Era la reevaluación del significado social de las desamortizaciones. Era el descubrimiento de los actores más activos en el proceso de transformación, si la burguesía, las capas medias, los intelectuales orgánicos de una y otras… Consistía en establecer las pautas y el alcance social

de la transformación jurídica en la diversa realidad peninsular. Volver a considerar el lugar de la antigua aristocracia en el nuevo orden. Era preguntarse por los factores retardatarios del capitalismo español y más adelante, cuestionar el modelo proletarizador predominante del campesinado para rescatar una pluralidad de situaciones cuya procedencia daba lugar a nuevas controversias acerca de los censos agrarios, la resistencia campesina que concluye muchas veces en concordias, pactos privados, y la progresión de los labradores con capacidad de generar excedentes y recursos dinerarios suficientes para acceder a la propiedad en solariegos desvinculados y en el proceso desamortizador. A la vez surgían los multiplicadores de «modelos» locales de transición. Y los debates sobre si la revolución era una revolución política de consecuencias sociales o una revolución social de efectos políticos, como si ambos elementos pudieran separarse. También la resistencia a admitir la profundidad y el protagonismo de los cambios. O al contrario, la línea que indicaba una progresión continuada en el siglo XVIII hacia formas capitalistas de tenencia de la tierra y volvía a discutir la presencia de derechos jurisdiccionales unidos al señorío y minimizaba el vigor del feudalismo en la segunda mitad del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, de manera que la revolución política, con sus ajustes jurídicos, vino a sancionar en las leyes lo que ya era un cambio gradual e ininterrumpido, o quedaba limitada a los efectos políticos, la construcción de un nuevo tipo de Estado y la adopción de un sistema de gobierno representativo.

La nueva historiografía emergía en el entorno del marxismo o, como escribió Francisco Tomás y Valiente, ganada por los conceptos y la influencia de la tradición marxista[55]. La crisis de la sociedad del Antiguo Régimen, la revolución liberal-burguesa y las desamortizaciones –convertidas en la constatación del cambio de manos de la propiedad y en la formación de una clase media agraria, más o menos burguesa–, se ofrecían como campos idóneos de esa nueva historiografía. No obstante, existían otras perspectivas metodológicas, que predominaron en el tema de las desamortizaciones, como apuntó Tomás y Valiente: «me llama la atención un cierto miedo a las palabras, a determinadas palabras […]. Parece como si emplear el término burguesía y todavía mucho más el de revolución burguesa tuviera para ellos un inequívoco y vituperable, o al menos rechazable, sabor escolástico a historiografía marxista. Tal actitud me asombra»[56]. Y esta reacción suya la justifica después de afirmar que la desamortización distaba de ser inteligible desconectada de conceptos como burguesía o revolución burguesa.

En efecto, a la tradición conceptual marxista se añadían al menos otras tres

corrientes en los estudios sobre la desamortización y el Antiguo Régimen: a) una funcionalista-weberiana que tenía en Miguel Artola a su principal exponente, quien no excluía el uso ocasional de un lenguaje y unas caracterizaciones –en palabras del propio Artola– «más comprometidas», por cuanto suponía «hablar de estamentos y clases, de modos de producción feudal y capitalista, etc.»[57], algo que practicó en varios de su trabajos sin tomar en cuenta el significado que ese lenguaje «más comprometido» otorgaba a los conceptos, además de insertarlos en una concepción neoclásica de las figuras económicas que invalidaba no pocos de sus razonamientos, por ejemplo los relativos al dominio y a la renta de la tierra; b) una corriente moderadamente labroussiana e institucionalista en la reconstrucción de las figuras sociales del pasado señorial y de los procesos de transformación de la propiedad de la tierra; c) una corriente esencialmente positivista y cuantitativa, sin referencias teóricas especiales, por más que el empirismo sea una características también de las anteriores y de la vertiente marxista en la mayoría de tales estudios.

La problemática sobre la revolución burguesa ocupa en lugar aparte por las diferencias que se manifestaron. La acritud que revistieron las controversias, las explicitadas y las discrepancias ex silentio –citando de nuevo a Tomás y Valiente– se extendieron en un ejemplo de «actitud tan radical, totalitaria y escolástica como la de muchos marxistas, solo que, claro es, de signo contrario»[58]. Solo es, añadamos nosotros, que esa actitud totalitaria y escolástica, incluida la discrepancia ex silentio, llegaba también de marxistas de ocasión propensos a protagonizar la renovación de la historiografía y de marxistas en ejercicio que se aferraban a las viejas ideas y a un mal entendido protagonismo intelectual.

El debate mal habido, la suma de posiciones expresadas sobre la crisis del Antiguo Régimen y la revolución burguesa en cada una de las obras publicadas entre 1971 y 1979 a las que nos hemos referido, y en las no citadas sobre el tema por razones de espacio y para evitar reiteraciones, pertenecieron en su inmensa mayoría a un debate entre marxistas. Los autores más representativos se situaban en la órbita del Partido Comunista de España o eran militantes comunistas. El partido carecía de autoridad intelectual para orientar nada, ni eran tiempos de orientaciones aunque el pesado lastre de la interpretación que arranca de los años veinte en la Internacional Comunista, reitera Manuilsky en 1931 y reproduce el Partido Comunista de España en sus congresos desde 1954, sigue estando presente en varios de los análisis como auténticas anteojeras de las que los autores pugnan por librarse sin prescindir del todo de las anteriores conclusiones.

Las discrepancias se hicieron en unos casos explícitas. Las controversias públicas de mediados de los años setenta se limitaron a las polémicas Tuñón-Clavero, Clavero-Fontana (a la que se incorporó Carlos Martínez Shaw), Pérez Royo-Fontana, pronto suspendidas con un mal regusto, quizá porque la controversia no formaba parte del ejercicio intelectual y académico al que se estaba acostumbrado al salirse de una dictadura. No vamos a detallar las posiciones de cada autor respecto a las principales cuestiones en discusión porque a ello dedicamos dos artículos, en 1996 y 2000, en los que nos extendimos a las intervenciones que tuvieron lugar en los años ochenta –entre ellas la diatriba de Álvarez Junco contra la idea de revolución burguesa– y primera mitad de los noventa[59]. «La resolución de semejante duda pende enteramente del sentido en que se tome la palabra revolución», escribió Antonio Alcalá Galiano al filo de primer tercio del siglo XIX. La revisión sobre las raíces del debate llevada a cabo por Pérez Garzón, antes mencionada, conserva plena vigencia. En nuestro trabajo, preparado con Enric Sebastià y publicado en dos libros en 1987 y 1991[60], expusimos nuestro punto de vista crítico sobre la revolución y el sentido de la supervivencias feudales en España, secundarias en la formación social, localizadas en determinadas estructuras y causa potencial de revueltas que durante el siglo XIX podían ser tanto antifeudales como favorables a una profundización de la revolución liberal-burguesa en un sentido democrático, así en lo social como en lo político, y que no tenían continuidad después de 1874. Las lecturas parciales, interesadas y tergiversadoras llevadas a cabo por pretendidos especialistas en relaciones sociales y en desmontar los supuestos mitos del tardofeudalismo español, de la revolución burguesa y de las supervivencias feudales (en el sentido que acabamos de exponer) hemos de tomarlas como parte de la controversia, solo que con otras reglas, desprovista de profesionalidad y bastante pobre de sentido ético. Bueno, vimos cosas semejantes en los setenta y ochenta en la que calificamos de «controversia en la sombra», que tuvieron implicaciones desfavorables para varios autores cuya posición académica no se hallaba suficientemente consolidada.

Una tercera modalidad de controversia se reviste de balance historiográfico. Los ejemplos que podemos citar demuestran que la práctica ha sido más frecuente de lo que pudiéramos pensar, o que algunos historiógrafos harían bien en leer mejor o dedicarse a estudios más sencillos y positivistas porque no terminan de captar los argumentos de los autores comentados. Bajo la apariencia de ofrecer una guía de problemas y una síntesis analítica de posiciones, se convierten en piezas de la propia discusión, bien porque manipulan las opiniones de las que se discrepa o porque el autor no alcanza a comprender los argumentos de los oponentes ni los

problemas de los que se ocupan. Un ejemplo de todo ello se encuentra en las páginas que Miguel Ángel Cabrera dedicó en 2005 a la cuestión, en el artículo que daba cuenta de la evolución de la historiografía contemporánea española[61]. Sobre el proceso de cambio que puso fin al Antiguo Régimen, sostiene allí que una posición minoritaria está representada entre otros autores que no menciona (¿quizá Fontana, Clavero, Tomás y Valiente, Maluquer y un largo etcétera?) por Enric Sebastià y por el autor de estas páginas, para quienes la revolución burguesa española eliminó por completo el feudalismo, introdujo el capitalismo y la sociedad de clases basada en relaciones contractuales y situó a la burguesía como clase dominante. Enfrente, dice, estaría la proposición mayoritaria de la historiografía, heredera de los postulados de Manuel Tuñón de Lara, cuyo análisis sobre la Restauración evidenciaría la debilidad de la burguesía y la naturaleza «inconclusa» de la citada revolución (cuando Tuñón argumentó, por el contrario, su reiterado fracaso), que habría obligado a sellar un bloque de poder entre los burgueses y la nobleza terrateniente que se serviría del clientelismo y del caciquismo para imponer su hegemonía. De ello se deducía la conservación de numerosos remanentes de feudalismo y de la estructura de clases feudal, particularmente manifiestos en el sistema de propiedad y explotación de la tierra y en las mentalidades. Las tesis nos resultan sobradamente conocidas. También su filiación. Que Cabrera simplifique los debates sobre la revolución, que nos atribuya la teoría del corte y sustitución de un modo de producción sin los matices esenciales de relaciones sociales predominantes y relaciones sociales secundarias o subordinadas es llamativo. Que ignore el contenido del libro cuya referencia cita, y que precisamente está dedicado a explicar las supervivencias feudales en una formación social en la que predominan las relaciones capitalistas de propiedad y el mercado, debe atribuirse a algo más que un despiste. No queda a la zaga la omisión de las opiniones que hemos mencionado y de las controversias implícitas y explícitas a las que hemos hecho referencia.

La historia de la historiografía del Tardofranquismo y la Transición sobre la crisis del Antiguo Régimen y la revolución burguesa no puede quedar en manos de la pasión polémica mal entendida que sigue cegando la razón.

Nos restan preguntas. ¿Por qué nuestros marxistas de antaño, de hace cuatro décadas, diluyeron con tanta facilidad el bagaje de estudio fundamentado en categorías e información fáctica, en hipótesis y en teoría, en el debate vivo y abierto? ¿Qué se hizo de ellos, a propósito de la transición del Antiguo Régimen a la sociedad capitalista? Es un buen momento para revisar la Transición,

también en el terreno de la historiografía.

[1] Véase M. Artola, Los orígenes de la España contemporánea, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1975 (2.a ed.), 2 vols.

[2] J. M.a Jover Zamora, «El siglo XIX en la historiografía española contemporánea (1939-1972)», en El siglo XIX en España: doce estudios, Planeta, Barcelona, 1974, pp. 9-151.

[3] P. Anderson, Consideraciones sobre el marxismo occidental, Siglo XXI de España, Madrid, 2012.

[4] M. Á. Marín Gelabert, Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio del franquismo, Institución Fernando el Católico y Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2004, pp. 304-305.

[5] J. Clara, P. Cornellà, F. Marina y A. i Simón (eds.), Epistolari de Jaume Vicens Vives, Cercle d'Estudis Històrics i Socials de Girona, Girona, 2 vols. 1995 y 1998. Véase también los ejemplos expuestos por M. Á. Marín Gelabert, Los historiadores españoles en el franquismo, op. cit., a propósito de la mecánica de influencias de las promociones y concesión de becas de investigación.

[6] B. Sanz Díaz, Rojos y demócratas. La oposición al franquismo en la Universidad de Valencia, 1939-1975, CCOO-PV, FEIS y Albatros, Valencia, 2002, p. 277.

[7] Seguimos la exposición de F. Rojas Claros, «Poder, disidencia editorial y cambio cultural en España durante los años 60», Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea 5 (2006), pp. 60-61.

[8] Ibid., pp. 72 y 74. Sobre este sello, F. Rojas Claros, «Una editorial para los nuevos tiempos: Ciencia Nueva (1965-1970)», Historia del Presente 5 (2005), pp. 103-120. En general, del mismo autor, Dirigismo cultural y disidencia editorial (1962-1973), Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante, 2013.

[9] G. Hermet, Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino, Ruedo Ibérico, París, 1972.

[10] A. Soboul, La revolución francesa, Oikos-tau; Barcelona, 1983 (ed. fr.: 1978); Comprender la Revolución Francesa, Crítica, Barcelona, 1983 (ed. fr.: 1981); La Revolución Francesa. Principios ideológicos y protagonistas colectivos, Crítica, Barcelona, 1987 (ed. fr.: 1982); Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario, Alianza, Madrid, 1987; La Francia de Napoleón, Crítica, Barcelona, 1993 (ed. fr.: 1983).

[11] E. J. Hobsbawm, Las revoluciones burguesas, Guadarrama, Madrid, 1964, 2 vols. La reedición en Labor, Barcelona, 1987 recobra el título original: La era de las revoluciones, aspecto revelador de una reorientación del mercado ideológico español.

[12] J. Maluquer de Motes, El socialismo en España 1833-1868, Crítica, Barcelona, 1977, pp. 31-96.

[13] Véase J. A. Piqueras, «Cambio histórico y revolución burguesa: el concepto en Marx y el primer marxismo», en P. Díaz Sánchez, P. Martínez Lillo y Á. Soto Carmona (eds.), El poder de la historia. Huella y legado de Javier Donézar Díez de Ulzurrun, Universidad Autónoma de Madrid Ediciones, Madrid, 2014, pp. 51-73. N. Davidson, Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social, Pasado & Presente, Barcelona, 2013.

[14] P. Ribas, La introducción del marxismo en España (1869-1939). Ensayo bibliográfico, Ediciones de la Torre, Madrid, 1981; y Aproximación a la historia del marxismo español (1869-1939), Endymion, Madrid, 1990.

[15] A. Ramos Oliveira, Nosotros los marxistas. Lenin contra Marx, Editorial España, Madrid, 1932 [citamos por la reedición de Júcar, Madrid, 1979, pp. 169-171].

[16] A. Ramos Oliveira, Politics, economics and men of modern Spain, 1808-1946, Victor Gollancz, Londres, 1946.

[17] A. Ramos, Historia de España, Compañía General de Ediciones, México, 1952.

[18] J. Vicens Vives, Els catalans del segle XIX (Industrials i politics), Vicens-Vives, Barcelona, 1958.

[19] J. Vicens Vives (con J. Nadal y R. Ortega), Burguesía, industrialización y

obrerismo, tomo V de Historia Social y Económica de España y América, Vicens-Vives, Barcelona, 1959. Se cita por la reedición de 1982, p. 302.

[20] Seguimos el texto inédito (e inconcluso) de E. Sebastiá, «Ramos Oliveira y la génesis de la ambigüedad historiográfica sobre la revolución española».

[21] M. Tuñón de Lara, «De la dictadura de Primo de Rivera al Congreso de Sevilla», en Fundación de Investigaciones Marxistas, Sesenta años en la historia del partido Comunista de España, FIM, Madrid, 1980, pp. 117-123 y 132.

[22] En Latinoamérica condicionó el marxismo local y las interpretaciones que se dedicaron a buscar en la realidad colonial y en las sociedades poscoloniales estructuras feudales que retrasaban el desarrollo de las fuerzas productivas. Esa visión oscureció la realidad colonial, mucho más rica que su mimetismo con Europa, y tergiversó los elementos feudales de la colonización.

[23] V Congreso del Partido Comunista de España, Informe sobre «Programa del Partido» presentado por Vicente Uribe, Praga, 1954, pp. 49-50 y 58.

[24] G. Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE, 1939-1985, Akal, Madrid, 2017, pp. 417-422.

[25] Ibid., pp. 428 y 466.

[26] VI Congreso del Partido Comunista de España, Programa del Partido Comunista de España, Praga, 1960, p. 4.

[27] J. Fontana, «La Segunda República: una esperanza frustrada», en J. Fontana et al., La Segunda República. Una esperanza frustrada, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1987, pp. 10-11.

[28] La evolución de la cuestión agraria bajo el franquismo. Informe del Buró Político ante el III Pleno del C. C. del Partido Comunista de España, Ediciones Boletín de Información, s.l. [París], 1957. Reeditado como T. García, La evolución de la cuestión agraria bajo el franquismo, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1993.

[29] D. Ibárruri et al. [comisión del Comité Central], Historia del Partido Comunista de España (versión abreviada), Editions Sociales, París, 1960, p. 199.

[30] VI Congreso del Partido Comunista de España, Programa del Partido Comunista de España, p. 4.

[31] D. Ibárruri et al., Historia del Partido Comunista de España, pp. 39-40.

[32] VI Congreso del PCE, Programa del Partido Comunista de España, p. 16.

[33] Cit. en G. Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE, p. 587.

[34] D. Ibárruri et al., Historia del Partido Comunista de España, pp. 9-10.

[35] G. Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE, p. 596.

[36] Cit. en G. Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE, pp. 645-646 y 652-653.

[37] G. Hermet, Los comunistas en España. Estudio de un movimiento político clandestino, Ruedo Ibérico, París, 1972, p. 47.

[38] F. Claudín, Documentos de una divergencia comunista, El Viejo Topo, Barcelona, 1978.

[39] G. Morán, Miseria, grandeza y agonía del PCE, p. 854.

[40] J. Solé-Tura, Catalanismo y revolución burguesa, Edicusa, 1970. Citamos por esta edición en castellano.

[41] Partido Comunista de España, Manifiesto-Programa del PCE. Aprobado en la II Conferencia del PCE (septiembre de 1975).

[42] J. Paniagua y J. A. Piqueras, «Comprender la totalidad de la explicación histórica. Conversación con Eric J. Hobsbawm», Historia Social 25 (1996), pp. 26-27.

[43] J.-S. Pérez Garzón, «La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979», en M. Tuñón de Lara et al., Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen, Siglo XXI de España, Madrid, 1980, pp. 91-138.

[44] F. G. Bruguera, Histoire Contemporanie d'Espagne (1789-1950), Ophris, París, 1953.

[45] P. Vilar, «F. G. Bruguera, Histoire contemporaine d'Espagne, 1789-1950», Annales. Économies, Sociétés, Civilisations 10, 4 (1955), pp. 610-612.

[46] J. L. de la Granja y A. Reig Tapia, «Manuel Tuñón de Lara, una trayectoria vital e intelectual», en J. L. de la Granja y A. Reig Tapia (eds.), Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y su obra, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, pp. 17-115.

[47] M. Tuñón de Lara, «La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico (1875-1914)», en Estudios sobre el siglo XIX español, Siglo XXI de España, Madrid, 1981 (1.a ed. en 1972), pp. 155-238.

[48] B. Clavero, Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla, Siglo XXI de España, Madrid, 1974, p. 378.

[49] M. Tuñón de Lara, «¿Qué historia? Algunas cuestiones de historiología», Sistema 9 (abril de 1975), pp. 5-26.

[50] B. Clavero, «Para un concepto de revolución burguesa», Sistema 13 (abril de 1976), pp. 35-54.

[51] E. Sebastià Domingo, «Crisis de los factores mediatizantes del régimen feudal. Feudalismo y guerra campesina en la Valencia de 1835», en J. L. García Delgado (ed.), La cuestión agraria en la España contemporánea, Edicusa, Madrid, 1976, pp. 395-413.

[52] Un lector respetuoso con los textos originales advertirá la distorsión de las opiniones de Sebastià (y de quien ahora escribe), como también la forma desenfocada de acercarse a Ormaechea que lleva a cabo Pedro Ruiz Torres en «Rafael García Ormaechea, el problema social y la reforma jurídica en la España de principios del siglo XX», en J. Colin Davis e I. Burdiel (eds.), El otro, el mismo. Biografía y autobiografía en Europa (siglos XVII-XX), PUV, Valencia, 2005, pp. 219-282.

[53] E. Sebastià Domingo, La transición de la cuestión señorial a la cuestión social en el País Valenciano, Tesis doctoral, Universidad de Valencia, 1971. Se publicó un resumen de 23 páginas en 1973 (Impr. Bello, Valencia). La edición

del cuerpo principal de la obra, en E. Sebastià, La revolución burguesa, Centro Francisco Tomás y Valiente de la UNED/Fundación Instituto de Historia Social, Valencia, 2001, con un estudio preliminar mío: «La transición de la cuestión señorial a la cuestión social en la historiografía española contemporánea», pp. 15-58.

[54] J. Fontana, La crisis del Antiguo régimen, 1808-1833, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 48-49. Las otras obras citadas son: La Revolución Liberal (Política y hacienda, 1833-1845), Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1977 (el pacto, en pp. 314-315); Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, Ariel, Barcelona, 1973 (citamos por la edición de 1975, pp. 165-166); y La quiebra de la monarquía absoluta, Ariel, Barcelona, 1974 (2.a ed. revisada), p. 387.

[55] F. Tomás y Valiente, «Reflexiones finales: entre el balance, la crítica y las sugerencias», en Desamortización y Hacienda Pública, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación y Ministerio de Economía y Hacienda, Madrid, 1986, II, p. 796.

[56] Ibid.

[57] M. Artola, «Prólogo» a J. M.a Donézar Díez de Ulzurrun, Riqueza y propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, Madrid, 1984, p. III.

[58] F. Tomás y Valiente, «Reflexiones finales», p. 796.

[59] J. A. Piqueras, «La revolución burguesa española. De la burguesía sin revolución a la revolución sin burguesía», Historia Social 24 (1996), pp. 95-132; y «¿Hubo una revolución burguesa?», Aula-historia social 6 (2000), pp. 75-87.

[60] E. Sebastià y J. A. Piqueras, Pervivencias feudales y revolución democrática, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1987; J. A. Piqueras y E. Sebastià, Agiotistas, negreros y partisanos. Dialéctica social en vísperas de la Revolución Gloriosa, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1991.

[61] M. A. Cabrera, «Developments in Contemporary Spanish Historiography: From Social History to the New Cultural History», The Journal of Modern History 77 (2005), pp. 1000-1001.

V. LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE EL CONFLICTO RURAL Y LA POLITIZACIÓN CAMPESINA EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA. DEL MARXISMO A LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA

Francisco Cobo Romero

Universidad de Granada

EL PUNTO DE PARTIDA. LA HEGEMONÍA DE LA HISTORIOGRAFÍA RURAL MARXISTA EN TORNO A LA EVOLUCIÓN DE LA AGRICULTURA Y LA CONFLICTIVIDAD RURAL

En la actualidad podría afirmarse que se han desvanecido por completo los, hasta no hace mucho tiempo, pertinaces planteamientos historiográficos sobre la conflictividad rural y el comportamiento político del campesinado español basados en los modelos teóricos o los paradigmas interpretativos surgidos a lo largo de las décadas de los setenta y los ochenta del pasado siglo XX. Tales modelos y paradigmas habrían heredado la tradicional visión decadentista de la agricultura española, nacida a principios del siglo XX por inspiración del regeneracionismo y posteriormente incorporada por la historiografía marxista de la mano de destacados intérpretes de la «visión socialista» sobre el fracaso de la revolución burguesa en España, tales como Antonio Ramos Oliveira[1].

Las interpretaciones historiográficas tradicionales venían atribuyendo la responsabilidad directa del mantenimiento de una economía agraria atrasada como la española a factores tales como el latifundismo, el desigual reparto de la tierra, la ineficacia productiva de la pequeña explotación agrícola, la ausencia de alternativas industrializadoras o la persistencia de bajos salarios pagados a la población jornalera. El mencionado atraso agrario sería juzgado como el principal responsable del escaso grado de diversificación de la estructura productiva nacional, así como de la lenta o nula incorporación de los logros alcanzados en materia de productividad, desarrollo tecnológico, diversificación

productiva e industrialización por parte de las naciones europeas más desarrolladas. De acuerdo con tales interpretaciones, los bajos niveles de productividad de la tierra y el trabajo agrícola habrían sido los principales factores responsables de la persistencia de una mayoritaria población campesina empobrecida, con una escasa capacidad de demanda de productos manufacturados proveídos por la industria. El carácter raquítico del mercado interno, la sobrepoblación jornalera y la abundancia de mano de obra barata en el sector rural, habrían actuado históricamente como factores disuasorios en el empleo de maquinaria agrícola o en la adopción de innovaciones tecnológicas aplicadas a los procesos de trabajo en la agricultura por parte de los propietarios y los cultivadores, acentuando aún más el deterioro de la capacidad competitiva de la agricultura española con respecto a la registrada por las agriculturas más avanzadas de la Europa occidental.

Desde el siglo XIX, la visión romántica de una agricultura rezagada y anclada en el más remoto pasado, donde las tradicionales formas campesinas de relación entre los hombres y el medio natural habían permanecido ajenas a las grandes transformaciones operadas por las revoluciones agrícola e industrial de la Europa septentrional, contribuyó poderosamente a la forja del mito del atraso español. Los componentes básicos de la explicación dada por el regeneracionismo noventayochista al atraso secular de la agricultura española se gestaron a través del aglutinamiento de diferentes tradiciones filosóficas, teóricas o conceptuales, indígenas muchas de ellas o venidas del exterior algunas otras. Muchas de las mencionadas tradiciones de pensamiento convergían en la inculpación que se hacía recaer sobre el desigual reparto de la tierra, o sobre el predominio de una agricultura latifundista, a la hora de explicar la aparente imposibilidad padecida por el sistema agrario para experimentar un prolongado fenómeno de adaptación modernizadora y potenciación de su capacidad productiva.

La mayor parte de los denominados «regeneracionistas» ponía un especial acento sobre los perniciosos efectos provocados por la desamortización decimonónica, enfatizando el consiguiente derrumbe de las eficientes instituciones comunitarias en manos del campesinado y los municipios a la hora de explicar el peculiar atraso padecido por el sistema agrario nacional[2]. Muchas de las concepciones sostenidas por los socialistas españoles desde las primeras décadas del siglo XX en torno a la problemática del sector agrario remontaban su origen a los planteamientos defendidos por el regeneracionismo. Para la mayoría de todas estas conceptualizaciones, el epicentro de la supuesta parálisis padecida por la agricultura española se situaba en el declive de las

tradicionales economías campesinas, con la consiguiente ruina de las instituciones comunitarias y municipales que sobre aquellas se fueron entrelazando. Tales fenómenos serían, a su vez, una directa derivación de las medidas decimonónicas de desamortización y la paralela aplicación de las leyes de abolición de señoríos.

El modelo de reforma agraria liberal prevaleciente en la agricultura española del ochocientos sería, por consiguiente, el responsable de la conformación de una estructura de la propiedad agraria instalada sobre el predominio de las grandes explotaciones en manos de una reducida burguesía predominantemente absentista, que habría condenado a la mera subsistencia a una ingente multitud de campesinos empobrecidos y jornaleros sin tierra. Junto a todas estas precisiones, el denominado mito del atraso se habría alimentado, con especial relevancia, de las percepciones obtenidas sobre las dificultades para el crecimiento agrario observadas en las provincias meridionales peninsulares. Las escasas modificaciones que a lo largo del siglo XIX experimentaron las estructuras de la propiedad de la tierra en la práctica totalidad de la agricultura española serían atribuidas, en consecuencia, a la consolidación de una poderosa e inmóvil burguesía agraria. Por tanto, el pensamiento agrario español del primer tercio del siglo XX continuaba estrechamente asociado a determinados moldes teóricos e interpretativos. Muchos de ellos responsabilizaban al supuesto atraso agrícola del deficiente grado de industrialización padecido por la economía nacional. De la misma forma que culpabilizaban a un sector agrario pretendidamente estancado e inmóvil del marasmo en nuestros niveles de progreso social y económico. La fortaleza y la capacidad de persuasión atesoradas por las referidas tradiciones intelectuales habrían resultado, sin duda alguna, proverbiales, dando como resultado la generalizada convicción, entre la izquierda marxista española de la década de los treinta, de que el fracaso de las incipientes experiencias industrializadoras y el atraso atávico del sistema productivo no fueron sino consecuencias directas de la persistencia del latifundismo.

Tras la conclusión del régimen franquista, numerosos factores se conjugaron en los ámbitos universitarios, y en los círculos académicos, para favorecer una reinterpretación del paradigma tradicional y pesimista en torno al supuesto atraso de la agricultura española y su inculpación el todo lo relacionado con el débil proceso de industrialización nacional. No obstante, el peso ejercido por el pensamiento marxista y el materialismo histórico sobre la historiografía académica dominante durante los años de la transición democrática permitió que

el paradigma interpretativo del atraso agrícola y sus nefastas repercusiones sobre la industrialización, la debilidad de la burguesía nacional y el fracaso de la revolución burguesa, continuase prevaleciendo hasta bien entrada la década de los noventa del pasado siglo XX.

Junto a todo lo anterior, una vasta corriente historiográfica, de inspiración marxista, preocupada por el estudio de la conflictividad rural y sus repercusiones políticas o sociales, se convirtió en hegemónica entre los principales representantes de toda una generación de historiadores profesionales que ejercieron su labor académica e investigadora durante las décadas finales del pasado siglo XX. Casi todos los estudios e investigaciones inspirados por la mencionada corriente historiográfica asumían, de manera más o menos consciente, las hipótesis contenidas en las teorizaciones del denominado marxismo agrario[3]. En consecuencia establecían vínculos determinantes entre la estructura social agraria y el predominio de un específico «modo de producción» capitalista en la agricultura, que habría ido configurándose gracias a la penetración de nuevas relaciones mercantiles y capitalistas en el seno de las principales prácticas de producción y comercialización de materias primas y alimentos. De acuerdo con esta conceptualización, el conflicto rural emanaría directamente de la creciente bipolarización surgida entre ricos propietarios y jornaleros desposeídos, fenómeno este último derivado de la profundización de las relaciones capitalistas de producción en la agricultura. Para las interpretaciones historiográficas instaladas sobre el bagaje teórico descrito, los grandes terratenientes latifundistas constituirían una «temprana burguesía agraria»[4] enfrentada a los jornaleros. Estos últimos sostendrían una relación salarial de carácter típicamente capitalista que los asimilaba, en sus comportamientos económicos y conflictivos, a la clase obrera e industrial de raíz urbana. Por consiguiente, casi todos ellos estaban llamados a construir una nueva organización de la economía agraria sobre bases solidarias, comunitarias y colectivistas.

En estrecha relación con todo lo anterior, la rigidez de los postulados teóricos sobre los que se edificó buena parte de la historiografía social de corte marxista surgida en los años sesenta y setenta del pasado siglo XX en torno al desarrollo agrícola y la conflictividad rural, condujo al desplazamiento y la marginación del campesinado de los pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros de los escenarios de las luchas políticas y sindicales sostenidas entre ricos propietarios y jornaleros[5]. El campesinado medio de los modestos propietarios y arrendatarios era considerado un reducto social que persistía debido a que los

procesos de implantación del capitalismo agrario no habían alcanzado su plenitud. No obstante, el campesinado estaba irremediablemente llamado a su disminución numérica y a su postergación, como si se tratase de una reminiscencia del pasado indefectiblemente asociada a la irremediable extinción de pretéritas formas de la producción en permanente retroceso. De todo ello se deducía la incapacidad del campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios para sostener posiciones políticas autónomas, e incluso para articular respuestas políticas independientes orientadas hacia la defensa de sus específicos intereses materiales o culturales[6].

En consonancia con esto último, la interpretación marxista del conflicto rural en la España contemporánea –que con tanta fuerza contribuyó durante las décadas de los setenta y los ochenta del siglo XX a la solidificación de aquella imagen de una nación periférica, irredenta, marginada y atrasada– ha privilegiado aquellas manifestaciones y expresiones de la lucha colectiva de los jornaleros, organizados política y sindicalmente, que aspiraban a una profunda transformación de la estructura de la propiedad de la tierra y a la edificación de un nuevo «orden rural» inspirado en el reparto igualitario de los recursos agrícolas y en la plena colectivización de la tierra. De todo lo anterior se deriva la persistente indiferencia o el reiterado menosprecio con que la mencionada historiografía marxista ha tratado todas aquellas otras expresiones del conflicto rural desplegadas en torno al control de los poderes locales, la regulación de los mercados laborales o la fijación de tasas y aranceles en los mercados de productos agrícolas. En esos otros ámbitos, el campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios rústicos ha definido en múltiples ocasiones estrategias políticas particulares, procediendo al establecimiento de alianzas más o menos duraderas con otros colectivos rurales que han contribuido a la solidificación o a la desestabilización de determinados regímenes políticos.

Podríamos afirmar, pues, que la historiografía reciente –o no tan reciente– sobre el conflicto rural en la España contemporánea ha mostrado un reiterado menosprecio, hasta hace muy poco tiempo, hacia el análisis de los comportamientos políticos del campesinado de los modestos propietarios y arrendatarios. Esta característica negativa, mostrada por la mayor parte de las interpretaciones tradicionales sobre la conflictividad rural de la España contemporánea, se ve aún agravada si tenemos en cuenta la ausencia casi absoluta de investigaciones centradas en el comportamiento político y electoral de los pequeños propietarios y arrendatarios durante el primer tercio del siglo XX. Apenas conocemos los pormenores del proceso de fragmentación surgido

en el seno del campesinado español a medida que se fue afianzando el mercado capitalista de productos agrarios y se fue consolidando la integración de amplios estratos de modestos propietarios y arrendatarios en los ámbitos de la arena pública y las manifestaciones de la vida política local y nacional.

En buena parte debido a todo ello, todavía hoy precisamos de la publicación de investigaciones rigurosas centradas en el comportamiento político de los pequeños propietarios y arrendatarios durante la determinante coyuntura histórica en la que se fraguó la crisis del modelo caciquil de dominación rural, el denominado «trienio bolchevique» o los decisivos años de la crisis agraria, política y social de los comienzos de la década de los treinta, a fin de dilucidar el alcance del respaldo que aquellos pudieron prestar a la coalición antidemocrática que inspiró el golpe de Estado de julio de 1936. Sabemos muy poco acerca de las diferentes alianzas políticas que se entablaron entre los distintos colectivos del medio rural español entre los años 1931 y 1936. Debido a esto último, todavía siguen prevaleciendo las conclusiones ofrecidas por los estudios tradicionales, que localizaban los apoyos campesinos a las derechas republicanas agraristas de manera casi exclusiva entre los pequeños propietarios y arrendatarios rústicos de las regiones del norte y el noreste peninsular –Castilla y León, Galicia, Asturias, Cantabria y Aragón[7]–. Tales conclusiones se basaban en un análisis de las divisiones políticas y sociales y de los alineamientos de clase configurados por la confesionalidad religiosa, atribuyendo de esta forma al campesinado del norte peninsular una vinculación a los programas políticos de la patronal agraria únicamente sustentada en la defensa común de los principios del catolicismo tradicionalista. La abrumadora presencia, en las cortes republicanas de 1931 y 1933, de representantes de la minoría agraria procedentes de las provincias castellano-leonesas y de otras regiones del norte y el noreste español, ha contribuido a forjar la imagen arquetípica de un campesinado profundamente católico y conservador, preferentemente localizado en dichas comunidades territoriales, donde coexistían la pequeña y la gran propiedad agraria en un precario equilibrio. De igual manera, tal campesinado se hallaría altamente influido, en el transcurso de la crisis agraria coincidente con el régimen democrático republicano, por las propuestas de orden social y organización corporativa de la producción agraria y de la regulación de los mercados agrícolas, emanadas de la derecha agrarista y de la Confederación Española de Derechas Autónomas[8].

No obstante, aún desconocemos casi en su integridad el conjunto de las actitudes políticas mostradas por los campesinos de extensas comarcas agrícolas ubicadas

en un abundante número de regiones agrícolas peninsulares durante el transcurso del régimen republicano, para quienes el discurso católico de las derechas no significaba el principal, ni el único, componente de su movilización política o electoral. De igual forma, aún escasean las investigaciones y estudios centrados en el comportamiento electoral del campesinado español durante los años iniciales de la década de los treinta. Puede afirmarse que, en términos generales, aún siguen prevaleciendo los análisis electorales de carácter eminentemente cuantitativo en el panorama de los estudios políticos sobre la Segunda República y la crisis de los treinta en la España rural. La mayor parte de las investigaciones de esta naturaleza llevadas a cabo para las provincias españolas continúan adoleciendo del empleo de una metodología tradicional, que no ha logrado desvelar el comportamiento político diferenciado de los diferentes grupos sociales rurales[9]. Teniendo en cuenta la importancia creciente otorgada por las actuales investigaciones al papel decisivo desempeñado por el campesinado europeo en la difícil coyuntura de entreguerras, la profundización en el conocimiento de las opciones políticas adoptadas por el campesinado español en ese mismo periodo encuentra una más que adecuada justificación.

CAMPESINADO Y POLÍTICA. LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA EUROPEA Y SUS REPERCUSIONES SOBRE LA RECIENTE HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Desde finales de la década de los ochenta y a lo largo de la década de los noventa ha proliferado en el seno de la mejor historiografía rural europea una serie de interpretaciones renovadoras acerca del papel político de primer orden desempeñado por el campesinado y los jornaleros en la transformación, el mantenimiento o la emergencia de distintos regímenes políticos. Así pues, frente a las interpretaciones tradicionales sobre el fascismo, entendido como una reacción política antidemocrática exclusiva de las clases medias bajas urbanas, los estudios más recientes han empezado a considerar el papel desempeñado en su gestación por la clase media alta, algunas fracciones de la clase obrera cualificada y el campesinado de pequeños propietarios y arrendatarios.

Uno de los mejores trabajos en esta dirección ha sido la compilación de diferentes investigaciones acerca de los comportamientos políticos

experimentados por las «clases medias bajas» europeas durante el periodo de entreguerras, reunidas en una obra colectiva coordinada por Rudy Koshar[10]. En la introducción a esta obra, Koshar sostiene que, en este decisivo periodo histórico, los sectores inferiores de las clases medias plantearon reivindicaciones propias ante las instancias estatales. También indica que, en la mayor parte de los casos, se comportaron de una manera enteramente autónoma e independiente de las supuestas manipulaciones sobre ellas ejercidas por las elites tradicionales o por los emergentes partidos fascistas.

La aparición, en 1991, del meritorio estudio de Gregory M. Luebbert[11] sobre el análisis sociológico e histórico de las diferentes causas que motivaron la aparición de regímenes políticos de diferente naturaleza durante el periodo de entreguerras, ha significado un avance decisivo en la reinterpretación de los orígenes sociales e históricos del fascismo. Para Luebbert, las explicaciones sobre el éxito o el fracaso de los regímenes liberal-parlamentarios de los más importantes países de Europa occidental, deben rastrearse en el modo en que cada uno de ellos resolvió los problemas relacionados con la implantación de los regímenes liberales desde mediados del siglo XIX. De acuerdo con sus análisis, los regímenes fascistas de la Europa occidental no serían ya el resultado simplista de una rebelión protagonizada por las clases medias preferentemente urbanas, sino que, desde una perspectiva enriquecedora, serían contemplados como una más de las múltiples soluciones en pugna propuestas para la resolución de la crisis múltiple del periodo de entreguerras. Luebbert asigna una destacada función al campesinado europeo en las pugnas políticas que desembocaron en los diferentes modelos de organización del estado. Sin embargo, no profundiza suficientemente en el análisis de aquellos países en los que el campesinado actuó como un protagonista decisivo en la adopción de soluciones de carácter fascista.

Más recientemente aún, y desde el ámbito de la sociología histórica, Michael Mann[12] contribuyó eficazmente al enriquecimiento de nuestras percepciones sobre el comportamiento político de las clases medias y el campesinado de Europa occidental en el periodo que se extiende a lo largo de las décadas finales del siglo XIX y las iniciales del XX. Mann ha demostrado la versatilidad de los segmentos sociales intermedios, su capacidad de autorreproducción y el éxito de sus estrategias de adaptación a las necesidades del capitalismo europeo e internacional. Desmiente que el supuesto «desplazamiento» político de las clases medias, provocado por el ascendente protagonismo de la clase trabajadora organizada y por el afianzamiento de las prácticas monopolistas y corporativistas

del nuevo capitalismo industrial, significase el elemento explicativo principal de los orígenes del fascismo europeo de entreguerras. Entendiendo al campesinado de los pequeños propietarios o arrendatarios agrícolas como un componente social decisivo de las clases medias europeas, Mann construye un discurso innovador alrededor del protagonismo atribuible a este último en las luchas políticas de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX.

En primer lugar afirma que el campesinado no es de derechas ni de izquierdas, sino que a lo largo del tiempo descrito, y en función de las formas políticas estatales existentes o las alianzas establecidas entre los distintos grupos sociales, se ha adherido a las propuestas que, alternativamente, ha considerado más beneficiosas para sus intereses. Admite asimismo la enorme capacidad de formulación de respuestas políticas propias por parte del campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios frente a las tensiones generadas por una agricultura cada vez más inserta en los circuitos mercantiles, así como cada vez más dependiente de los mercados urbanos o de los insumos de la industria. De esta forma desactiva el tradicional escepticismo mostrado por el marxismo ortodoxo con respecto a la capacidad de organización política del campesinado europeo. Teniendo en cuenta la interrelación cada vez mayor existente en la Europa occidental de los comienzos del siglo XX entre agricultura, producción industrial y mercados capitalistas, Mann sostiene que el campesinado se ha visto arrastrado a la participación en las luchas políticas nacionales. La creciente integración política del campesinado europeo-occidental en la vida política nacional, debe entenderse, pues, como el resultado de la dependencia cada vez mayor de sus intereses con respecto a las políticas gubernamentales reguladoras de los mercados y los precios de los productos agrícolas. Persigue, por tanto, la finalidad de que aquel pueda ocupar una privilegiada posición de negociación y presión frente al estado para asegurar la defensa de sus intereses frente a las grandes corporaciones industriales, o las necesidades de los grandes propietarios rústicos. De esta forma, el campesinado se ha convertido en un protagonista político decisivo de los estados liberal-parlamentarios de los comienzos del siglo XX. Su indiscutible integración en la política nacional y la multiplicidad de alianzas sostenidas con un amplio espectro de grupos sociales diferenciados, hacen pensar que el campesinado ha sido un actor político crucial en la crisis del periodo de entreguerras.

En consonancia con la creciente atención prestada por la historiografía sobre el fascismo al papel desempeñado por el campesinado en el apoyo electoral y político a las opciones antiliberales y antiparlamentarias, han proliferado

numerosos estudios regionales que han modificado las tradicionales respuestas otorgadas a esta cuestión. Para el caso de Alemania, el gran avance experimentado por los estudios sobre la composición social del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, nos ha permitido conocer cómo este último se convirtió, desde 1928 en adelante, en un auténtico partido «multiclasista», e incluso en un catch all party que movilizaba políticamente a amplios sectores de las clases medias altas y bajas, al campesinado protestante –e incluso a parte del católico– y a porciones considerables de la clase obrera cualificada[13]. Investigaciones relativamente recientes han insistido en la decisiva aportación del campesinado de algunos países de Europa occidental al auge y, en algunos casos, al posterior triunfo de las propuestas fascistas y antiliberales. El caso específico de los orígenes agrarios del fascismo italiano ha sido ampliamente debatido por una vasta bibliografía[14]. Incluso para el caso de Francia, el alineamiento de buena parte del campesinado católico en torno a los programas corporativistas, fascistas y antiparlamentarios surgidos en el escenario de las luchas políticas y sociales del periodo de entreguerras, ha puesto sobradamente de manifiesto la repetida importancia del comportamiento político del campesinado en esta etapa[15].

En consecuencia con todo lo anteriormente expuesto, podemos entender mejor aún la necesidad de proceder a la realización de estudios detallados sobre el comportamiento político del pequeño campesinado español, especialmente en aquellas provincias y comarcas rurales donde su presencia resultaba más significativa e importante. Sobre todo porque de esta forma podremos extraer nuevas conclusiones acerca de los efectos que sobre las economías campesinas provocaron las distintas políticas agrarias que se sucedieron desde la crisis del sistema político de la Restauración hasta el estallido de la Guerra Civil. Asimismo, es necesario saber en qué medida las alianzas políticas que el campesinado de los pequeños propietarios y arrendatarios estableció con la patronal rural y la burguesía agraria contribuyeron al golpe militar de julio de 1936 y al triunfo de las opciones fascistas en las controversias políticas de la época. Debemos preguntarnos igualmente en qué medida las propuestas corporativistas, católicas, tradicionalistas e incluso autoritarias, inspiradas por la gran patronal rural y la burguesía agraria que defendió finalmente el golpe militar franquista, contaron con el respaldo previo de amplias fracciones del campesinado español, que manifestaría así su repulsa al régimen republicano y a la democracia parlamentaria.

La nueva historiografía española de los estudios campesinos aparecida a

comienzos del siglo XXI ha recogido en buena medida el fértil legado de la renovación historiográfica europea en torno a la movilización política del campesinado a la que acabamos de hacer referencia. La situación del campesinado español conoció sustanciales modificaciones en los últimos años del siglo XIX y los iniciales del XX. De una parte, la privatización de uso y jurídica de amplios espacios agrarios de anterior aprovechamiento vecinal redujo las oportunidades de obtención, por parte de la población rural, de bienes y artículos extraídos de las denominadas tierras comunales[16]. Esto último condicionó una mayor dependencia de los pequeños propietarios o arrendatarios respecto a los mercados capitalistas en expansión. De la misma manera que condenó a los jornaleros a disponer casi únicamente, para su subsistencia, de los salarios percibidos mediante su contratación por los patronos agrícolas[17]. Por otra parte, la extensión de determinados cultivos intensivos en trabajo, cada vez más orientados hacia la venta de sus excedentes en los mercados, permitió al pequeño campesinado un perceptible incremento de su renta disponible. Esto último lo capacitó, a su vez, para un acceso más fácil a la propiedad o al cultivo directo de la tierra[18].

La restauración de las condiciones de competitividad internacional, una vez superado el conflicto mundial de 1914-1918, reforzó las estrategias patronales capitalistas, encaminadas hacia la maximización del beneficio y el incremento de la productividad. Todo ello llevó aparejada la estricta aplicación de criterios rentabilistas –fuertemente contestados por los jornaleros de numerosas comarcas agrícolas– en un buen número de explotaciones rústicas, algunas de ellas regentadas por pequeños y modestos propietarios o arrendatarios que habían conocido una cierta prosperidad al calor de la expansión agraria posterior a la «crisis finisecular». La conjunción de las circunstancias descritas dio paso a un incremento de las relaciones salariales sostenidas entre el conjunto de los grupos sociales rurales. Pero, sobre todo, impulsó una mayor frecuencia en las relaciones laborales mantenidas entre los modestos labradores y los jornaleros de numerosas comarcas agrícolas de Andalucía, Castilla-La Mancha, Extremadura, Murcia o el Levante.

Al igual que aconteciera en otras muchas regiones agrícolas de la Europa occidental y mediterránea, la agricultura española experimentó, desde las décadas finales del siglo XIX y durante el primer tercio del XX, un poderoso fenómeno de readaptación a las nuevas necesidades de los mercados internacionales. Esta y otras transformaciones hicieron posible asimismo un importante cambio en las características de la población rural de numerosísimas

comarcas dispersas por casi toda la geografía nacional. Pero al mismo tiempo, y alentado por la fase expansiva que conoció la economía española durante el primer tercio del siglo XX, tuvo lugar en otras muchas poblaciones agrícolas un significativo incremento del conjunto de la población activa agraria. Este último fenómeno impulsó el crecimiento, tanto de los pequeños propietarios y arrendatarios[19], como de los jornaleros[20]. La urgencia con que debían efectuarse determinadas faenas de recolección, y la fuerte dependencia de algunas de ellas respecto al aporte de abundante mano de obra agrícola, obligó incluso a los pequeños propietarios y arrendatarios a recurrir, con una frecuencia cada vez mayor, a la contratación periódica de jornaleros y asalariados. Todos ellos se vieron abocados, en consecuencia, a entablar constantes relaciones laborales[21]. De tal manera que, en determinadas coyunturas sociopolíticas en las que las posiciones negociadoras de los jornaleros se vieron favorecidas, o en las que la crisis agraria endureció las posiciones patronales, los desacuerdos desembocaron en auténticas oleadas huelguísticas. Desde la crítica coyuntura significada por la neutralidad española en la Gran Guerra comenzaron a predominar, en buena parte de la agricultura española, aquellas expresiones huelguísticas y conflictivas centradas en la reclamación de incrementos salariales, o relacionadas con las condiciones específicas en que se efectuaba la contratación de la mano de obra jornalera[22]. Este notable sesgo en la orientación del conflicto rural quizá provocase un aguda aproximación entre las asociaciones de defensa de los jornaleros, surgidas desde principios del siglo XX, y los postulados reformistas o gradualistas sostenidos por los socialistas de la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español. Esto puede explicar la insólita expansión de estas últimas organizaciones por numerosas provincias de Andalucía, Castilla y León, Castilla-La Mancha o Extremadura durante el periodo 1918-1920. Asimismo, junto a la creciente polarización existente en la sociedad rural, comenzaron a hacerse perceptibles desde los comienzos del siglo XX las intensas fracturas aparecidas en el seno del campesinado mismo. Esto último fue el resultado de que los modestos labradores comenzasen a adoptar posiciones cercanas a las defendidas por la gran patronal agraria, sobre todo a la hora de rentabilizar sus pequeños fundos. El fenómeno de segmentación interna del campesinado comenzó, pues, a dibujarse con nitidez desde el llamado «trienio bolchevista» de 1918-1920[23]. Así pues, los viejos alineamientos verticales sobre los que se sostuvieron las tradicionales relaciones de patronazgo y dominio clientelar, se fueron debilitando a medida que transcurrían las primeras décadas del siglo XX. Pero, de manera especial, cuando emergieron los sindicatos de obreros agrícolas de signo izquierdista o revolucionario a lo largo del periodo 1903-1920.

De manera paralela al fenómeno de transformación agraria y laboral descrito, tuvo lugar otro de permanente readaptación de los comportamientos políticos y electorales del conjunto de la población rural[24]. Las protestas campesinas contra las medidas desamortizadoras aplicadas a lo largo del siglo XIX, estuvieron inicialmente suscitadas y conducidas por los republicanos y los federales[25]. De igual forma, desde los comienzos del siglo XX los socialistas venían pugnando por una verdadera democratización de los poderes locales. A través de la mencionada estrategia pretendían la moralización de la vida política municipal, así como la conversión de los ayuntamientos en instancias de representación de los intereses del campesinado pobre, los jornaleros y los sectores populares. En su apuesta por la movilización política de la sociedad rural, los socialistas se atrajeron el apoyo de una gran cantidad de jornaleros y braceros agrícolas del sur peninsular.

La creciente sensibilización política de los jornaleros se vio acompañada por un ascendente interés, localizado entre los pequeños propietarios y arrendatarios, por las cuestiones de la política estatal y por su participación en las disputas electorales. Este fenómeno de politización del campesinado intermedio de los pequeños propietarios y los modestos labradores estuvo, a su vez, inducido por la conexión creciente de sus explotaciones con los mercados nacionales e internacionales. En medio de una economía agraria progresivamente mercantilizada, los precios de mercado alcanzados por las cosechas dependían, en multitud de ocasiones, de las decisiones políticas adoptadas desde el Estado en torno a la fijación de los aranceles, la regulación de los salarios agrícolas, la duración de la jornada laboral o la imposición tributaria sobre la propiedad rústica. Todas estas circunstancias propiciaron la suscitación entre el conjunto de la población agraria de un interés en alza por las luchas políticas nacionales[26].

Pero sería sobre todo a partir del denominado «trienio bolchevista», cuando se pusiese de manifiesto la definitiva segmentación interna de la mayor parte del campesinado[27]. Las tensiones en aumento descritas para el ámbito laboral tuvieron su reflejo, asimismo, en un divergente comportamiento político entre los diferentes segmentos de la población campesina. En el seno de un sistema agrícola altamente dependiente de los insumos proveídos por las energías renovables y la fuerza de trabajo jornalera, los costos salariales se habían ido erigiendo en un factor de vital importancia. La acelerada e intensa sindicación de los jornaleros del sur, la meseta o el levante español fue su respuesta básica ante la necesidad de fortalecimiento de sus posiciones en el mercado laboral. Con ella perseguían la obtención de mejoras salariales con las que hacer frente a la

carestía de la vida, o a las fuertes elevaciones de precios de los productos de primera necesidad. Los partidos políticos de izquierda, y de manera fundamental el Partido Socialista Obrero Español, aprovecharon esta fuerte corriente de sindicación jornalera espontánea para ahondar en la sensibilización política de los trabajadores agrícolas en general. La politización en alza de los jornaleros, indujo al reforzamiento de la politización de los pequeños propietarios y arrendatarios. Sin embargo, estos últimos casi siempre oscilaron hacia su integración dentro de las organizaciones profesionales o políticas del conservadurismo, el tradicionalismo o el catolicismo, monopolizadas por los ricos hacendados agrícolas, viéndose así inmersos en la órbita de intereses de la burguesía agraria y los grandes propietarios, o sintiéndose partícipes de la defensa de los principios de deferencia, jerarquía, tradición y sumisión, propios del viejo «orden patronal rural»[28].

LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA Y LAS CAMBIANTES INTERPRETACIONES HISTORIOGRÁFICAS SOBRE EL PAPEL DEL CAMPESINADO EN LA CRISIS DE LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

La historiografía de los últimos treinta años ha sido prolija en el análisis del comportamiento político del campesinado europeo en la era de la política de masas. Una dedicación con tan larga trayectoria nos ha revelado la existencia de un campesinado familiar ascendentemente codiciado por los partidos del liberalismo clásico, en su particular búsqueda de alianzas electorales con las que apuntalar unos regímenes democrático-parlamentarios súbitamente desestabilizados. En un principio, las preocupaciones de los historiadores y sociólogos ocupados de los móviles de la inserción del campesinado en las disputas políticas nacionales se centraron, casi exclusivamente, en las estrategias por aquel articuladas para responder a la creciente participación del Estado en la ordenación de la producción agraria nacional. Este particular enfoque provocó que, en las décadas de los setenta y los ochenta del pasado siglo XX, prevaleciesen unos marcos de análisis excesivamente deudores de los planteamientos clásicos abordados por la sociología estructuralista y el funcionalismo de raíz parsoniana. Predominó, pues, una interpretación de la gestación de las sensibilidades políticas de los distintos estratos del campesinado exclusivamente deducida de las estrategias articuladas, por todos y cada uno de

ellos, de cara a la perpetuación de sus posiciones en torno a la propiedad o el acceso al uso de la tierra. Tales lógicas explicativas conferían un papel primordial al carácter de las políticas agrarias defendidas por las coaliciones instaladas en el Estado, considerándolas como los factores impulsores de los posicionamientos políticos reactivos de las clases campesinas y de su adaptativa inclusión en aquellas alianzas político-electorales más firmemente comprometidas con la específica defensa de sus intereses[29].

Pese a lo anterior, y por paradójico que resulte, la historiografía europeo-occidental había prestado, hasta los años finales de la década de los noventa, una escasa atención al papel desempeñado por la politización de los distintos segmentos de la población activa agraria en la crisis del parlamentarismo liberal de la Europa de entreguerras. Tampoco se había interesado demasiado por el protagonismo desempeñado por el campesinado familiar en la plasmación de las multiformes alianzas interclasistas que sirvieron de soporte a los diferenciados modelos de ordenación estatal que se disputaron la hegemonía en aquella crucial etapa. Desde mediados de la década de los setenta, fueron los estudios preocupados por el señalamiento de los apoyos sociales prestados al nazismo los que, aparejados convenientemente con la eclosión de innovadoras metodologías analíticas basadas en los presupuestos de la denominada «inferencia ecológica», dieron paso a una nueva etapa en el conocimiento de la movilización política del campesinado de entreguerras[30].

A comienzos de la década de los noventa surgieron algunas voces críticas, dispuestas a contrarrestar las visiones tradicionales que conferían un papel hegemónico a las clases medias urbanas en la diferenciada resolución de la crisis del parlamentarismo liberal[31]. La entrada en escena de tan refrescantes aportaciones, traídas por la sociología histórica o la nueva historia política y cultural, nos hizo reparar en el multiforme agregado de segmentos sociales que se vio poderosamente atraído por las propuestas de radicalismo nacionalista y antiliberal gestadas desde el fascismo europeo de entreguerras[32]. Todo ello hizo posible el alumbramiento de una abundante bibliografía en torno a la naturaleza versátil, heterogénea y ambivalente de los posicionamientos políticos esgrimidos tanto por el campesinado familiar como por los jornaleros, y el papel determinante desempeñado por sus múltiples alianzas político-electorales en la configuración de regímenes de corte fascista, liberal-parlamentario o socialdemocrático[33]. De acuerdo con esta nueva matriz teórico-metodológica, las crecientes disputas entre los intereses rurales y urbanos suscitadas por las tensiones inflacionistas desencadenadas por la Gran Guerra se convirtieron en un

objeto de atención preferente. De modo y manera que terminaron por orientar las prioridades de los análisis socio-políticos hacia el estudio de la radicalización campesina, desvelándonos así sus hondas repercusiones sobre la estabilidad misma de las frágiles democracias parlamentarias[34].

Pero fueron sobre todo los estudios sobre el comportamiento político del campesinado independiente de la Europa de entreguerras, llevados a cabo desde mediados de la década de los noventa y en los comienzos del siglo XXI, los que más notoriamente se han visto influidos por los efectos del giro cultural. El énfasis puesto por todos ellos en la capacidad movilizadora de las construcciones discursivas y simbólicas fraguadas desde las distintas grandes culturas políticas en pugna, nos ha permitido comprender aún mejor la enorme versatilidad política del campesinado intermedio en la Europa de entreguerras, así como la trascendencia de sus azarosas alianzas en la deriva experimentada por las inconsistentes democracias de la época. Ha surgido así una nueva tradición de estudios primordialmente interesada en la medición de la potencialidad mitógena y movilizadora contenida en las recreaciones idealizadas del mundo rural que pugnaron por atraerse el apoyo mayoritario de la población activa agraria, y que fueron utilizadas tanto por el fascismo como por el sindicalismo revolucionario, la socialdemocracia, el catolicismo corporativista o el agrarismo interclasista y conservador.

Desde esta innovadora perspectiva, hemos podido comprender el alcance determinante de las propuestas políticas altamente seductoras desplegadas por el fascismo entre extensos colectivos de un campesinado familiar atenazado por la crisis agraria y la radicalización jornalera de inspiración marxista o anarquista. Como contrapartida a lo anterior, también ha sido posible cuantificar el impacto ejercido sobre los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas por las propuestas conciliatorias del socialismo, e incluso del comunismo, en aquellos países en los que ambas culturas políticas incorporaron a sus discursos un indeleble compromiso con los intereses de todos ellos en torno a la propiedad o la tenencia de la tierra[35].

Tras la finalización de la Gran Guerra se extendió y amplificó la corriente de la denominada «política de masas». Tal fenómeno agudizó el deseo manifestado por numerosos colectivos sociales populares por plantear abiertamente sus demandas frente a los Estados liberal-parlamentarios. Asimismo, los fenómenos de brutalización de la política y deshumanización del enemigo, derivados de la muerte en masa que rodeó a la Gran Guerra, se unieron a las resonancias

causadas por la experiencia soviética sobre las estrategias políticas ensayadas por la izquierda[36]. Animada por el descrédito en el que se vieron sumidas las viejas oligarquías del liberalismo de preguerra, una oleada de protestas –y una honda convulsión social– se adueñó de buena parte del continente Europeo[37]. Igualmente se produjo, durante la segunda década del siglo XX, y de manera especial tras la conclusión de la Primera Guerra Mundial, la brusca irrupción de un nuevo y extenso ciclo de la protesta, que se abatió sobre la mayoría de los países industrializados. En las economías agrarias de la Europa meridional con una abultada presencia de jornaleros agrícolas, se afianzó el proceso de configuración de amplios mercados laborales capitalistas crecientemente despersonalizados[38]. Tales mercados se caracterizaban por las profundas desigualdades mostradas por la renta de los diferentes grupos sociales concurrentes, por la posición de dominio político ejercida por las oligarquías de los ricos propietarios, o por el elevado grado de concentración de la propiedad de la tierra prevaleciente. A todo ello se unió la rápida disolución de las viejas relaciones de patronazgo, el surgimiento de una nueva burguesía agraria productivista y rentabilista, y la consolidación de nuevos modelos de contratación laboral plenamente capitalistas[39]. Todos estos factores aceleraron la constitución, entre los jornaleros y los braceros agrícolas, de disciplinadas y eficaces estructuras sindicales de carácter permanente, que con frecuencia incorporaron los mitos y los lenguajes de la revolución agraria, la colectivización de la tierra y el aniquilamiento político del capitalismo y las burguesías diseñados por la socialdemocracia, el anarquismo o el comunismo. En las comarcas de la agricultura mediterránea caracterizadas por una histórica concentración de la propiedad de la tierra, o por la existencia de una elevada población jornalera, emergieron nuevos modelos de sindicalismo socialista o anarquista. En la Península Italiana y en las regiones meridionales de la Península Ibérica, tanto las poderosas ligas agrarias de signo socialista, como el sindicalismo revolucionario de inspiración anarquista, promovieron estrategias de enfrentamiento con la patronal que trascendieron las decrépitas y desgastadas fórmulas huelguísticas ceñidas al ámbito local[40].

La férrea regulación del sistema productivo impuesta por los Estados beligerantes durante el transcurso de la Gran Guerra suscitó la adopción de numerosas medidas de intervención sobre el funcionamiento global de la economía nacional. Muchas de aquellas medidas consistían en la imposición de severos controles sobre los mercados de productos agrícolas. Las más perniciosas, desde el punto de vista del sostenimiento rentable de las economías campesinas, contemplaban la exacción tributaria, el establecimiento de cupos

sobre la producción, o el reiterado recurso a unas requisas con las que se pretendía asegurar la satisfacción, a bajos precios, de las necesidades alimentarias de la población urbana. Una vez finalizado el conflicto, los agudos repuntes inflacionarios, las convulsiones monetarias de la posguerra y las exacciones motivadas por la prolongación de la economía controlada volvieron a perjudicar las economías de la mayor parte del campesinado familiar. A lo largo de la década de los veinte se registró un generalizado encarecimiento de los inputs industriales requeridos por las explotaciones campesinas que coexistió con un fenómeno de caída o estancamiento de los precios de los productos agrícolas. Tan nefasta conjunción de factores no hizo sino disparar los elevados niveles de endeudamiento en el conjunto de la agricultura. El desencadenamiento, mediada la década de los veinte, de una profunda crisis agraria de dimensiones mundiales provocó que la mayor parte del campesinado familiar europeo radicalizase sus posturas políticas, comenzando a exigir a sus respectivos Estados la adopción de urgentes medidas fiscales, monetarias o comerciales[41]. Con ellas perseguía la protección arancelaria de los mercados internos, la reducción de las tasas impositivas que gravaban la propiedad rústica, la redención de las cargas hipotecarias, la disminución de los costos salariales y la contención de los precios de los productos industriales. Las desavenencias surgidas entre una población agraria progresivamente desprotegida o castigada por la crisis económica de posguerra, y los intereses políticos defendidos por el Estado y los partidos en representación de los intereses industriales y urbanos, provocaron un profundo resentimiento entre amplias porciones del campesinado europeo. Tales desavenencias auspiciaron el nacimiento de movimientos pro campesinos y populistas dispuestos a dar la batalla a las burguesías y las elites liberales gobernantes. Emergieron con fuerza inéditas recreaciones mitificadas e idílicas de las virtudes del ruralismo, forjadas desde las nuevas corrientes de un agrarismo hegemonizado por la burguesía agraria, y orientadas hacia la neutralización política de la temida radicalización campesina. En algunos casos, esas mismas recreaciones sublimadas facilitaron la integración del campesinado en asociaciones o instrumentos de representación corporativa liderados por la gran patronal agraria, facilitando así la desactivación de aquellas desviaciones de radicalismo agrario teñidas de un fuerte carácter autónomo e incontrolado.

Por todas estas razones, el campesinado europeo del periodo posterior a la Gran Guerra reforzó su autoconvicción acerca de su conversión en un actor político determinante, diversificó sus opciones electorales y contribuyó a la consolidación de las nuevas y pujantes coaliciones interclasistas gestadas a partir de entonces. Su indiscutible categorización como aliado preferencial, y su

indudable protagonismo en la sustentación de aquellas fórmulas políticas estimadas idóneas para la conjura de los múltiples efectos de la crisis de entreguerras, lo convirtieron en un protagonista insoslayable[42].

En términos generales, podría afirmarse que el «deslizamiento» político y electoral del campesinado intermedio o bien hacia el «centro burgués y parlamentario», o por el contrario, hacia el respaldo prestado a las formaciones políticas de signo antiparlamentario o antidemocrático, resultó decisivo, durante el trascendental periodo de entreguerras, para la resolución en uno u otro sentido de la generalizada crisis padecida por el sistema liberal tras la finalización de la Primera Guerra Mundial. En general puede afirmarse que prevaleció la estabilidad del sistema liberal-democrático tanto en aquellos países donde extensos conjuntos del campesinado familiar sostuvieron una azarosa e inestable alianza con los partidos de la «hegemonía burguesa» respetuosa con el liberalismo, como en aquellos otros –en ocasiones, los mismos– donde la socialdemocracia y el comunismo desempeñaron un papel de sincera identificación con los intereses campesinos, comprometiéndose con la preservación de las reglas del juego parlamentario[43]. Esto último pudo ocurrir, como pone de manifiesto el ejemplo de la Francia de la Tercera República, porque el campesinado intermedio acabó sintiéndose recompensado por los partidos del «centro liberal» en la promulgación de medidas políticas que favorecían sus intereses y regulaban los mercados en su beneficio. En tales casos resultó determinante que los partidos de la izquierda socialista o comunista no se vinculasen de manera exclusiva a la defensa de los jornaleros, rechazando de manera explícita la defensa programas revolucionarios orientados hacia la colectivización de la tierra y la consiguiente extinción de la pequeña propiedad. Las lecciones extraídas de la Francia de la Tercera República nos muestran un panorama en el que prevalecieron aquellas alianzas políticas interclasistas, hegemonizadas por el «centro burgués», que lograron atraer a su esfera de influencia al grueso de los componentes del campesinado familiar. Un escenario, pues, donde la debilidad de la conflictividad jornalera, conjugada con la existencia de organizaciones políticas de naturaleza socialdemócrata o comunista que generaron actitudes de sincera identificación con los intereses del campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios[44], hizo posible la integración de este último en la defensa de los postulados sustentadores del Estado liberal.

En el extremo opuesto al «paisaje político» recién dibujado podemos entrever cómo allí donde no fue posible el entendimiento entre el campesinado y las

formaciones políticas del «centro burgués» o la socialdemocracia, la oscilación de aquel hacia una «deriva fascista» y «antiparlamentaria» pudo resultar determinante. En algunos destacados casos en los que esto último ocurrió, el campesinado se sintió seducido por la resolutiva capacidad de contención del socialismo colectivista y las demagógicas proclamas de exaltación ruralista que exhibieron tanto el fascismo italiano como el nazismo alemán. El carácter extremadamente atractivo de tales discursos entre las filas del campesinado familiar se vio catapultado por la ineficacia política de los partidos del liberalismo clásico, sobre todo a la hora de gestionar adecuadamente las políticas anticrisis que aquel insistentemente reclamaba. Así pues, y en abierta oposición a aquel modelo de absorción neutralizadora de las pulsiones campesinas al que aludíamos anteriormente, emergieron situaciones abiertamente contrapuestas en el panorama de las alianzas políticas. Algunas de ellas evidenciaban el estrepitoso fracaso sufrido por el «centro burgués» y el «ámbito del parlamentarismo» en sus esfuerzos por hacer viable una reconducción de la radicalización campesina por la senda del respeto a la política liberal, precipitando así su imparable deriva hacia la adhesión a posiciones de un ultranacionalismo populista profundamente enemistado con la democracia[45].

El ejemplo suministrado por la Alemania de Weimar nos permite observar cómo se produjo la deriva de una considerable porción del campesinado de granjeros, mayoritariamente protestante y especializado en la venta de excedentes cárnicos y lácteos, hacia el sostén prestado a las propuestas populistas y seudorrevolucionarias de la ultraderecha fascista. En este caso los compromisos contraídos con los intereses de la industria exportadora por los partidos del «bloque burgués» del centro-derecha se unieron a la «ceguera» política de la socialdemocracia. Ni unos ni otros supieron incorporar a su agenda política la satisfacción de las demandas formuladas por una turbulenta corriente de radicalismo campesino alimentada por el endeudamiento rampante de la pequeña propiedad, la deflación que aquejaba a sus cosechas, el trato privilegiado otorgado a los intereses cerealistas de los Junkers prusianos y el desolador aislamiento político en la arena pública. De resultas de todo ello se expandió entre el pequeño campesinado mayoritariamente protestante una espesa onda de populismo, teñida de fuertes ribetes antielitistas que rezumaban un profundo rechazo a los partidos del liberalismo clásico. El efímero respaldo electoral expresado por aquel mismo campesinado hacia los fragmentarios partidos de intereses pronto dio paso a un fenómeno tan revelador como inesperado. Desde 1930 en adelante se hizo meridianamente perceptible la vigorosa irrupción de los nazis en los distritos electorales rurales más castigados por la crisis o más

profundamente decepcionados con el sistema de partidos existente[46].

Los casos italiano y español demuestran el carácter concluyente de las alianzas entabladas entre el campesinado y el espectro de fuerzas políticas y sociales que giraba a su alrededor. Pues fueron esas mismas alianzas las que contribuyeron a facilitar, o bien el afianzamiento del parlamentarismo, o bien la emergencia de radicales propuestas políticas ultranacionalistas y antisocialistas revestidas de una inusitada furia antiliberal. En la Italia liberal de la inmediata posguerra y los años del denominado Biennio Rosso, al súbito acrecentamiento de la conflictividad huelguística agrícola se unió a la creciente capacidad reivindicativa de los jornaleros, y el masivo encuadramiento de un elevado porcentaje de todos ellos en las «ligas socialistas». A instancias de estas últimas, toda una legión de braceros agrícolas de las regiones de agricultura comercial y capitalista del norte y el centro del país recurrió a la utilización de prácticas reivindicativas extremas, que sin duda impusieron sobre la patronal agraria un férreo control de los mercados laborales que desbarataba su tradicional dominio. En medio de una excepcional coyuntura en la que un número nada despreciable de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros se encontraba afianzando sus expectativas de acceso a la propiedad, o acariciaba la posibilidad de un seguro incremento en la superficie de sus explotaciones, los sindicatos agrícolas socialistas y numerosísimos alcaldes de izquierda se colocaron decididamente a favor de los jornaleros. Además, un abultado conjunto de modestos arrendatarios o aparceros, aliado a un nada despreciable número de pequeños propietarios que recién habían alcanzado esta última condición, se sintió amenazado por las radicalizadas propuestas de socialización de la propiedad de la tierra difundidas desde la Federterra, el poderoso sindicato de obreros agrícolas adscrito al Partido Socialista Italiano[47]. La respuesta política de una considerable porción del campesinado intermedio de las regiones centro-septentrionales a las presiones provenientes del movimiento jornalero de inspiración socialista consistió, en muchos casos, en la favorable acogida dispensada a unas ligas fascistas tan furibundamente empleadas en el aniquilamiento de las izquierdas como supuestamente comprometidas con la defensa de la pequeña explotación[48].

A MODO DE CONCLUSIÓN. CAMPESINADO Y POLÍTICA EN LA ESPAÑA DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

La corta pero asimismo intensa vivencia política democrática alumbrada con el advenimiento de la Segunda República nos muestra un rico panorama de luchas agrarias y cambiantes alianzas políticas protagonizadas por el campesinado intermedio y los jornaleros. También aquí las constantes derivas mostradas por las preferencias electorales de un campesinado castigado por la crisis de la década de los treinta y asediado por la asfixiante combatividad de los poderosos sindicatos jornaleros socialistas, resultaron determinantes en la configuración de las coaliciones parlamentarias que sustentaron los distintos gobiernos. En numerosas comarcas agrarias españolas en las que, a la altura de los treinta, prevalecía la presencia de un importante segmento de modestos labradores enfrentados a una cuantiosa población jornalera, la llegada del régimen de la Segunda República precipitó una particular aceleración en el ya iniciado proceso de politización de todos ellos. Sobre el régimen democrático inaugurado en 1931 confluirían toda una serie de circunstancias que habrían estimulado el profundo distanciamiento político entre el colectivo de los jornaleros y la mayoría del campesinado de pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros. Los jornaleros, fortalecidos en su capacidad reivindicativa en los mercados laborales por poderosos instrumentos políticos y sindicales, se atrincherarían en el respaldo electoral de un socialismo reformista de inspiración marxista asimismo comprometido en la defensa de una avanzada legislación laboral y de la reforma agraria. El campesinado intermedio, castigado por los efectos deflacionarios de la crisis agraria de comienzos de la década de los treinta, por la estricta aplicación de la legislación laboral reformista y por la intensa actividad huelguística ejercitada por los jornaleros de filiación mayoritariamente socialista, acusaría, al sentirse seducido por los reclamos corporativistas de la gran patronal, un fenómeno de acusada derechización política[49]. En extensas comarcas agrícolas con una fuerte presencia de jornaleros enfrentados a los grandes, medianos y pequeños cultivadores, el campesinado de pequeños propietarios o arrendatarios experimentó una suerte de paulatino e irreversible alejamiento de los partidos republicanos representativos del «centro reformista y burgués»[50].

El mencionado distanciamiento estuvo motivado por la frustración experimentada por el campesinado ante la ausencia, imputable a la práctica totalidad de los partidos interclasistas del republicanismo progresista, de firmes actitudes políticas comprometidas con la resolución de sus más acuciantes exigencias –modificación de la legislación laboral pro jornalera, contención de los combativos jornaleros y cese de las intromisiones de los sindicatos y los alcaldes socialistas en sus decisiones sobre el empleo de mano de obra

asalariada–[51]. Pero igualmente, el viraje político registrado entre importantes segmentos del campesinado intermedio se vio estimulado por el compromiso expresado por la Confederación Española de Derechas Autónomas y el republicanismo de centro-derecha con la profunda revisión de las leyes laborales, la paralización de una Reforma Agraria tildada de «socializante» o bolchevique y el decidido propósito de acometer la «pacificación» del campo. El profundo malestar de los estratos intermedios del campesinado familiar ante las políticas laborales pro jornaleras inspiradas por los socialistas, y entusiásticamente respaldadas por los republicanos de izquierda con quienes aquellos sostenían una sólida alianza gubernamental, comenzó a materializarse desde 1933 en adelante. Su manifestación más perceptible consistió en la fuga político-electoral de buena parte del campesinado intermedio de las regiones del centro, el Levante y la mitad oriental de Andalucía hacia la adhesión a los postulados crecientemente corporativistas, antiparlamentarios y antirrepublicanos, sostenidos por las formaciones del agrarismo católico y conservador en proceso de franca «fascistización»[52].

[1] Para un mejor conocimiento del pensamiento agrario de Joaquín Costa entendido como componente sustancia del regeneracionismo agrario, consúltese C. Gómez Benito y A. Ortí, Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa, Huesca, Fundación Joaquín Costa e Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996. Véase asimismo Joaquín Costa. Escritos agrarios, edición crítica, introducción y notas de C. Gómez Benito y A. Ortí, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1998. La recepción de algunos de los planteamientos teóricos del regeneracionismo agrario por parte de algunas destacadas personalidades del socialismo español del primer tercio del siglo XX ha sido descrita por M. Gómez Oliver y M. González de Molina, «Fernando de los Ríos y la cuestión agraria», en Sistema 152-153, (1999), pp. 197-224. Los principales planteamientos del marxismo español sobre las raíces agrarias del fracaso de la revolución burguesa en España pueden consultarse en: A. Ramos Oliveira, Un drama histórico incomparable. España 1808-1939, estudio preliminar de W. L. Bernecker, Pamplona, Urgoiti, 2017.

[2] Al respecto de todo esto puede consultarse P. Ruiz Torres, «La historiografía de la "cuestión agraria" en España», en R. Villares et al., Josep Fontana. Historia y proyecto social. Jornadas de debate del Institut Universitari d'Història Jaume Vicens, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 149-237.

[3] V. I. Lenin, El desarrollo del capitalismo en Rusia. El proceso de la formación de un mercado interior para la gran industria, Barcelona, Ariel, 1974. Un buen análisis de los principales rasgos teóricos del «marxismo agrario» puede hallarse en E. Sevilla Guzmán, «Los marcos teóricos del pensamiento social agrario», en C. Gómez Benito y J. J. González Rodríguez (eds.), Agricultura y sociedad en la España contemporánea, Madrid, MAPA-CIS, 1997, pp. 25-69. Véase asimismo K. Kautsky, La cuestión agraria. Análisis de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia, Madrid, Siglo XXI de España, 1984.

[4] A. Miguel Bernal, La lucha por la tierra en la crisis del Antiguo Régimen, Madrid, Taurus, 1979.

[5] D. Castro Alfín, «Anarquismo y jornaleros en la Andalucía del siglo XIX», en E. Sevilla Guzmán y K. Heisel (eds.), Anarquismo y movimiento jornalero en Andalucía, Córdoba, Ediciones de La Posada, 1988; J. Maurice, La reforma agraria en España en el siglo XX, Madrid, Siglo XXI de España, 1975 y El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936, Barcelona, Crítica, 1990; F. Pascual Cevallos, Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República, Sevilla, Publicaciones de la Diputación Provincial, 1983; A. María Calero Amor, Movimientos sociales en Andalucía, 1820-1936, Madrid, Siglo XXI de España, 1976; P. Yruela, La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba, 1931-1936, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979; M. Tuñón de Lara, Luchas obreras y campesinas en la Andalucía del siglo XX. Jaén (1917-1920), Sevilla (1930-1932), Madrid, Siglo XXI de España, 1978; M. Tuñón de Lara, Tres claves de la Segunda República. La cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular, Madrid, Alianza, 1985; L. Garrido González, Riqueza y tragedia social. Historia de la clase obrera en la provincia de Jaén (1820-1939), Jaén, Excelentísima Diputación Provincial, 1990.

[6] Por mencionar tan solo un detalle, aún cuando indudablemente significativo, señalaremos que en su análisis sobre los orígenes agrarios de la Guerra Civil española, Edward Malefakis considera únicamente la actuación política de los jornaleros de la Andalucía occidental, sin tener en cuenta la importancia política del pequeño campesinado andaluz, y especialmente de los pequeños propietarios y arrendatarios agrícolas de la Andalucía oriental. Véase E. Malefakis, Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX, Barcelona, Ariel, 1980 y «Los campesinos, la política y la guerra civil en España, 1931-1939», Agricultura y Sociedad 8, julio-septiembre, 1978, pp. 9-60.

[7] E. Malefakis, «Los campesinos, la política…», Agricultura y Sociedad 8, 1998, pp. 35-36. Un ejemplo del comportamiento político del campesinado castellano-leonés durante el régimen de la Segunda República en M. A. Mateos Rodríguez, La República en Zamora (1931-1936). Comportamiento político electoral de una sociedad tradicional, Zamora, Instituto de Estudios Zamoranos, 1988.

[8] La procedencia geográfica de los parlamentarios integrantes de la minoría agraria derechista en A. López López, El boicot de la derecha a las reformas de la Segunda República. La minoría agraria, el rechazo constitucional y la cuestión de la tierra, Madrid, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, 1984; la influencia doctrinal e ideológica de la Confederación Española de Derechas Autónomas sobre el campesinado castellano-leonés, aragonés o cántabro en J. Montero, La CEDA. El catolicismo social y político en la Segunda República, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1977 y en J. J. Castillo, Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979.

[9] Por citar tan solo un ejemplo, señalaremos que, pese a existir una relativamente abundante bibliografía centrada en el análisis de los resultados electorales de las contiendas de 1931, 1933 y 1936 en las distintas provincias andaluzas, casi ninguno de estos estudios recoge el comportamiento político y electoral diferenciado de los distintos segmentos de la población rural. Para la provincia de Cádiz destaca el meritorio trabajo de D. Caro Cancela, La Segunda República en Cádiz. Elecciones y partidos políticos, Cádiz, Diputación, 1987, donde se refleja un detallado análisis cuantitativo de las contiendas electorales y se muestran algunos ejemplos donde se establecen relaciones entre resultados electorales y composición social de los diferentes distritos.

[10] R. Koshar (ed.), Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe, Nueva York, Holmes and Meier, 1990.

[11] G. M. Luebbert, Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe, Oxford, Oxford University Press, 1991. Los planteamientos teóricos contenidos en esta obra fueron formulados inicialmente en «Social Foundations of Political Order in Interwar Europe», en World Politics 39, 4, 1987 (julio), pp. 449-478.

[12] M. Mann, The Sources of Social Power. Volume II, Cambridge, Cambridge

University Press, 1993. Véase también A. Kane y M. Mann, «A Theory of Early Twentieth-Century Agrarian Politics», en Social Science History 16, 3, 1992 (otoño), pp. 421-454.

[13] Al respecto puede consultarse D. Blackbourn y R. J. Evans, «The Middle Classes and National Socialism», en D. Balckbourn y R. J. Evans (eds.), The German Bourgeoisie, Routledge, Londres y Nueva York, 1991. Para el ascenso electoral de los nazis y la composición social del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, consúltense las siguientes obras: Th. Childers, The Nazi Voter. The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933, Londres, Chapel Hill, 1983 y Th. Childers (ed.), The Formation of the Nazi Constituency, 1919-1933, Londres, 1986; R. F. Hamilton, Who voted for Hitler?, Princeton, Princeton University Press, 1982; M. M. Kater, The Nazy Party. A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; O. Heilbronner, «The Failure that Succeeded: Nazi Party Activity in a Catholic Region in Germany, 1929-1932», en The Journal of Contemporary History 27, 3, 1992 (julio), pp. 531-549 y «Catholic plight in a rural area of Germany and the rise of the Nazi party», en Social History 20, 2, 1995 (mayo), pp. 219-234. Véase también R. Koshar, «From Stammtisch to Party: Nazi Joiners and the Contradictions of Grass Roots Fascism in Weimar Germany», en The Journal of Modern History 59, 1, 1987 (marzo), pp. 1-24; D. Mühlberger, «The Occupational and Social Structure of the NSDAP in the Border Province Posen-West Prussia in the early 1930s», en European History Quarterly 15, 3, 1985 (julio), pp. 281-311. Sobre el campesinado alemán y la política véase: R. G. Moeller, German Peasants and Agrarian Politics, 1914-1924: The Rhineland and Westphalia, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1986 y R. G. Moeller (ed.), Peasants and Lords in Modern Germany. Recent Studies in Agricultural History, Boston, Allen and Unwin, 1986.

[14] Un trabajo pionero de los años setenta ya puso de manifiesto la necesidad de indagar en el comportamiento político de los pequeños aparceros, arrendatarios y modestos propietarios agrícolas del norte y el centro de Italia para comprender mejor el apoyo campesino al fascismo. Al respecto véase F. M. Snowden, «On the Social Origins of Agrarian Fascism in Italy», Archives Européennes de Sociologie XIII, 2, 1972, pp. 268-295. Después aparecieron las siguientes obras F. M. Snowden, Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922, Cambridge y Londres, Cambridge University Press, 1986; F. M. Snowden, The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922, Cambridge, Cambridge University Press, 1989; F. M. Snowden, «The City of the Sun: Red

Cerignola, 1900-1915», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), Landownership and Power in Modern Europe, Nueva York y Londres, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 199-215; G. Crainz, Padania. Il mondo dei braccianti dall'Ottocento alla fuga dalle campagne, Roma, Donzelli Editore, 1994; F. Cazzola, Storia delle campagne padane dall'Ottocento a oggi, Milano, Bruno Mondadori, 1996; A. L. Cardoza, Agrarian Elites and Italian Fascism. The Province of Bologna, 1901-1926, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982; A. L. Cardoza, «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), Landownership and Power…, op. cit., pp. 181-198.

[15] K. Passmore, «The French Third Republic: Stalemate Society or Cradle of Fascism?», en French History 7, 4, 1993 (diciembre), pp. 417-449 y From Liberalism to Fascism. The Right in a French Province, 1928-1939, Cambridge, Cambridge University Press, 1997; R. O. Paxton, Le temps des chemises vertes. Révoltes paysannes et fascisme rural 1919-1939, París, Seuil, 1996, y French peasant fascism: Henry Dorgère's Greenshirts and the crises of French agriculture, 1929-1939, Nueva York, Oxford University Press, 1997. Véase también G. Duby y A. Wallon (eds.), Histoire de la France rurale (4 vols.), Vol. IV, París, Éditions du Seuil, 1976 y M. C. Cleary, Peasants, politicians, and producers: the organisation of agriculture in France since 1918, Cambridge, Nueva York, Cambridge University Press, 1989.

[16] Véase GEHR (Grupo de Estudios de Historia Rural), «Más allá de la "propiedad perfecta". El proceso de privatización de los montes públicos españoles (1859-1926)», en Noticiario de Historia Agraria 8 (1994), pp. 99-152; F. Cobo Romero, S. Cruz Artacho y M. González de Molina, «Privatización del monte y protesta campesina en Andalucía Oriental (1836-1920)», en Agricultura y Sociedad 65 (1992), pp. 253-302.

[17] M. González de Molina y M. Gómez Oliver (coords.), Historia contemporánea de Andalucía. Nuevos contenidos para su estudio, Granada, Junta de Andalucía, 2000, pp. 249-252.

[18] J. F. Zambrana Pineda, Crisis y modernización del olivar, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1987.

[19] F. Cobo Romero, Conflicto rural y violencia política. El largo camino hacia la dictadura. Jaén, 1917-1950, Jaén, Universidad de Jaén, 1998, pp. 104-109.

[20] F. Cobo Romero y M. González de Molina, «Obrerismo y fragmentación del campesinado en los orígenes de la Guerra Civil en Andalucía», en M. González de Molina y D. Caro Cancela (eds.), La utopía racional. Estudios sobre el movimiento obrero andaluz, Granada, EUG, 2001, pp. 221-282, véanse especialmente las pp. 238-245.

[21] A. López Estudillo, «Los mercados de trabajo desde una perspectiva histórica: El trabajo asalariado agrario en la Andalucía Bética (la provincia de Córdoba)», en Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros 211, 3, (2006), pp. 63-119.

[22] J. Rodríguez Labandeira, El trabajo rural en España (1876-1936), Barcelona, Anthropos-Ministerio de Agricultura, 1991, pp. 206-209; M. González de Molina y M. Gómez Oliver (coords.), Historia Contemporánea de Andalucía…, op. cit., pp. 258-259.

[23] F. Cobo Romero, «The Red Dawn' of the Andalusian Countryside. Peasant Protest during the "Bolshevik Triennium", 1918-1920», en F. J. Romero Salvadó y A. Smith (eds.), The Agony of Spanish Liberalism. From Revolution to Dictatorship 1913-1923, Houndmills, Basignstoke, Palgrave Macmillan, 2010, pp. 121-144.

[24] Véase el estudio sobre la implantación política del socialismo en el mundo rural llevado a cabo por F. Acosta Ramírez, S. Cruz Artacho y M. González de Molina Navarro, Socialismo y democracia en el campo (1880-1930). Los orígenes de la FNTT, Madrid, Ministerio de Medio Ambiente y Medio Rural y Marino, 2009.

[25] A. López Estudillo, Republicanismo y anarquismo en Andalucía. Conflictividad social agraria y crisis finisecular (1868-1900), Córdoba, La Posada, 2001.

[26] F. Cobo Romero, «Labradores y granjeros ante las urnas. El comportamiento político del pequeño campesinado en la Europa Occidental de entreguerras», en Historia Agraria 38, (2006), pp. 47-73.

[27] F. Cobo Romero, «"The Red Dawn" of the Andalusian Countryside…», artículo citado.

[28] Á. González, «La construcción de un mito. El trienio bolchevique en

Andalucía», en M. González de Molina y D. Caro Cancela (eds.), La utopía racional…, op. cit., pp. 175-219, véanse especialmente las pp. 204-205; J. J. Castillo, Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979.

[29] Un buen ejemplo en J. J. Linz, «Patterns of Land Tenure, Division of Labor, and Voting Behavior in Europe», en Comparative Politics 8 (1976), pp. 365-430. Véase también S. Sokoloff, «Land Tenure and Political Tendency in Rural France: The Case of Sharecropping», en European History Quarterly 10 (1980), pp. 357-382.

[30] J. W. Falter, «Economic Debts and Political Gains: Electoral Support for the Nazi Party in Agrarian and Commercial Sectors, 1928-1933», en Historical Social Research 17, 61 (1992), pp. 3-21; J. W. Falter, «How Likely Were Workers to Vote for the NSDAP?», en C. Fischer (ed.), The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany, Providence, R. I., Berghahn Books, 1996, pp. 9-46; L. Boswell, «The French Rural Communist Electorate», en Journal of Interdisciplinary History 23, 4, (1993), pp. 719-749; W. Brustein y M. Berntson, «Interwar Fascist Popularity in Europe and the Default of the Left», en European Sociological Review 15, 2 (1999), pp. 159-178; W. Brustein «The Political Geography of Belgian Fascism: The Case of Rexism», en American Sociological Review 53, 1 (1988), pp. 69-80; E. Terence Jones, «Ecological Inference and Electoral Analysis», en Journal of Interdisciplinary History 3, 2 (1972), pp. 249-262; J. Morgan Kousser, «Ecological Regression and the Analysis of Past Politics», en Journal of Interdisciplinary History 4, 2, (1973), pp. 237-262.

[31] Al respecto, véase E. González Calleja, «Sobre el “Dominio de las Masas”. Visiones y revisiones en la sociografía de los regímenes autoritarios y fascistas del periodo de entreguerras», en E. Acton e I. Saz (eds.), La transición a la política de masas, Valencia, PUV, 2001, pp. 129-156, véanse las pp. 153-156; A. Bosch, «Diversidad histórica y posibilidades de comparación entre las dictaduras europeas del siglo XX», en E. Acton e I. Saz (eds.), La transición a la política…, op. cit., pp. 157-160.

[32] Pese a que la bibliografía al respecto es abundantísima, mencionaremos los títulos más relevantes aparecidos en los últimos años. Para el caso de Alemania de Weimar destacan los trabajos de J. W. Falter, Hitlers Wähler. Der Austieg der NSDAP im Spiegel der Wahlen, Múnich, Beck, 1991; «The First German

Volkspartei: The Social Foundations of the NSDAP», en K. Rohe (ed.), Elections, Parties and Political Traditions. Social Foundations of German Parties and Party Systems, 1867-1987, Nueva York, Oxford y Múnich, Berg, 1990, pp. 53-81; Sh. Baranowski, The Sanctity of Rural Life. Nobility, Protestantism and Nazism in Weimar Prussia, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 1995; D. Mühlberger, Hitler's followers. Studies in the sociology of the Nazi movement, Londres y Nueva York, Routledge, 1991 y «Who Were the Nazis? The Social Characteristics of the Support Mobilised by the Nazi Movement, 1920-1933», History Teaching Review Year Book 16 (2002), pp. 22-31. Para el caso de Francia consúltese W. D. Irvine, «Fascism in France. The strange case of the Croix de Feu», en Journal of Modern History 63, 2 (1991), pp. 271-295; K. Passmore, From Liberalism to Fascism. The Right in a French Province, 1928-1939, Cambridge, Cambridge University Press, 1997 y R. O. Paxton, French peasant fascism: Henry Dorgère's Greenshirts and the crises of French agriculture, 1929-1939, Nueva York, Oxford University Press, 1997. Para el caso de Italia véanse los trabajos de F. M. Snowden, Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922, Cambridge y Londres, Cambridge University Press, 1986 y The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

[33] M. Mann, Fascists, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 113-118, 158, 161 y 180-181; W. Brustein, The Logic of Evil. The Social Origins of the Nazi Party, 1925 to 1933, New Haven, Yale University Press, 1996; Z. Zofka, «Between Bauernbund and National Socialism. The Political Reorientation of the Peasants in the Final Phase of the Weimar Republic», en Th. Childers (ed.), The Formation of the Nazi Constituency, Totowa, New Jersey, Barnes and Noble Books, 1986, pp. 37-63; O. Heilbronner, Catholicism, Political Culture and the Countryside. A Social History of the nazi Party in South Germany, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1998, pp. 150-154; D. Sabina Elazar, «Electoral democracy, revolutionary politics and political violence: the emergence of Fascism in Italy, 1920-1921», en British Journal of Sociology 51, 3 (2000), pp. 461-488; A. L. Cardoza, «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), Landownership and Power in Modern Europe, Nueva York y Londres, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 181-198; Anthony L. Cardoza, Agrarian Elites and Italian Fascism. The Province of Bologna, 1901-1926, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1982; F. M. Snowden, The Fascist Revolution…, op. cit. Véanse asimismo R. Koshar (ed.), Splintered Classes. Politics and the Lower Middle Classes in Interwar Europe, Nueva York

y Londres, Holmes and Meier, 1990; G. M. Luebbert, Liberalism, Fascism or Social Democracy: Social Classes and the Political Origins of Regimes in Interwar Europe, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 295-303 y «Social Foundations of Political Order in Interwar Europe», en World Politics 39, 4 (1987), pp. 449-478, especialmente las pp. 460-464; M. Mann, Las fuentes del poder social, II. El desarrollo de las clases y los estados nacionales, 1760-1914, Madrid, Alianza, 1997. Véase también A. Kane y M. Mann, «A Theory of Early Twentieth-Century Agrarian Politics», en Social Science History 16, 3 (1992), pp. 421-454.

[34] Para el caso del ascenso del nazismo en Alemania L. E. Jones, «Crisis and Realignment: Agrarian Splinter Parties in the Late Weimar Republic, 1928-1933», en R. G. Moeller (ed.), Peasants and lords in modern Germany: recent studies in agricultural history, Boston, Allen and Unwin, 1986, pp. 198-232; N. Passchier, «The Electoral Geography of Nazi Landslide. The Need for Community Studies», en S. U. Larsen y B. Hagtvet (eds.), Who Were the Fascists. Social Roots of European Fascism, Bergen, Oslo, Universitetsforlaget, 1980, pp. 283-300; D. Abraham, The Collapse of the Weimar Republic. Political Economy and Crisis, Princeton, Princeton University Press, 1981.

[35] É. Lynch, «L’extrême gauche française et la question agraire durant l’entre-deux-guerres: de la révolution à l’agrarisme, convergences et singularités», en J. Canal, G. Pécout y M. Ridolfi (dirs.), Sociétés Rurales du XXe Siècle. France, Italie et Espagne, Roma, Ècole Française de Rome, 2004, pp. 285-309; É. Lynch, Moissons Rouges. Les Socialistes Français et la Société Paysanne durant l’entre-deux-guerres (1918-1940), Villeneuve d’Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2002; É. Lynch, «Les usages politiques du soldat laboureur: paysannerie et nation dans la France et l’Europe agrarienne, 1880-1945», en J.-L. Mayaud y L. Raphael (dirs.), Histoire de l’Europe rural contemporaine. Du village à l’État, París, Armand Colin, 2006, pp. 332-349; D. Sabina Elazar, «Electoral democracy…», artículo citado; W. Brustein y M. Berntson, «Interwar Fascist Popularity…», artículo citado.

[36] G. Eley, Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 157-164.

[37] Ch. S. Maier, Recasting Bourgeois Europe. Stabilization in France, Germany, and Italy in the decade after World War I, Princeton, Princeton University Press, 1988, pp. 3-9; J. L. Martín Ramos, Historia de la UGT. Entre la

revolución y el reformismo, 1914-1931, Madrid, Siglo XXI de España, 2008, pp. 63-67.

[38] M. Van der Linden y W. Thorpe, «Auge y decadencia del sindicalismo revolucionario», en Historia Social 12 (1992), pp. 3-29.

[39] F. M. Snowden, «The City of the Sun: Red Cerignola, 1900-1915», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), Landownership and Power in Modern Europe, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 199-215; The Fascist Revolution in Tuscany 1919-1922, Cambridge, Cambridge University Press, 1989 y Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia, 1900-1922, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; A. L. Cardoza, «Commercial agriculture and the crisis of landed power: Bologna, 1880-1930», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), Landownership and Power in Modern Europe, Nueva York, Harper Collins Publishers, 1991, pp. 181-198.

[40] R. Zangheri, (a cura di), Lotte agrarie in Italia. La Federazione nazionale dei lavoratori della terra, 1901-1926, Milan, Feltrinelli, 1960.

[41] Véase, por ejemplo, J. Osmond, Rural protest in the Weimar Republic. The free peasantry in the Rhineland and Bavaria, Nueva York, St. Martin’s Press, 1993.

[42] Véase al respecto G. M. Luebbert, Liberalism, Fascism…, op. cit., pp. 277-285.

[43] Véase L. A. Loubère, Radicalism in Mediterranean France, 1848-1914, Albany, State University of New York Press, 1974; L. L. Frader, Peasants and Protest. Agricultural Workers, Politics and Unions in the Aude, 1850-1914, Berkeley, Los Ángeles, University of California Press, 1991; T. Judt, «Class Composition and Social Structure of Socialist Parties after the First World War: France’s Case», en E. Collotti (ed.), Annali: L’internazionale Operaia e Socialista tra le due guerre, Milano, Feltrinelli Editore, 1985, pp. 279-311.

[44] L. Boswell, Rural communism in France, 1920-1939, Ithaca, Cornell University Press, 1998 y «The French Rural Communist…», artículo citado; É. Lynch, Moissons Rouges…, op. cit.; y «L’extrême gauche française…», capítulo citado.

[45] Al respecto, consúltese G. M. Luebbert, Liberalism, Fascism…, op. cit., pp.

295-303.

[46] Véase G. Corni, Hitler and the Peasants. Agrarian Policy of the Third Reich, 1930-1939, Nueva York, Oxford, Múnich, Berg, 1990; L. E. Jones, «Crisis and Realignment…», op. cit., pp. 198-232.

[47] W. Brustein, «The “Red Menace” and the Rise of Italian Fascism», en American Sociological Review 56, 5 (1991), pp. 652-664; A. L. Cardoza, Agrarian Elites and…, op. cit.

[48] F. M. Snowden, The Fascist Revolution…, op. cit.; P. Corner, Fascism in Ferrara, 1915-1925, Oxford, Oxford University Press, 1975; R. Zangheri, (a cura di), Lotte agrarie…, op. cit., pp. 305-326.

[49] F. Cobo Romero, De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios. El caso de la provincia de Jaén, 1931-1936, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

[50] E. González Calleja, F. Cobo Romero, A. Martínez Rus y F. Sánchez Pérez, La Segunda República española, Barcelona, Pasado & Presente, 2015.

[51] N. Townson, La República que no pudo ser. La política del centro en España (1931-1936), Madrid, Taurus, 2002; J. Avilés Farré, La izquierda burguesa y la tragedia de la Seguna República, Madrid, Comunidad de Madrid, 2006.

[52] S. Schatz, «Democracy’s breakdown and the rise of fascism: the case of the Spanish Second Republic, 1931-1936», en Social History 26, 2 (2001), pp. 145-165; F. del Rey, Paisanos en lucha. Exclusión política y violencia en la Segunda República española, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008; W. J. Irwin, The 1933 Cortes Elections. Origin of the Bienio Negro, Nueva York y Londres, Garland Publishing, 1991; F. Cobo Romero, De campesinos a electores…, op. cit.; F. Ayala Vicente, Las elecciones en la provincia de Cáceres durante la Segunda República, Badajoz, Editora Regional Extremeña, 2001; T. Rees, «Agrarian power and crisis in southern Spain: the province of Badajoz, 1875-1936», en R. Gibson y M. Blinkhorn (eds.), Landownership and Power…, op. cit., pp. 235-253.

VI. CULTURA OBRERA, HISTORIADORES Y MARXISMO. DE LA CLASE A LA IDENTIDAD

Carlos Forcadell Álvarez

Universidad de Zaragoza

Es el de «cultura obrera» el concepto que abre el título de esta reflexión, porque lo más visible en el desarrollo de la historiografía, de la española también, durante los últimos treinta años, ha sido el desplazamiento de la anterior centralidad de la historia social a la hegemonía de una historia cultural, o historia cultural de lo social, que se ha venido desenvolviendo, con tanta rapidez como intensidad, desde la década de los noventa; algunos historiadores ya se refieren «a la historia social que se practicaba en la época de la Guerra Fría», para dejar bien sentada la distancia, o descalificación, con un pasado historiográfico que, así enunciado, parece, o se le quiere hacer parecer, tan envejecido y remoto como sometido a las miserias de las ideologías fracasadas.

Pero las cosas son más complejas. El desplazamiento hacia el centro de la escena historiográfica de la cultura, de la cultura política, se ha producido, en sus mejores versiones y exponentes, según se constata con más frecuencia, desde el interior de las propias tradiciones disciplinares, desde el interior de la propia historiografía, desde el despliegue y desarrollo natural del método histórico. Se han publicado recientemente los tres primeros volúmenes de una Historia de las culturas políticas en España y América Latina, un proyecto investigador y editorial colectivo dirigido por Manuel Pérez Ledesma e Ismael Saz y muchos de sus participantes manifiestan esta evolución historiográfica y conceptual que presta especial atención a los valores, prejuicios, emociones, símbolos, lenguajes…, como cartografías previas e indispensables para explicar y comprender la acción política y social[1].

La distancia ya permite comprobar cómo el rechazo del marxismo político que acompañó a la desaparición de los sistemas políticos que decían entronizarlo y heredarlo, llevó consigo, aceleradamente, el abandono y rechazo de su fuerte

presencia e influencia en el análisis histórico y social, en la comprensión de las sociedades y de sus pasados. Hoy, cuando ante el incremento de las desigualdades, de la voracidad del capital financiero, de la supeditación al mismo del estado y de las políticas, de la reaparición de las crisis económicas cíclicas, de los retrocesos de derechos y protección sociales, del creciente ejército de mano de obra de parados y subempleados…, se van recuperando con frecuencia elementos de las elaboraciones y propuestas teóricas de Marx y de la tradición marxista en la crítica al capitalismo actual, aunque no se perciben síntomas similares en la recuperación de las tradiciones de lo que podemos llamar marxismo historiográfico, o influencia del materialismo histórico en la historiografía, o, al menos, no de manera explícita y visible. Es más fácil remontarse a Marx para elaborar una comprensión crítica de cómo hoy, como advierte el geógrafo radical David Harvey, «las instituciones internacionales y los trujumanes del crédito siguen chupando como sanguijuelas tanto fluido vital como pueden de todos los pueblos del mundo»[2], o de cómo –no es nuestro tema ahora– los estados protegen a las instituciones financieras a cualquier precio, entrelazando Estado y capital como en los viejos tiempos de Marx y liquidando muchos de los logros clave del socialismo distributivo en el periodo posterior a 1945, que en Europa parecían conquistas inmunes frente al asalto neoliberal, pero que resulta evidente, muy particularmente hoy, que no lo eran. O sea, quienes hoy observan y analizan la proclividad del capitalismo a las crisis, constantemente desplazadas en el tiempo y en el espacio, el papel de estas en su reproducción, los riesgos sistémicos, las excusas con las que se cubre la voluntad política de desmantelar lo que quedaba del Estado de bienestar mediante políticas de austeridad, las cuales proceden de la lógica de acumulación sin fin del capital, etc., se reencuentran con Marx; en este terreno hay un claro retorno a Marx, anterior a 2008, pero más visible aún despues, de 2008 hasta hoy mismo[3].

Sabemos del éxito del libro del economista francés Piketty, aunque no todos hayan leído sus 1.200 páginas. ¿Qué sostiene el autor del llamado El capital en el siglo XXI, un libro publicado en 2013 y traducido al castellano en 2014 con gran éxito editorial? Pues simplemente que, mientras los rendimientos del capital aumenten más que el crecimiento económico de un país se incrementará la desigualdad; que esta es una tendencia de largo plazo; que en el siglo XIX, parte del XX y lo que llevamos del XXI ello ha sido así; y que la única interrupción a esta tendencia se produjo en los años de la revolución keynesiana, de las políticas del New Deal contra la Gran Depresión, y del nacimiento del Estado de bienestar. También sostiene que la desigualdad es tan enorme que para

combatirla habrá que establecer impuestos confiscatorios (de hasta el 80 por 100 de la riqueza) a los más ricos, además de hacer políticas redistributivas públicas a través del gasto. Para llegar a estas conclusiones se basa en un aparato matemático sencillo y en un trabajo empírico, pero tiene que recurrir a series históricas de los últimos 200 años, de modo que es también, y en gran proporción, un libro de historia. Con posterioridad al éxito arrollador del libro, Piketty ha explicado repetidamente que su extenso análisis sobre la evolución de la riqueza en los tres últimos siglos intenta conciliar a Karl Marx con Pierre Bourdieu, referente indispensable de la sociología francesa contemporánea.

Nuestro tema y argumento consisten, pues, en advertir que determinadas críticas académicas, y políticas, al capitalismo actual, recuperan no pocos elementos de la crítica económica y política de Marx a la sociedad de su tiempo. Lo relevante es que no se esconden, no necesitan ocultarse. Algo que parece más difícil encontrar entre los historiadores en general, como atemorizados por reconocer hoy el papel y la influencia de Marx en la concepción y en la práctica de los fundamentos del método histórico hasta hoy, temerosos de que solo su nombre, o el de marxismo, los pueda asociar con cementerios y cadáveres políticos. La mera referencia al marxismo puede significar una descalificación, en muchos países europeos, especialmente en Francia[4]. Hobsbawm ya se preguntó con cierta malicia si el relegamiento del marxismo en las ciencias sociales se trataba de una desaparición, de una derrota, o, más bien, una integración natural en la práctica historiográfica, de algún tipo de victoria, más o menos oculta, por tanto, reconociendo que no se puede comprender gran parte de la producción histórica del siglo XX sin saber lo que han hecho de Marx y del marxismo los historiadores que han sido sus interlocutores legítimos, de Bloch a Duby, sin salir de Francia. En 2004, la British Academy organizó su conferencia anual sobre el tema «Historiografía marxista, ¿viva, muerta o moribunda?», y se respondió que más bien viva (por ejemplo en la historia económica y social de la edad media), aunque también se reconocía que el Marx que goza de buena salud no era el profeta, sino el experto en diagnósticos, en palabras del propio presidente de la Academia Británica.

«El Marx político murió hace mucho tiempo»[5] afirma el sociólogo radical sueco Göran Therborn, desde su cátedra de Cambridge convertido ya en un clásico. Marx, como sus coetáneos Tocqueville, Durkheim, Max Weber, compañero que anima a reflexionar en profundidad sobre el significado de la modernidad y la emancipación de la humanidad, defendía la razón emancipadora, el examen racional del mundo, comprometido con la liberación

humana de la explotación y la opresión, pero no modelos políticos concretos: de lo que se trata es de recuperar, igual que para la crítica económica del capitalismo hoy, los enfoques del materialismo histórico en análisis del pasado, de comprender el presente históricamente, y habrá que estar atentos al segundo centenario de su nacimiento en 2018.

El irreverente filosofo político Slavoj Žižek ha renovado la crítica cultural marxista, defendiendo un marxismo iconoclasta que luche contra «los canallas conformistas liberales»: el auténtico objetivo de En defensa de las causas perdidas, su libro publicado en 2011, es problematizar la facilona opción liberal conservadora y no defender sistemas políticos desaparecidos; recuerda que no fue casualidad que en 2005 se publicara no solo el libro negro del comunismo, sino también el libro negro del psicoanálisis, con todo detalle de crímenes y fraudes, a la vez que las defiende a ambas como dos teorías no solo acerca de la lucha, sino como dos teorías luchadoras, comprometidas, proponiendo, en definitiva, «repensar en la actualidad a Marx en las condiciones que surgen de la desintegración en 1990 de los regímenes comunistas»[6].

Pero dejemos a Žižek y vayamos ya con los historiadores: claro que la «clase obrera», las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores, si se quiere, se ha desfigurado y desvanecido, así en la realidad sociológica y política como, paralelamente, en su condición de objeto historiográfico significativo, y no digamos en la de aquella pretensión de constituir el «sujeto» principal de la historia. Hasta el punto de que se puede considerar, críticamente, en palabras del geógrafo radical David Harvey, que «la identidad de clase, a diferencia de subjetividades culturales o políticas vehiculadas por la raza, el género, la etnia, la religión, la orientación sexual, la edad, las opciones de consumo…, es el concepto menos debatido y más activamente negado, permaneciendo a lo más como un curioso residuo de otros tiempos lejanos y lugares, como la vieja Europa»[7]. Hasta un filósofo norteamericano, tan liberal y pragmático como Rorty, reclamaba «equilibrar el interés por las minorías con la vieja pregunta de cómo impedir que los ricos desvalijen a los pobres».

Si se trata de repensar el marxismo desde la historiografía hay que partir de la constatación de que, desde los años noventa, y en las agendas historiográficas más actuales o recientes, de modo muy patente en la historiografía española, no han sido los temas de una envejecida «historia obrera», de la clase trabajadora o de su «movimiento», los territorios preferidos para la aplicación de nuevos enfoques y desarrollos desplegados por los «giros» hacia el protagonismo o la

centralidad de una interpretación cultural, o lingüística, de la realidad; el análisis y reconstrucción de culturas, identidades, memorias colectivas, prácticas o integraciones simbólicas, discursos y lenguajes, ha ido por otros caminos, relegando o aparcando visiblemente la recuperación y revisión de agentes sociales y políticos de la envergadura y significación que para su tiempo, singularmente para el ciclo histórico comprendido entre 1868 y 1939, tuvieron los partidos y sindicatos obreros. Sí que se ha aplicado, con preferencia y profusión, el análisis cultural en general, y el concepto de cultura política, más comprensivo y extenso que el de ideología o práctica política, al conocimiento de otros temas y otros pasados, los del liberalismo, republicanismo, carlismo, identidades nacionales, pero no tanto a las «culturas obreras» y a las identidades de los trabajadores.

No ha avanzado demasiado una agenda –ya algo distante– propuesta a mediados de los años noventa, que comenzó a anunciar entre nosotros una cierta insatisfacción con la historia política y social al uso y a proponer la aplicación de la historia cultural a la descripción y comprensión de las movilizaciones colectivas; y, ciertamente, no dejó de ser temprana la formulación del concepto cultura política, entendido como un sistema de comprensión de la realidad, de representaciones y símbolos, compartido por amplios y más o menos definidos sectores de la sociedad, e interrelacionado en el tiempo con su acción pública y práctica política, desde perspectivas sectoriales (cultura socialista, libertaria, sindicalista, comunista, etc.) o desde el más amplio plano del análisis más general de la formación de la clase trabajadora como una construcción cultural e identitaria; estas revisiones y propuestas venían compareciendo en nuestra historiografía desde los primeros años noventa; casi un cuarto de siglo ha transcurrido desde que, en 1990, hispanistas y contemporaneístas franceses concibieran y publicaran una miscelánea de estudios sobre Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España contemporánea, en la que se proponía «una aproximación antropológica» al análisis de la cultura obrera y popular, así como la descripción de «prácticas colectivas ligadas a la actividad profesional y al ocio» y el análisis de las diferentes «actitudes y prácticas culturales» entre las tres grandes corrientes del movimiento obrero en España: socialistas, anarquistas y comunistas. Incluso se recordaba y reclamaba ir aceptando «la autonomía relativa de los procesos culturales», así como la necesidad de que el concepto de cultura se ampliara «para incluir mucho más que ideología: valores, prácticas, actitudes, concepciones del mundo», en definitiva, algo que está en el origen de los presupuestos que orientan los planteamientos de la historiografía que se quiere más actual y renovadora. Pero el alcance de aquella propuesta de revisión

historiográfica sobre la cultura y la política de los trabajadores españoles quedó debilitado, ya en los años noventa, por el sobrevenido desinterés tanto sobre la «clase» como sobre la historia social, y también la cultural, de las clases trabajadoras[8].

Se puede sostener que ha sido precisamente de ese activo sector de historiadores sociales, mirando hacia fuera, hacia otras disciplinas, a lo largo del último cuarto de siglo, a la antropología y a la filología principalmente, y en un mundo radicalmente diferente desde 1989-1991, de donde han surgido las principales propuestas de revisión, de actualización y de renovación historiográfica.

Un ejemplo, que procede de la historia social clásica, es la reivindicación de la ciudadanía como agente y sujeto histórico principal, en sustitución de la clase trabajadora, ante la evidencia de que son muchos, histórica y políticamente, los movimientos sociales que han conquistado derechos civiles y políticos, no solo desde y para los trabajadores, sino y desde para las mujeres, minorías raciales o sexuales… La ciudadanía era la candidata más cualificada para constituir un amplio sujeto histórico que permite agrupar a sectores más amplios que la clase obrera tradicional, en un mundo en el que escasea tanto el trabajo fijo como la identidad profesional o laboral. La clase obrera organizada fue un agente histórico y social importante en la conquista de derechos políticos, sociales posteriormente, pero las raíces de los derechos y de la ciudadanía son más amplias y plurales: la burguesía antifeudal, los propietarios británicos, el pueblo en su conjunto y, singularmente desde la segunda mitad del XX nuevos y potentes movimientos sociales, feministas, negros, indigenistas, ecologistas, sobre los que ha cabalgado la mayor extensión o generalización de la ciudadanía. Las principales fronteras de exclusión de la ciudadanía han sido, y son, la clase, la raza y el género, todo lo cual exige nuevas políticas y nuevas historias, algunas de cuyas raíces sí que se encuentran muy visiblemente en los marxismos políticos y académicos del pasado[9].

Este es el sentido y la perspectiva del libro que Geoff Eley elaboró a finales de los noventa sobre la historia de la izquierda europea: «Mi libro fue un intento de recuperar los ideales, los logros y las historias de la democracia para la izquierda. Quería volver a llevar la historia de la democracia a la historia de la izquierda, una izquierda que asentó los valores de la democracia en Europa, amplió las fronteras de la ciudadanía, defendió los derechos políticos ganados frente a los intentos de limitarlos y promovió valores sociales igualitarios»[10].

Lo mismo se puede afirmar de la genealogía de la historia cultural. Observar un tránsito historiográfico tajante de «la clase a la identidad» es una afirmación simplificadora, pero puede ser un reclamo para entender la funcionalidad o limitaciones de quienes proponen la práctica de la llamada historia cultural como alternativa radical deslegitimadora de la historiografía anterior, que es lo que se trata de desmontar y combatir, aquella que echa en el olvido, interesadamente, desde su propia coherencia ideológica, el protagonismo que tuvo la configuración y práctica social de clases y grupos sociales, para concedérselo a otro tipo de identidades, territoriales, nacionales, de género, de raza…, temas muy visibles en las agendas historiográficas más actuales y más jóvenes. La historia social clásica renovó profundamente el conocimiento del pasado, en ella tradición y método marxistas desempeñaron un papel importante, como hemos señalado, aunque quizá cometió el mismo pecado de soberbia que ha heredado hoy la historia cultural, de lo social, de lo político. En la medida en que este giro cultural se afirma como un dogma interdisciplinar, hay que recordar la genealogía real de esa historia cultural o historia cultural de lo político, que hunde sus raíces en las tradiciones disciplinares propias del historiador, en las que el materialismo histórico ocupó un espacio destacado[11].

Otro factor relevante en las transformaciones historiográficas orientadas hacia un «giro cultural» es la determinante influencia de las lógicas y métodos de la antropología en los historiadores y en el método histórico, un proceso largo en el que es particularmente alargada la sombra de Clifford Geertz (1926-2006), quien detentó en Princeton la cátedra, precisamente, de Historia Social, bajo la dirección de Talcott Parsons (1902-1979), quien a su vez aprendió de Max Weber en el Heidelberg de los años veinte. La antropología interpretativa y simbólica acuñada y desplegada por Geertz ha constituido una importante corriente para cualquier tipo de historia cultural y está presente en las tareas de muchos historiadores, desde la común constatación de que, según sus palabras, «el análisis de la cultura no puede constituir una ciencia experimental en forma de leyes, sino una ciencia interpretativa en forma de significados». En el texto fundacional de la antropología interpretativa Geertz cree «con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido»[12].

Desde la sociología y la historia social, por su parte, A. Giddens y J. Kocka presentaron, a uno y otro lado del canal de La Mancha, como compatibles algunos modelos de Marx y la pluralidad metodológica de Weber[13]. Por este lado la historia social, en su evolución, no estaba tan alejada de la perspectiva

cultural como se ha insistido en señalar, más bien se estaba recreando bajo estas y otras influencias y ampliado sus límites desde su propio desarrollo natural, y no por responder a los estudios culturales, que eran algo alejado, venían de otros ámbitos y de disciplinas (lingüística, estudios culturales…), presentándose, bajo la excusa de la novedad, como «marcos epistemológicos excluyentes». De la historia social alemana surgió, como es sabido, la historia conceptual, ciertamente herederas ambas de Weber y de Marx. Los conceptos, igual que los significados en la historia cultural, son registros de la realidad y a la vez factores de cambio de la propia realidad…., un cruce entre historia y lenguaje más inteligible y fructífero para los historiadores que los enunciados del giro lingüístico.

El desplazamiento hacia el centro de la escena historiográfica de la cultura se ha producido, pues, desde el interior de las propias tradiciones disciplinares. Ha sido del activo sector de historiadores sociales, mirando fuera, hacia otras disciplinas, antropología, filología, en un mundo radicalmente diferente posterior a 1989, de donde han salido las principales propuestas de actualización y renovación historiográfica. Disponemos, entre nosotros, de un utilísimo libro de Justo Serna y de Anaclet Pons, La Historia cultural (2.a ed. 2013) que repasa e interpreta la obra de historiadores de la talla e incidencia de Carlos Ginzburg, Roger Chartier, Robet Darnton, Zenon Davies, Peter Burke…, quienes respondieron desde la historia «a las transformaciones de la época, esto es, la caída del muro de Berlín, el declive de las ideologías y de las teorías sociales, el debilitamiento de los paradigmas, el despliegue de la sensibilidad posmoderna…»[14].

La crisis no era o es tanto de la historia, o de la historia social, como de los grandes paradigmas explicativos estructurales, ya fueran de raíz annalista, funcionalista o, también, marxista. La propia disciplina ha dispuesto y dispone en su interior de recursos para renovarse, recursos que venían de la tradición, nunca olvidada, de estudios de historia cultural, de Gramsci a Raymond Williams y E. P. Thompson, de la antropología histórica interpretativa, del oficio de los historiadores alemanes, de la microhistoria alemana…

A pesar de lo cual se puede constatar que el cierto y visible retorno a Marx en el despliegue de un nuevo pensamiento crítico no ha alcanzado a la historia, una especie de terra incógnita –Marx y el marxismo– para los jóvenes historiadores, para colegas de más edad una figura olvidada, cuando no proscrita…, para muchos una referencia callada que no conviene exhibir. La historiografía, en su

conjunto, no ha pasado aún la página de la crisis del marxismo; según Hobsbawm, los años más oscuros de su legado fueron los 25 años siguientes al centenario de su muerte (1983-2013) y se podría esperar que su conocimiento vaya iluminando más la comprensión del pasado tras el bicentenario de su nacimiento (2018). «Un siglo después de la muerte de Marx se hizo patente que el marxismo estaba en franca recesión, tanto política como intelectualmente», se lee en el diccionario francés de conceptos historiográficos arriba citado. Durante un cuarto de siglo Marx dejó de ser considerado un pensador importante a lo largo de los tiempos. El último de los 50 volúmenes de sus obras completas en inglés se publicó hace no muchos años, en 2004.

Hoy se viene hablando de un retorno de Marx. Se apresuraron en saltar sobre su cadáver y proclamar el fin de la historia, la victoria final de la paz, la democracia y el libre mercado. Alguien tan poco marxista como Toni Judt antes de la crisis, a la vez que echaba en cara a Hobsbawm la persistencia de sus convicciones y militancias comunistas, escribía:

Sin embargo hoy las cosas están volviendo a cambiar. Vuelve la cuestión social de tiempos de Marx, como abordar y superar las enormes disparidades de riqueza y pobreza, las vergonzosas desigualdades en salud, educación y oportunidades […]. No hace falta ser marxista para reconocer que lo que Marx y otros denominaban ejército de reserva de mano de obra está resurgiendo en todo el mundo… Así, al mismo tiempo que perdemos de vista al comunismo, la caída de la URSS ha librado a Marx de sus herederos y nos ha liberado a nosotros y «probablemente crecerá el atractivo moral de alguna versión renovada del marxismo»[15].

Si hacemos un recorrido por la historiografía marxista podemos clasificarla en tres etapas: la primera, la de los fundadores, junto con historiadores militantes de la talla de Franz Mehring; en segundo término, en el periodo de entreguerras coincidieron numerosos y significativos teóricos que escribían y reflexionan sobre la historia y que resultaron ser particularmente creativos e influyentes como Lukács, Gramsci, Mariategui, Trotsky, ejemplos de buen historiador marxista, junto con conocidos historiadores profesionales como Riazanov, Arthur Rosenberg, Wittfogel…, a la vez que el materialismo histórico era tenido

en cuenta por la primera generación de Annales, singularmente por Marc Bloch. Durante la tercera etapa, que coincide con la Guerra Fría (1950-1990) se despliega una historiografía marxista original y potente cuyos batallones se lanzaron, por primera vez, a la conquista de la universidad: la historiografía marxista de la revolución francesa (Soboul, Vovelle…), en la estela de Lefébvre y Mathiez, fue sistemáticamente traducida por las editoriales españolas e influyó poderosamente en la historiografía española del periodo del segundo franquismo y hasta bien entrados los ochenta, así en la enseñanza como en la investigación; y simultánea fue la presencia intelectual, editorial e historiográfica de los historiadores marxistas británicos: Hobsbawm, Hill, Samuel, Thompson, Anderson…, con una buena recepción a través de sus traducciones al castellano en las historiografías españolas y latinoamericanas[16]. No dejaba de haber aproximaciones antropológicas y al análisis cultural (Raymond Williams), desde el marxismo y la tradición marxista se atendía y subrayaba la mundialización del sistema económico (Wallerstein, Arrighi, Brenner), destacaban medievalistas y modernistas polacos (Kula, Topolski), se abrían los «estudios subalternos» en la India (Ranajit Guha, Chakrabarty) que también reinterpretaban, por su parte, los conceptos gramscianos de subalternidad y hegemonía desde la perspectiva de los dominados. La historiografía se transformó en su conjunto bajo el signo de una confrontación casi obligatoria con el marxismo en un ciclo fulgurante que es el que pareció agotarse a partir de los años noventa.

La explicación del comienzo de esta «fase oscura» de la historiografía marxista no estaría tanto en el comienzo de un eclipse de la razón histórica, arrastrada por la ola posmodernista…, porque siempre hubo historiadores atentos a las novedades y transformaciones, que reaccionaron pronto al giro lingüístico, resituaron la función del lenguaje, historizado y resemantizado, y de la cultura en su conjunto. Sus aportaciones repercutieron positivamente en la historiografía, que amplió el campo de sus investigaciones y generó nuevas reflexiones, de lo cual pueden ser ejemplos la historia poscolonial como encuentro entre marxismo y posmodernismo, más atenta a la subjetividad e identidad de los dominados. La crítica al posmodernismo fue vigorosa, pero también fecunda, la práctica historiográfica creció y se desplegó y vivió los cambios que afectaban a la historia social de tradición marxista más como un desafío que como una amenaza.

Para Traverso el retroceso del marxismo en la historiografía tiene causas más bien políticas. La presencia del marxismo en las ciencias sociales en general se vio reforzada entre 1945 y finales de la década de los setenta, desde las

resistencias antifascistas europeas hasta las luchas por la descolonización en Asia, América Latina… La revolución conservadora de los ochenta llegó a su apogeo en 1989 e invirtió la tendencia, lo cual tuvo un impacto brutal, con efectos acumulativos de esa derrota histórica, perceptibles en la disciplina de la historia. La historiografía difícilmente podía salir indemne de la derrota de amplias proporciones del socialismo «realmente existente», como se decía: el movimiento obrero parecía anulado en sus realizaciones históricas y en sus formas políticas, dando comienzo a lo largo de tres décadas de una oleada memorial centrada en las víctimas de las violencias de la historia, desde la esclavitud a los genocidios, que dejaba en el olvido a los actores sociales y al proceso histórico real; la mejor metáfora de este proceso es cómo la memoria del holocausto ha sustituido a la memoria antifascista.

La historiografía marxista tradicional nunca se supo desembarazar de cierta teleología implícita en sus dispositivos de historización, esquemas eurocéntricos finalistas, transición al socialismo…Esto ya no es visible ni siquiera en la tetralogía de Hobsbawm. A partir de 1989 la teleología parece que abandonó definitivamente al marxismo y se trasladó con armas y bagajes a los apologistas del mercado y del liberalismo, para quienes comunismo y fascismo no fueron más que un paréntesis en la marcha ineluctable de la historia hacia el liberalismo económico y la democracia liberal.

La historiografía más interesante posterior a 1989 es la que ha dejado de lado los enfoques teleológicos en todas sus variantes. La historia se configura como un laberinto, una ruta llena de bifurcaciones y rodeos. En cualquier caso Lutz Raphael señala que « […] la investigación histórica marxista constituye, sin duda, la mayor corriente en el seno de la ecúmene de historiadores […], la investigación histórica marxista se convirtió en el siglo XX en el competidor más importante del modelo liberal de progreso, y, a su vez, en heredera» («La ciencia histórica en la era de los extremos», 2003). Para Pierre Vilar Marx, más que historiador, siempre había pensado históricamente, «pensarlo todo históricamente, eso es marxismo». «La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos» (Marx, El 18 Brumario).

No es el marxismo un arsenal conceptual autosuficiente, ni un dispositivo teórico listo para su aplicación. E. P. Thompson al final de su vida se declaraba posmarxista. ¿Qué queda de una historiografía que se ha desprendido de la teleología y del determinismo? Pues mucho, la tarea de descifrar el pasado

concebido como totalidad abierta, la construcción de un discurso crítico sobre el pasado que sustente la crítica al presente y ese horizonte necesario de utopías que parece eclipsado, la continuidad de un enfoque opuesto a historia como discurso del poder, de los estados, de los de hoy también, de los medios de comunicación, que actúan como poderosos vectores de una historia banal y turística. Una tensión crítica respecto a la tradición marxista es la única manera de evitar los escollos simétricos de la apostasía estéril y la fidelidad ciega… Referentes intelectuales del liberalismo del peso y significación de Max Weber, Aron o Berlin han reconocido lo fructífero de una confrontación crítica con el pensamiento de Marx, no así los renegados, sean Furet, Kriegel, Borkenau antes y tantos.

En otro momento habrá que evaluar el destino y la presencia de la historiografía marxista en España desde 1990 hasta la actualidad. En todo caso, en la liquidación del contemporaneismo franquista y el nacimiento del contemporaneismo democrático hay una persona con cuyo recuerdo quiero acabar, la de mi maestro, y de muchos, Juan José Carreras. Hay una fecha simbólica: 1991, último coloquio Tuñón AHC aparecen solo tres catedráticos, Artola, Jover, y Carreras, lo cual puede ser visto como un capital simbólico y significativo. Juan José Carreras se ocupó, a su modo, de difundir un marxismo historiográfico tan consistente como abierto y amable. En sus últimas reflexiones, ya jubilado, decía estar representado por una especie de marxismo melancólico, de perfume benjaminiano, melancolía derivada del espectro de las derrotas acumuladas en el curso de la historia y que tiene presente el recuerdo de los vencidos, pues la historia escrita por los vencedores es siempre teleológica y apologética: «ha sido derrotada la utopía de la razón, la marxista y la ilustrada, quedan las versiones autogratificantes de la globalización, de la naturalización del liberalismo conservador como situación inevitable, nuevos metarrelatos: fin de la historia, choque de civilizaciones, más ambiciosos aun, edificados precisamente a la sombra de la condena posmodernista de los metarrelatos del progreso en su versión ilustrada liberal o de raíz marxista», y acaba su reflexión con una cita de Manuel Castells: «las características del capitalismo informacional están vinculadas al aumento de la desigualdad y de la polarización social, la pobreza y la miseria en la mayor parte del mundo. El informacionalismo crea una aguda divisoria entre pueblos y localidades valiosos y sin valor. La globalización avanza de forma selectiva incluyendo y excluyendo a segmentos de economías y sociedades dentro y fuera de las redes de información, riqueza y poder que caracteriza al nuevo sistema dominante»[17].

Eran buenos y tempranos diagnósticos, anteriores a la comparecencia de la crisis y sus respuestas a la misma. El autor, evocando la parábola de Enzensberger sobre el hundimiento del Titanic, mucho más anterior aún, concluía que «me figuro que hay que hacer algo más que limitarse a sollozar y seguir nadando».

[1] M. A. Cabrera y J. Pro, La creación de las culturas políticas modernas 1808-1833, Vol. I de la Historia de las culturas políticas en España y América Latina, dirigida por M. Pérez Ledesma e I. Saz, Zaragoza, coedición Marcial Pons Historia y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014; Vol. II: M. C. Romeo y M. Sierra, La España liberal 1833-1874, 2014; Vol. III: C. Forcadell y M. Súarez Cortina, La Restauración y la República 1833-1874, 2015; Vol. IV: M. Pérez Ledesma e I. Saz, Del franquismo a la democracia 1936-2013, 2015; Vol. V: M. Tabanera y M. Bonaudo, América Latina. De la independencia a la crisis del liberalismo 1810-1930, 2016; Vol. VI: M. Casaus y M. Macleod, América Latina entre el autoritarismo y la democratización, 1930-2012, 2016. Las «culturas políticas», previas a las prácticas políticas que explican, se entienden como «un código y un conjunto de referentes, especialmente, creencias, valores, memoria específica, vocabulario propio, sociabilidad particular […], como conjuntos de representaciones portadoras de normas y valores» (vol. I, p. 14); este proyecto editorial manifiesta cómo los historiadores españoles reflejan los presupuestos de una historia social y cultural de lo político en sus interpretaciones y relatos del pasado y van más allá de los límites de la historia social clásica desde la que parten.

[2] D. Harvey, El enigma del capital y las crisis del capitalismo, Madrid, Akal, 2012, p. 6.

[3] Véase G. Therborn, Del marxismo al posmarxismo, Madrid, Akal, 2014 (2008).

[4] C. Delacroix, F. Dosse et al., Historiographies. Concepts et Débats, 2 vols., París, Gallimard, 2010; véase el artículo Marxismo e Historia, de TH. APRILE, Vol. I.

[5] G. Therborn, op. cit., p. 6.

[6] S. Žižek, En defensa de las causas perdidas, Madrid, Akal, 2011 (2008), p. 13; Viviendo en el final de los tiempos, Madrid, Akal, 2012 (2010),

especialmente el capítulo «Negociación: el regreso de la crítica de la economia política», pp. 193 y ss. La cita en p. 197.

[7] D. Harvey: El enigma del capital y las crisis del capitalismo, Madrid, Akal, 2012, p. 10.

[8] J. Maurice, B. Magnien y D. Bussy, Pueblo, movimiento obrero, cultura en la España Contemporánea, París, Presses Universitaires de Vicennes, 1990. Véase también, para estos argumentos, C. Forcadell, «Constitución y práctica de una cultura política socialista», en «Historia de las culturas políticas en España y América Latina», op. cit., 2014, Vol. III, pp. 285-315.

[9] Un panorama muy completo de la contemporaneidad española en M. Pérez Ledesma (dir.), De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007.

[10] Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, Barcelona, Crítica, 2003, del Prefacio, p. IX.

[11] Véase los centenares de comunicaciones de los XI y XII congresos de la Asociación de Historia Contemporánea: Claves del mundo contemporáneo, Granada, 2012, y Pensar con la Historia desde el siglo XXI, Madrid, 2014; tratamiento más amplio de esta evolución historiográfica en C. Forcadell, «De la clase a la identidad», en E. Hernández Sandoica y A. Langa, Sobre la historia actual. Entre política y cultura, Madrid, Abada, 2005, pp. 15-37.

[12] C. Geertz, La interpretación de las culturas, Barcelona, Gedisa, 2000, p. 20. Véase también su elegante autobiografia intelectual en Reflexiones antropológicas sobre temas históricos, Barcelona, Paidós, 2002: se refiere a cómo se ha convertido «el interés por la construcción del significado en una preocupación aceptable para un académico» (p. 38).

[13] A. Giddens, En defensa de la sociología, Madrid, Alianza, 2000; J. Kocka, Historia social. Concepto. Desarrollo. Problemas, Barcelona, Alfa, 1989.

[14] J. Serna y A. Pons, La historia cultural. Autores, obras, lugares, Madrid, Akal, 2013 (2.a ed.).

[15] T. Judt, Sobre el olvidado siglo XX, 2008, Madrid, Taurus, 2008, p. 143.

[16] H. J. Kaye, Los historiadores marxistas británicos, Zaragoza, PUZ, 1989 y La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la historia, Madrid, Talasa, 2007.

[17] J. J. Carreras, Seis lecciones sobre hitoria, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, p. 95.

TERCERA PARTE

MARXISMO E HISTORIOGRAFÍA DE LA REPÚBLICA, LA GUERRA CIVIL Y EL FRANQUISMO

VII. MARXISMO, MATERIALISMO HISTÓRICO Y EL ESTUDIO DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

José Luis Ledesma

Universidad Complutense de Madrid

Cuando empezaba a pensar en cómo dar inicio a estas páginas, recordé una conversación de unos años atrás. En Fayón, una pequeña localidad situada junto al Ebro en la frontera entre Aragón y Cataluña, los miembros de una asociación local me organizaron una cita con cuatro ancianos que habían sido soldados en la guerra de 1936-1939. En un momento determinado, uno de ellos me hablaba de las diferencias sociales que había en el pueblo en 1936 y de la actitud sectaria de los más ricos, cuando otro le reprochó estar otra vez con el cuento de la lucha entre ricos y pobres. Allí, le dijo, hubo gente de las mismas casas y apellidos en los dos bandos. A lo que el primero respondió que claro que sí, pero que al final parecerá que muchos como ellos no habían luchado para poder comer tres veces al día y dejar de ser explotados, porque solo tenían sus brazos para trabajar, ni otros para no perder sus privilegios y seguir explotando. Entonces me miró y me dijo que en un par de libros de historia de la guerra que había leído no se decía nada de eso y que así no podía entenderse lo que había ocurrido.

Al escucharlo, supongo que pensé que aquel amable anciano no podía aquilatar las muchas y útiles claves de lectura renovadoras que estamos introduciendo las y los historiadores de ese conflicto. Sin embargo, su reproche encerraba quizás algún sentido. Sin duda el proceso colectivo de producción de conocimiento se beneficia de que nuevas perspectivas, preguntas y conceptos complementen y sustituyan a los precedentes. Pero también puede ocurrir que, al superar lo viejo y derribar anteriores ídolos, y en aras de la novedad y de lo que parece más sofisticado, estemos dejando de lado enfoques útiles y que, al dar cosas por supuestas, dejen de aparecer en los relatos que construimos sobre el pasado.

Valga esa digresión para introducir lo que se dirá en estas páginas sobre el marxismo en la historiografía sobre la Segunda República y la Guerra Civil. En

ellas no va a descubrirse ningún Mediterráneo. No ayuda en ese sentido el hecho de que se trate de un ensayo sobre la inabarcable literatura histórica sobre el quinquenio republicano y la contienda que le siguió. Ningún otro periodo ha generado un volumen bibliográfico ni remotamente parecido. De modo que este balance será por fuerza incompleto y se debe optar aquí por proyectar una mirada general balizada por una serie de títulos significativos, aunque quedarán fuera otros que seguramente afinarían o rebatirían lo argumentado.

Además, están también los problemáticos contornos del enfoque cuyas presencias o ausencias hay que buscar en esa bibliografía. Por un lado, el resultado no será el mismo si lo que buscamos en ella es marxismo o materialismo histórico, porque no son necesariamente lo mismo. Resumiéndolo hasta el extremo, el segundo es más que el primero, aunque solo fuera porque el materialismo histórico tiene en sus orígenes otras influencias y raíces y ha permeado y nutrido las miradas de varias disciplinas y de autores poco o nada vinculados al marxismo. Pero al mismo tiempo es menos porque este último es más que una mera síntesis de cosas previas o una versión más del materialismo. Además de ser su más potente tradición y de incorporar una fundamentación última explícitamente política al análisis «científico» histórico-social, el marxismo añade al materialismo una cartografía conceptual propia, la radical historicidad de los procesos sociales y un énfasis central en los conflictos y luchas entre grupos sociales como nudos de esa misma historicidad. Por otro lado, dentro de uno y del otro existen versiones diversas, con mayor o menor peso de la construcción teórica y de la evidencia empírica o con distinto balance entre «estructura» y «cultura», y desde luego hay versiones más y menos refinadas. Del materialismo se desarrolló, por ejemplo, una versión vulgar y mecanicista en una parte de la historia social, sobre todo al rebufo de su «edad de oro» en el tercer cuarto del siglo pasado. Parte de esa responsabilidad cabe atribuirla a historiadores y científicos sociales marxistas, o que se dejaron llevar por versiones catequísticas de un «pseudomarxismo» no siempre cercano al propio Marx. Lejos de inspirarse en él como fuente de preguntas, sus modos de producción, relaciones de clase y determinaciones entre la base material y la superestructura fueron usados a menudo como respuestas apriorísticas en las que encajar los datos sobre las sociedades pasadas. Eso sí, ni toda la historia social ni todos los enfoques materialistas y marxistas incurrieron en simplificaciones de ese tipo, como bien muestran los mejores exponentes de la historiografía marxista británica o de la segunda generación de Annales en Francia[1].

Así las cosas, el argumento de este texto es sencillo. Se defiende que, aunque el

marxismo y el materialismo histórico desempeñaron un papel importante en los orígenes de la historiografía española sobre la Segunda República y la Guerra Civil, por varias razones su vigencia fue más corta que en la bibliografía sobre otros periodos, y desde entonces ha resultado cada vez menor en el estudio de la década de los treinta. Y se arguye que, a pesar de eso, cabría preguntarse por la utilidad de sus herramientas de análisis para ese periodo. Con eso no pienso en exhumar viejas respuestas ni en escribir una historia marxista de ese decenio. Se trata de proponer preguntas y perspectivas diferentes que complementen o cuestionen las que gozan hoy de mayor eco. Y se trata de reflexionar sobre cómo cambian nuestras formas de escribir historia a lo largo del tiempo.

CONFIANZAS INICIALES

En 1994, Julián Casanova publicaba un artículo titulado «Guerra civil, ¿guerra de clases? El difícil ejercicio de reconstruir el pasado»[2]. En él, se hacía algo no demasiado habitual entre nosotros: abrir explícitamente un debate y plantear interrogantes y posibles respuestas. Visto dos décadas largas después, el texto resulta significativo por varias razones.

La primera de esas razones es que dejaba claro que una buena parte de los primeros relatos historiográficos sobre la Segunda República y la Guerra Civil que le siguió habían tenido una inspiración más o menos evidente en el materialismo histórico. Como se sabe, en los inicios del registro historiográfico sobre República y guerra desempeñaron un papel central una serie de hispanistas. La naturaleza por lo común generalista de su enfoque, el «primado de la política» y el individualismo metodológico que lo definían, el talante liberal de la mayoría de sus autores y su obsesión por explicar por qué la República acabó en guerra llevaron a priorizar una secuencia inextricable República-Guerra Civil a partir del axioma del supuesto «fracaso» de la primera, pero también a sobrevalorar el papel de los grandes dirigentes, la política institucional y el tiempo corto frente a los actores colectivos y los factores de largo plazo. Significativo de eso es lo que escribía R. Carr en el prólogo de su libro pionero sobre la España contemporánea: afirmaba no arrepentirse de no haber sacado siempre a relucir «las interconexiones entre las estructuras sociales y económicas y la sobrestructura política» porque a menudo eran confusas y

mejor abstenerse del todo de hacer referencia a ellas[3].

Aun así, entre esos hispanistas se colaban conceptos que remitían a un lenguaje diferente. Valgan solo algunos botones de muestra. Jackson, tildado por Chomsky de historiador liberal y burgués, hablaba en su obra de 1965 de «capitalismo» y «República burguesa», de «burguesía» y «proletariado», de «clase obrera» y «clase capitalista». H. Thomas se refería a las «clases medias» y «trabajadoras», al «feudalismo» y a la «burguesía» o a ese «enfrentamiento entre trabajo y capital» en el que se veía una «guerra de clases». El S. G. Payne de entonces concluía un breve libro encontrando como una de las causas principales de la «revolución» española «las diferencias verticales entre las clases sociales»[4]. En otros autores era más claro. Para Broué y Témime, la «oligarquía» buscaba con la Segunda República prorrogar el «régimen de la propiedad burguesa» mediante una «forma nueva de dominación», pero no pudo prosperar por la «mediocre implantación de la burguesía». En su lectura influida por Trotsky, España era un eslabón débil porque el Antiguo Régimen seguía sin descomponerse «cuando la formación de la sociedad burguesa» comenzaba a detenerse y «el capitalismo no había tenido la fuerza ni el tiempo» para desarrollarse. Para R. Fraser, la correlación de fuerzas entre las clases sociales del país condujo a la «crisis de la clase dominante» desde 1917, y esa crisis precipitó una guerra civil que fue por tanto toda una «guerra de clases». Mientras tanto, un joven y «marxistizoide» P. Preston hablaba de «dominación de clase» y «guerra agraria», esto es, de toda una «guerra social» que encontraba sobre todo en el sur durante la Segunda República. De hecho, para él, «la guerra se hizo para beneficio de los latifundistas y ellos fueron los vencedores»[5].

Todo eso no quiere decir que los hispanistas inocularan el marxismo en la investigación sobre los años 1931-1939. Su producción, sobre todo la de los pioneros, tenía más de empirismo, individualidades y narración factual que de otra cosa. Pero, unos más que otros, reflejaban el interés que había en esos años por las condiciones económicas y sociales y las relaciones y conflictos de clase. En todo caso, lo fundamental es que, en el clima de los años setenta y primeros años ochenta, la naciente historiografía española sobre la República y la guerra ya lo estaba haciendo por su cuenta. Y en buena parte de ella, era evidente la presencia del materialismo histórico, del marxismo y de sus preguntas, categorías y respuestas.

Hay varios factores que pueden explicarlo, unos generales y otros más concretos. En primer lugar, está claro el influjo de lo que ocurría en la historiografía de

nuestro entorno. La historia social vivía una «edad de oro» o, si ya había signos de su crisis, poco podían verse aún en España cuando aquí esa forma de escribir historia estaba recién llegada. Era el tiempo de lo enfoques holistas y sociales en un sentido amplio. Para una parte importante del gremio, había que superar la historia de reyes y gobernantes, la que veía la política institucional y partidista como terreno autónomo, preferencial e incluso único posible de la investigación histórica. Para ello, y con la aspiración final de construir una «ciencia social histórica» que privilegiara la causalidad, se trataba de explorar la influencia y determinación que suponían las condiciones económicas y sobre todo sociales y los conflictos –materiales o no– entre los diferentes grupos sociales. Los distintos enfoques materialistas, y el del marxismo en particular, aportaban el utillaje heurístico necesario para ello[6].

A España todo eso llegó más tarde, sobre todo por las trabas que para esos enfoques e ideas implicaban el franquismo y sus anquilosadas estructuras académicas. Pero, cuando pudieron llegar, arraigaron. Eso lo facilitó, segundo factor, la nueva coyuntura abierta por la etapa final de la dictadura y la transición a la democracia. Se iniciaba entonces un periodo de intenso cambio político y movilización social que daba paso a la construcción de un nuevo sistema político y a la esperanza de alumbrar un orden social más justo. Era algo ante lo que la historiografía, como cualquier otra disciplina social, no podía mantenerse al margen. Quizá más que en cualquier otro periodo, escribir historia era entonces un modo de intervenir en aquel horizonte abierto. En todo eso había desde luego criterios políticos e ideológicos, y en aquel momento no parecía problemático vincular la actividad científica a un cierto compromiso. Pero con ellos se cruzaban además una lógica de recambio generacional y la ampliación y renovación de las plantillas universitarias. La expansión de las universidades iniciada en la etapa final de la dictadura y reforzada por los gobiernos democráticos abrió una ventana de oportunidades profesionales para nuevos docentes. Y ahí estaba para aprovecharla una nueva generación de jóvenes historiadores formados entre finales de los años sesenta y los primeros años ochenta. Sería esa generación la que construiría una nueva historiografía que se definía por su compromiso democrático, que lo era a menudo con proyectos políticos de izquierda y con frecuencia, porque había formado parte del humus político e ideológico de la oposición, por su relación con los marxismos de la época.

Es así como el utillaje heurístico materialista y marxista se hizo un hueco en nuestra literatura histórica. No en vano, y lo reflejan otros capítulos de este libro,

estaba siendo ensayado en el estudio de otras latitudes de la España contemporánea, como la crisis del «Antiguo Régimen», la «revolución burguesa» y las organizaciones y luchas del movimiento obrero. La Segunda República y la Guerra Civil no podían ser una excepción. En aquel contexto, «la lucha por el pasado más reciente» se había convertido, al menos desde el otoño de la dictadura, en «un arma ideológica de oposición y denuncia»[7]. Desde los trabajos de J. Tusell sobre las elecciones hasta los más militantes estudios sobre las organizaciones obreras, historiar las etapas republicana y bélica era un modo de situarse ante un presente definido por la efervescencia social y política y por los temores e ilusiones que despertaba. Con frecuencia, eso se hizo desde posiciones más o menos cercanas al marxismo. Sus claves de lectura marcaban una cesura radical con los burdos relatos franquistas, sobre cuya demolición se construyó esa bibliografía. Pero añadían también algo nuevo respecto del empirismo événementiel y la narración política de las primeras obras del hispanismo: podían resultar más atractivas porque, otra razón para su uso, encajaban con los intereses y expectativas de esos años de agonía de la dictadura, transición y naciente democracia posfranquista. Quizá no sea baladí recordar que, aunque muy diferente del de la década de los treinta del siglo XX, se trataba también de un contexto de cambio político e intensa movilización social.

De modo que ese utillaje permeó y contribuyó a forjar la historiografía sobre los años republicanos y bélicos que empezaba a surgir a golpe de monografías. Una parte de ella seguía llegando de fuera, desde Fraser y el primer Preston hasta autores como M. Blinkhorn, G. Ranzato o W. Bernecker. El segundo de estos tres llevaba la «lucha de clases» al título de su primer libro y concluía que la política agraria del Partido Comunista de España antepuso designios políticos a las «objetivas potencialidades revolucionarias expresadas por el nivel de conciencia» alcanzado por el proletariado rural. Para el tercero, aunque quedó «incompleta» por las exigencias de la guerra, en la zona republicana se acometió toda una «revolución social-proletaria», que modificó «los fundamentos del orden capitalista» y «la propiedad privada de los medios de producción». Según él, conocer la estructura social y de la propiedad era «la premisa histórico-hermenéutica» para estudiar ese proceso[8]. Desde la antropología llegaban tonos parecidos. Un estudio etnográfico se retrotraía hasta antes de 1939 en busca de los orígenes de la «estructura de clases» local y hacía hincapié en las clases sociales como «determinante primordial del orden social». Otro encontraba la clave del periodo «en las relaciones de clase del capitalismo agrario preindustrial» y examinaba «la expresión política del conflicto como

conciencia de clase»[9].

También de fuera venía, haciendo de puente con lo que se haría dentro, la figura crucial de Manuel Tuñón de Lara. Es conocido el papel que desempeñaron los coloquios que Tuñón organizó en Pau durante la década de los setenta, en tanto que «rito iniciador» de una nueva generación antifranquista de historiadores forjada «bajo el horizonte marxista». Pero no menor es la contribución de su bibliografía, que traducía al caso español lo que ensayaban en Francia historiadores de Annales y marxistas. Sus trabajos sobre el primer tercio del siglo XX, la República y la guerra balizaron un relato que descansaba en la idea de un largo proceso de «crisis estructural» desplegado durante esas décadas y en una «metodología de la historia social» y categorías de orientación marxista. En su argumento, la crisis era el resultado de los desfases entre el desarrollo capitalista y la falta de modernización política, fruto a su vez de la existencia de un bloque de poder oligárquico que se beneficiaba del primero y bloqueaba la segunda. Esa crisis se habría ido macerando desde finales del siglo XIX y se convertiría en crisis de dominación sistémica en 1931, cuando ese bloque mantuvo el poder económico pero perdió el político, y en guerra civil cuando se lanzó a la vía armada para recuperarlo por la fuerza[10].

Claro que, desde la muerte de Franco, esas perspectivas se ensayaban ya al sur de los Pirineos. Desde entonces, el grueso de la investigación se hacía ya desde dentro de la piel de toro. Y en versiones más o menos sólidas o epidérmicas, las categorías y presupuestos del materialismo histórico salpican aquí y allá esa bibliografía. Los botones de muestra podrían ser muchos. Para empezar, algo de todo eso está en las miradas proyectadas desde otras disciplinas. Hay ejemplos que vienen de la ciencia política y el derecho político, incluidos los de autores que no abrazaron el marxismo. Entre otros, al explorar los orígenes ideológicos del franquismo, uno se remitía a Poulantzas y afirmaba que el régimen político derrumbado en 1931 era la «institucionalización jurídico-política» de un sistema vehiculado por una «clase dominante» y con una «ideología correspondiente a esa forma de dominación». Otro, al sintetizar los caminos de «agregación de intereses» en la Segunda República, los definía en términos de intereses de clases (la Confederación Española de Derechas Autónomas canalizaba los del «capital», la propiedad y la patronal, la izquierda republicana los de la burguesía reformista, y el Partido Socialista Obrero Español los del «proletariado» y sectores de la clase media)[11].

Pero, como es lógico, la mayoría de los ejemplos proceden de la historiografía.

Los hay que proceden de monografías sobre marcos reducidos que abordaban lo que hoy parecería impensable: integrar en un solo trabajo, aunque fuera por «niveles», lo económico, social y político y buscar cómo los primeros influían en el último. Por eso mismo, los hay que, al analizar organizaciones, ideologías y comportamientos políticos y electorales durante la Segunda República, empezaban ofreciendo balances de la estructura económica, del «estado de las fuerzas productivas» y de la coyuntura socio-económica del momento. El objetivo, se dijera o no con la metáfora de base y superestructura, era mostrar cómo los primeros se vinculaban a los segundos. En algunos casos, los términos eran más rotundos y se concluía que el problema de la República fue «la subordinación del régimen político al régimen de propiedad de la tierra» y que la minoría latifundista «abocó» al país a la Guerra Civil «para salvaguardar sus propiedades y privilegios»[12].

Argumentos similares, si bien enriquecidos por perspectivas comparadas y discusión conceptual, servían para miradas globales a los años treinta y al propio régimen franquista tal como se forjaba durante la Guerra Civil. Historiadores como P. Preston y J. Casanova o sociólogos como J. F. Tezanos lo definían por su naturaleza fascista ya que, pese a sus diferencias con los fascismos italiano y alemán, la coalición contrarrevolucionaria que atacó a la República en 1936 perseguía los mismos fines y desempeñaba un similar papel histórico: la defensa del orden social capitalista y cerrar así «la crisis del Estado y de la clase dominante» abierta en la España de los años treinta. Hablando de crisis, se utilizaban igualmente al abordar los cambios que la contienda supuso para los proyectos previos de Estado y sociedad y para las relaciones de poder en la zona republicana: la guerra habría redefinido el conflicto por conformar unas relaciones entre clases, una hegemonía social y una legitimidad diferentes a las del régimen de la Restauración, pero la incapacidad para crear ese «nuevo bloque hegemónico» y forjar su instrumento político durante la guerra habría sido una causa central de la derrota de la República[13]. Tan centrales parecían esas o parecidas claves de lectura que en ocasiones figuraban hasta sin estar. Al presentar un libro «exclusivamente político», un autor parecía disculparse considerando que sería «útil, e incluso necesario, establecer las relaciones pertinentes entre el Frente Popular y la estructura económica, o la estructura de clases y su lucha», pero que eso quedaba para otra investigación[14].

E investigaciones no faltaban donde sí se acometían esos análisis. La palma se la llevaba el estudio de las diversas formas de conflicto que presenciaron aquellos ocho años entre el 14 de abril del 31 y el primero del mismo mes de 1939. El

lugar preferente de las relaciones sociales y de clase, de las estructuras económicas y de cómo todo eso se traducía en proyectos sociales y políticos rivales estaba presente, por ejemplo, al estudiar cómo se fueron fraguando ideologías de la violencia desde la crisis del régimen liberal hasta 1936[15]. Lo encontramos de igual modo en volúmenes sobre el movimiento obrero, sus organizaciones y sus luchas en aquella década. Está inevitablemente en los trabajos sobre su actuación y realizaciones durante la guerra, entre otras las colectividades. Uno de los primeros estudios las situaba en el marco de las «profundas contradicciones sociales y económicas» del campo andaluz y las definía como «la evolución material lógica del proceso de lucha de clases», del que la guerra era una versión «muy aguda»[16]. También sobre la guerra, lo hallamos en las primeras monografías que abordaban la violencia que se desató en ambas retaguardias. Una de ellas encontraba que la contienda reflejaba «las contradicciones de la formación social española en la implantación del sistema capitalista» y que el «eje conductor» de la violencia en ambas zonas era «una lucha de clases de magnitudes extremas». Otra, al hablar de la «represión obrera contra la burguesía» y la «represión fascista» del obrerismo, concluía que «la problemática social de la época lo explicaba todo», en particular las desigualdades generadas por «el problema de la tierra»[17].

Pero si hay algo en lo que estos enfoques enraizaron es la problemática social y la conflictividad de la que fue escenario la Segunda República en áreas urbanas y sobre todo rurales. Los trabajos partían en buena medida del énfasis que autores como Tuñón o E. Malefakis –este fuera del marxismo– habían puesto en el peso analítico de los factores estructurales, en particular la desigual distribución de la propiedad. Desde la sociología rural, además, se proponía por entonces que, tras toda reforma agraria, «existe una opción política, expresión de los intereses de clase» de quienes desde el poder la llevan a cabo[18]. Las monografías surgieron sobre todo referidas a las áreas meridionales. Era, como señalaba una clásica sobre Córdoba, donde más enraizada estaba «la estructura social propia» del latifundio, con «el sistema de dominación social», las relaciones de clases y la «apropiación de la tierra» por unos pocos que «tal estructura conlleva». Estas eran consideradas las causas profundas del conflicto rural, y a ellas se sumaba durante el periodo republicano la «polarización de la estructura social en dos grupos» con conciencia de clase e intereses contrapuestos: «grandes propietarios y no-propietarios». Ahora bien, tampoco faltaban trabajos así sobre regiones septentrionales. Uno de ellos, titulado no en vano Lucha de clases en Navarra, encontraba que la conflictividad del periodo giraba en torno a la propiedad rústica, al «desarrollo capitalista en la agricultura»

y al «político y organizativo de las clases sociales». Más aun, la violencia sublevada al inicio de la guerra habría sido «la expresión máxima a que llegó la lucha de clases» y «un sangriento ajuste de cuentas» de los sectores sociales que se resistían a cualquier cambio sustancial sobre quienes trataban de mejorar sus condiciones de vida y acceso a la tierra[19].

Entre todo ello, cabe encontrar obras con factura más o menos clásica. Pero hay asimismo trabajos de la historia social por los que ha pasado mejor el tiempo. Véanse, por ejemplo, algunos editados a mediados de la década de los ochenta. En uno de ellos, se subrayaba que el inicio de la Guerra Civil había supuesto que «la lucha de clases iba a resolverse por procedimientos armados», aunque lo más relevante era que esa revolución fue algo más que la rebelión espontánea del campesinado: habían entrado en juego otros factores como el colapso del Estado republicano, el surgimiento de poderes revolucionarios o las relaciones no siempre armónicas entre sus líderes y milicias y las poblaciones locales[20]. Otro decía ya mucho desde su título. De la fiesta popular a la lucha de clases trazaba el proceso que llevó en Madrid desde la festiva proclamación de la República hasta «la gran confrontación de clases» de 1933-1934, y lo hacía además privilegiando sus «determinantes sociales». El resultado no se reducía a retratar el conflicto entre obreros y patronos como fruto inevitable de una contradicción estructural: se detenía en una «múltiple determinación» de factores económicos, laborales, políticos y organizativos. Pero el «objetivo específico» de la obra no deja de ser «el derrumbe de la tradicional relación de clases» y lo que eso supuso de quiebra de los mecanismos previos de conciliación y «representación política» y de constitución de «diferenciadas conciencias de clase». Tiempo después, el autor señalaba que, a primeros de los años ochenta, alguien dedicado a la historia «con una mezcla de sociología comprensiva y materialismo histórico» estudiaba la Guerra Civil y la República para indagar «qué nos había ocurrido» a fin de «orientarnos en el presente y no errar el camino del futuro»[21].

De modo que buena parte de lo que se escribía sobre la década de los treinta durante las de los setenta y los ochenta se hacía desde el influjo más o menos directo del marxismo. Los logros no eran pocos. Con esa inspiración, se buscaban las interconexiones entre las estructuras socio-económicas y la esfera política que no interesaban a R. Carr. Se pretendía concebir la política no solo como el terreno de lucha por el poder gubernamental entre grandes figuras y partidos, sino que pasaba a ser el escenario más amplio en el que se plasman y libran conflictos entre grupos sociales y se daba cabida a movimientos

populares, clases y otros protagonistas colectivos. Y, de manera más concreta, parecían extendidas conclusiones como el papel capital de antagonismos y contradicciones sociales en el desarrollo político de la República, lo que esta tenía de intento de adaptar el Estado a nuevas relaciones sociales o la «crucial naturaleza de clase de la Guerra Civil». Una de las obras colectivas más importantes de aquella década era un buen ejemplo. En el capítulo inicial, Tuñón de Lara sistematizaba su tesis, ya vista, sobre el antagonismo entre un bloque social dominante y las nuevas fuerzas sociales emergentes, y la crisis de hegemonía que abrió la República y que la «derecha sociológica» trató de cerrar por las armas en verano de 1936. En otro capítulo, el más largo, su autor apuntaba que, «si lo que se dirimía centralmente era un conflicto entre clases, existen superpuestos a él otros muchos conflictos secundarios»; pero concluía que la de 1936-1939 fue «un ejemplo clásico de guerra entre grupos y clases, de guerra específicamente social», porque incluyó toda una «guerra social en las retaguardias» y porque a ambos lados de las trincheras hubo procesos que involucraban «desde la forma del Estado a las elaboraciones ideológicas pasando por las relaciones entre clases»[22].

CORRECCIONES Y RENOVACIONES

Sin embargo, ni era oro todo lo que relucía ni todos los relatos eran de ese tenor. Por un lado, la nutrida bibliografía de los años setenta y ochenta sobre la República y la guerra estaba lejos de seguir siempre esos tonos y caminos de análisis. Ni siquiera lo hacía, por ejemplo, en todos los capítulos del volumen del que se acaba de hablar. Tampoco lo hacía otra publicación colectiva, esta sobre el «Bienio rectificador» y el Frente Popular, aunque fuera fruto de un coloquio organizado por el mismo Tuñón. En ella, dos autores lamentaban el divorcio que encontraban en la historiografía española sobre el primer siglo XX entre lo económico y lo político-social por lo que tenía de parcelación, olvido de las conexiones entre esos ámbitos y alejamiento de cualquier aspiración a una historia «total». Uno de ellos explicitaba que con buenas historias económicas sería menos difícil «aquella persistente búsqueda» de las modificaciones de la estructura social y de los ritmos de conflicto y de los comportamientos sociales «en función de los cambios económicos». Esa queja era buena muestra de lo que estaba sucediendo. Como lo era el conjunto de esa misma obra, donde primaban

miradas muy específicas, sin explorar esas conexiones, al «sistema de partidos políticos» y a las ideologías partidistas durante los años republicanos[23]. Y menos aún lo hacía en los otros grandes frescos colectivos de la guerra surgidos al calor de su cincuentenario. Uno de ellos apostaba por un desiderátum recurrente en lo publicado sobre ese conflicto: huir de «la propaganda ideológica y la beligerancia política» y aportar una primera visión «rigurosa y objetiva». Tal vez por eso se traducía en una historia mucho más político-institucional y empirista que «social» en la que la determinación de los conflictos sociales o los actores colectivos desempeñaban un papel mucho menor que los dirigentes y partidos políticos, los caudillos militares o los intelectuales. Si la colección era significativa, y por su nómina de autores lo era, el marxismo no parecía monopolizar la historiografía sobre la República y la guerra[24].

Y por otro lado, la fiscalización de los enfoques más sociales y materialistas llegaban también de quienes se habían identificado con ellos. Si volvemos al artículo de J. Casanova de 1994, ese texto resulta también significativo porque argumentaba que, al estudiar la Guerra Civil, en ocasiones se había ido demasiado lejos a la hora de aplicar el utillaje del materialismo histórico y que había que complementarlo con otras claves de lectura. Casanova apuntaba a cuestiones hoy asumidas pero que entonces no lo eran tanto. Señalaba que a menudo se había pecado de reduccionismo al definir las clases y sus relaciones en términos puramente económicos y de minorías/mayorías, olvidando lo que había de mediaciones, acomodación y apoyos sociales al orden social. Sugería que no es fácil demostrar cómo lo político está determinado por las luchas de clase, y la superestructura por la base material y productiva. Encontraba cosas que no se ajustaban a lecturas mecánicas, como las divisiones en el Ejército, los miles de «propietarios muy pobres» que defendían la reacción o la movilización obrera en defensa de una democracia burguesa. Proponía así que aquellos años no podían ser estudiados solo como enfrentamiento bipolar oligarcas/pueblo o burguesía/proletariado, porque había que incluir otros vectores como la naturaleza represiva e ineficaz del Estado, la función de la Iglesia católica como mediadora social y cultural o el marco de oportunidades políticas abiertas por la Segunda República y la guerra. Y concluía haciendo suya la tesis de que dentro de aquella Guerra Civil «habrían existido varias y diferentes guerras civiles»[25].

Con todo, y esa es la tercera razón por la que su artículo resulta representativo, la propuesta del autor no era el rechazo del enfoque sometido a revisión. Se trataba de proponer la corrección de sus excesos y de defender así que, aunque

complementado con otras perspectivas y aparatos heurísticos, el materialismo histórico y el concepto de clase seguían siendo útiles para el estudio de la década de los treinta. Su historia no podía reducirse a una lucha entre dos clases, pero el apoyo que determinados grupos sociales prestaron a cada bando habría hecho de la contienda una lucha entre dos concepciones diferentes del orden social. De igual modo, aunque había habido varias guerras dentro de la guerra civil, los antagonismos de clase fueron centrales en la experiencia del conflicto y «la naturaleza de clase» acompañaría siempre al «Movimiento Nacional» en su forma, contenido, objetivos y enemigos. Y, para acabar, aunque tenía muchos otros rostros, la victoria franquista habría rescatado al sistema de su «crisis de dominación», «despejó el camino al capitalismo» y destruyó la cultura política del obrerismo organizado y el régimen resultante se basaría en «una coalición de clases formada contra las clases excluidas»[26].

Semejante propuesta es reveladora porque representaba lo que aquel momento tenía de gozne entre dos tiempos diferentes. La revisión crítica de los análisis en clave de lucha de clases mostraba la insatisfacción que generaban algunas versiones de la historia social influida por el marxismo. Pero la reivindicación de su cierta utilidad chocaba con las tendencias de entonces, que se encaminaban hacia el abandono e incluso recusación del materialismo histórico más que hacia su corrección. Aunque acotarlo en etapas es arbitrario, podríamos encontrar que ese es el camino que se recorre entre principios de la década de los noventa y, por buscar una fecha significativa, el septuagésimo aniversario del inicio de la guerra en 2006.

En efecto, tal abandono no fue drástico ni llegó de un día para otro. La última década del siglo pasado siguió alumbrando investigaciones sobre la de los treinta que incluían parecidas miradas y utillaje a los de antes. No puede sorprender que donde seguían más presentes fuera en los estudios sobre la conflictividad y luchas sociales, sobre todo en el sur peninsular. Pero aparecían también en aquellos donde se lidiaba además con los comportamientos políticos y el orden público en el periodo republicano o con las prácticas represivas y la construcción o reconstrucción del Estado en ambas retaguardias durante el bélico. Por ejemplo, una monografía sobre la provincia de Granada encontraba que la importancia de la gran propiedad «latifundiaria y multifundiaria», los modos de apropiación de los recursos, los mecanismos de cooptación del campesinado y «las formas de dominación local de clase» constituían la «realidad estructurante» necesaria para analizar los comportamientos políticos y sociales, y que lo que estaba en juego durante la República era cambiar o mantener esas formas de

dominación. Otra sobre Jaén durante la guerra estudiaba cómo la erosión del «orden social tradicional» y las luchas de clases en la «formación social altoandaluza» entre las «clases sociales rurales dominantes» y el campesinado de los años republicanos cambiaron radicalmente con el fracaso de la sublevación de julio de 1936. El proceso sería breve e incompleto, pero la provincia contemplaría entonces la edificación de un «orden campesino revolucionario» donde el campesinado perseguía a sus «enemigos de clase», transformaba las relaciones sociales de dominación y subordinación y constituía órganos de un embrionario «nuevo poder de clase». Mientras tanto, un estudio sobre las prácticas represivas y judiciales en el Albacete de guerra y posguerra partía de la premisa de que la violencia es un «problema de carácter estructural consustancial con la historia de las sociedades capitalistas» y definía la que tuvo lugar en la zona republicana por su «componente clasista», entendiendo además que las clases se constituyen «en relación con el aparato de producción»[27].

Sin embargo, tales claves de lectura eran ya por entonces cada vez menos habituales. Son varios los puntos en que se puede desglosar ese argumento. El primero era ya avanzado más arriba. El viraje que supone la década de los noventa en la literatura sobre la República y la guerra de 1936 no es copernicano, porque tampoco fue absoluta la hegemonía de los enfoques marxistas en la de los ochenta. En realidad, y pese a los ejemplos recogidos, se trató de un dominio parcial y relativamente efímero. Bloqueada por la dictadura franquista, en España la preferencia por esos enfoques llegó tarde. Lo hizo cuando empezaban a ser impugnados y surgían propuestas alternativas en la historiografía y demás disciplinas sociales del ámbito occidental, y pronto se encontraron además con el impacto de lo que desencadenó la caída del Muro de Berlín. Así las cosas, nunca lograron desbancar a la historiografía más política y événementielle heredada de los pioneros hispanistas y en ningún caso puede hablarse de que forjaran una escuela marxista hegemónica para el estudio de los años treinta españoles.

En segundo lugar, a partir de los años noventa es mucho más difícil encontrar ejemplos del uso de su utillaje como los que salpican las páginas anteriores. Cualquier repaso por la bibliografía sobre nuestros años 1931-1939 permite intuir un notable cambio: desde finales de los años ochenta, las clases sociales y sus luchas y conciencias, los modos y relaciones de producción, las estructuras socio-económicas y su determinación, el capitalismo o la explotación de las formaciones sociales por él conformadas pasaron a ocupar un espacio cada vez menor en los análisis históricos de ese periodo.

No quiere eso decir que se tratara de una cuestión de simple y repentina desaparición. La erosión de la confianza en la utilidad heurística del materialismo histórico fue progresiva y se tradujo poco a poco en posturas de escepticismo y retraimiento, incluso entre quienes lo habían usado antes, y en un uso de sus conceptos e hipótesis cada vez más minorado, sin las seguridades y a veces soberbia de poco antes. Además, sobre todo en las versiones menos finas de la historia social próxima al materialismo histórico, en los estudios sobre la década de los treinta no habían faltado esquematismos y excesos. Con la ventaja que da el tiempo transcurrido, parece claro que añadir otros caminos y desarrollos debía redundar en enriquecer los enfoques de raigambre «materialista» y traducirse en la elaboración de relatos historiográficos más convincentes que se abrieran a otras fuentes y objetos de estudio. Al tratar de aquilatar los frutos recogidos, de nuevo topamos con las dificultades que supone el volumen de la bibliografía sobre la República y la Guerra Civil, que se mantuvo «muy alto» en los años noventa y principios del presente siglo[28]. Con todo, es posible basarse en algunos títulos significativos y apuntar al menos un par de direcciones.

La primera tiene que ver con trabajos que, al abordar desde una perspectiva de historia social el movimiento obrero, la conflictividad, la protesta o la violencia en 1931-1939, apostaron por ampliar el foco y su instrumental. El punto de partida parecía ser una doble constatación. De una parte, la de que las clases sociales, su situación material y sus relaciones con otras clases dibujaban solo una parte del cuadro, y no necesariamente la central, y que urgía superar el esquematismo de una historia social «tradicional» que hacía emerger el movimiento obrero de una evolución lineal de las estructuras productivas a la conciencia de clase y de esta a la lucha de clases. Para nada significaba eso que toda la historia social anterior hubiera sido así, y de hecho una de las inspiraciones principales en ese camino era la historiografía marxista británica de los E. P. Thompson, G. Rudé y compañía, pero tener que plantearlo era significativo. La otra constatación era que había que integrar otros factores y servirse de otras disciplinas sociales como la sociología y la ciencia política. Comenzó así a buscarse en ellas instrumentos de análisis para el estudio de la protesta y la violencia[29]. De particular provecho se mostró acercarse a la sociología histórica y de los movimientos sociales de autores como B. Moore, M. Mann o Ch. Tilly. La prolija obra de este último es representativa por su amplio influjo y por armar un enfoque ecléctico que tenía como polos principales a Marx y a Weber[30].

Algo o bastante de todo eso, a menudo con referencias explícitas a autores como Tilly, permeó la historia social que se hacía en España esos años. Y aparece en algunas obras que, durante la década de los noventa y la primera mitad de la siguiente, buscaron renovar la historia social de la República y la Guerra Civil. Lo buscaron y lo lograron con buenos y en ocasiones muy buenos resultados. Por poner algunos ejemplos, está presente en análisis de largo recorrido sobre la crisis del Estado y la acción colectiva en la España del primer tercio del Novecientos. En ellas se apunta que la crisis política y las frecuentes formas violentas de protesta y lucha en esas décadas tenían menos que ver con estrategias, extremismos o conciencias que con oportunidades políticas y con rasgos del Estado como el intervencionismo del Ejército en la política y el orden público. Aparece también en análisis de conjunto de aquella década o del anarcosindicalismo de esos años, en los que la naturaleza represiva e ineficaz del Estado que hereda la República, la radical rivalidad entre las prácticas sindicales de la Unión General de Trabajadores y la Confederación Nacional del Trabajo, el anticlericalismo, el colapso de los medios de coerción en verano de 1936 o la lucha por el poder que se abre para sustituir o reconstruir el Estado ocupan un lugar central a la hora de estudiar la crisis social y política de esos años, el recorrido de la República, la Guerra Civil y la revolución que estalló en su seno[31].

Lo encontramos asimismo en monografías sobre marcos reducidos. El ejemplo más señero es el de las obras que ha dedicado un autor a La Rioja entre el fin-de-siècle y la Guerra Civil. En ellas hay una doble deuda con los clásicos de la historiografía social marxista británica y con los marcos conceptuales y propuestas de la sociología de los movimientos sociales. Con ese bagaje, en sus obras se indaga en las formas, dinámicas y rostros de los modos de hacer política desde la calle, y para ello se estudian «las estructuras sociales, las relaciones de producción o la realidad del poder», pero asimismo los «valores, creencias, factores identitarios, estrategias, rituales, símbolos» que les dan cuerpo; la «solidaridad de clase» y las relaciones sindicales, aunque también la «identidad comunitaria» o las «experiencias cercanas y hábitos conocidos». Dicho en términos más claros, si bien «los condicionantes socioeconómicos trazan el campo sobre el que se desarrolla la acción colectiva» y son «causas necesarias», no bastan para explicarla; hace falta añadirles los recursos, oportunidades, punto en el que «hay que introducir la política», así como los significados que los individuos atribuyen a los hechos, «las bases de su cultura política, los valores y categorías morales que comparten» y el conjunto de identidades colectivas que coexisten y compiten entre sí y modelan la protesta y la violencia[32].

Hablando de violencia hay asimismo en una serie de trabajos dedicados a las prácticas políticas y formas de acción colectiva basadas en el uso de la fuerza. En un estudio ya citado, que introdujo esa cuestión en nuestra historiografía, un autor veía los años 1917-1939 como el rostro español de la crisis general del capitalismo, y la violencia como «una función de estructura, es decir de determinadas relaciones sociales». En la primera mitad de los años noventa seguía vinculando las formas de violencia con la transformación de las sociedades rurales en otras de tipo capitalista, pero tanto en sus textos generales y conceptuales como en su investigación sobre la militarización de la política de la Segunda República añadía al análisis las razones, intereses, objetivos y representaciones de los actores implicados[33]. El relevo lo tomaría su principal colaborador, quien una década después publicaba un exhaustivo balance teórico que apostaba por los enfoques vinculados a las oportunidades políticas y recursos organizativos al modo de Tilly y ofrecía sus primeras aproximaciones al estudio de la violencia durante el quinquenio republicano. Encontraba en ellas que esa violencia era una manifestación radical pero no infrecuente de la conflictividad multisectorial de esos años, vinculada no solo a la lucha político-ideológica, sino también a distintos terrenos sociales, laborales y simbólicos y que estaba también condicionada por los rasgos de aquel Estado y su deficiente gestión del orden público[34].

Y englobando tanto la conflictividad y la acción colectiva como sus variantes violentas, vale la pena detenerse en al menos otras dos investigaciones. Una, de 2004, se centraba en la provincia de Madrid de 1933-1936. Como la que publicara S. Juliá 20 años atrás, esta atiende también a cómo la realidad «material» configura determinados intereses de los grupos sociales, pero incide más en factores políticos y organizativos y en la «percepción de [esa] realidad y de sus intereses por parte de los distintos grupos». En particular, privilegia como factor explicativo la estructura y cambios de las oportunidades políticas que supusieron la llegada, legislación y diversas fases de la República[35]. La otra aborda las formas de enfrentamiento y acción colectiva entre febrero y octubre de 1936. Tres ejes de análisis destacan. Por un lado, y frente a los tópicos del fracaso y la polarización, el autor propone ver los conflictos en un marco de democratización y competencia política por la adquisición y reconocimiento de poder entre diferentes grupos (incluido el Ejército). Por otro, retoma la idea de la relación entre movilización y naturaleza del Estado y concreta que fueron la intervención de sus cuerpos policiales y militares y su «poder despótico» la causa más habitual de que la acción colectiva deviniera en violenta. Y por último, subraya que todo ello es inseparable de los procesos paralelos de

interpretación cultural y «construcción social» de la realidad, que implicaban la disputa por los significados que asignarles y la movilización de símbolos, rituales e identidades enfrentadas (no solo la de clase)[36].

ALTERNATIVAS, RETROCESO, IMPUGNACIONES

Percepción, definición y construcción de la realidad; símbolos y ritos; identidades… En realidad eso remite a algo diferente, a la segunda de las direcciones o formas de renovar la historia social desde los años noventa a las que antes nos referíamos. Se trata de lo que podríamos englobar como «giro cultural». La idea que lo vehicula es la que encuentra que la realidad y los hechos sociales –tradiciones, identidades, naciones, pueblos, clases, etc.– no son «datos objetivos» anteriores a los sujetos, sino que llegan a estos, e influyen en sus actuaciones, a través de procesos de «construcción social» y asignación de significados[37].

El «giro cultural» no es una postura unívoca. Existe lo que podríamos ver como una versión más contundente, que defiende que la conciencia y los actos de los agentes históricos no son sino «resultado de la aprehensión significativa de la realidad mediante las categorías lingüísticas disponibles» y que privilegia el análisis de las experiencias, la atribución simbólica y la lectura de signos[38]. En todo caso, su difusión en la historiografía del siglo XX español es muy inferior a la de otros países. Ahora bien, hay variantes menos duras, que postulan simplemente que la «cultura» no es un mero reflejo más o menos secundario, que los fenómenos sociales están históricamente constituidos y son producto de la experiencia, la acción y la cultura, y que el principal desafío de este modo de estudiar la historia es «cómo pensar la articulación entre los discursos y las prácticas». Y en ellas, ese giro cultural se ha ido incorporando también desde los años noventa a los estudios sobre la República y la Guerra Civil a través del estudio de las identidades y culturas políticas, de los símbolos, ritos y representaciones, de las tradiciones y prácticas socioculturales, de la experiencia y la memoria[39].

De hecho, la memoria fue tal vez el tema que antes reflejó esas perspectivas y sensibilidades[40]. Pero había más objetos de estudio atraídos o construidos por

las miradas culturales. Por ejemplo, aparecían por esos mismos años las primeras aproximaciones al anticlericalismo y sus violencias durante la República y la guerra. Para un autor, se trataba de una «batalla cultural» y el objetivo de los actos anticlericales no era la Iglesia sino «la institución religiosa de la cultura» y el orden ritual que la Iglesia administraba. Hasta entonces, la historiografía no había abordado el fenómeno, tal vez porque era difícil explicarlo en clave socioeconómica. Sea como fuere, empezó a hacerlo, y lo hizo resaltando lo que había en él de reactivación de la identidad y de la cultura política anticlericales, con sus recursos culturales, definiciones y representaciones del adversario clerical[41]. Y de finales de los años noventa es también el que puede considerarse el máximo exponente del influjo del giro cultural. En él, un estudio sobre los «orígenes sociales y culturales» de la Guerra Civil en Navarra y Álava, se hacía una elaborada apuesta por una «perspectiva sociocultural» que incluía una explícita indagación antropológica. El conflicto y en particular la sublevación de julio de 1936 se insertan en el marco del entramado de tradiciones y cambios, mitos y experiencias, equilibrios y conflictos, lealtades y banderías, vínculos intracomunitarios y solidaridades más amplias que conformarían la «realidad social cotidiana» de las comarcas estudiadas, que parece el verdadero objeto de estudio, y la «red social sobre la que fue tejiéndose la coalición antirrepublicana»[42].

Los primeros años de este siglo aportan más botones de muestra. El más significativo es quizá un volumen colectivo editado en inglés en 2005. Su punto de partida era que la guerra no fue solo un conflicto bipolar entre dos grandes grupos de ideas y clases. En sus orígenes y desarrollo y, en general, tras la movilización política de los años treinta, estaban tanto las «contradicciones de la estructura social […] y la evolución de las relaciones de clase como las diversas tensiones, contradicciones, demandas colectivas y representaciones culturales» que había en la sociedad española cuando estalla el conflicto[43]. Los distintos capítulos del libro son una buena foto de los temas en los que se han ensayado estas perspectivas, y en algunos casos resumen o remiten a otras obras editadas esos años desde parecidas coordenadas sobre los discursos nacionalistas durante la guerra, las distintas «comunidades» y culturas políticas de una ciudad a partir de sus diferentes formas de acción colectiva, valores e identidades –y de estas últimas la de clase sería solo una de las implicadas en la movilización– o la «Barcelona proletaria». En este último caso, el subtítulo Clase, cultura y conflicto es revelador: el autor parte de una historia «desde abajo» atenta a la experiencia de las luchas de clase, pero va más allá y lo que ofrece es una historia social de «las culturas de clase, la represión y la protesta» que ahonda en

las interrelaciones entre cultura, espacio, protesta y represión[44]. Por último, las nuevas coordenadas pudieron influir asimismo en la aparición de estudios sobre la experiencia, movilización y protagonismo de las mujeres durante los años treinta. Son varios los ejemplos posibles. Un libro sobre la movilización de las mujeres católicas en los años veinte y treinta mostraba que los cambios culturales vinculados al género en los años treinta y cómo fueron interpretados «constituyeron un ingrediente más que produjo adhesiones a la salida autoritaria» de una crisis que hasta hace poco era entendida «como exclusivamente política y económica»[45].

De manera que, a lo largo de esa etapa en la que hemos englobado la última década del siglo pasado y primeros años del presente, la historia social de la República y la Guerra Civil se renovó y enriqueció. Propuso miradas novedosas que abrieron el foco a perspectivas diferentes y superó así las simplificaciones y abusos en los que se pudo haber incurrido antes. El balance se antoja positivo desde el punto de vista de la producción y difusión del conocimiento sobre ambos periodos. Una parte al menos de lo escrito antes se había dejado llevar por patrones rígidos y esquematismos monocausales, sobredeterminismos de tipo estructural y material y mecanicismos estrechos. Parecía necesario interrogarse más y mejor sobre las relaciones y mediaciones entre el peso de las estructuras y la agencia, entre los marcos que condicionan las decisiones y el margen de libertad de los sujetos históricos. Para eso, entre otras cosas, resultaba preciso, en la medida en que no siempre se hacía, ir más allá del estudio de las clases, los salarios y las condiciones de vida, para incorporar y construir otros muchos temas y factores de la sociedad, la política y la cultura. Así, a la altura del septuagésimo aniversario del inicio de la Guerra Civil, en 2006, se había avanzado mucho en esa dirección, como se ve en las muchas y buenas síntesis de la República o la guerra publicadas en torno a esa fecha. Al contrario que con las del cincuentenario del conflicto, ahora ya no había por un lado recorridos de conjunto de historia política tradicional y por otro los orientados por una historia social más o menos clásica. Desde luego, entre esas obras generales las hubo diferentes; pero la mayoría optaban por miradas sintéticas también en sus enfoques, en la medida en que integraban en una mismo relato lo político y social, la narración y la explicación, y añadían dimensiones vinculadas a lo cultural como las identidades, símbolos y representaciones[46].

Ahora bien, el balance es menos claro en lo que respecta a la historia social sobre los años treinta. Como en el conjunto de esa forma de investigar historia, dentro y fuera de nuestras fronteras, todo ese proceso de enriquecimiento tiene al

mismo tiempo mucho de crisis. En particular, la apertura de sus fronteras ha sido a menudo tal que ha podido difuminarla. Algo así puede verse hasta cierto punto en el caso de la primera vía de renovación vista. A la postre, el énfasis en los vectores organizativos, en las oportunidades políticas o en la autonomía de la política y del Estado hacía algo más que afinar los esquemas previos. Los completaba tanto que no siempre queda claro si el resultado sigue siendo historia social, y desde luego no marxista. Uno de los autores citados concluía que los «condicionantes económicos y ambientales» no son suficientes, y que cosas como la duración y crueldad de la guerra y lo que tuvo de lucha de vecinos contra vecinos «no se explican si reducimos el conflicto a un enfrentamiento de clases»; ahora bien, sigue resaltando la importancia de las formas de «estructuración social», la «introducción de las relaciones capitalistas en las sociedades rurales» o «la creación y el desarrollo de la identidad de clase»[47]. Pero eso no ha sido la norma. Quizá esto no signifique que se les conceda poca o nula importancia, pero en todo caso los estudios parecen detenerse cada vez menos en tales factores y conceptos.

Claro que cuando eso resulta más evidente es en la otra vía de renovación, la que pone el acento en las culturas, identidades, representaciones y lenguajes políticos. Uno de los libros citados decía atravesar el rígido determinismo socioeconómico y adentrarse en una historia más basada en la experiencia y la complejidad desde el detalle y redefinía el concepto de clase en clave de redes sociales y estatus, aunque hacía todo ello sin despreciar esas determinaciones ni las relaciones entre estructuras y sujetos. Sin embargo, lo habitual al estudiar los años treinta desde tales enfoques es dejar eso más bien de lado. Incluso las obras y autores que contemplan en su relato variables propias de la historia social desde abajo encontraban que la historiografía anterior estaba lastrada entre otras cosas por un concepto inflexible de clase que hacía difícil reflejar su relación con otras formas de identidad y la complejidad de la estructura social, y saludaban que la investigación se alejara «del antiguo marco hacia una redirección cultural-antropológica, lingüística y espacial»[48].

Visto en perspectiva, tampoco sorprende demasiado. En todas partes, la historia cultural en sus distintas acepciones creció y fascinó tanto desde finales de la década de los ochenta que un historiador francés se preguntaba si toda historia, sea económica o social, política o demográfica, no es en realidad cultural, en la medida en que todas las acciones, fenómenos y cosas «siempre son el resultado de las significaciones que los individuos les atribuyen»[49]. Pero no es preciso irse tan lejos. Entre nosotros, y en ese tracto final del siglo pasado y primeros

años de este, es fácil encontrar reflexiones que sugieren lo central que era para la historia cultural renovar la social. Para uno de sus introductores en nuestra historiografía, el nuevo enfoque suponía privilegiar los ingredientes culturales frente al énfasis en las relaciones sociales y en las raíces estructurales como causas y «condiciones objetivas». Según otra autora, la historia cultural podría verse como una «relectura intensa de la historia social», pero en ello habría también «un giro de 180 grados», por ejemplo en el paso desde el concepto de objetividad al de subjetividad. Según el balance crítico de dos autores, tras esa nueva historia hay «una suerte de reacción crítica contra la historia social o política tradicionales» y el convencimiento de que la historia social clásica a menudo contemplaba la sociedad «como una estructura objetiva de relaciones en la que la cultura sería un elemento secundario»[50].

En cualquier caso, todo lo anterior tenía una lógica consecuencia en el peso del materialismo histórico en la historiografía de nuestro pasado reciente. Con ese proceso de redefinición y crisis de la historia social, se diluía el enfoque al que el marxismo se había ligado a menudo, al que más había nutrido y que por ende le había servido de mejor campo de ensayo historiográfico. La historia cultural que sustituía a la social, además, no podía o quería ofrecerle buena acogida. En sus declaraciones programáticas, y en algunas de sus primeras manifestaciones, por ejemplo al estudiar la «creación cultural» de la clase obrera en tanto que sujeto e identidad colectivos, se atendía a las propuestas de historiadores marxistas como E. P. Thompson[51]. Sin embargo, la mayoría de las investigaciones posteriores las han dejado atrás. Y a todo ello se añade que las nuevas propuestas y sensibilidades han llevado a la investigación y escritura de la historia a conceder cada vez menor espacio analítico a los contextos, relaciones y condicionantes de tipo socioeconómico, que eran los factores que solían incorporar las distintas versiones del materialismo histórico. Quizá no sea necesario expresarlo en los términos de Michel de Certeau, para quien, en su evolución, la institución historiográfica vuelve posibles algunas investigaciones, gracias a coyunturas y problemas comunes, «pero a otras las vuelve imposibles» y desempeña el papel «de una censura en lo referente a los postulados presentes (sociales, económicos, políticos)». Pero ese relegamiento de conceptos y factores se ha hecho tal que cabría preguntarse si no constituyen lo que los nuevos enfoques desplazan y reprimen. En otro balance sobre nuestra historiografía, su autor lo ejemplifica con el concepto de clase. Para él, se habla con profusión de identidad, género o cultura, «mientras la clase permanece innombrable, incluso como representación, invento, símbolo»[52].

Por si fuera poco, al retroceso del marxismo en el estudio de los años 1931-1939, se une la existencia de críticas explícitas sobre su utilidad en tanto que guía para estudiarlos. Críticas que, sobre todo después de 2000, apuntan cada vez menos hacia su mejora y enriquecimiento y más hacia su superación e incluso impugnación como marco teórico y conceptual. Valgan aquí un par de ejemplos significativos. En un dosier de la revista Ayer dedicado en 2003 a la Guerra Civil, se hacía un balance crítico de los tradicionales esquemas «binario[s]» sobre los orígenes, desarrollo y desenlace de la contienda. En él se aludía a los relatos pro franquistas, pero también a la interpretación pro republicana basada en «aspectos clasistas y político-ideológicos». En el mismo dosier, otro autor era más contundente. Para él, la Guerra Civil es el tema más «codificado» de la historiografía española y estaría petrificada como conflicto revolucionario y lucha de clases «pura» como consecuencia de la vinculación de sus primeros historiadores al marxismo y de la «sorprendente hostilidad» con que se reciben los enfoques alternativos. En concreto, para él la clase es en realidad un «artefacto conceptual» abstracto, está convertida en «reificación categórica» y el postulado de que existe y funciona una clase obrera es «una hipótesis indemostrable» que funciona solo por «simplicidad didáctica»[53]. Ese mismo año era publicada lo que pretendía ser, según el subtítulo, una Historia social de la República durante la Guerra Civil. Pero el autor se situaba frente a una historia social «tradicional» que, como resultado de los «enfoques estructurales» e impersonales heredados de la sociología y el marxismo, que «menosprecian lo individual», estaría «hipnotizad[a]» por las expresiones de lo colectivo como la clase, la etnia y el género. Frente a esa excesiva determinación social, opone una historia que llegue al «nivel subterráneo» de los actores singulares y desconocidos «que hicieron valer sus propios intereses» siguiendo lógicas individuales (entre ellas el oportunismo, el egoísmo o la mera biología)[54].

CRISIS, ¿Y OPORTUNIDADES?

Si nos preguntamos sobre los porqués de ese retroceso, sustitución y recusaciones del marxismo en la historiografía sobre los años treinta, no parece demasiado útil achacar el viraje sin más a traiciones, abandono de un barco que se hunde, modas o súbitas revelaciones. Para empezar, forzoso es reconocer que con toda seguridad se había llevado demasiado lejos y simplificado su equipaje

analítico. Las clases sociales y sus conciencias, los modos y relaciones de producción y la determinación de las estructuras económicas habían sido vistos demasiadas veces como vías mágicas y en teoría sofisticadas hacia la objetivación de realidades pasadas y convertidos en ocasiones en cuadrículas conceptuales que enrejaban y violentaban esas mismas realidades. El marco teórico y sus categorías acabaron sirviendo a veces no tanto para plantear preguntas al pasado estudiado cuanto para obtener ya las respuestas evitando engorrosos esfuerzos y búsquedas. Eso sí, con parecida rapidez, y acaso abuso, se caminó hacia el extremo opuesto y fueron siendo relegados a posiciones cada vez menos nucleares y luego más periféricas de la escritura académica sobre los periodos republicano y bélico.

Tampoco parece suficiente limitarse a lamentarlo. El proceso no era por fuerza negativo. Desde una perspectiva epistemológica, aquello podía tener y de hecho tuvo un lado prometedor. El materialismo histórico y el marxismo, como cualquier marco de interpretación del mundo, identifican, priorizan y arrojan luz sobre determinadas dimensiones de ese mundo, por ejemplo a partir de una concreta jerarquía en las relaciones de causalidad; pero, también como cualquier otro gran relato de lo social, lo hacen a costa de otras, que pueden quedar así soslayadas, emborronadas o reprimidas. Hablando precisamente de los vaivenes de la escritura histórica en clave de clases sociales, dos autores británicos expresan algo parecido. Según ellos, como todas las historias fuertemente centradas, las pretensiones de la historia social basada en clases «necesitaban silenciar y marginar otras, y desestimar o desplazar a todos los actores e historias que no fueran fáciles de asimilar» en los términos fundamentales de su relato. La ambición contextualizadora de esa historia social acabó por minimizar el espacio dado al análisis de lo político y eso generó una reacción en contra que insistía en la autonomía de ese ámbito respecto del social[55].

En todo caso, las razones van mucho más allá del ámbito historiográfico. Todo parece indicar que el viraje respondía a cambios de amplio calado en las coordenadas culturales, sociales y políticas que se produjeron entre los años ochenta y noventa y que redujeron el espacio, reconocimiento social y comunicabilidad para unas representaciones de lo social y lo abrieron para otras. Un análisis de ese recorrido, que desborda los límites de este texto, debería contemplar los grandes cambios políticos de esos años, empezando por la caída del Muro de Berlín, el colapso de la Unión Soviética y la crisis de las tradiciones políticas del socialismo. Todo eso ató pesados lastres a los horizontes utópicos y a cualquier perspectiva de un futuro sustancialmente diferente al presente y

socavó la confianza en el marco teórico que se había asociado al proyecto de Estado y sociedad que se derrumbaba. Claro que no todo empezó aquel noviembre de 1989. Formaba parte de un proceso más duradero y con más elementos en juego. Por una parte, si ese proyecto había sido una alternativa real al de las democracias y economías de mercado occidentales al menos desde 1945, dejó de serlo desde finales de los setenta y aún más en los ochenta[56]. Y por otra parte, el análisis tendría que detenerse asimismo, aunque parezca muy especulativo, en cuestiones tan amplias como las profundas transformaciones sociales y políticas producidas en esas décadas, que implicaron la desindustrialización y transición posfordista, la reestructuración del capitalismo, la crisis o inicio del desmontaje del Estado social y, con todo ello, el hecho de que se perfilara un nuevo orden caracterizado más por la diversidad y fragmentación que por la estandarización y economías a gran escala de las décadas anteriores que habían contemplado la edad de oro de la historia social[57].

Como resultado de esos o de otros factores, durante el último cuarto del siglo XX, se habría producido una auténtica reconfiguración política, ideológica y cultural del mundo. Entre las cosas en que se tradujo estarían la desconfianza hacia la ideología y las esperanzas en el cambio social –consideradas ingenierías peligrosas– o la resignificación radical de algunos grandes conceptos de la política, en un sentido negativo (revolución), positivo (capitalismo) o de vaciado de los valores derrotados desde 1968 (democracia o libertad). Todo ello, que un historiador describe como una «época bisagra», habría tenido a su vez profundas consecuencias en el análisis de las sociedades pasadas y presentes: cristalizó en una crisis de la explicación social y una carga contra el concepto de totalidad, en un amplio descrédito de los grandes relatos y paradigmas –empezando por el materialismo histórico– y en una lectura diferente del tiempo. En la nueva representación de este, condicionada por lo que F. Jameson llamara «bloqueo de la imaginación histórica», se difumina el futuro como territorio positivo alternativo y en su lugar quedarían un presente posmoderno, precario y alérgico a los sujetos colectivos, y la memoria, que se transforma «en un nuevo paradigma historiográfico» y «relega a un segundo plano la noción de sociedad»[58].

Ahora bien, a todo ello se suman otras cuestiones bastante más concretas. Para empezar, como resultado de la dictadura franquista, el ascenso de la historia social y la aplicación del marxismo en la historiografía española comenzaron más tarde que en otros países y solo se podían generalizar, muerto ya el dictador,

cuando empezaban a perder fuelle y a quedar en entredicho como enfoque y marco teórico. Pero ese retraso era aún mayor en el caso específico de la literatura sobre la Segunda República y la Guerra Civil, que fueron temas tabú prácticamente hasta la muerte de Franco y solo pudieron generar una agenda estable de investigación desde finales de la década de los setenta y los primeros años de la siguiente. Así las cosas, el influjo de ambas en dicha agenda pudo ser más breve y epidérmico de lo que se supone y hacerse a menudo a partir de sus versiones y usos más apresurados y menos elaborados. De este modo, en el nuevo clima de reflujo desde finales de los ochenta, podía ser más sencillo y haber más razones para fiscalizar su aplicación y conceptos y tratar de buscar enfoques alternativos. En segundo lugar, y frente a otros fenómenos y periodos de mayor duración, los ocho años que median entre el 14 abril de 1931 y el primero del mismo mes en 1939 suponen un tiempo intenso pero breve, y además muy denso políticamente. Eso favorece que su análisis tienda menos a los enfoques sociales que al corto plazo, a la mirada «desde arriba» y al primado de la política institucional y de los grandes hechos y personajes. Por si fuera poco, era esa la perspectiva que alimenta el sinfín de biografías de protagonistas de los hechos, la usada en los años sesenta por los hispanistas y que marcó en buena medida así su estudio futuro.

Y en tercer término, está también el peso que han tenido los principales relatos públicos elaborados sobre los años republicanos y bélicos. Uno de ellos es sin duda el que representa la contienda en clave de guerra fratricida, error colectivo y tragedia ante la que pasar página. Su problema es que no solo proyecta explicaciones tan groseras como la del cainitismo español; implica además desconflictualizar los años republicanos y bélicos y dejar fuera del foco dimensiones sociales como la coexistencia de proyectos de Estado y sociedad muy diferentes entre sí o los diversos apoyos y fracturas sociales que los nutrían[59]. Otro procede del hecho de que la historiografía sobre los años treinta nació haciendo suya la tarea de echar abajo a las mentiras, mitos y tópicos del relato franquista. Era necesario mostrar que ni el régimen republicano había sido ilegítimo y protocomunista ni estaba en una imparable pendiente de caos y violencia, que el «Glorioso Alzamiento Nacional» no era salvador y que en la guerra no hubo solo un gigantesco «terror rojo» y apenas un leve castigo por parte de los «Nacionales». Ahora bien, refutar esos tópicos se hizo en parte al precio de minimizar algunas de las aristas más complejas del devenir republicano y de los años de Guerra Civil. Frente al cuadro que se rechazaba, en ocasiones se pintó un retrato hasta cierto punto indulgente de la experiencia republicana en paz y en guerra y se delineó uno de la contienda en la zona

franquista –hoy camino de ser superado– en el que solo había espacio para Franco y la represión y uno muy escaso para sus apoyos sociales. En ese escenario no siempre encuentran fácil acomodo aspectos propios de la historia social y el materialismo histórico como las fracturas sociales y políticas que cruzaban el país desde antes del 17 de julio y los conflictos, movilizaciones y luchas de clases de los años de preguerra; y como la propia revolución del verano de 1936, o cuando menos sus dimensiones constructivas, cada vez más nubladas por lo que tuvo de destrucción.

Así las cosas, habrá quien se felicite por ello y quien lo lamente; unos lo imputarán a su supuesta rigidez y al hecho de haberse quedado «obsoleto» frente a enfoques renovadores; otros a los ataques recibidos, al clima desfavorable de la posguerra fría, a las modas cambiantes y al abuso de sus versiones más catequísticas; y no faltará quien lo vea como fruto de esa ley del péndulo de las disciplinas científicas por la cual cada cierto tiempo un enfoque otrora predominante pasa a ser arrinconado en tanto que antigualla y sustituido por otro que surge impugnándolo. Pero el balance del marxismo en el estudio de la Segunda República y la Guerra Civil no puede ser ya demasiado optimista. Por unas razones o por otras, su presencia en la literatura de referencia sobre esos años es muy inferior desde la década de los noventa en comparación con las dos anteriores. Al margen de que el influjo que pudiera haber alcanzado antes fuera más o menos profundo o epidérmico, ya no es considerado una fuente de inspiración determinante para esa historiografía. La bibliografía sobre la crisis de los años treinta no ha dejado de crecer en este siglo, y en ella hay de todo. Por eso parece aún más llamativo el franco retroceso de las miradas que se liguen al materialismo histórico.

Ese es el balance que arroja la etapa que marcábamos entre principios de los años noventa y 2006. Los ejemplos que se han usado aquí llegaban hasta esa fecha. Desde entonces, cada vez es más válido aquello de que la bibliografía sobre los años de República y Guerra Civil es oceánica e inabarcable. Los diez últimos años han seguido registrando un alud de publicaciones sobre ambos periodos. En ese «chorro que no cesa», son numerosos los temas trabajados. Es mucho lo que se ha añadido sobre objetos de estudio más o menos clásicos como las políticas reformistas de la República y sus obstáculos y contradicciones, la reforma agraria, las elecciones, las dimensiones militar e internacional de la guerra o la reconstrucción del Estado y las disputas políticas entre los diferentes discursos y prácticas en ambos bandos. Sobre la guerra, ha seguido siendo tema estrella el de la violencia, con dos añadidos: por un lado, el centro de gravedad

se ha desplazado de modo más firme desde las prácticas homicidas y dirigidas «desde arriba» hacia las de tipo penitenciario, laboral-forzoso, económico, simbólico o de género y a sus apoyos «desde abajo», y por otro su estudio se ha ampliado a los años de la República en paz. De igual modo, no es poco lo aportado alrededor de las culturas políticas republicanas y de la economía, la propaganda, las «culturas de guerra» y la memoria de la contienda, y se vislumbran como campos de estudio prometedores la experiencia e identidades de los soldados y milicianos, la vida cotidiana y tensiones sociales en las retaguardias o las representaciones contemporáneas y futuras de la guerra[60]. Y tan importante como eso es que esa literatura ha incluido algunos debates de cierto calado. Se ha avanzado en la refutación de la leyenda negra de la República (en paz y en guerra), reactualizada por ensayistas y publicistas de todo pelaje. Frente a los excesos de lo que a veces se ha denominado «leyenda rosa», otros autores han propuesto un relato alternativo o «revisión» de esa misma República. En ese marco, se han generado debates interesantes sobre las revisiones y revisionismos o sobre el alcance y límites de la objetividad en la práctica historiográfica. Y los hay asimismo, de calado, sobre la problemática relación entre memoria e historiografía respecto de aquellos años o sobre los relatos y metarrelatos que ha generado su representación pública y académica[61].

Sin embargo, para el tema que aquí nos ocupa, lo importante es que, a pesar de toda esa variada literatura, el cuadro poco optimista sobre el influjo del marxismo no ha cambiado durante esos últimos diez años. Con el péndulo yendo en la dirección opuesta, parece más bien que se ha consolidado e incluso reforzado. Desde luego han desaparecido casi por completo relatos historiográficos de la República y la guerra en los poco flexibles términos de «bloque social dominante» o «proceso histórico de crisis estructural» y resulta difícil toparse con categorías antes tan habituales como «relaciones de producción» o «formación social-histórica». Pero ocurre además que han retrocedido asimismo y ocupan un espacio cada vez menor otras que no se asociaban únicamente al marxismo como las clases sociales y sus conflictos y luchas. De hecho, se podría decir lo mismo, en términos más generales, de ese mínimo común denominador que podríamos considerar definitorio de las versiones menos rígidas del materialismo histórico, a saber, la necesaria contextualización social –entendiendo por ello social y económica– de la política, las ideas y la cultura.

Ni que decir tiene que ese reducido espacio está claro donde menos había que

retroceder, como en la historia política tradicional, que se había resistido más a los determinantes sociales y materiales de la agencia histórica. El peso que se otorga a estos últimos no es mucho mayor en la nueva historia política y cultural, cuyo foco se dirige más bien hacia las culturas políticas e identidades, los lenguajes, las representaciones o la memoria. No en vano una parte importante de esa nueva historia política, que está proponiendo una mirada crítica de la República, se define por priorizar vectores de análisis alternativos a los de los enfoques «estructurales». Al margen de otras consideraciones, esa «revisión» de los años republicanos busca sustituir la atención a las causas profundas y conflictos de clase en el medio y largo plazo por el énfasis en los actores concretos, el liderazgo y sus decisiones en el más corto de la política institucional y partidista. De este modo, privilegia el discurso, lo que se denomina «retóricas de la intransigencia» y las culturas sobre las condiciones materiales y antepone su influjo en los comportamientos políticos al de las estructuras sociológicas y económicas. Según las formulaciones más sólidas de esa propuesta, la influencia del marxismo habría llevado durante mucho tiempo a explicar la conflictividad de 1931-1936 y el estallido de la Guerra Civil a partir de «causas estructurales» como el atraso, la desigualdad y la opresión socioeconómica y a resaltar «los conflictos de clase, la lucha de los grupos desposeídos por conquistar mejoras y la resistencia de las oligarquías» a concederlas. Sin embargo, habría que «descartar o redefinir a la baja las interpretaciones estructurales», de tipo economicista o basadas en la sociología histórica, porque, sin ser irrelevantes, esos factores solo sirven «como ingredientes explicativos secundarios, como aderezos» de la interpretación alternativa que se presenta. Según esta, la crisis de los años treinta sería ante todo «de signo político, cultural e ideológico». En algún caso, la declaración de intenciones es más contundente, por ejemplo al «desligarnos abiertamente de las interpretaciones estructurales» y al cuestionar que «el marxismo, la sociología histórica, la antropología cultural o el giro lingüístico» sean las mejores guías para estudiar el periodo de entreguerras[62].

Claro que eso no es nada comparado con los sorprendentes diagnósticos de otros autores que parecen verse rodeados de marxismo por todas partes. Una publicación reciente denuncia las «dificultades de la libertad académica e historiográfica […] ante la firme vigilancia» de un «pensamiento universitario único de izquierdas», y añade que es algo visible sobre todo en lo escrito sobre la Segunda República y la Guerra Civil. A partir de ahí se puede leer que muchos departamentos universitarios parecen «sectas de materialismo histórico», que la bibliografía sigue en España «bajo los patrones ideológicos y metodológicos»

del otrora dominante «credo marxista»[63]. Un último autor habla de la «persistencia del paradigma marxista» y de su dominio, por ejemplo en el estudio de las derechas de los años treinta, y acusa a los historiadores «paleomarxistas» de partir de un «determinismo clasista» estrecho y de sustituir el razonamiento histórico por un «moralismo sublime» al servicio de su ideología. Según él, la historiografía que unas veces llama marxista y otras izquierdista ejerce la función del «guardián de la historia»: la del «control de la producción historiográfica» para, mediante «el recurso al "sectarismo activo", el uso de la violencia simbólica y de la seudología», «silenciar y marginar» a otras corrientes y tradiciones[64].

El cuadro que encuentro sobre la presencia del marxismo en la historiografía reciente sobre la Segunda República y la Guerra Civil es muy otro. Puede ser que, décadas atrás, el materialismo histórico fuera una fuente de inspiración principal en el estudio de esos dos periodos, pero en los últimos lustros ha experimentado un espectacular retroceso. Hoy es casi imposible encontrar en la literatura de referencia determinismos socioeconómicos estrechos o la consideración de la política, las ideas y la cultura como epifenómenos o como mera espuma histórica. Lo que ha habido más bien es una saludable apertura de los enfoques materialistas y sociales al papel y autonomía de esos factores, aunque esa apertura es tan amplia que el resultado difícilmente sigue siendo historia social orientada por el marxismo. De hecho, todo indica que ha retrocedido hasta la propia ambición de contextualización social de lo político y cultural. Y tal vez lo más notable sea que todo eso se cumple también en buena medida en el caso de la historiografía de izquierdas o progresista. Es posible que tenga más predicamento en el estudio de la década de los años treinta que la liberal o la conservadora –cosa distinta es que sea dominante–, pero es cada vez menos marxista. En términos generales, puede decirse que las condiciones materiales de la reproducción del orden social y político, la contextualización social de la política o las clases sociales encuentran en la historiografía sobre los años treinta un espacio menor que antes. A cambio, los relatos más habituales tienden a servirse de una autonomía relativa de la esfera de la política y la cultura y en algunos casos llegan a proyectar una suerte de sobredeterminación de los lenguajes y culturas políticas.

En algún momento, el marxismo se puso de moda en la historiografía contemporaneísta. Planteaba preguntas nuevas, ofrecía un relato superador de los anteriores e incluso podía aportar un toque de distinción. Pero otra cosa muy diferente es pretender que eso siga sucediendo. Hoy es habitual relacionarlo más

bien con lo caduco y obsoleto y el empleo de algunos de sus conceptos es tan poco corriente que parece chirriar en el discurso académico. Sin embargo, o incluso precisamente por lo que tiene de moda pasada, merece la pena preguntarse si su legado es del todo negativo y si, de cara al futuro, es un taller de herramientas inservibles o merece la pena todavía asomar la cabeza por él.

Lo primero que se puede decir es que sus errores pasados y su escasa presencia actual no deberían implicar el menosprecio de sus logros. El marxismo y el materialismo histórico estuvieron presentes en la creación, entre los años sesenta y los ochenta, del registro historiográfico sobre la República y la guerra. Aunque a veces en sus versiones más rígidas, desempeñaron un papel fundamental en ese proceso y orientaron un corpus de literatura sin auparse sobre el cual muchos trabajos posteriores, incluidos los que lo impugnan, difícilmente habrían sido posibles. Y en la actualidad, pese a su relativo abandono, su balance tampoco puede ser del todo negativo. No hay ya nada parecido a una agenda de estudio más o menos coordinada ni mucho menos una pretensión holística o de estudio integrado de todo el periodo, sino más bien iniciativas y esfuerzos hasta cierto punto dispersos, pero aquí y allá la inagotable literatura sobre los años treinta ofrece aún títulos y caminos en los que parecen ser útiles.

De modo más concreto, fueron y son fundamentales en el estudio de algunas dimensiones de esos periodos. Por no alargar aún más este texto, cabe citar la ya aludida cuestión agraria y la conflictividad que le es aneja. Aunque la conflictividad de esos años no puede ser vista como un reflejo automático de todo ello e influían otros factores, no se entiende sin tener en cuenta las tensiones introducidas en el campo, las comunidades rurales y el mercado laboral por la agricultura capitalista, las reacciones de los grupos propietarios ante la legislación republicana y la reducción de sus márgenes de beneficio. Como tampoco pueden dejarse fuera del análisis las desigualdades sociales, las condiciones de explotación, las medidas patronales en materia de regulación del mercado laboral, la usurpación de los comunales y «los muy bajos niveles de vida –hambre incluida–»[65]. Y a ello se añaden, si extendemos esta cuestión al medio urbano y sus conflictos y huelgas, los bajos salarios, el paro crónico de los años treinta y la competencia entre los sindicatos de clase. Desde luego que hay que completar su análisis con las oportunidades abiertas por la coyuntura política, con los discursos y estrategias de los actores políticos, con lo que esos conflictos y sus manifestaciones violentas suponían de erosión de la legitimidad del régimen republicano y con la percepción y construcción cultural de esas mismas condiciones. Pero tan insuficiente como injusto con quienes las

padecieron sería tratar de estudiar esos temas sin tenerlas en cuenta o aludiendo solo a lo que podían tener de supuesto desastre económico de la reforma agraria, de construcción discursiva o de argumento legitimador de determinadas políticas y acciones[66].

Pero la utilidad de los enfoques orientados por el materialismo histórico no se limita a ese tema. Han sido fundamentales y, con las matizaciones y complementos que proceda, pueden seguir siendo útiles en el estudio de otras cuestiones de esos dos periodos. Entre otras, se citaba páginas atrás el tema hoy estrella de la violencia desplegada en las dos zonas durante la guerra. Aquellas campañas de castigo y «limpieza» de ambas retaguardias no eran solo «violencia de clase». Eran asimismo una manera inmediata de participar en aquella lucha a muerte, un modo simbólico de manifestar la llegada de nuevos poderes con dominio sobre la vida y la muerte y un arma en la competencia abierta entre ellos por el control y definición política de cada retaguardia. Sus blancos no eran siempre obreros y campesinos en la zona sublevada ni burgueses y oligarcas en la republicana, y la imagen de enemigo en cada una seguía a la vez otros vectores. Pasaba por tanto con esa cuestión como con el conjunto de la guerra. No se trataba sin más de un enfrentamiento de clases, y menos aún si se define estas a partir de su mera situación en el sistema productivo, y no se comprenden sin atender a otros tipos de alineamientos político-sociales, solidaridades, identidades, lealtades y posiciones socioculturales o de estatus. Ahora bien, tampoco se puede soslayar que, en la retaguardia rebelde, las campañas represivas las animaban en buena medida los garantes del viejo orden social –oligarquías agrarias e industrial, Iglesia, Ejército y sus representantes locales–, se cebaban sobre todo con el mundo obrero y campesino organizado y registraban los niveles más brutales en las áreas ocupadas al inicio de la contienda donde había un fuerte sindicalismo de clase. Mientras tanto, en la republicana sus rostros se asociaban con frecuencia no solo al derrumbe de ese viejo orden y del propio Estado republicano, sino también a la voluntad de edificar otro muy diferente[67].

En ello, además, se unían a otras medidas y prácticas como las colectividades y la improvisación de poderes de tipo revolucionario. Ese es otro terreno de estudio útil. Los antagonismos de clase fueron centrales en la experiencia de esa retaguardia, como lo fue el intento de frenar la dinámica revolucionaria y sus conquistas en la reconstrucción del Estado republicano[68]. En realidad, el conjunto de la propia guerra y de su experiencia habrían tenido algo de lucha a muerte por la definición del Estado y el reordenamiento radical de los equilibrios

sociales entre proyectos de sociedad muy diferentes. Varias investigaciones apuntan a que la naturaleza de clase acompañó siempre tanto al golpe de Estado de julio de 1936 como a la articulación del proyecto político de la zona rebelde. En algunos casos se señala que lo que pudo llevar a importantes sectores a apoyar esa sublevación fue el objetivo de derribar las relaciones sociales y laborales que resultaban de las políticas reformistas republicanas y de la amplia movilización de los sindicatos de clase, y resolver así de un modo regresivo los retos y obstáculos que se planteaban a la reproducción de las relaciones de tipo capitalista. Ni siquiera el vector internacional de la guerra quedaría del todo al margen, habida cuenta del peso que habrían tenido los prejuicios de clase en la toma de decisiones de la diplomacia británica al alimentar su política de no intervención[69].

Y a todo ello se añade que las investigaciones de algunos jóvenes investigadores recuperan algunos conceptos e hipótesis del materialismo histórico, y que lo hacen aplicados a temas nuevos y con vocación de ir más allá de los esquemas más rígidos de lo que un autor llamara «marxismo de garrafón». Un libro crucial sobre el anticlericalismo entre 1931 y 1936 completa los análisis en clave cultural integrando cuestiones como la explotación económica y las clases sociales, entendiendo estas no en un sentido descriptivo, sino en términos relacionales y de tensión dialéctica. Otro estudia la construcción de la identidad de los grupos políticos y sociales contrarrevolucionarios durante la Segunda República en tanto que reacción de ansiedad ante la floración de conflictos no solo coyunturales, sino también estructurales de la sociedad de esos años, tales como la lucha de clases y los problemas para reproducir el patriarcado y la acumulación de capital. Al estudiar los relatos franquistas sobre la «zona roja» durante la guerra, otro investigador pone en relación asimismo la articulación de ese discurso demofóbico y las relaciones de poder de una sociedad capitalista argumentando que buscaba clausurar la emergencia del sujeto político protagonista de la revolución obrera del verano de 1936. En un trabajo sobre la construcción del franquismo desde abajo a partir del inicio de la contienda, otra autora apunta que las prácticas punitivas contra los vencidos y la participación en ellos de la población podrían entenderse como un doble proceso de «desposesión y apropiación»: de trasvase de capital material y simbólico que beneficiaba a las elites locales y reforzaba a esa escala las diferencias sociales anteriores y el desigual acceso a los recursos[70].

Como balance de todo lo hasta aquí visto, con el abandono de los enfoques materialistas, marxistas y «estructurales», estamos perdiendo quizás algunas claves de análisis que, sometidas a la necesaria crítica, podrían seguir siendo útiles al armar relatos significativos sobre la década de los treinta. No se trataría de regresar sin más al modo como se escribía tiempo atrás. En realidad, hoy casi nadie defendería tal cosa y con seguridad la estigmatización de la historia social clásica se ha hecho «con base en fantasmas historiográficos más ficticios que reales». Sea como fuere, para nada se propone un uso fosilizado de las categorías o convertir las metáforas en leyes de hierro. El camino pasaría por dejar atrás mecanicismos ramplones como el que veía en la política una mera superficie y reflejo de una realidad subyacente, la de la realidad y estructura económicas, que determinaría sin más la conciencia y a la que se supeditarían de modo automático la religión, la cultura o las ideas. Como se ha señalado a menudo en los debates de la literatura marxista y no marxista, no es necesario ligarse a Weber para considerar que la posición en la estructura económica no determina absolutamente las prácticas sociales y políticas. Tampoco se trataría de tirar por la borda lo que han aportado otras miradas y enfoques, sino de buscar espacios de colaboración, diálogo e incluso confluencia entre diferentes modos de hacer historia como la social y la cultural, para así aprovechar los resultados de cada una de ellas y la oportunidad que ello supone[71].

Ahora bien, eso no quiere decir esconderse sin más en fáciles soluciones eclécticas atrápalo todo en las que propuestas de uno y otro tipo se diluyan y conformen un conjunto incoherente al albur de las modas. La idea que se defiende aquí es que el enfoque social del materialismo histórico aún puede ser útil a pesar de todo. Liberado de vicios pasados, y con pretensiones menos totalizadoras que otrora, no parece necesario hacer profesión de fe marxista para considerar que tiene un espacio en el estudio de periodos como la República y la Guerra Civil. Sin él, parece más difícil identificar y representar historiográficamente el conflicto social, la acción colectiva o realidades que ocupan ahora un lugar muy inferior en la literatura de referencia como la explotación y las desigualdades sociales que sufría buena parte de la población de los años treinta. En ese sentido, hay indicios para considerar que, sin enfoques sociales como este, la historia puede sufrir una cierta neutralización del potencial crítico que puede tener para la comprensión de las sociedades pasadas y presentes. No dejaría de ser paradójico que, cuando más evidentes se muestran desde 2008 los aspectos y rostros más dolorosos de la realidad actual, la de tantas personas a quienes no llegan demasiado las bondades de la economía de mercado, la necesaria tarea de superar las rigideces de los enfoques

«materialistas» nos impidiera ver en el pasado algunas importantes raíces de esa misma realidad.

En un estudio sobre los relatos sobre la Guerra Civil, sus autores sugieren que la sustitución de un modo de interpretar el pasado por otro no siempre resulta de que haya más información sobre ese ayer ni significa por fuerza que, tras largos debates, el segundo se demuestre más riguroso, útil y coherente que el primero. El abandono de un enfoque y la emergencia de otro pueden tener algo de convencional y deberse no tanto a la mayor o menor solidez de ambos cuanto a factores que exceden el ámbito de la investigación y la discusión historiográfica. Los autores lo ejemplifican con la interpretación de la guerra de 1936 como conflicto entre clases sociales y apuntan que, con cambios así, no siempre se gana en conocimiento e incluso «puede que hayamos dejado de conocer cosas que antes se daban por sabidas»[72].

Sea o no así, parece claro que ningún enfoque pasado o presente puede ser la fórmula mágica para afrontar todas las controversias y problemas de la tarea de representar el pasado, desde luego tampoco el marxismo. Ahora bien, no parece inútil preguntarse si no se habrá ido demasiado lejos en el abandono de los enfoques vinculados al materialismo histórico y si recuperar algo de ellos de manera crítica no podría añadir o recuperar algo al conocimiento sobre un periodo como el de 1931-1939. Igual que ayer su pasada gloria pudo fomentar mimetismos y simplificaciones, tal vez hoy partiendo de su situación actual de relativa retirada aportaran la renovación, interrogación crítica y audacia de las que suelen acabar careciendo los enfoques que ocupan el centro de la práctica académica. En ese sentido, podría valer para la propia historiografía lo que suele señalarse sobre la utilidad de estudiar el pasado al referirnos a volver la mirada atrás para contemplar el camino que nos ha conducido aquí, como dijera Hobsbawm. Pero también que, si cualquier pasado no fue siempre mejor, tampoco lo es necesariamente cualquier presente, a pesar de la arrogancia con que el segundo contempla en ocasiones al primero y se olvida de sus propios límites, herencias y deudas.

[1] Por citar solo algunos, para lo anterior me he apoyado en títulos como J. Fontana, Historia: Análisis del pasado y proyecto social, Crítica, Barcelona, 1982, caps. 7, 12 y 13 y La historia después del fin de la historia, Crítica, Barcelona, 1992 (lo de «pseudomarxismo» y «catequístico», en pp. 9-13); F.

Dosse, L’histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire», La Décourverte, París, 1987, pp. 95-160; M. Á. Cabrera, Historia, lenguaje y teoría de la sociedad, Cátedra, Madrid, 2001; G. Eley y K. Nield, El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2010; C. Rendueles, En bruto. Una reivindicación del materialismo histórico, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2016; J. Sanz, J. Babiano, F. Erice (eds.), E. P. Thompson. Marxismo e historia social, Siglo XXI de España, Madrid, 2016.

[2] Publicado en Historia Social 20 (1994), pp. 135-150, y reproducido en J. Casanova, Anarquismo y violencia política en la España del siglo XX, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2007, pp. 83-110.

[3] Sobre todo eso, véase por ejemplo S. Juliá, «Segunda República: por otro objeto de investigación», en M. Tuñón de Lara, Historiografía española contemporánea, Siglo XXI de España, Madrid, 1980, pp. 295-313, y J. Casanova, «Narración, síntesis y primado de la política: el legado de la historiografía angloamericana sobre la España contemporánea», Revista Jerónimo Zurita 71 (1995), pp. 237-252 (cita de Carr en p. 243).

[4] Las citas son de G. Jackson, La República española y la guerra civil, 1931-1939, Crítica, Barcelona, 1976 [1965], por ejemplo, pp. 25, 30-31, 35-37, 40, etc.; H. Thomas, Historia de la Guerra Civil española, en edición de Grijalbo, Barcelona, 1976, vol. I, pp. 26, 28, 44 y 48-50; S. G. Payne, La revolución y la guerra civil española, Júcar, Gijón, 1976, pp. 9-10 y 142. Lo de Chomsky, en La objetividad y el pensamiento liberal. Los intelectuales de izquierda frente a la guerra de Vietnam y a la Guerra Civil española, Península, Barcelona, 2004.

[5] P. Broué y É. Témime, La revolución y la guerra de España, FCE, México, 1962, vol. I, pp. 36, 43-45, 184 y 331; P. Broué, La revolución española (1931-1939), Península, Barcelona, 1977, pp. 31, 34 y 36; R. Fraser, «Guerra civil, guerra de clases: España 1936-1939», Zona Abierta 21 (1979), pp. 125-137; ibid., Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española, Crítica, Barcelona, 1979, 2 vols.; P. Broué, P. Villar y R. Fraser, Metodología histórica de la guerra y la revolución españolas, Fontamara, Barcelona, 1980; E. Sevilla Guzmán y P. Preston, «Dominación de clase y modos de cooptación del campesinado en España: la Segunda República», Agricultura y Sociedad 3 (1977), pp. 147-165; P. Preston, «La guerra agraria en el sur», en P. Preston (ed.), Revolución y guerra en España, 1931-1939, Alianza,

Madrid, 1986 [1984], pp. 141-157 (cita en p. 157); P. Preston, La destrucción de la democracia en España: reacción, reforma y revolución en la Segunda República, Alianza, Madrid, 1987 [1978], passim. Lo de «marxistizoide» lo declaraba el propio Preston en una 1977 en Triunfo: cit. en Á. Cenarro, «Tradición y renovación: los historiadores británicos ante la España contemporánea», Historia Contemporánea 20 (2000), pp. 65-101 (p. 96).

[6] Además de otros textos citados en una nota anterior, véase J. Casanova, La historia social y los historiadores, Crítica, Barcelona, 1991 («edad de oro», en cap. 2) y, de modo complementario, J. Kocka, Historia Social. Concepto, desarrollo, problemas, Alfa, Barcelona, 1989.

[7] I. Peiró y G. Pasamar, Diccionario de historiadores españoles contemporáneos, Akal, Madrid, 2002, p. 29.

[8] M. Blinkhorn, Carlismo y contrarrevolución en España, Crítica, Barcelona, 1979 [1975]; G. Ranzato, Lucha de clases y lucha política en la guerra civil española, Anagrama, Barcelona, 1979 (cita en p. 115-116); W. Bernecker, Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939, Crítica, Barcelona, 1982 [1978] (las citas en pp. 15-16, 19, 21 y 440).

[9] D. Gilmore, The People of the Plain: Class and Community in Lower Andalusia, Columbia U. P., Nueva York, 1980, las citas en pp. 2 y 213; G. A. Collier, Socialistas de la Andalucía rural: Los revolucionarios ignorados de la Segunda República, Anthropos, Barcelona, 1997 [1987], citas en pp. 15-16.

[10] Véanse entre otros trabajos de Tuñón de Lara: Historia y realidad del poder (El poder y las elites en el primer tercio de la España del siglo XX), Edicusa, Madrid, 1967; Metodología de la historia social de España, Siglo XXI de España, Madrid, 1984 [1973]; La Segunda República, Siglo XXI de España, Madrid, 1976, 2 vols.; Tres claves de la Segunda República: la cuestión agraria, los aparatos del Estado, Frente Popular, Alianza, Madrid, 1985. Sobre su figura y obra, el citado I. Peiró y G. Pasamar, Diccionario de historiadores, pp. 637-639 (y lo de rito iniciador y horizonte marxista en p. 29) y sobre todo J. L. de la Granja y A. Reig Tapia (eds.), Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la historia. Su vida y obra, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993.

[11] R. Morodo, Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo, Túcar,

Madrid, 1980, p. 17; M. Ramírez, «La agregación de intereses en la Segunda República», en M. Ramírez (ed.), Estudios sobre la Segunda República española, Tecnos, Madrid, 1975, pp. 27-48 (citas en pp. 33, 37 y 39).

[12] Por ejemplo A. López López, El boicot de la derecha a las reformas de la Segunda República, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 1984 (citas en pp. 21 y 363) y L. Germán Aragón en la Segunda República. Estructura económica y comportamiento político, I. F. C., Zaragoza, 1984 (fuerzas productivas, en p. 12). Como ejemplo de monografía provincial, C. Romero, Soria, 1860-1936: Aspectos demográficos, socioeconómicos, culturales y políticos, Diputación de Soria, Soria, 1981.

[13] J. Aróstegui, «La República en guerra y el problema del poder», Studia Historica. Historia Contemporánea 4 (1985), pp. 7-19. Lo anterior, en J. F. Tezanos, «Notas para una interpretación sociológica del franquismo», Sistema 23 (1978), pp. 47-99; P. Preston, La política de la venganza, Península, Barcelona, 1997 [1990]; J. Casanova, «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en J. Casanova (ed.), El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939), Siglo XXI de España, Madrid, 1992, pp. 1-28 (la cita en p. 17).

[14] S. Juliá, Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936), Siglo XXI de España, Madrid, 1979, p. 2.

[15] J. Aróstegui, «Conflicto social e ideología de la violencia, 1917-1936», en J. L. Delgado (ed.), España, 1898-1936: Estructuras y cambio, Universidad Complutense, Madrid, 1984, pp. 309-343.

[16] L. Garrido, Colectividades agrarias en Andalucía: Jaén (1931-1939), Siglo XXI de España, Madrid, 1979 (citas en p. 101).

[17] A. Nadal, Guerra Civil en Málaga, Argúval, Málaga, 2003 [1984], pp. 25 y 191-192; F. Moreno, La Guerra civil en Córdoba (1936-1939), Alpuerto, Madrid, 1986, pp. 134, 176, 178, 225, 239, 284 y 305. Véanse, entre otros muchos títulos de esos años, J. M. Solé i Sabaté, La repressió franquista a Catalunya, 1938-1952, Edicions 62, Barcelona, 1985; J. M. Solé i Sabaté y J. Villarroya, La repressió a la retaguarda de Catalunya (1936-1939), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1989, 2 vols.; J. Casanova (ed.), El pasado oculto.

[18] M. Pérez Yruela y E. Sevilla, «La dimensión política en la reforma agraria.

Reflexiones sobre el caso andaluz», Papers. Revista de Sociología 16 (1981), pp. 53-91 (citas en pp. 58 y 61). Lo de E. Malefakis, en su clásico Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX, Ariel, Barcelona, 1971 [1970].

[19] E. Majuelo, Luchas de clases en Navarra (1931-1936), Gobierno de Navarra, Pamplona, 1989 (pp. 305, 308, 311 y 317). Las citas anteriores, en M. Pérez Yruela, La conflictividad campesina en la provincia de Córdoba (1931-1936), Ministerio de Agricultura, Madrid, 1979, pp. 11, 69, 84 y 217. Véanse también, entre muchos otros, A. Balcells, Crisis económica y agitación social en Cataluña de 1930 a 1936, Ariel, Barcelona, 1971; F. Pascual Ceballos, Luchas agrarias en Sevilla durante la Segunda República, Diputación Provincial, Sevilla, 1983.

[20] A. Shubert, Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934, Crítica, Barcelona, 1984 y J. Casanova, Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938, Siglo XXI de España, Madrid, 1985 (cita en p. 316).

[21] J. Casanova, Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938, Siglo XXI de España, Madrid, 1985 (cita en p. 316); S. Juliá, Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases, Siglo XXI de España, Madrid, 1984, citas en pp. 2-3, 191, 220, 315, 415-416 y las reflexiones posteriores en S. Juliá, Elogio de Historia en tiempo de Memoria, Marcial Pons, Madrid, 2011, pp. 71 y 73. Otro ejemplo, en A. Shubert, Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias, 1860-1934, Crítica, Barcelona, 1984.

[22] M. Tuñón de Lara et al., La guerra civil española, 50 años después, Labor, Barcelona, 1985, en concreto M. Tuñón de Lara, «Orígenes lejanos y próximos», pp. 7-44 y J. Aróstegui, «Los componentes sociales y políticos», pp. 45-122 (citas en pp. 93, 96, 113 y 117). Una versión similar, en J. Aróstegui, «Sociedad y guerra», en AAVV, La Guerra Civil, Historia 16, Madrid, 1986, vol. 14, pp. 6-49. Lo de naturaleza de clase de la guerra, en la reseña que Helen Graham hacía a los libros citados de Shubert y S. Juliá en European History Quarterly 16 (1986), pp. 491-496 (p. 492).

[23] J. L. García Delgado (ed.), La Segunda República española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936, Siglo XXI de España, Madrid, 1988. Los dos autores citados eran J. Aróstegui, «Historia general e historia

económica. Propuestas interdisciplinares», pp. 261-271 (citas en p. 269) y A. M. Bernal, «Desde la beligerancia», pp. 249-260.

[24] E. Malefakis (ed.), La guerra de España, 1936-1939, El País, Madrid, 1986 [con una segunda edición en Taurus, Madrid, 1996], citas en pp. 2-3. En esa obra, por ejemplo, «La revolución social» ocupaba un fascículo aislado escrito por el propio Malefakis, uno más de los 21 totales, y su estudio se reducía a poco más que las estrategias políticas de partidos y sindicatos en ese terreno (pp. 209-224). Para una implacable crítica de esa obra, que la presenta como «una instancia legitimadora» de la «democracia burguesa» posfranquista, véase M.a Encarna Nicolás, et al., «Una propuesta de crítica historiográfica: La Guerra de España de El País como expediente de legitimación», Arbor 491-492 (1986), pp. 183-215 (citas en pp. 192-193).

[25] J. Casanova, «Guerra civil, “¿lucha de clases?”», cita en p. 149. Poco después, Santos Juliá se expresaba en parecidos términos al indicar que «fue desde luego lucha de clases por las armas […], pero no fue en menor medida guerra de religión, de nacionalismos enfrentados, guerra entre dictadura militar y democracia republicana, entre revolución y contrarrevolución, entre fascismo y comunismo», Un siglo de España. Política y sociedad, Marcial Pons, Madrid, 1999.

[26] J. Casanova, «Guerra civil, “¿lucha de clases?”», p. 149.

[27] M. López Martínez, Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936, Libertarias, Madrid, 1995 (citas en pp. 17, 20-21 y 494); F. Cobo Romero, La guerra civil y la represión franquista en la provincia de Jaén (1936-1950), Diputación Provincial de Jaén, Jaén, 1993 (pp. 17, 55, 105, 116-121 y 208) y, desde una perspectiva más amplia, Conflicto rural y violencia política. El largo camino de la dictadura. Jaén, 1917-1950, Universidad de Jaén, Jaén, 1998; M. Ortiz Heras, Violencia política en la Segunda República y el primer franquismo. Albacete, 1936-1950, Siglo XXI de España, Madrid, 1996 (pp. xi y 85).

[28] J. A. Blanco, «El registro historiográfico de la guerra civil, 1936-2004», en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), Guerra civil. Mito y memoria, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 373-406 (cita en p. 396).

[29] Es evidente que en todo esto se recogían las sugerencias planteadas ya años

atrás por M. Pérez Ledesma y J. Álvarez Junco, «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», Revista de Occidente 12 (1982), pp. 19-41, y M. Pérez Ledesma, «Cuando lleguen los días de la cólera (Movimientos sociales, teoría e historia)», Zona Abierta 69 (1994), pp. 51-120.

[30] Además de la ingente obra de Tilly, puede verse en castellano M.a J. Funes (ed.), A propósito de Tilly. Conflicto, poder y acción colectiva, CIS, Madrid, 2011, en particular la introducción y la parte I (pp. 9-103), y en inglés el reciente E. Casteñeda y C. L. Schneider (eds.), Collective Violence, Contentious Politics, and Social Change. A Charles Tilly Reader, Routledge, Londres, 2016.

[31] J. Casanova, «España, 1931-1939: República, protesta social y revolución», en J. Valdeón et al., Revueltas y revoluciones en la Historia, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1994 [1990], pp. 135-150; J. Casanova, De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939), Crítica, Barcelona, 1997. Lo anterior, en R. Cruz, «Crisis de Estado y acción colectiva en el periodo de entreguerras (1917-1939)», Historia Social 15 (1993), pp. 119-136; R. Cruz, «El mitin y el motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX», Historia Social 31 (1998), pp. 137-152; R. Cruz, «Dos rebeliones militares en España, 1923 y 1936. La lógica de la guerra en la política», Historia y Política 5 (2001), pp. 29-54.

[32] C. Gil Andrés, Echarse a la calle. Amotinados, huelguistas y revolucionarios (La Rioja, 1890-1936), Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2000; C. Gil Andrés, La República en la plaza: los sucesos de Arnedo de 1932, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 2002; y su excelente Lejos del frente. La Guerra Civil en la Rioja Alta, Crítica, Barcelona, 2006 (citas de pp. 17, 477 y 484, de p. 173 y de pp. 71 y 140, respectivamente). Véase también el excelente Piedralén. Historia de un campesino: De Cuba a la Guerra Civil, Marcial Pons, Madrid, 2010.

[33] J. Aróstegui, «Conflicto social e ideología de la violencia» (citas en p. 315); J. Aróstegui, «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia», Ayer 13 (1994), pp. 17-55; J. Aróstegui, «La especificación de lo genérico: la violencia política en perspectiva histórica», Sistema 132-133 (junio 1996), pp. 9-39; J. Aróstegui et al., «La militarización de la política durante la Segunda República. Teoría y práctica de la violencia política en la España de los años treinta», Historia Contemporánea 11 (1994).

[34] E. González Calleja, La violencia en política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder, CSIC, Madrid, 2002; E. González Calleja, «La dialéctica de las pistolas. La violencia y la fragmentación del poder político durante la Segunda República», en J. Muñoz, J. L. Ledesma, J. Rodrigo (coords.), Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX, Siete Mares, Madrid, 2005, pp. 101-146. La culminación de esa línea de trabajo es su reciente Cifras cruentas. Las víctimas mortales de la violencia sociopolítica en la Segunda República Española (1931-1936), Comares, Granada, 2015.

[35] S. Souto Kustrín, Y ¿Madrid? ¿Qué hace Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936), Siglo XXI de España, Madrid, 2004 (citas en p. xxiii).

[36] De hecho, la conclusión es que «la guerra de España fue una lucha de identidades colectivas enfrentadas por obtener la condición de ciudadanía en exclusiva»: R. Cruz, En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936, Siglo XXI de España, Madrid, 2006 (las citas del texto y de esta nota vienen de pp. 337 y 342).

[37] Tomo las citas de un libro crucial en la introducción de ese enfoque en nuestra historiografía: R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), Cultura y movilización en la España contemporánea, Alianza, Madrid, 1997, en concreto de la «Presentación» del segundo, pp. 9-12 y «La cultura regresa al primer plano» del primero, pp. 13-34 (cita en pp. 17-18 y 20).

[38] A. Pons y J. Serna, La historia cultural. Autores, obras, lugares, Akal, Madrid, 2013 (2005), aunque la cita proviene de M. Á. Cabrera, «Presentación: más allá de la historia social», Ayer 62 (2006), pp. 11-17 (cita en 13).

[39] La cita proviene de R. Chartier, La historia o la lectura del tiempo, Gedisa, Barcelona, 2007, p. 67.

[40] El campo lo abrió sin duda P. Aguilar, Memoria y olvido de la Guerra Civil española, Alianza, Madrid, 1996, con una edición ampliada posterior: Políticas de la memoria y memorias de la política. El caso español en perspectiva comparada, Alianza, Madrid, 2008.

[41] J. de la Cueva, «El anticlericalismo en la Segunda República y la Guerra Civil», en E. La Parra, M. Suárez Cortina (eds.), El anticlericalismo español

contemporáneo, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pp. 211-301; M.a Pilar Salomón, Anticlericalismo en Aragón. Protesta popular y movilización política (1900-1939), Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2002. El mejor estudio es el posterior de M.a Thomas, La fe y la furia. Violencia anticlerical popular e iconoclastia en España, 1931-1936, Comares, Granada, 2014 [2013]. Desde la antropología, sobre todo M. Delgado, La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antirritualismo en la España contemporánea, Humanidades, Barcelona, 1992; M. Delgado, Luces iconoclastas. Anticlericalismo, espacio y ritual en la España contemporánea, Ariel, Barcelona, 2001.

[42] J. Ugarte, La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, con una descripción de la apuesta epistemológica en pp. 34-47 (citas en pp. 39 y 46).

[43] Ch. Ealham y M. Richards (eds.), The Splintering of Spain. Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1939, Cambridge U. P., Cambridge, 2005, con posterior edición en castellano: España fragmentada. Historia cultural y Guerra Civil española, Comares, Granada, 2010 (citas en el capítulo introductorio de los editores, «Historia, memoria y la Guerra Civil española: perspectivas recientes», pp. 1-27, cita en pp. 11-12).

[44] X. M. Núñez Seixas, ¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939), Marcial Pons, Madrid, 2006 (citas en pp. 23 y 439); P. B. Radcliff, De la movilización a la Guerra Civil. Historia política y social de Gijón (1900-1937), Debate, Barcelona, 2004 (1996); Ch. Ealham, La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937, Alianza, Madrid, 2005.

[45] I. Blasco, Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939), Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2003 (p. 26). Entre los otros trabajos de esos años, véanse M. Nash, Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil, Taurus, Madrid, 1999, y N. Aresti, Donjuanes y Mujeres Modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX, Universidad del País Vasco, Zarautz, 2001.

[46] Véanse entre otras P. Preston, La guerra civil española 1936-1939, Debate, Madrid, 2006; S. Juliá, (coord.), República y guerra en España (1931-1939), Espasa, Barcelona, 2006; J. Casanova, República y guerra civil, Crítica-Marcial

Pons, Barcelona, 2007. Con un enfoque esencialmente político está G. Ranzato, El eclipse de la democracia. La guerra civil española y sus orígenes, 1931-1939, Siglo XXI de España, Madrid, 2006 [2004]. Desde enfoques más «sociales», J. Aróstegui, Por qué el 18 de julio… y después, Flor del Viento, Barcelona, 2006, y las obras de H. Graham, que integran la política, los conflictos de clases, la óptica sociocultural y el género: La República Española en guerra (1936-1939), Debate, Barcelona, 2006 [2002]; H. Graham, Breve historia de la guerra civil, Espasa-Calpe, Madrid, 2006 [2005].

[47] C. Gil Andrés, Echarse a la calle, p. 476; La República en la plaza, p. 174; y Lejos del frente, p. 114.

[48] Ch. Ealham y M. Richards, «Historia, memoria y la Guerra Civil», p. 26. El ejemplo anterior en J. Ugarte, La nueva Covadonga insurgente, pp. 42 y 47.

[49] R. Chartier, La historia o la lectura del tiempo, pp. 48-49.

[50] M. Pérez Ledesma, «Presentación», pp. 9-10, y las «condiciones objetivas» como factor insuficiente, ya en su El obrero consciente. Dirigentes, partidos y sindicatos en la II Internacional, Alianza, Madrid, 1987, pp. 268-269; E. Hernández Sandoica, «Introducción», en E. Hernández Sandoica y A. Langa (eds.), Sobre la historia actual. Entre política y cultura, Abada, Madrid, 2005, pp. 5-11 (cita en pp. 9-10); J. Serna y A. Pons, La historia cultural, p. 226.

[51] M. Pérez Ledesma, «La formación de la clase obrera: una creación cultural», en R. Cruz y M. Pérez Ledesma (eds.), Cultura y movilización, pp. 201-233, y en M. Pérez Ledesma, La construcción social de la historia, Alianza, 2014, pp. 133-172.

[52] C. Forcadell, «La historia social, de la “clase” a la “identidad”», en E. Hernández Sandoica y A. Langa (eds.), Sobre la historia actual, pp. 15-35, cita en p. 17. Lo anterior, en M. de Certeau, La escritura de la historia, Universidad Iberoamericana, México, 1993 [1975], p. 81.

[53] E. Moradiellos, «Ni gesta heroica, ni locura trágica: nuevas perspectivas históricas sobre la guerra civil», Ayer 50 (2003), pp. 11-39 (cita en pp. 15 y 25); E. Ucelay-da Cal, «El pueblo contra la clase: populismo legitimador, revoluciones y sustituciones políticas en Cataluña (1936-1939)», Ayer 50 (2003), pp. 143-197 (pp. 143, 145 y 154-155). En el mismo dosier, Julio Aróstegui retomaba argumentos de muy distinto cariz: «Guerra, poder y revolución. La

República española y el impacto de la sublevación», Ayer 50 (2003), pp. 85-113.

[54] M. Seidman, A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil, Alianza, Madrid, 2003 (2002), pp. 16 y 18-19.

[55] G. Eley y K. Nield, El futuro de la clase, pp. 9-10 y el cita en p. 24. Una contextualización de la cuestión, en J. Casanova, La historia social, pp. 119-132.

[56] Ya a mediados de esa última década, al oeste del telón de acero «la palabra socialismo es un tabú» que evitaban pronunciar en sus campañas electorales los partidos socialistas francés o alemán: J. Ziegler, ¡Viva el poder! Crítica de la razón de Estado, Iepala, Madrid, 1987 (1986), p. 33. Entre nosotros, J. Fontana escribía ya en 1982 que había dejado de haber «un proyecto alternativo válido» al capitalismo: Historia, análisis del pasado, pp. 11-12.

[57] G. Eley y K. Nield, El futuro de la clase, pp. 10-11 y passim.

[58] E. Traverso, La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX, FCE, Buenos Aires, 2012 (2011), p. 19, y p. 11 para lo de época bisagra. Se ha usado también F. Jameson, «“End of Art” or “End of History”?», en The Cultural Turn. Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998, Verso, Londres, 1998, pp. 73-92 (cita en p. 91); Z. Bauman, Modernidad líquida, FCE, Madrid, 2002 (2000) (el presente precario y sin confianza en pp. 175-177); y en general, para los cambios ideológicos que han acompañado a las transformaciones del capitalismo, L. Boltanski y È. Chiapello, El nuevo espíritu del capitalismo, Akal, Madrid, 2002.

[59] Sobre ese relato, véase por ejemplo François Godicheau, «Guerra civil, guerra incivil, la pacificación por el nombre», en J. Aróstegui y F. Godicheau (eds.), Guerra civil. Mito y memoria, pp. 137-166, sobre todo pp. 151-161 y, desde otra perspectiva, S. Juliá, Historias de las dos Españas, Taurus, Madrid, 2004, pp. 437-450.

[60] Sobre esas últimas cuestiones, E. González Calleja, (ed.) «La Cultura de Guerra en la España del Siglo XX», Historia Social 61 (2008); J. Rodrigo (ed.), «Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939», Ayer 76 (2009). Cualquier muestra de la literatura sobre tantas cuestiones y que no se haga kilométrica sería injusta e insuficiente, de modo que remito a algunos balances, como E. González Calleja y Á. Ribagorda (eds.), Luces y sombras del 14 de abril. La historiografía sobre la Segunda República española, Biblioteca Nueva, Madrid, 2016 y Á.

Viñas (ed.), «La Guerra Civil», dossier de Studia Historica. Historia Contemporánea 32 (2014) (con 2.a edición como e-book en Marcial Pons, Madrid, 2017). Lo del «chorro» de libros procede del propio Viñas, «Libros sobre la Guerra Civil española: un chorro que no cesa», en ese dosier, pp. 39-56.

[61] Véanse por ejemplo Á. Viñas (ed.), En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo, Pasado & Presente, Barcelona, 2012; F. del Rey (dir.), Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española, Madrid, Tecnos, 2011; AAVV, «Generaciones y memoria de la represión franquista: un balance de los movimientos por la memoria», Hispania Nova. Revista de Historia Contemporánea 7 (2007); S. Juliá, Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX, RBA, Barcelona, 2009; C. Forcadell, I. Peiró y M. Yusta (eds.), El pasado en construcción: Revisiones de la historia y revisionismos históricos en la historiografía contemporánea, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015; J. Izquierdo y P. Sánchez León, La guerra que nos han contado, con nueva edición ampliada en La guerra que nos han contado y la que no. Memoria e historia de 1936 para el siglo XXI, Postmetrópolis, Madrid, 2017.

[62] Las citas proceden, por este orden, de F. del Rey, «Reflexiones sobre la violencia política en la Segunda República», en M. Gutiérrez Sánchez y D. Palacios Cerales (eds.), Conflicto político, democracia y dictadura. Portugal y España en la década de 1930, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2007, pp. 17-97 (citas en pp. 29 y 41-43); D. Palacios Cerales, «Introducción», en D. Palacios Cerales (dir.), Palabras como puños, p. 40; M. Álvarez Tardío y F. del Rey, «Introducción», en M. Álvarez Tardío y F. del Rey (eds.), El laberinto republicano, pp. 11-29 (cita en p. 219); M. Álvarez Tardío, «¿Para cuándo un debate histórico sin prejuicios? A propósito de la reseña de Samuel Pierce sobre El precio de la exclusión. La política durante la Segunda República», Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies 36: 1 (2011), pp. 153-157 (cita en p. 154).

[63] G. Gortázar (ed.), Bajo el dios Augusto. El oficio de historiador ante los guardianes parciales de la historia, Unión Editoria, Madrid, 2017, citas en la «Presentación» y «Reyes y batallas: el retorno de la historia política», ambos del editor (pp. 13, 15-16 y 19) y en J. M. Cuenca Toribio, «La dorada pátina de la historiografía marxista», pp. 81-82 y 104.

[64] P. C. González Cuevas, «Los guardianes de la historia, presencia,

persistencia y retorno», en ibid., pp. 143-232 (cita en pp. 149 y 189) y, del mismo autor, «Historia de las derechas en la historiografía de izquierdas», Memoria y Civilización 13 (2010), p. 90 y «De la irrelevancia del fascismo en España», en M. Álvarez Tardio y F. Del Rey (eds.), El laberinto, pp. 419-443 (cita en pp. 428-429). Entre sus historiadores «paleomarxistas» estarían Preston, Casanova, Saz o Reig Tapia.

[65] Entre los estudios del último decenio sobre la cuestión agraria y su conflictividad, véanse S. Riesco, La lucha por la tierra. Reformismo agrario y cuestión yuntera en la provincia de Cáceres, 1907-1940, Biblioteca Nueva, 2006; F. Espinosa, La primavera del Frente Popular. Los campesinos de Badajoz y el origen de la Guerra Civil (marzo-julio de 1936), Crítica, Barcelona, 2007. Un balance, en R. Robledo, «El fin de la cuestión agraria en España (1931-1939)», en R. Garrabou et al., Sombras del progreso: las huellas de la historia agraria, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 117-150 (citas y defensa de las virtudes de la reforma agraria, en p. 149).

[66] Un amplio balance, en E. González Calleja, F. Cobo Romero, A. Martínez Rus y F. Sánchez, La Segunda República Española, Barcelona, Pasado & Presente, 2015, pp. 637-975 y 1111-1149. En ese libro se apuesta por ir más allá de la esfera institucional y atender a las «condiciones políticas, económicas o sociales» de los problemas (por ejemplo, pp. 27 y 1170).

[67] Véase, entre otros muchos, S. Juliá (coord.), Víctimas de la guerra civil, Temas de Hoy, Madrid, 1999; P. Preston, El holocausto español. Algunos balances de la última década, en J. Rodrigo, Hasta la raíz. La violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista, Alianza, Madrid, 2008; F. Espinosa (ed.), Violencia roja y azul. España, 1936-1950, Crítica, Barcelona, 2010. La violencia revolucionaria se ve como defensa natural del pueblo trabajador contra el enemigo burgués en X. Díez, Venjança de classe. Causes profundes de la violencia revolucionària a Catalunya el 1936, Virus, Barcelona, 2010; A. Guillamón, La revolución de los comités. Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria. De julio a diciembre de 1936, Aldarull, Barcelona, 2012.

[68] El caso catalán está estudiado en J. A. Pozo, Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936, Espuela de Plata, Sevilla, 2012; J. A. Pozo, La Catalunya antifeixista. El govern Tarradellas enfront de la crisi política i el conflicte social. Setembre de 1936-abril de 1937, Dau, Barcelona, 2012.

[69] Á. Viñas, La conspiración del General Franco, y otras revelaciones acerca de una guerra civil desfigurada, Crítica, Barcelona, 2011, pp. 129-246; P. Anderson, «The Chetwode Commission and British Diplomatic Responses to Violence behind the Lines in the Spanish Civil War», European History Quarterly 42, 2 (2012), pp. 235-260. Lo anterior, en F. Cobo Romero y T. Ortega, Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1936-1950, Universidad de Granada, Granada, 2005, pp. 37-38.

[70] M. Thomas, La fe y la furia; R. Trullén, España trastornada. La identidad y el discurso contrarrevolucionario durante la Segunda República y la Guerra Civil, Akal, Madrid, 2016; P. Gómez Nogales, «Bajo el yugo de los bárbaros: el discurso contrarrevolucionario durante la Guerra Civil española», Tesis Doctoral, Universidad de Zaragoza, 2016; E. Langarita, «El revés atroz de la medalla. Complicidades, apoyos sociales y construcción de la dictadura franquista en el Aragón de posguerra (1939-1945)», Tesis Doctoral, Universidad de Zaragoza, 2016. Lo de marxismo de garrafón, en X. M. Núñez Seixas, «La historia social ante el dominio de la historia cultural: Algunas reflexiones», Historia Social 60 (2008), pp. 177-184 (cita en p. 183).

[71] G. Eley y K. Nield, El futuro de la clase; G. Eley, Una línea torcida. de la historia cultural a la historia de la sociedad, Universitat de València, Valencia, 2008, pp. 293-297. Lo de la determinación no absoluta de la economía era tratado por ejemplo en castellano en J. Carabaña y A. de Francisco (comps.), «Teorías contemporáneas de las clases sociales», Zona Abierta 59-60 (1992), en especial las participaciones de Val Burris (pp. 127-156) y Erik O. Wright (pp. 17-126). La cita sobre los fantasmas, en X. M. Núñez Seixas, «La historia social», p. 183.

[72] J. Izquierdo y P. Sánchez León, La guerra que nos han contado, pp. 87 y ss. (cita en p. 89) e J. Izquierdo y P. Sánchez León, «Introducción. Conocimiento, poder e identidad en los historiadores sociales españoles», en Clásicos de historia social de España. Una selección crítica, Fundación Instituto de Historia Social, Alzira, 2000, pp. 7-53 (cita en pp. 18-27).

VIII. EL ENFOQUE MARXISTA Y LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE LA ÉPOCA FRANQUISTA

Julián Sanz Hoya[1] (Fundación de Investigaciones Marxistas)

Universitat de València

En los últimos tiempos se ha convertido en un mantra entre cierta historiografía –muchas veces presentada como renovadora y, en ocasiones, como «apolítica» o «neutra» frente a otra ideológicamente «contaminada»– el incluir críticas a un «viejo» paradigma historiográfico marxista, de cartón piedra, estrictamente economicista y estructuralista, que –se asegura– habría sido dominante en nuestro país en los años setenta y ochenta. Como veremos luego, existieron algunos estudios que bien cabe incluir en tal caracterización, pero la misma resulta una falsedad y una burda caricatura en su pretensión de describir el conjunto de la influencia del materialismo histórico en España, que por otro lado estuvo lejos de ser tan dominante como se pretende.

A lo largo de las páginas siguientes se tratará precisamente de ofrecer una breve panorámica general, sin duda incompleta, sobre el influjo del marxismo en la historiografía dedicada a la dictadura franquista y a la España de aquella larga noche. Tras un breve apunte sobre algunas visiones elaboradas por la izquierda marxista contemporánea a la dictadura, se plantea un acercamiento general, desde una perspectiva cronológica, a lo que ha sido la influencia del materialismo histórico en las visiones y en los estudios sobre la época franquista hasta los años ochenta y noventa del siglo XX. A continuación, se presentan unas notas reflexivas en torno a la situación actual de la historiografía sobre ese periodo, los debates de mayor interés y las líneas de investigación prometedoras, líneas que, en unos casos, tratan de superar lo que consideran limitaciones de la visión marxista más o menos tradicional y, en otros, profundizan en la tradición del materialismo histórico, al tiempo que incorporan también otras tradiciones y aportaciones imprescindibles.

El resultado está lejos de ofrecer un estado de la cuestión sistemático, que

precisaría de una amplitud y tiempo mayores, y parte de algunas limitaciones o problemas. El primero es, obviamente, el sesgo de mis propios intereses como investigador y lector sobre el periodo, que me permiten conocer mejor los aspectos de la historia de la propia dictadura y de sus bases sociales, seguir con cierta atención los aspectos relacionados con la historia social y del movimiento obrero, pero en cambio supone un mayor desconocimiento de aspectos como la historia económica –que se denota en la limitada atención que recibe este tema en las páginas siguientes–. Otro problema es la ausencia de una escuela marxista claramente configurada y reconocible en la historiografía dedicada a la dictadura franquista, a diferencia de lo que ocurre por ejemplo en los estudios sobre el siglo XIX y la revolución burguesa en España. Más allá de la cuestión de la naturaleza del franquismo, no ha habido un gran debate en el que se presentase un paradigma marxista –como ahora se diría, un relato marxista–, aunque sí han existido trabajos guiados por el materialismo histórico o cercanos a sus preocupaciones, que han otorgado un peso relevante al análisis de los factores de clase. Por último, nos afecta un problema recurrente a la hora de estudiar la época franquista y es que los años vividos bajo la dictadura se han convertido per se en un periodo histórico, hablándose de la economía del franquismo, la sociedad bajo el franquismo o la cultura en el franquismo. Algo que implica subordinar lógicas y procesos muy diversos, no siempre paralelos, a la cronología de un determinado sistema político, delimitando un periodo completo de la historia española en función de un factor que en términos clásicos llamaríamos superestructural. Debo advertir que no planteo cronologías alternativas ni tengo una solución clara a este problema, aparte de reclamar para cada esfera de la vida social que analicemos la atención a sus procesos y cronologías específicos. Y, por otro lado, constatar que en este caso esa «superestructura» constituyó un elemento de gran peso en su capacidad de condicionar la evolución del conjunto de la vida social de aquel periodo[2].

PRECEDENTES: LA IZQUIERDA MARXISTA CONTEMPORÁNEA A LA DICTADURA

Entrando en la cuestión de la evolución del análisis marxista sobre la época, antes del desarrollo de las primeras obras de historia existieron visiones desarrolladas por los coetáneos y en concreto por los partidos de la izquierda

obrera, sobre todo con respecto al sentido de la contrarrevolución desarrollada por las derechas españolas a través de la guerra y de la dictadura.

Incluso ya antes de la guerra, en febrero de 1936, decía Araquistáin –el más destacado intelectual marxista del ala izquierda del Partido Socialista Obrero Español– que las derechas pretendían «acabar con el contenido social y laico de la República y, a la postre, con la República misma, con la autonomía de Cataluña y con las organizaciones obreras de inspiración marxista. Pero esto es el fascismo sin disfraz, adaptado a las realidades españolas. […] Un fascismo apoyado especialmente en la propiedad territorial, en la Iglesia católica y en el Ejército; más parecido al de Austria y Portugal que al de Italia y Alemania»[3].

Lo que vino después, para los socialistas o los comunistas, fue evidentemente una forma de fascismo, una contrarrevolución de clase, violenta, dictatorial, antiobrera, que en el caso concreto de España pretendía salvaguardar y reponer los privilegios de una reducida oligarquía, en la que se destacaba sobre todo el peso de la burguesía agraria, de los grandes terratenientes. Se trata de una visión que se convirtió en canónica y que enlazaba bien con dos de los presupuestos asentados en la izquierda de la época. De un lado, la idea de origen regeneracionista del atraso español, de la falta de una auténtica revolución burguesa, que iba de la mano de una situación casi feudal en la sociedad rural, con una burguesía débil, premoderna, dependiente de los valores tradicionales, de la Iglesia y del Ejército[4]. Y, paralelamente, la concepción del fascismo esencialmente como una contrarrevolución antidemocrática y antiobrera al servicio de la burguesía, donde lo mismo se englobaban Dollfuss que Hitler, o Salazar que Mussolini. Esta manera de entender el franquismo tuvo mucho peso internacional, pues la guerra de España fue vista por los sectores progresistas de todo el mundo como la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial, el primer episodio de la conflagración contra el fascismo, y en la declaración de condena de 1946 la Organización de las Naciones Unidas calificó rotundamente al régimen de Franco como fascista[5].

En el caso del Partido Comunista se mantuvo desde entonces con fuerte peso esta interpretación de la dictadura. Así, con una definición estrictamente dimitroviana, Dolores Ibárruri señalaba al fascismo español como «el poder del capitalismo financiero, la dictadura terrorista sangrienta de los grupos más reaccionarios de la burguesía y de los terratenientes». A lo largo de las décadas siguientes los análisis de Nuestra Bandera y los documentos de los congresos del partido subrayaron el peso de una arcaica «casta terrateniente» en una España

rural «semifeudal», al lado del creciente dominio del capital financiero y monopolista, ligados a través de la «fusión de la aristocracia terrateniente absentista y del capital monopolista». Esta visión canónica se reflejó asimismo en la Historia del Partido Comunista de España, elaborada por una comisión del Comité Central, que partía de considerar como «promotora y dirigente de la sublevación fascista» a «la oligarquía financiera terrateniente», en la cual se fundían «la aristocracia terrateniente y el capital monopolista, si bien la preponderancia de este crecía de continuo»[6]. De esta manera el franquismo:

Era el poder del capital financiero y de la aristocracia terrateniente, la dictadura terrorista y sangrienta de los grupos más reaccionarios de la gran burguesía y de los latifundistas, que para ejercer su dominación se apoyaban en el Ejército, la Iglesia y en la Falange, fuerza política esta última predominante en el llamado «Movimiento Nacional», donde se fundían, en abigarrada amalgama, todos los sectores de la reacción española. Utilizando el aparato estatal como un instrumento a su servicio, la oligarquía se sirvió de los fondos del tesoro público para sus negocios y desarrolló en grandes proporciones el capitalismo monopolista de Estado[7].

Los análisis insistían siempre en esta conjunción de una «casta», «oligarquía» o «aristocracia terrateniente», en ocasiones «oligarquía terrateniente-financiera», y del capital monopolista en creciente desarrollo, muy vinculado al Estado y también al capital internacional, a través de la penetración del capital estadounidense en España. Asimismo, el dominio de estos intereses implicaba la escasa modernización de la economía española en términos de desarrollo capitalista, por los vestigios feudales en el campo, por el escaso desarrollo industrial y por la debilidad del mercado interno debido a los pobres salarios de la mayoría de la población. Sintetizando los análisis del V Congreso, de 1954, se señalaba que «como consecuencia de la dominación del fascismo, al mismo tiempo que se conservaba la gran propiedad latifundista y otras supervivencias semifeudales se había desarrollado extraordinariamente el capital monopolista, en particular el capitalismo monopolista de Estado, que, en connivencia con la aristocracia latifundista, expoliaba rapazmente a la inmensa mayoría de la población», de donde se extraía «el doble carácter antifeudal y antimonopolista» que había de tener «la revolución democrática española»[8].

Los informes de la dirección del Partido Comunista de España incidían siempre no solo en la dura explotación de la gran mayoría de la población, con la clase obrera y el campesinado sometidos a duras condiciones de vida y trabajo, sino también en los perjuicios de la política franquista para la clase media y para sectores de la burguesía no monopolista. Derivado de ello –y de un evidente voluntarismo– se aludía reiteradamente a una situación de crisis económica cercana al colapso, al progresivo debilitamiento del régimen y a la pérdida de parte de sus apoyos sociales. Todavía en los años sesenta se subrayaba el carácter atrasado de la forma del capitalismo en España, aunque en el marco político comenzaban a eliminarse «las formas fascistas de la dictadura del capital monopolista gracias a las acciones de masas de los trabajadores». Partiendo de esta premisa se señalaba la necesidad de superar el lastre para la modernización económica y social que implicaba la fuerza del latifundismo y, por tanto, la necesidad de una revolución antifeudal y antimonopolista, un tipo de revolución democrático-burguesa como la que se veía en la Segunda República. Este planteamiento fue uno de los aspectos criticado por Claudín en su polémica con la dirección y, como ha señalado González de Andrés, no se comprende sin relacionarlo con la estrategia del Partido Comunista de España orientada a una política amplia de alianzas. Ciertamente, tal análisis del partido era errado, pues minusvaloraba la modernización del capitalismo español y el peso de los apoyos de la dictadura, y dio pie a un optimismo excesivo que condujo a apuestas fallidas como la huelga general política. Pero también ayudó a mantener la moral de lucha entre la militancia y llevó a la formulación de la política de reconciliación nacional, fundamental para el fortalecimiento del Partido Comunista de España y para el desarrollo de la lucha antifranquista en la segunda mitad de la dictadura[9].

Desde el punto de vista propiamente historiográfico, cualquier tipo de análisis independiente tuvo que surgir del exterior, del exilio o de los hispanistas, y en el caso del estudio de la dictadura hubo que esperar bastante, pues vinieron primero obras sobre la Segunda República o la Guerra Civil. Es necesario citar como pionero a Antonio Ramos Oliveira, realmente el primer historiador marxista español, cuya Historia de España publicada en 1952 acaba con el estudio de la Guerra Civil. Al año siguiente se publicó en París otra historia de España en clave netamente marxista, la Histoire contemporaine d'Espagne de Francisco González Bruguera, que abarcaba hasta 1950, aunque resultó bastante desconocida en España.

En todo caso, una mayor profundización en los análisis sobre la época del

Partido Socialista Obrero Español, del Partido Comunista de España, de otras fuerzas marxistas o de la publicística del exilio quedaría fuera de los objetivos y posibilidades de este texto, aunque sería fundamental para el estudio de las fuerzas del antifranquismo y hayamos querido recoger algunas ideas dominantes, pues en parte tendrán una cierta continuidad con las concepciones del entorno historiográfico marxista en las décadas siguientes.

LOS ESTUDIOS DE LOS AÑOS SETENTA Y OCHENTA. TUÑÓN Y LOS DEBATES SOBRE LA DICTADURA FRANQUISTA

Fue necesario esperar a los años setenta para el desarrollo de una historiografía de mayor o menor impronta marxista dedicada a la época franquista. Como para otros periodos, tuvo una especial relevancia el núcleo formado en torno a Manuel Tuñón de Lara en la Universidad de Pau. Así, en el VII Coloquio de Pau, en 1977, Tuñón presentó «Algunas propuestas para el análisis del franquismo» y tres años después publicó junto a Biescas España bajo la dictadura franquista. El marxismo con entronques annalistas de Tuñón, influido por Pierre Villar, incorporó también las concepciones gramscianas sobre la «hegemonía» como elemento interpretativo importante[10].

Aunque la citada España bajo la dictadura franquista es una obra de la que el propio Tuñón reconocía sus carencias, debe señalarse la importancia que tuvo, tanto por su difusión como por ser una de las primeras historias del periodo realizada desde posiciones progresistas. Sus presupuestos materialistas se ponían de manifiesto en su estructura, con un amplio primer bloque de carácter económico, una segunda parte de historia política y una tercera de cultura e ideología. En su análisis de la evolución económica, Biescas subrayaba la vinculación del bando vencedor a los intereses económicos de las «oligarquías tradicionales» y la influencia ideológica del fascismo, que tuvieron como resultantes el empeoramiento en el reparto de la renta en detrimento de amplias capas de la población y la opción por la política autárquica, que resultaría finalmente fracasada. Estudiaba asimismo el cambio liberalizador a partir de 1959, sin olvidar ni sus consecuencias sociales ni el carácter favorable a las grandes empresas privadas que revistió el nuevo intervencionismo vinculado a los planes de desarrollo. Subrayaba asimismo el carácter hegemónico dentro de

la economía española del capital financiero, surgido de la conjunción del capital bancario y el industrial, y los relevantes vínculos entre el poder político y los consejos de administración de la banca privada.

Por su parte, el análisis de Tuñón de Lara se centraba sobre todo en la evolución política, toda vez que la atención a los aspectos culturales e ideológicos era menor y demasiado dependiente de la parte política, constatando la menor atención que dedicó a la cultura de la derecha y a sus complejidades. La interpretación sobre el significado de la dictadura aparecía muy claramente en la nota preliminar:

El resultado de la guerra había logrado solucionar, por la violencia, la crisis estructural española que databa, por lo menos, de 1917. Pero el bloque dominante, que había reconquistado los aparatos de Poder y la hegemonía, había concebido su estrategia desde los años 1934-1936, como la de un simple restablecimiento de la situación anterior a la crisis en la que, dentro del bloque de poder, la función hegemónica correspondía a la burguesía agraria –con evidentes imbricaciones en la financiera y de negocios– en un país protoindustrial, en que se mantenía la preponderancia agraria. Por eso, el modelo franquista […] es el de un fascismo rural, sin grandes preocupaciones de rentabilidad por unidad de producción (y por consiguiente, de inversión) sino de fuerza de trabajo barata y mercado reducido […] Este es, al menos, el modelo que va a funcionar durante los diez o doce primeros años del franquismo[11].

Esta es la interpretación que Tuñón de Lara sostendría siempre sobre el franquismo. Una visión que, en líneas generales, conectaba con la tradición de la izquierda marxista de las décadas previas, con la idea del atraso español vinculada al fracaso de la revolución burguesa, así como con la lectura del franquismo en tanto que una reacción en la que reconquistaba su dominio el tradicional bloque de poder oligárquico de fuerte base agraria y, por tanto, como una restauración que suponía una reocupación del poder por el bloque hegemónico «como sesenta o setenta años antes». Es verdad que para Tuñón no todo resultaba exactamente igual, porque señalaba que se había producido una síntesis nueva, donde continuaba el dominio en la cúspide de la «oligarquía terrateniente y financiera», que integraba subordinadamente «una vasta

burguesía industrial», a propietarios medios del campo, a «grandes capas de la pequeña burguesía», al funcionariado, a los militares y al clero. Además, se mantenía la visión del fascismo sustancialmente como un proyecto contrarrevolucionario y violento, un totalitarismo de derechas que servía para asegurar los intereses de las clases dominantes. Consideraba plenamente fascista al franquismo en su primera etapa, aunque un fascismo sin masas, sin un partido único que conquistara el poder o la hegemonía y con la imposición de una «corriente arcaizante», «reaccionaria», «nacionalcatólica», heredera de Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella y Maeztu. Añadía que posteriormente el régimen había ido pasando del «fascismo integral» a un «autoritarismo de derechas» o un «régimen tecno-autoritario», al tiempo que la hegemonía dentro del bloque de poder se había transferido de la gran burguesía agraria a la burguesía de los negocios.

Precisamente en el coloquio de Pau de 1977 Tuñón de Lara había planteado ya el debate sobre la naturaleza del franquismo, que constituye uno de los principales debates sobre la cuestión y que, de una u otra manera, se ha prolongado hasta nuestros días, apareciendo una y otra vez[12]. En relación con la discusión, me limitaré a nombrar algunas publicaciones de los años 1977-1978, en las que se dejaba sentir de forma muy diversa la influencia marxista en aquella época pujante. Un marxismo, el de los setenta y primeros ochenta, en el que se perciben sobre todo influencias de Gramsci, de Althusser y de Poulantzas, con resultados muy dispares y, en algunos casos, con un claro dominio de la teoría sobre la investigación[13].

Así, existe una variante dentro del marxismo estructuralista del momento que ayuda a explicar cierta mala fama posterior. Trabajos atravesados por una pesada jerga althusseriana, con largas explicaciones teóricas llenas de acrónimos, una metodología donde prima la teoría y la escasa base empírica parece ser encajada de forma más o menos forzada en esa teoría, en donde los conflictos políticos e ideológicos se resuelven muchas veces aludiendo a que son reflejo de los diferentes intereses de fracciones de la burguesía o de «contradicciones en el interior de la clase dominante», sin mayor explicación. Un ejemplo es el libro de Sergio Vilar La naturaleza del franquismo, muy influido tanto por las ideas sobre el fracaso de la revolución burguesa y las pervivencias feudales en la España de los años treinta y cuarenta, como por las tesis que vinculaban el fascismo al atraso y a la falta de una auténtica revolución burguesa en Italia y Alemania, de manera que los regímenes fascistas –como el franquista– eran «producto del injerto de los residuos feudales a las formas bárbaras PI [político-ideológicas]

del sistema imperialista». En la obra de Vilar el fascismo iba unido y completamente indiferenciado con el clericalismo, el integrismo, la tecnocracia y el feudalismo, en un país donde la burguesía era «una clase inerte», por estar subordinada a la aristocracia, y la dictadura cumplía un papel de «reproducción neofeudal-fascista»[14].

El debate sobre la naturaleza del franquismo de aquellos años estuvo fundado en buena medida en el impacto de las tesis de Linz sobre la dictadura española como ejemplo de «régimen autoritario», ni totalitario ni fascista, que originó una serie de respuestas, como la de Tuñón en Pau o las recogidas en el número que Papers dedicó a la cuestión en 1978. Los críticos señalaron el formalismo de la caracterización de Linz y su olvido de aspectos como la feroz represión en que se fundó, la dimensión social y el componente de la clase de la dictadura, al tiempo que se lanzaron a proponer definiciones alternativas, con una importante presencia de los planteamientos procedentes de Marx o Gramsci. Así, unos planteaban situarlo entre el bonapartismo y el fascismo, como una suerte de «fascismo frailuno» (Oltra y De Miguel), otra propuesta lo señalaba como un régimen despótico moderno fundado sobre una «coalición reaccionaria» (Giner, Sevilla Guzmán y Pérez Yruela) y los autores más próximos a la ortodoxia marxista lo definían como una dictadura fascista impuesta para asegurar los intereses de las clases dominantes (Tuñón de Lara o Tezanos). En todo caso, se trató de una discusión con altas dosis de nominalismo y escasa base empírica, centrada en torno a la definición de la dictadura, pero que ha tenido una larga influencia al reproducirse el debate en los años ochenta y noventa, ya con mayor investigación de por medio[15].

El centro del debate fue, por tanto, la revista de sociología Papers, lo que nos lleva a recordar la importancia en el contexto de aquellos años de toda una serie de revistas de ciencias sociales, historia, actualidad o cultura crítica. Los planteamientos del materialismo histórico también tuvieron –y, en algún caso, mantienen– una notable presencia a través de publicaciones como El Viejo Topo, Recerques, L’Avenç, Debats, Andalán, Materiales, El Cárabo, Leviatán, Sistema, Zona Abierta, Tiempo de Historia, Mientras Tanto, Nuestra Bandera, Cuadernos de Ruedo Ibérico o Teoría y Práctica, aunque –como señala Pedro Ribas– muchas de ellas desaparecieron o cambiaron de orientación en los años ochenta[16].

Ya en el terreno de las monografías de investigación, con frecuencia resultado de tesis doctorales procedentes de la ciencia política o de la historia, en los años

siguientes aparecieron nuevos trabajos influidos por las coordenadas del materialismo histórico. En 1978 se publicó el estudio de Viver sobre El personal político de Franco en sus primeros años, que comprobó que se trataba de una personal renovado, joven, de clase media o media-alta, procedente del partido único, el Ejército y los sectores católicos. Pero –concluía– ello no suponía una ruptura con los equilibrios sociales de poder, pues esta nueva clase de políticos profesionales tenía un carácter «comisarial o de delegación respecto de las clases dominantes», con las cuales se fue fusionando. Por lo que se refiere específicamente al falangismo, destacaron los estudios de Jiménez Campo sobre el periodo republicano y de Chueca sobre Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista en la etapa inicial de la dictadura. Ambos analizaban la ideología y la función sociopolítica desempeñada por el falangismo desde el punto de vista de los intereses de clase, en tanto que funcional para la defensa y la legitimación del modo de producción capitalista en un contexto de crisis de hegemonía. Se trataba de un enfoque que permitía desvelar la función desempeñada por el falangismo para el sostenimiento del orden capitalista, si bien puede señalarse como limitación que el ideario nacionalsindicalista apareciese como un mero instrumento, sin preocupación por sus raíces culturales o por la significación que adquirió para sus defensores. El análisis de Chueca se detenía también en las funciones desempeñadas por Falange, destacando su conversión en «grupo político subordinado», dada la fuerza del factor nacionalcatólico y sus fracasos en los intentos de penetración social. En fin, también podrían apuntarse otros trabajos, como la investigación pionera en historia local de Encarna Nicolás[17].

Recapitulando un poco, es necesario advertir un matiz importante sobre la forma en que ejercieron su influencia destacados historiadores de la tradición marxista como Tuñón de Lara, Josep Fontana o Juan José Carreras. Como se ha señalado muchas veces, Tuñón no creó una escuela marxista, pero sí ejerció una gran influencia en la historiografía española y, en el caso concreto de la forma de entender la dictadura, muchos de sus planteamientos han tenido peso hasta la actualidad. Por su parte, Fontana o Carreras, aunque apenas se dedicaron específicamente al estudio de la época franquista, sí fueron notables impulsores de las investigaciones sobre el periodo. Muchos autores y autoras posteriores recogieron los planteamientos expuestos por Fontana en la introducción del libro colectivo España bajo el franquismo (1986), además de quienes fueron discípulos suyos en la Universitat Autònoma de Barcelona (un destacado centro de investigaciones sobre el tema) o publicaron en Crítica. Y en el caso de Carreras, su magisterio tuvo sin duda mucho que ver en el peso alcanzado por

los estudios sobre el franquismo en la Universidad de Zaragoza, donde se configuró una escuela bastante cercana a la interpretación marxista sobre la dictadura[18].

El citado libro España bajo el franquismo fue resultado del congreso que se había celebrado en Valencia en 1986, organizado por el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València (con los años, otro destacado núcleo de investigación sobre franquismo, bajo el impulso de Ismael Saz), la Fundación de Investigaciones Marxistas y la Fundación Pablo Iglesias. Me parece relevante citarlo porque es un buen ejemplo de cómo la investigación sobre el periodo franquista ha estado especialmente impulsada desde ámbitos de izquierda y a cargo de investigadores que en su mayoría estaban o habían estado cercanos a la misma. Asimismo, desde el primer encuentro celebrado en Barcelona en 1992, ha sido fundamental como punto de debate y difusión de las nuevas investigaciones la serie de encuentros de investigadores del franquismo que viene organizando regularmente la Red de Archivos Históricos de Comisiones Obreras en colaboración con diversas universidades. Esta cercanía a los entornos de izquierda no se tradujo en una pujanza del materialismo histórico, dado el reflujo general que experimentó el marxismo en la historiografía desde la segunda mitad de los años ochenta, pero sí favoreció el desarrollo de una serie de temáticas, de preocupaciones y de líneas interpretativas, destacando el estudio de la represión franquista, de la clase obrera y de la lucha antifranquista, de las condiciones de vida, de la situación de la mujer, así como de la función social de la dictadura.

En todo caso, la influencia de los planteamientos antes citados de Tuñón de Lara y de las concepciones de la tradición marxista sobre el fascismo ha resultado evidente en toda una línea de interpretación que ha estudiado los orígenes violentos y contrarrevolucionarios de la dictadura. Contraponiéndose a los partidarios de Linz, ha definido aquel régimen como una «dictadura fascista», por encontrar su origen en un proceso contrarrevolucionario al servicio de las «viejas elites» que acabó violentamente con la democracia y con el movimiento obrero para asegurar el mantenimiento del «orden social tradicional», desempeñando por tanto una función histórica similar a la del fascismo italiano o el nazismo alemán. Una orientación que, con diversos matices, han defendido destacados historiadores como Casanova o Cenarro, y que conecta con las visiones comparadas del fascismo desarrolladas desde Italia por Collotti o Casali[19].

Menor peso tuvieron, sin embargo, los estudios de historia social o sociología histórica. Desde la segunda mitad de los años setenta fueron apareciendo una serie de obras centradas en la trayectoria del movimiento obrero y la oposición antifranquista, conviviendo trabajos más académicos y otros testimoniales con un fuerte componente militante. En todo caso, existieron aportaciones relevantes sobre las condiciones de vida y trabajo que tuvieron que soportar los trabajadores bajo la dictadura (Molinero e Ysàs), la sociología política del campesinado (Sevilla Guzmán) o algunas huelgas concretas[20]. Los análisis de clase influyeron asimismo en las investigaciones sobre la represión franquista o sobre la guerrilla, que comenzaron a llevarse a cabo en los años ochenta (Moreno, Altafaylla Kultur Taldea). Y no pueden dejar de recordarse las primeras aportaciones dedicadas a la violencia sufrida por las mujeres y a su paso por las cárceles, debidas al coraje y al compromiso de Juana Doña y Tomasa Cuevas[21].

Otro ámbito de análisis con importante presencia del marxismo fue el relacionado con la historia y el presente de la economía española. A lo largo del tardofranquismo y la transición se desarrolló un rico debate sobre las características del capitalismo en nuestro país, que enlazaba con las discusiones propias de las organizaciones y la intelectualidad comunista, pero con mayor profundidad analítica. Durante aquellos años se realizaron importantes aportaciones sobre la evolución de la agricultura, la industria, la formación del capital y los intereses sociales dominantes en la economía y en la política económica de la dictadura. El debate se centró en el grado de modernización de la economía española, aportando conclusiones que implicaban diferentes visiones y estrategias políticas. De un lado quienes señalaban que en España existía un capitalismo desarrollado, de forma que la dictadura había sido compatible con la modernización, en el marco de un capitalismo monopolista como el que dominaba a escala internacional. Del otro quienes veían una economía más atrasada, aún lastrada por elementos semifeudales y por el peso de una oligarquía reaccionaria con fuerte poder político que suponían frenos a la modernización capitalista. Cabe señalar también los progresos en el análisis de la agricultura española, con los trabajos sobre la estabilidad del latifundio andaluz (Martínez Alier), la aportación agraria al proceso de industrialización (Naredo y otros), la evolución general de la agricultura (García Delgado) o la autarquía (Barciela). Igualmente se señalaron las fases en la evolución de la política y del desarrollo económicos españoles, distinguiendo una larga posguerra (1939-1959) basada en políticas autárquicas y en una acumulación de capital basada en la explotación extensiva de la fuerza de trabajo, y una segunda fase, desde 1960, de

apertura al capital extranjero y creciente peso de la innovación en la organización del trabajo y la modernización tecnológica[22].

UN ESQUEMA SOBRE LAS APORTACIONES RECIENTES EN EL ANÁLISIS DE LA DICTADURA, EL ANTIFRANQUISMO Y LA HISTORIA SOCIAL

¿Es posible plantear un estado de la cuestión de la historiografía marxista reciente sobre este periodo? Realmente, resulta difícil, toda vez que no existe propiamente una escuela extensa reconocible como tal, que ha tenido una notable importancia la vuelta a la historia política narrativa de corte tradicional –en realidad, siempre presente– y que están teniendo creciente presencia las tendencias culturalistas. En este sentido, las páginas siguientes se limitan más bien a señalar algunas de las cuestiones más interesantes, a mi juicio, planteadas en la historiografía de las dos últimas décadas. En especial, en tres grandes campos que están bastante activos, bien porque se desarrollen debates relevantes, bien porque se están produciendo aportaciones necesarias, o por ambas cosas: los trabajos sobre las bases políticas, culturales y sociales de la dictadura; los estudios sobre la clase obrera, la lucha de clases y el antifranquismo; así como los trabajos relacionados con la historia desde abajo y las nuevas tendencias de la historia social (sobre actitudes sociales, mujeres, campesinado, migrantes, etc.). Son terrenos que, como veremos, con frecuencia aparecen interconectados, y donde se hacen visibles las influencias procedentes de la historia social y de la historia cultural.

Dentro del estudio sobre la dictadura, debe señalarse el impacto que ha tenido la profunda renovación de los estudios internacionales sobre los fascismos en las últimas décadas, con el rechazo o la pérdida de peso de los grandes paradigmas explicativos, los vinculados a la teoría de la modernización, del totalitarismo y la interpretación marxista. No cabe duda de que la tradición del materialismo histórico ha generado aportaciones imprescindibles, al poner de relieve la relevancia de la función social de los fascismos como salvaguarda del orden socioeconómico frente al empuje del movimiento obrero y a la crisis de legitimidad del periodo de entreguerras. Pero también es cierto que, aparte de que dicha función social puede ser realizada por movimientos y regímenes

diversos, quedaba pendiente explicar mejor los motivos que llevaban a la «primacía de la política» en el nazismo –en términos del malogrado marxista inglés Tim Mason– y a la extensa movilización generada por los movimientos fascistas. Por tanto, se imponía tomarse en serio la cultura y la ideología, los modos de acción política, la capacidad de impulsar movimientos de masas y la generación de apoyos y complicidades sociales, elementos cruciales en el fascismo. La necesidad de abordar estas cuestiones desplazó la agenda de los historiadores en dos direcciones principales: de un lado, hacia el estudio del proyecto fascista en sus vertientes políticas y culturales –con importante peso de planteamientos culturalistas– y, de otro, a los aspectos sociales, a través del estudio de la sociología de los fascismos y de las actitudes políticas bajo los regímenes fascistas a través de la historia de la vida cotidiana (Altagsgeschichte) [23].

La llegada de estos planteamientos a España, por lo general bastante reciente, ha permitido un fuerte desarrollo en los últimos años de los trabajos atentos a la cultura e ideología del falangismo, a las culturas políticas del franquismo (Saz, Box, Ruiz Carnicer, Gallego), o a las políticas de captación de las masas desarrolladas desde los aparatos del partido y del Estado (Molinero, Cenarro) [24]. Ello se ha traducido, además de en importantes debates, en una revalorización de los diversos elementos culturales presentes en la dictadura (que, por otro lado, han pasado a ser considerados más modernos y más homologados al entorno europeo), así como en una reevaluación al alza del influjo cultural y del peso político del falangismo en el seno de la dictadura. En todo caso, hay otros campos importantes en los que está trabajando la historiografía sobre la dictadura: la importancia de la violencia y del impacto de la guerra civil en la génesis del franquismo; las bases sociales, las formas de encuadramiento y de generación de apoyos; los intereses sociales defendidos y afectados por las políticas del régimen; así como las múltiples respuestas y adaptaciones de los individuos a los discursos y políticas oficiales. Pero resulta absolutamente necesario complementar la necesaria atención a los elementos culturales con otros aspectos que están siendo menos estudiados, como concretar el peso de los diferentes intereses de clase en las políticas franquistas, analizar las nuevas redes clientelares forjadas a la sombra del Estado, del partido y del aparato sindical, o analizar las transformaciones experimentadas por los grupos y clases sociales que dieron soporte al franquismo[25].

Por lo que hace a la historia de la clase obrera bajo el franquismo, fue sobre todo ya entrada la década de los noventa cuando despegó la historia de la clase obrera

y del movimiento obrero bajo la dictadura, en forma de una historia social renovada y de gran calidad. El estudio de Balfour sobre el movimiento obrero en la Gran Barcelona, publicado en inglés en 1989, fue en cierta manera el primer exponente de esta ola renovada, a la que siguieron unos años después investigaciones centradas en Madrid, Galicia, Asturias o el conjunto nacional (Ruiz, Babiano, Molinero e Ysàs…)[26]. Esta línea ha demostrado gran vitalidad en el nuevo siglo, en que han ido publicándose una larga serie de trabajos de investigación sobre núcleos industriales de la relevancia de Vizcaya, Asturias, Valencia y Barcelona, sin olvidar la creciente atención a territorios con menor densidad industrial como Andalucía o Castilla-La Mancha[27].

Dentro de su pluralidad, en este conjunto de trabajos es posible indicar una serie de intereses y de elementos comunes especialmente fecundos. En primer término, el interés por analizar las cambiantes condiciones de trabajo y de vida de la clase trabajadora, vinculadas a los cambios en el sistema productivo, al desarrollismo, a las migraciones y al fuerte crecimiento urbano de la época. Segundo, muy vinculado al anterior, el estudio de la emergencia de un nuevo movimiento obrero y de una renovada lucha de clases en el segundo franquismo, calibrando los elementos novedosos, pero también la existencia de redes previas, de una memoria o una «tradición transmitida» de luchas anteriores y de la represión de guerra y posguerra. Partiendo de ello y atendiendo a la relevancia del conflicto como elemento fundamental en la construcción del sujeto obrero, Xavier Domènech ha incidido en el desarrollo de una identidad y una conciencia de clase, de una forma determinada de movimiento obrero, en una lectura de explícita inspiración thompsoniana. Y, en última instancia, esta línea de estudios se enmarca en la construcción de una explicación alternativa a la visión dominante –al menos en las narrativas oficiales y los grandes media– que atribuye el cambio político a las elites económicas y políticas, mostrando en cambio el peso fundamental de la presión desde abajo y de la movilización social para provocar la crisis de hegemonía de la dictadura, conectando con los debates sobre las causas y el desarrollo de la transición. Se trata, por tanto, de un campo de estudio que recoge las influencias de la mejor historia social y les añade riqueza a través de la recepción de otras teorías sobre la acción colectiva, los movimientos sociales, la construcción cultural de la identidad, el conflicto social. Construyendo así una visión que da protagonismo a las luchas obreras desde abajo, a la experiencia obrera, a las huelgas, pero también a las organizaciones a través de las cuales se canalizaba e impulsaba la lucha, en especial las Comisiones Obreras y también el Partido Comunista de España y el Partido Socialista Unificado de Cataluña[28].

En este sentido, también el estudio la lucha antifranquista de los y las comunistas ha experimentado una amplia renovación y relanzamiento. Sin duda, uno de los factores que han impulsado este renovado interés ha sido el esfuerzo de la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas, en especial con la organización de los congresos de historia del Partido Comunista de España en 2004 y 2007, que han permitido el establecimiento de foros de contacto, debate y difusión para numerosos investigadores, además de la publicación de dos notables obras colectivas. Pero también hemos presenciado el desarrollo de una panoplia de investigaciones, como en los importantes estudios sobre el comunismo español, catalán (Molinero e Ysàs) y asturiano (Erice), sobre la interacción entre comunistas y movimiento obrero (Treglia) y toda otra serie de aportaciones que han abordado la implicación comunista en la movilización social, el funcionamiento y la evolución del partido, la cultura política, la difícil clandestinidad, la experiencia militante o los medios de difusión clandestinos[29]. Estos trabajos ponen de manifiesto que a partir de los años cincuenta, como ha señalado Carme Molinero, el mayor mérito de los comunistas en la lucha contra la dictadura fue el impulsar una extensa movilización social, que permitió la conquista de reivindicaciones obreras, el desarrollo de movimientos sociales cada vez más amplios y la creación de «espacios de libertad», creando un tejido social antifranquista y extendiendo una cultura democrática y participativa. Militantes del Partido Comunista de España y del Partido Socialista Unificado de Cataluña se involucraron con enorme sacrificio y capacidad de trabajo en diversos frentes de lucha, en el movimiento de mujeres, el estudiantil, el vecinal y, sobre todo, en el movimiento obrero, donde su implicación fue clave en la conformación de las Comisiones Obreras como una potente fuerza que erosionó notablemente a la dictadura. Estas aportaciones enlazan con el citado debate sobre las causas de la transición, al incidir en la función desempeñada por la lucha comunista en el desgaste del régimen y en la difusión de prácticas democráticas[30].

Otra línea de trabajo fundamental es la que viene trabajando desde una perspectiva de género la implicación femenina en el mundo del trabajo, en el movimiento obrero y en el combate a la dictadura. Partiendo de la categoría de género, en la estela de las aportaciones de Joan Scott, han estudiado a mujeres trabajadoras o vinculadas al antifranquismo, que a lo largo de la dictadura fueron desarrollando conciencia de los factores de explotación, opresión y subordinación que sufrían, transgrediendo los límites que les imponían las concepciones patriarcales dominantes y constituyéndose como sujetos activos en la lucha por sus derechos, fuese en el terreno del trabajo, de los derechos de la

mujer o de los derechos políticos y sociales en general. Podemos destacar, de un lado, los estudios más centrados en la contribución de las mujeres a la lucha antifranquista, incluyendo cuestiones como la represión sufrida, la experiencia de las mujeres de los presos, las prácticas de resistencia cotidiana, las mujeres en la guerrilla y en los partidos de oposición, así como el Movimiento Democrático de Mujeres y el movimiento feminista del tardofranquismo y la transición (Romeu, Vinyes, Cabrero, Sánchez, Abad, Nash, etc.)[31]. De otro lado, tenemos una serie de investigaciones dedicadas a la presencia de la mujer en el mundo del trabajo, donde se conecta el estudio de las condiciones laborales en diferentes sectores productivos con la conflictividad laboral femenina y la amplia participación de las mujeres en las luchas del movimiento obrero (Borderías, Díaz, Varo, Marías, o la destacada obra colectiva coordinada por Babiano, Del hogar a la huelga)[32].

Cabe añadir asimismo otra forma de aproximación vinculada al estudio en el marco del espacio urbano, desde los trabajos centrados en las relaciones entre ciudad, tejido industrial movimiento obrero y antifranquismo, hasta las nuevas investigaciones sobre el movimiento vecinal. Esto permite escrutar los lazos y las transversalidades entre diferentes ámbitos de sociabilidad y de lucha antifranquista, así como atender a la relevancia que adquirieron el asociacionismo y las luchas de los barrios como ámbito de socialización democrática, oposición a la dictadura y forja de lazos vecinales[33].

El tercer gran enfoque a destacar es el de la historia desde abajo, que se solapa o superpone con el estudio de la clase obrera y de las capas populares, pero también con aspectos relacionados con el estudio de las políticas de la dictadura y sus bases sociales. Aunque con evidente retraso con respecto a otras historiografías, va cobrando fuerza esta sensibilidad investigadora empeñada en construir una historia desde abajo del periodo franquista, en rescatar la experiencia de las clases subalternas. Ocupándose de temáticas vinculadas a las condiciones de vida, las resistencias y las actitudes cotidianas de las clases populares, a cuestiones como el miedo, el control social, la delación, la relación entre la población y la dictadura, o la situación de inmigrantes y emigrantes. Una línea que recoge influencias de la historia social thompsoniana, la perspectiva de género, la microhistoria, la Alltageschichte y los estudios subalternos[34].

A finales de los noventa destacó en su esfuerzo por incorporar las aportaciones de la historia de la vida cotidiana y por su recurso a las fuentes orales la obra coordinada por Saz y Gómez Roda sobre las formas de vida y la sociedad en la

posguerra valenciana, donde se aunaban análisis sobre la clase trabajadora, los católicos o las fallas, indagando en la complejidad de las actitudes sociales y de las percepciones políticas de diferentes sectores de la población. Este tipo de aproximación, muy atenta a los grises y las ambigüedades en las actitudes sociopolíticas, así como con amplio recurso a la historia oral, está produciendo aportaciones muy interesantes en estudios aplicados tanto a los ámbitos rurales (Font, Cabana), como o a la «gente corriente» o al conjunto de la población. Es importante esta renovada mirada al mundo rural, en el que habitaba buena parte de la población, pero que había quedado injustamente al margen de los estudios sobre el antifranquismo y la formación de ámbitos de socialización democrática; una situación que empieza a superarse con la creciente atención a la conflictividad y al sindicalismo agrarios (Fuentes, Díaz-Geada, Ferrer)[35].

También se están produciendo trabajos muy interesantes sobre las resistencias cotidianas, la lucha por la supervivencia, la historia social de la represión o sobre la marginación, atendiendo a ese mundo que suele quedar en los márgenes de la historia y de la sociedad (Mir, Barranquero y Prieto, Rodríguez Barreira, Agustí). Y por fin se está acometiendo un estudio en profundidad de las migraciones, a las que se vieron forzados millones de españoles y españolas, tanto al exterior, como en el interior, huyendo de la miseria, la represión y la estigmatización (Fernández Asperilla, Marín y otros)[36].

Al presentar El Franquismo desde los márgenes, Rodríguez Barreira ha apuntado un contexto en el cual las muestras de agotamiento del posmodernismo y la situación presente de crisis económica, inseguridad laboral y creciente movilización social, van ligados al «tránsito del giro lingüístico y cultural al giro material» de un conjunto de jóvenes historiadores e historiadoras. En buena medida, sea que atendamos a la explicación de nuestro presente más inmediato, o que nos situemos en el campo del conocimiento del periodo franquista, la necesidad imperiosa de comprender las sociedades humanas en su complejidad para transformarlas en un futuro digno nos exige elaborar explicaciones generales, que deben abordar la complejidad de los diferentes procesos económicos, políticos y culturales, de los diversos sujetos sociales, al tiempo que proponer una explicación global. De ahí que resulte indispensable apostar por la confluencia de aquellas perspectivas y aquellos utillajes teóricos que nos resulten útiles. De la alta política a la historia desde abajo. Del estudio de las estructuras económicas, los condicionantes materiales y los cambios tecnológicos, a la conflictividad social y la recuperación del sujeto. De la historia social, las relaciones de producción y las condiciones de vida, de trabajo o de ocio, a la

historia cultural, las mentalidades, la perspectiva de género y la atención a las identidades. Del análisis de la banca y los grandes intereses económicos, a la historia de la vida cotidiana y de las clases subalternas. En suma, frente a la «historia en migajas», se impone recuperar la aspiración a una historia capaz de plantear miradas globales[37].

[1] La realización de este texto ha sido posible en el marco del proyecto HAR2014-53042-P.

[2] En todo caso, sigo la conocida posición de E. P. Thompson en su crítica a la metáfora base/superestructura como origen de las tendencias reduccionistas, economicistas o simplificadoras en algunos marxistas, posición visible en La formación de la clase obrera en Inglaterra (1963) y expuesta con detalle en «Las peculiaridades de lo inglés», Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, Valencia, Instituto de Historia Social, 2002, pp. 91 y ss. (publicado en inglés en 1965) o Miseria de la filosofía, Barcelona, Crítica, 1981, pp. 118-161. Un balance de la aportación de Thompson, desde la historiografía española, en J. Sanz, J. Babiano y F. Erice (eds.), E. P. Thompson. Marxismo e Historia social, Madrid, Siglo XXI de España, 2016.

[3] P. Preston, Leviatán. Antología, Madrid, Turner, 1976, pp. 295-296 y 303-303, cit. por E. Moradiellos, La España de Franco. Política y sociedad, Madrid, Síntesis, 2000, p. 212.

[4] Esta visión del fracaso de la revolución burguesa en España y de las pervivencias feudales asociadas al latifundismo era generalizada en los sectores progresistas de la época, incluyendo a los socialistas y comunistas, que la habían tomado del regeneracionismo añadiéndole un barniz marxista. Lo han señalado en formas diversas P. Heywood, El marxismo y el fracaso del socialismo organizado en España, 1879-1936, Santander, Universidad de Cantabria, 1990; P. Bigino, El socialismo español y la cuestión agraria 1890-1936, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1986; F. Cobo Moreno, Por la reforma agraria hacia la revolución: el sindicalismo agrario socialista durante la Segunda República y la Guerra Civil, Granada, Universidad de Granada, 2008.

[5] La concepción del fascismo dominante entre los comunistas y muchos socialistas en N. Poulantzas, Fascismo y dictadura: La III Internacional frente al

fascismo, Madrid, Siglo XXI de España, 1979; D. Beetham, Marxists in Face of Fascism, Mánchester, 1983.

[6] D. Ibárruri, «Por la paz, la independencia nacional y la democracia», en Nuestra Bandera 7, 1952, p. 23; D. Ibárruri, M. Azcárate, L. Balaguer, A. Cordón, I. Falcón y J. Sandoval, Historia del Partido Comunista de España, París, Éditions Sociales, 1960, pp. 134-135. Recogen también este tipo de análisis J. Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982), Madrid, FIM, 2004, y E. González de Andrés, La economía franquista y su evolución (1939-1977). Los análisis económicos del Partido Comunista de España, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014. Para la visión comunista de la cuestión agraria véase C. Fuentes Navarro, El Partido Comunista de España y la democratización del mundo rural andaluz. La organización de la protesta jornalera y campesina y la difusión de valores predemocráticos (1956-1983), Tesis doctoral, Universidad de Granada, 2012, pp. 83-121.

[7] D. Ibárruri et al., Historia del Partido Comunista de España, p. 163.

[8] Ibid., p. 190.

[9] El análisis del Partido Comunista de España en los primeros años sesenta y el debate con Claudín, en Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica democrática en el PCE, pp. 87-114 (la cita procede de la «Declaración de junio de 1964 del Comité Ejecutivo del PCE», cit. en ibid., p. 96). González de Andrés considera que al Partido Comunista de España le faltaba un «análisis meticuloso sobre el desarrollo interno del capitalismo español» y que su discurso catastrofista se relacionaba con su política de alianzas y su defensa de una revolución democrático-burguesa, viendo en la dictadura un desarrollo anómalo del capitalismo en vez de un régimen coherente a los intereses de clase de los capitalistas (La economía franquista y su evolución, pp. 304-305 y passim). Para la Política de Reconciliación Nacional véanse Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica…; M.a José Valverde, «La política de reconciliación nacional. Contenidos y planteamientos», Papeles de la FIM 24, 2006, pp. 158-173.

[10] M. Tuñón de Lara, «Algunas propuestas para el análisis del franquismo», en Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del franquismo, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1977, pp. 89-102; J. A. Biescas y M. Tuñón de Lara, España bajo la dictadura franquista (1939-1975), Barcelona, Labor, 1980 (tomo X de la Historia de España dirigida por Manuel

Tuñón de Lara).

[11] J. A. Biescas y M. Tuñón de Lara, España bajo la dictadura franquista, p. 18. Tanto su «escasa o nula atención a la cultura de la derecha», como el reconocimiento de las carencias de esta obra por Tuñón aparecen señalados en J. Aróstegui, «La obra de Tuñón de Lara en la historiografía española (1960-1977)», en J. L. de la Granja, A. Reig Tapia, R. Miralles (eds.), Tuñón de Lara y la historiografía española, Madrid, Siglo XXI de España, 1999, p. 12. Para el tema que nos ocupa véase también, en la misma obra, R. Miralles «Una visión historiográfica: la dictadura franquista según Manuel Tuñón de Lara», pp. 55-68. Sobre su obra e influencia puede consultarse asimismo J. L. de la Granja y A. Reig Tapia (eds.), Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra, Bilbao, UPV, 1993.

[12] M. Tuñón de Lara, «Algunas propuestas para el análisis del franquismo», en Ideología y sociedad en la España contemporánea. Por un análisis del franquismo, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1977, pp. 89-102.

[13] Referencias al influjo de Althusser y Gramsci en el marxismo español del momento en P. Ribas, «El marxismo español desde el final de la guerra civil hasta hoy», Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo, Santa Clara (Cuba), Feijóo, 2002. Más detalladamente, para el revolucionario sardo, F. Fernández Buey, «Notas para el estudio de la difusión de la obra de Antonio Gramsci en España», en Arbor 530, tomo CXXXV, febrero de 1990, pp. 49-90.

[14] S. Vilar La naturaleza del franquismo, Barcelona, Península, 1977. La obra era resultado de la tesis doctoral en Sociología de Vilar, defendida en París-Vincennes ante un tribunal formado por Nicos Poulantzas, Guy Hermet y Pierre Sorlin.

[15] J. J. Linz, «Una teoría del régimen autoritario. El caso de España», en S. Payne (comp.), Política y sociedad en la España del siglo XX, Madrid, Akal, 1978 (orig. en inglés de 1964), pp. 205-263. Este enfoque es expuesto también en «From Falange to Movimiento-Organización: The Spanish Single Party and the Franco Regime, 1936-1968», en S. Huntington y C. Moore (comps.), The Dynamics of Established One Party Systems, Nueva York, Basic Books, 1970, pp. 128-203; y en «Una interpretación de los regímenes autoritarios», Papers 8, 1978, pp. 11-26. Las contestaciones aparecieron en ese mismo número de Papers: J. Martínez Alier, «Notas sobre el franquismo», pp. 27-51; B. Oltra y A.

de Miguel, «Bonapartismo y catolicismo. Una hipótesis sobre los orígenes ideológicos del franquismo», pp. 53-102; y E. Sevilla Guzmán, M. Pérez Yruela y S. Giner, «Despotismo moderno y dominación de clase. Para una sociología del régimen franquista», pp. 103-141; así como en el cit. M. Tuñón de Lara, «Algunas propuestas…»; J. Félix Tezanos, «Notas para una interpretación sociológica del franquismo», en Sistema 23, 1978, pp. 47-99; D. Ruiz, La dictadura franquista, 1939-1975, Oviedo, Naranco, 1978, pp. 11-14. Una recapitulación sobre el debate en J. Sanz Hoya, La construcción de la dictadura franquista en Cantabria. Instituciones, personal político y apoyos sociales (1937-1951), Santander, Universidad de Cantabria/Ayuntamiento de Torrelavega, 2009, pp. 22-34.

[16] P. Ribas, «El marxismo español», op. cit., pp. 140-141.

[17] C. Viver Pi-Sunyer, El personal político de Franco (1936-1945), Barcelona, Vicens Vives, 1978; J. Jiménez Campo, El fascismo en la crisis de la Segunda República española, Madrid, CIS, 1979; R. Chueca, El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS, Madrid, CIS, 1983; M.a E. Nicolás Marín, Instituciones murcianas en el franquismo (1939-1962), Murcia, Ed. Regional, 1982.

[18] J. Fontana, «Introducción: Reflexiones sobre la naturaleza y las consecuencias del franquismo», en J. Fontana (ed.), España bajo el franquismo, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 9-38.

[19] Se trata de una línea con especial peso en los años noventa: J. Casanova, «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en J. Casanova et al., El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón, 1936-1939, Madrid, Siglo XXI de España, 1992, pp. 1-28; Á. Cenarro Lagunas, Cruzados y camisas azules. Los orígenes del franquismo en Aragón, 1936-1945, Zaragoza, Prensas Universitarias, 1997, pp. 16-25; L. Casali, «Introduzione. Il fascismo spagnolo» y E. Collotti, «Cinque forme di fascismo europeo. Austria, Germania, Italia, Spagna, Portogallo», ambos en L. Casali (ed.), Per una definizione della dittadura franquista, Milán, Angeli, 1990, pp. 7-37 y 41-55.

[20] C. Molinero y P. Ysàs, «Patria, Justicia y Pan». Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1938-1971, Barcelona, La Magrana, 1985; E. Sevilla Guzmán, La evolución del campesinado en España. Elementos para una sociología política del campesinado, Barcelona, Península, 1979.

[21] F. Moreno Gómez, Córdoba en la posguerra (la represión y la guerrilla, 1939-1950), Córdoba, Francisco Baena, 1987; Altaffaylla Kultur Taldea, Navarra, 1936. De la esperanza al terror, Pamplona, Altaffaylla Kultur Taldea, 1986; J. Doña, Desde la noche y la niebla. Mujeres en las cárceles franquistas, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978; G. Di Febo, Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976, Barcelona, Icaria, 1979; T. Cuevas, Mujeres en las cárceles franquistas, Madrid, Casa de Campo, 1982; T. Cuevas, Cárcel de mujeres (1939-1945), Barcelona, Siroco, 1985.

[22] Sobre estas cuestiones R. Carballo, A. Temprano González y J. A. Moral Santín, La formación del capitalismo industrial en España (1959-1980), Madrid, Akal, 1980; R. Tamames, La República. La era de Franco, en Historia de España dirigida por M. Artola, vol. VII, Madrid, Alfaguara, 1973; C. Moya, El poder económico en España, Madrid, Tucar, 1975; J. Martínez Alier, La estabilidad del latifundio. Análisis de la interdependencia entre las relaciones de producción y conciencia social en agricultura latifundista de la campiña de Córdoba, París, Ruedo Ibérico, 1968; J. M. Naredo, La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales, Barcelona, Laia, 1971; J. M. Naredo, J. Leguina, J. L. Leal y L. Tarrafeta, La agricultura en el desarrollo capitalista español (1940-1970), Madrid, Siglo XXI de España, 1975; J. L. García Delgado (ed.), La cuestión agraria en la España contemporánea, Madrid, Edicusa, 1976; C. Barciela, La agricultura cerealista en la España contemporánea. El mercado triguero y el Servicio Nacional del Trigo, 1937-1951, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1981; R. Garrabou, C. Barciela y J. I. Jiménez (eds.), Historia agraria de la España contemporánea. El final de la agricultura tradicional (1900-1960), Barcelona, Crítica, 1985.

[23] Para la renovación de los estudios sobre el fascismo internacional –y nacional– véase J. Sanz Hoya, «Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español», en M. Á. Ruiz Carnicer (ed.), Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975), Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2013, pp. 25-60; para la crisis de los grandes paradigmas, I. Saz Campos «Repensar el fascismo», en su obra Fascismo y franquismo, Valencia, PUV, 2004, pp. 91-122. El principal exponente del enfoque culturalista, muy influido por Mosse y Gentile, es R. Griffin, The Nature of Fascism, Londres, Routledge, 1993, R. Griffin, International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus, Londres, Arnold, 1998. Para la historia de la vida cotidiana, A. Lüdtke, «De los héroes de

la resistencia a los coautores. "Alltagsgeschichte" en Alemania», Ayer 19, 1995, pp. 49-69. En el campo del marxismo, además de los lúcidos trabajos de T. Mason, La politica sociale del Terzo Reich, Roma-Bari, Laterza, 1980, y Nazism, Fascism, and the Working Class, ed. de J. Caplan, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, conviene señalar el reciente volumen de D. Woodley, Fascism and Political Theory. Critical Perspectives on Fascist Ideology, Londres, Routledge, 2010, así como el debate entre posiciones culturalistas, marxistas, etc., en European Journal of Political Theory 11 (4), 2012.

[24] I. Saz Campos, España contra España. Los nacionalismos franquistas, Madrid, Marcial Pons, 2003; Z. Box, España, año cero. La construcción simbólica del franquismo, Madrid, Alianza, 2010; M. Á. Ruiz Carnicer (ed.), Falange. Las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975), Zaragoza, IFC, 2013; F. Gallego, El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950), Barcelona, Crítica, 2014; también J. Sanz Hoya, «De la guerra al Movimiento: sobre prácticas, socialización y vectores de difusión del falangismo», en M. Pérez Ledesma e I. Saz (coords.), Historia de las culturas políticas contemporáneas en España y América Latina. Del franquismo a la democracia, 1936-2013, Madrid, Marcial Pons/PUZ, 2015. Para las políticas de captación de masas, C. Molinero, La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista, Madrid, Cátedra, 2005; Á. Cenarro, La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y la posguerra, Barcelona, Crítica, 2006; À. Amaya, El acelerón sindicalista. El aparato de propaganda de la Organización Sindical Española entre 1957 y 1969, Madrid, CEPC, 2013.

[25] Algunas excepciones en C. Molinero y P. Ysàs, Els industrials catalans durant el franquisme, Vic, Eumo, 1991; R. Moreno Fonseret, La autarquía en Alicante (1939-1952), Alicante, Institut Gil-Albert, 1995; G. Sánchez Recio y J. Tascón Fernández (eds.), Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957, Barcelona, Crítica, 2003.

[26] S. Balfour, Dictatorship, Workers and the City: Labour in Greater Barcelona since 1939, Oxford, Clarendom, 1989 (ed. cast.: La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988), Valencia, Alfons El Magnànim, 1994); D. Ruiz (dir.), Historia de Comisiones Obreras (1958-1988), Madrid, Siglo XXI de España, 1993; C. Benito del Pozo, La clase obrera asturiana durante el franquismo. Empleo,

condiciones de trabajo y conflicto (1940-1975), Madrid, Siglo XXI de España, 1993; Á. Soto Carmona (dir.), Clase obrera, conflicto laboral y representación sindical. Evolución socio-laboral de Madrid, 1939-1991, Madrid, GPS, 1994; J. Babiano, Emigrantes, cronómetros y huelgas, Madrid, Akal, 1995; J. Gómez Alén, As CCOO de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo, Vigo, Edicións Xerais, 1995; R. Vega García y B. Serrano Ortega, Clandestinidad, represión y lucha política. El movimiento obrero en Gijón, 1937-1962, Gijón, Trea, 1998; J. Babiano, Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958), Madrid, CES, 1998; C. Molinero y P. Ysàs, Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista, Madrid, Siglo XXI de España, 1998.

[27] J. Antonio Pérez, Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1958-1977), Madrid, Biblioteca Nueva, 2001; R. Vega (coord.), Las huelgas de 1962 en Asturias, Gijón, Trea, 2002; R. Vega, El camino que marcaba Asturias. Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional, Gijón, Trea, 2002; X. Domènech Sampere, Quan el carrer va deixar de ser seu, Barcelona, Abadia de Montserrat, 2002; T. M.a Ortega López, Del silencio a la protesta: explotación, protesta y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977, Granada, Universidad de Granada, 2003; J. A. Gómez Roda, Comisiones Obreras y represión franquista. Valencia, 1958-1972, Valencia, PUV, 2004; A. Martínez Foronda (coord.), La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000), Puerto Real, FES, 2005; Ó. Martín García, A tientas con la democracia. Movilización y cambio en la provincia de Albacete, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008; X. Domènech Sampere, Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008; J. Tébar (ed.), El movimiento obrero en la gran ciudad, Barcelona, El Viejo Topo, 2011.

[28] Además de los trabajos citados en la anterior nota, es importante la visión general en X. Domènech Sampere, Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo. Lucha de clases, dictadura y democracia (1939-1977), Barcelona, Icaria, 2012. Sobre el antifranquismo, la crisis de la dictadura y las causas de la transición también P. Ysàs, Disidencia y subversión, Barcelona, Crítica, 2004; C. Molinero y P. Ysàs, La anatomía del franquismo, Barcelona, Crítica, 2008. Para la influencia de Thompson y en relación con los debates sobre la clase y las relaciones entre historia social y cultural véase Julián Sanz, J. Babiano y F. Erice (coords.), E. P. Thompson, op. cit.

[29] M. Bueno, J. Hinojosa y C. García (coords.), Historia del PCE. I Congreso, 1920-1977, Madrid, FIM, 2007, 2 vols.; M. Bueno Lluch y S. Gálvez Biesca (eds.), Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social, Sevilla, FIM/Atrapasueños, 2009; C. Molinero y P. Ysàs, Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981), Barcelona, L'Avenç, 2010; C. Molinero y P. Ysàs, De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982), Barcelona, Crítica, 2017; F. Erice (coord.), Los comunistas en Asturias 1920-1982, Gijón, Trea, 1996; D. Ginard, L'oposició antifranquista i els comunistes mallorquins (1939-1977), Barcelona, Abadia de Montserrat, 1998; J. Sánchez Rodríguez, Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982), Madrid, FIM, 2004; L. Zaragoza Fernández, Radio Pirenaica. La voz de la esperanza antifranquista, Madrid, Marcial Pons, 2008; E. Treglia, Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero, Madrid, Eneida, 2012; F. Hernández Sánchez, Los años de plomo. La reconstrucción del PCE (1939-1953), Madrid, Crítica, 2015. Pasando ya al periodo siguiente, merece la pena no dejar de señalar el trabajo de J. A. Andrade, El PSOE y el PCE en (la) transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el periodo de cambio político, Madrid, Siglo XXI de España, 2012.

[30] C. Molinero, «Una gran apuesta: la oposición política a través de la movilización social», y R. Vega, «Las fuerzas del trabajo: los comunistas en el movimiento obrero durante el franquismo», ambos en M. Bueno y S. Gálvez (eds.), Nosotros los comunistas; Treglia, Fuera de las catacumbas.

[31] F. Romeu, El silencio roto. Mujeres contra el franquismo, Barcelona, El Viejo Topo, 2002 (1.a ed. 1993); R. Vinyes, Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas, Madrid, Temas de Hoy, 2002; C. Cabrero Blanco, Mujeres contra el franquismo (Asturias, 1937-1952). Vida cotidiana, represión y resistencia, Oviedo, KRK, 2006; P. Sánchez, Individuas de dudosa moral. La represión de las mujeres en Andalucía (1936-1958), Barcelona, Crítica, 2009; I. Abad Buil, En las puertas de la prisión. De la solidaridad a la concienciación política de las mujeres de los presos del franquismo, Barcelona, Icaria, 2012; M. Nash (coord.), Represión, resistencias, memoria. Las mujeres bajo la dictadura franquista, Granada, Comares, 2013. Una lista detallada sería demasiado larga, pero es necesario atender también a los trabajos de Vicenta Verdugo, Mercedes Yusta, Ana Aguado, Sofía Rodríguez, Mónica Moreno, David Ginard, Fernando Hernández Holgado, Esperanza Martínez, Francisco Arriero, Conxita Mir, Maud Joly, Carmen Agulló, Sara Ramos, Irene Murillo, Mélanie Ibáñez, etcétera.

[32] C. Borderías, Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea: la Compañía Telefónica, 1924-1980, Barcelona, Icaria, 1993; C. Borderías y J. Tébar (coords.), Dones, treball i sindicalisme a Catalunya (1939-1978), Barcelona, Arxiu Històric CONC, 1999; C. Villar, Dones, treball i sindicalisme a Catalunya (1939-1978) II, Barcelona, Arxiu Històric CONC, 2000; C. Borderías (ed.), Joan Scott y las políticas de la historia, Barcelona, Icaria, 2006; P. Díaz, El trabajo de las mujeres en el textil madrileño. Racionalización industrial y experiencia de género (1959-1986), Málaga, Universidad, 2001; S. Marías Cadenas, La Sección Femenina y el control de las trabajadoras. Zaragoza, 1939-1975, Tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 2012; N. Varo Moral, Las militantes ante el espejo. Clase y género en las CCOO del área de Barcelona (1964-1978), Barcelona, Arxiu Històric CONC/Fundació Cipriano García, 2014; J. Babiano (ed.), J. Antonio Pérez, N. Varo, C. Cabrero y M.a del Carmen Muñoz, Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.

[33] C. Molinero y P. Ysàs (coords.), Construint la ciutat democràtica, Barcelona, Icaria, 2010; S. Balfour (ed.), Barcelona malgrat el Franquisme. La SEAT, la ciutat i la represa sense democràcia, Barcelona, MUHBA/La Central, 2012; J. Tébar (ed.), El movimiento obrero en la gran ciudad. De la movilización sociopolítica a la crisis económica, Barcelona, El Viejo Topo, 2011; X. Domènech (ed.), Movimiento vecinal y cambio político, Historia del Presente 16, 2011; I. Bordetas, «Nosotros somos los que hemos construido esta ciudad». Autoorganización y movilización vecinal durante el tardofranquismo, Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2012.

[34] Ó. Rodríguez Barreira (ed.), El Franquismo desde los márgenes. Campesinos, mujeres, delatores, menores…, Espai/temps 62, 2013.

[35] I. Saz y A. Gómez Roda (Eds.), El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la posguerra, Valencia, Episteme, 1999; J. Font i Agulló, ¡Arriba el campo! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català, Girona, Diputació de Girona, 2001; A. Cabana, Xente de Orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia, Santa Comba, Tres Ctres, 2009; ibid., La derrota de lo épico, Valencia, PUV, 2013; M. Á. del Arco, C. Fuertes, C. Hernández y J. Marco (eds.), No solo miedo. Actitudes políticas y opinión popular bajo la dictadura franquista (1936-1977), Granada, Comares, 2013; A. Díaz-Geada, O Campo en movemento. O papel do sindicalismo labrego no rural galego do tardofranquismo e da transición (1964-1986), Santiago de

Compostela, Universidad, 2011; C. Fuentes Navarro y F. Cobo Romero, La tierra para quien la trabaja. Los comunistas, la sociedad rural andaluza y la conquista de la democracia (1956-1983), Granada, Universidad de Granada, 2016; C. Ferrer, Lluitadors quotidians. L'antifranquisme, el canvi polític i la construcció de la democràcia al Montsià (1972-1979), Lleida, Universitat de Lleida, 2014.

[36] Ó. Rodríguez Barreira, Migas con miedo. Prácticas de resistencia al primer franquismo, Almería, UAL, 2007; C. Mir, Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra, Lleida, Milenio, 2000; C. Mir, C. Agustí y J. Gelonch (eds.), Pobreza, marginación, delincuencia y políticas sociales bajo el franquismo, Lleida, Universitat de Lleida, 2005; E. Barranquero y L. Prieto, Así sobrevivimos al hambre: estrategias de supervivencia de las mujeres en la posguerra española, Málaga, Diputación, 2003; A. Fernández Asperilla y D. Fintz (coords.), Gente que se mueve. Cultura política, acción colectiva y emigración española, Madrid, Fundación 1.o de Mayo, 2010; M. Marín (dir.), Memòries del viatge, 1940-1975, Sant Adrià de Besós, Museu d'Història de la Inmigració/Ajuntament, 2009. En este campo es necesario destacar el Centro de Documentación de las Migraciones de la Fundación 1.o de Mayo, que dirige Fernández Asperilla.

[37] Ó. Rodríguez Barreira, «Vivir y narrar el Franquismo desde los márgenes», en El Franquismo desde los márgenes, op. cit., pp. 11-28 (cita en p. 25). El «giro material» lo ha propugnado precisamente, entre otros, el reconocido culturalista P. Joyce, «Materialidad e historia social», Ayer 62, 2006, pp. 73-87; T. Bennett y P. Joyce (eds.), Material Powers: Cultural Studies, History and the Material Turn, Londres, Routledge, 2010. La perspectiva favorable a la confluencia de historia cultural y social ha sido defendida notablemente por G. Eley, Una línea torcida: De la historia cultural a la historia de la sociedad, Valencia, PUV, 2008; G. Eley y K. Nield, El futuro de la clase en la Historia: ¿Qué queda de lo social?, Valencia, PUV, 2010. Para la «historia en migajas», F. Dosse, L'Histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire», París, La Décoverte, 1987.

CUARTA PARTE

MARXISMO E HISTORIOGRAFÍA ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

IX. Historia, posmodernidad, historia global[1]

Nuevas propuestas teóricas-metodológicas para el estudio de la movilización social

Teresa María Ortega López

Universidad de Granada

INTRODUCCIÓN

En los últimos años han visto la luz en nuestro país destacables aportaciones que han tenido como objetivo dilucidar los distintos componentes, factores y estímulos que indujeron a una extensa y heterogénea gama de ciudadanos y ciudadanas hacia su integración en redes articuladas de organización, y en movimientos sociales responsabilizados de la conducción y la canalización de la acción colectiva y la protesta en defensa de la democracia. Una temática que ha experimentado, tal como expondremos a continuación, una importante renovación fruto, de un lado, de la incorporación de las más destacadas aportaciones metodológicas derivadas de la nueva historia social, política y cultural, y de otro, de la aplicación en la investigación de las nuevas teorías que se han ocupado del estudio de los movimientos sociales.

De esta forma, el presente capítulo lo dedicamos a los estudios que han abordado el análisis de la oposición social y política al franquismo desde una nueva perspectiva teórica. Aquella que se ha hecho eco de las más recientes formulaciones sobre el cambio social, así como de la explicitación de los factores –políticos, culturales y sociales– que han rodeado el proceso de formalización de los agentes colectivos responsabilizados de la movilización y la modelación de la protesta pública. Como pondremos de manifiesto, estos trabajos han abierto una nueva puerta a la investigación referida a la oposición, la protesta y la conflictividad contra el régimen de Franco. Todos ellos marcan,

en este sentido, una pauta historiográfica interesante que no debemos perder de vista. Pues lejos de pretender darnos noticia, exclusivamente, de los protagonistas, de sus demandas, de sus formas de organización, y de las múltiples y variadas acciones emprendidas por aquellas mujeres y hombres que se opusieron a las estructuras coercitivas, autoritarias y dictatoriales impuestas por el franquismo, las nuevas investigaciones han sabido abordar un complejo asunto no siempre resuelto satisfactoriamente. A saber: cómo se gestaron los movimientos sociales y cómo se produjo la adhesión a los mismos de la ciudadanía. La atención por parte de esos trabajos a los profundos virajes que han conocido tanto la psicología social como la sociología del comportamiento, la filosofía de la historia y la teoría social del conocimiento han contribuido muy adecuadamente a dar nuevas respuestas a un tema que parecía plenamente superado.

«GIRO LINGÜÍSTICO» Y CONCEPCIONES CULTURALISTAS EN LA GNOSEOLOGÍA DE LOS COMPORTAMIENTOS COLECTIVOS

La amplia y extensa bibliografía ocupada hasta hace poco de mostrarnos cómo se produjo el resurgimiento de la cultura de la protesta y la reivindicación democrática en el Tardofranquismo y la Transición española presenta una notable deficiencia. Las explicaciones acerca de los factores determinantes de la movilización social acontecida en nuestra historia reciente, siguen centrándose básicamente en los grandes cambios estructurales experimentados por el país en los años sesenta del pasado siglo XX. Tal como ha venido siendo aceptado por la mayor parte de la historiografía especializada, el crecimiento económico, el cambio social y las nuevas pautas culturales actuaron como elementos propiciatorios e impulsores de la creciente conflictividad social y laboral que se registró en la España de los años sesenta y setenta[2]. En efecto, la industrialización y planificación indicativa que trajo consigo la política económica del «segundo franquismo», la transformación sectorial de la población activa y la fuerte concentración de la población asalariada en grandes núcleos industrializados que se derivaron del desarrollismo, y la generalización del consumismo y el auge de los comportamientos reivindicativos orientados hacia la consecución de un reparto más equitativo de la riqueza, suelen ser los móviles más utilizados por la historiografía española para explicar el renacer de

la protesta bajo la dictadura. Y ello sin olvidar, aquellas otras explicaciones ofrecidas por un amplio abanico de trabajos que consideran como responsables de la nueva conflictividad, además de los elementos ya mencionados, los que tienen que ver con la labor llevada a cabo, tras su «travesía por el desierto», bien por las organizaciones políticas y sindicales derrotadas en la Guerra Civil, bien por aquellas otras de nuevo cuño que surgieron en esos años[3]. Así como con la actuación efectuada por determinadas personalidades políticas vinculadas a estrategias de aperturismo y reformismo, tal como ha quedado plasmado en muchas y variadas memorias, biografías y autobiografía elaboradas por aquellos que se consideraron protagonistas de excepción de aquel proceso político que fue la Transición a la democracia. Respecto a esto último, desde los primeros años de andadura de la democracia española muchos fueron los que se apresuraron, especialmente aquellos que se consideraban protagonistas de excepción de tal acontecimiento político, a dar su particularizada visión de los hechos. Proliferaron así, tempranamente, un gran número de memorias, biografías y autobiografías de distinta calidad y color, trabajos en suma, en los que sus autores, más que ofrecer un testimonio clave y contundente, parecían competir por ocupar un lugar destacado en la historia más reciente de España[4]. La transición política a la democracia se presentaba, a tenor de esos trabajos, o bien como un producto elaborado por la elite política, o bien como el legado de ciertas personalidades dotadas, estas últimas, de gran intuición, habilidad e inteligencia. Virtudes, todas ellas, con las que supuestamente supieron dirigir el proceso que acabó dinamitando la dictadura franquista y propició la implantación, una vez más en nuestro país, de las libertades democráticas.

No obstante, y a pesar su gran predicamento mediático y académico, a lo largo de todos estos años han ido apareciendo estudios que han venido a matizar las interpretaciones «oficiales» y «unidireccionales» de la crisis del franquismo y de nuestra «modélica» transición política. Estudios que han situado en el epicentro de su investigación las movilizaciones de masas, las huelgas obreras y estudiantiles, y las acciones emprendidas por las asociaciones culturales y vecinales, y las han mostrado como fenómenos de incidencia mayor y muy relevante en el proceso de conjunto[5]. Este ha sido el caso de aquellos investigadores que se han ocupado de poner de manifiesto la contundencia que tuvieron los cambios registrados, a partir de finales de los años cincuenta, en la esfera de las relaciones laborales como mecanismo para activar nuevamente en España la protesta procedente del mundo del trabajo.

Pensamos que muchos de estos estudios que vieron la luz en las últimas décadas

son muy necesarios, al tiempo que enriquecedores, para poder contemplar toda la complejidad que supuso la consecución del régimen democrático. En efecto, la idea de que ciertas organizaciones –políticas y sindicales– desempeñaron un papel clave en la crisis del franquismo es innegable. Del mismo modo, el poder y la influencia que ciertas personalidades y elites tuvieron en la conformación del proceso de la transición a la democracia no deben pasarse tampoco por alto. Pero ello no debe llevarnos a olvidar el destacado puesto ocupado en esta particular página de nuestra historia más próxima por la sociedad civil y la aparición en el seno de la sociedad española de una «cultura cívica»[6]. Entendida esta última como un denso agregado de valores entre los ciudadanos corrientes, instalados sobre el pluralismo ideológico y la democracia, que sentó las bases del cambio político y aceleró la descomposición de las instituciones autoritarias y antidemocráticas que sustentaron durante casi cuatro décadas al régimen franquista.

Para suplir el vacío señalado pretendemos aportar a continuación una nueva propuesta metodológica que destaque y analice los factores culturales, individuales o colectivos que impulsaron, en conjunción con las organizaciones de oposición política y los sindicatos democráticos y con el papel desempeñado por determinadas personalidades, la emergencia de redes de sociabilidad inspiradas en principios democráticos. Así como el resurgimiento de una nueva significación simbólica de la protesta, asociada a la reivindicación de espacios de libertad tanto públicos como privados en el conjunto del país. Para ello se nos hace imprescindible dar cuenta del complejo y rico debate surgido, en las décadas finales del siglo pasado, en el campo de la Sociología, la Psicología social, la Ciencia Política, así como la Antropología social[7]. Dicho debate ha planteado la posibilidad de redefinir las herramientas conceptuales y metodológicas para proceder al análisis de los factores que hicieron posible, de un lado, la emergencia de los movimientos sociales, y de otro, la adhesión y apoyo de los colectivos sociales a los mismos. Un debate que, de forma más reciente, ha saltado al campo de la Historia de la mano de los historiadores postsociales[8].

La emergencia a finales de los años setenta de nuevas sensibilidades hermenéuticas influidas por los efectos contaminantes del «giro lingüístico» y por las concepciones culturalistas en la gnoseología de los comportamientos colectivos y la protesta social obliga a superar, definitivamente, todas aquellas tradiciones interpretativas estructuralistas que han prevalecido en el ámbito de los estudios centrados en el análisis de las causas que motivaron la aparición, y

el posterior desarrollo, de una vasta red de organizaciones de toda índole, encargadas de movilizar a muy diferentes sectores de la población española mediante la estimulación de anhelos orientados hacia la edificación de un modelo de convivencia política democrática alternativo a la desgastada dictadura franquista[9].

Todo lo anterior nos conduce a dirigir nuestra atención hacia aquellas teorías que han venido a revalorizar la importancia del sujeto y de la intersubjetividad, así como las orientaciones interaccionistas, culturales, cognitivas y lingüísticas. Tal es el caso de la teoría de la construcción social de la realidad, o paradigma constructivista, y de la denominada Historia Postsocial. Dos propuestas teóricas que han alcanzado en los últimos años una relevancia destacada como marcos analíticos útiles para explicar e interpretar, de forma más conveniente de lo que se ha hecho hasta ahora, los movimientos sociales y las acciones individuales y colectivas llevadas a cabo por los actores sociales.

En líneas generales podemos decir que la perspectiva teórica constructivista se caracteriza por la denuncia que realiza a una premisa que ha presidido, y en gran medida aún lo hace todavía hoy: que los movimientos sociales constituyen «unidades fácticas» nacidas cuasi-determinísticamente a partir de condiciones estructurales dadas o de los valores, ideologías y creencias generalizadas entre ciertos sectores de la población. Esta asunción epistemológica vicia radicalmente, tal como argumentó uno de los máximos representantes de esta teoría, el sociólogo italiano Alberto Melucci, el estudio de los movimientos sociales contemporáneos[10]. La teoría constructivista parte, por el contrario, del siguiente supuesto: de la constatación de la imperiosa necesidad de prestar una mayor atención a todo lo relacionado con los aspectos de carácter cultural, concebidos como integrantes de una especie de instancia mediadora, o «imaginario social», decisivo en la configuración de las identidades colectivas vinculadas a los procesos de cambio. El constructivismo persigue, de esta forma, dar un salto cualitativo en el análisis de las acciones colectivas. Los supuestos de esta teoría niegan la posibilidad de considerar la movilización social como resultado exclusivo de contradicciones estructurales o disfunciones sistémicas, o como construcciones puramente individuales guiadas por la lógica de los actores. Por el contrario, y como advirtió Melucci, los movimientos sociales son sistemas de acción socialmente construidos, producto de intercambios, negociaciones, decisiones, e incluso de conflictos entre diferentes actores. Y de ningún modo los movimientos sociales son entidades fijas y prefiguradas de una vez para siempre[11]. Es necesario, por tanto, dejar de tratar a los movimientos

sociales como objetos empíricos cargados de cierta unidad metafísica, y concebirlos como sistemas de acción multipolares en los que los individuos crean significados para darle sentido a su acción[12].

La relevancia otorgada por la teoría constructivista a las formulaciones lingüísticas y discursivas así como a los aspectos culturales y simbólicos en la gestación y desarrollo de las acciones colectivas, la conectan con las premisas más novedosas surgidas en el ámbito de la Historia Social para interpretar el comportamiento de los actores sociales. De forma más o menos reciente la denominada Historia Postsocial ha protagonizado una esencial ruptura teórica con respecto a las premisas aducidas tanto por la historia social clásica como por la historia sociocultural. En efecto, la Historia Postsocial ha dado un paso más en la búsqueda de los componentes cardinales que expliquen satisfactoriamente los condicionantes básicos de la acción social, y los procesos y mecanismos que estructuran su específico funcionamiento. Y es que la Historia Postsocial parte de la asunción categorial del siguiente postulado: la realidad social no tiene un carácter objetivo, o dicho de otro modo, no existe en la mente de los individuos como un mero reflejo operado por la conciencia (la inteligencia), sino que únicamente se plasma en su complejidad ontológica a través de la conceptualización discursiva, lingüística, simbólica o idealizada que los individuos hacen de la realidad misma. Por consiguiente, las condiciones sociales y materiales de la existencia únicamente devienen elementos estructurantes y condicionantes del comportamiento a través de su interiorizada e individualizada transmutación en forma de representaciones mentales, idealizaciones o construcciones discursivas y lingüísticas que son manejadas por los individuos en la laboriosa tarea de interpretación y personalización de la realidad que les circunda. De tal modo y manera que las condiciones sociales y la vida material únicamente actúan como factor causal y modulador de la práctica una vez que se han trocado en una existencia significativa, operando en la mente del individuo a la manera de «realidades representacionales», que en todo momento adquieren una expresión discursiva, lingüística, idealizada y simbólica.

Lo fructífero y enriquecedor que resultan los dos paradigmas explicativos a los que hemos hecho referencia ha contribuido a abrir nuevas líneas interpretativas en el estudio y análisis de la oposición social al franquismo[13]. La aplicabilidad de sus fundamentos teóricos nos ha ayudado a cambiar la lente empleada hasta ahora para enfocar los comportamientos individuales, y colectivos, de aquella porción de la sociedad española que respaldó afanosamente, en las postrimerías

de la andadura histórica del régimen franquista, los discursos y las idealizaciones, llevadas a cabo por las culturas políticas de los nacionalismos democráticos, las izquierdas y el comunismo, exaltadoras de los principios de la libertad, la igualdad, la democracia, el estado de derecho, la representatividad, el constitucionalismo y los derechos humanos, entre otros. Tales paradigmas nos permiten analizar, desde otra perspectiva, los móviles que propiciaron la emergencia de los múltiples y diversos movimientos sociales que irrumpieron en escena en aquellos años.

Haremos a continuación alusión a las más destacables aportaciones acontecidas en el ámbito de la investigación social. Las cuales, partiendo de estas nuevas perspectivas teóricas, han propiciado una nueva lectura e interpretación de la crisis de la dictadura franquista y la transición política. Pues dichas aportaciones vienen a indicarnos cómo los movimientos sociales surgidos en aquellos años alcanzaron una decantada caracterización identitaria mediante una específica interpretación de la realidad y el mundo, obtenida a través de una fructífera articulación de respuestas orientadas hacia la parcial modificación del entorno circundante, y de una programada persecución de objetivos avizorados en consonancia con las aspiraciones desplegadas por todos ellos.

De la nueva perspectiva explicativa ofrecida por el enfoque constructivista, parten las propuestas de algunos sociólogos para explicar la aparición de los movimientos sociales en la última etapa del Franquismo y en la Transición. Este es el caso de Enrique Laraña, quien considera que la práctica social no radica de manera primordial ni en las condiciones sociales y económicas en las que se desarrolla la existencia humana, ni en la racionalidad que el individuo pueda imprimir a su acción. Ambos aspectos, según señala el sociólogo español, son insuficientes para explicar la definitiva participación y apoyo de los individuos en los movimientos sociales donde materializan su acción. Consciente de esta insuficiencia, la aproximación que Enrique Laraña hace al análisis de los movimientos sociales surgidos en España en los últimos años de la dictadura franquista, y el comienzo de la transición política a la democracia, se ubica en el renovado interés que las nuevas tendencias ofrecidas por la investigación en Sociología han prestado hacia los aspectos culturales y de identidad[14]. De esta forma, a través de la perspectiva de la construcción social, el sociólogo español aporta un novedoso marco analítico para el estudio de los movimientos sociales como agencias que difunden nuevos significados. En efecto, su investigación parte del hecho de que la acción colectiva está profundamente relacionada con cuestiones de identidad, ideas, valores y significados. En suma, con los aspectos

de carácter simbólico y cultural que contribuyen a la construcción discursiva de la realidad con la que operan los agentes sociales y los individuos. Unos aspectos que, tal como hemos indicado, ayudan a entender la participación e integración de los individuos en los movimientos sociales. Es decir, lo que plantea el sociólogo español, y con ello conecta, al menos así lo creemos, con la nueva perspectiva historiográfica que ha ido adquiriendo cuerpo en el transcurso de los últimos años, no es otra cosa que variar la lente con la que hasta ahora se venían analizando los movimientos sociales y la adhesión de los individuos a los mismos.

En la actualidad contamos también con varios trabajos y estudios provenientes del campo de la Historia que ponen de manifiesto la necesidad de abordar el estudio de la movilización social acontecida entre 1965 y 1980 con nuevas herramientas interpretativas. Dichos trabajos evidencian la enorme virtud, y predicamento, que pueden llegar a tener tanto el enfoque constructivista como los supuestos teóricos planteados por la nueva historia cultural o postsocial para comprender, de una forma más precisa, los componentes, factores y estímulos que indujeron a una extensa y variada gama de individuos a integrar y secundar redes y movimientos de acción colectiva. Redes y movimientos que resultaron, a la postre, enormemente fructíferos para la sedimentación de identidades democráticas entre amplios colectivos de la sociedad. Entre estos trabajos hemos de mencionar el llevado a cabo por el Grupo de Estudios sobre el Franquismo y la Transición a la Democracia en Andalucía Oriental al frente del cual se encuentra el profesor Francisco Cobo. Partiendo de la envergadura e importancia del legado de culturas políticas de la izquierda marxista y el comunismo, este grupo ha tratado de descifrar el particular modo con que aquellas operaron, de manera decisiva, en la conformación de un entramado discursivo de simbolizaciones idealizadas de la realidad agraria de la Andalucía de las décadas de los sesenta y los setenta del pasado siglo XX. Sostiene que tal entramado llegó a desempeñar un papel de primerísimo orden en la conformación de una serie de redes de sociabilidad enormemente fructíferas, así como en la edificación de identidades democráticas entre extensos conjuntos de la población jornalera, que resultaron extraordinariamente prolíficas en la posterior solidificación de un extenso ámbito social propiciatorio de la democracia y la implantación de un régimen político de libertades. Asimismo, el trabajo derivado del mencionado grupo pone un énfasis parecido en todo lo relacionado con la configuración de un imaginario social que resaltaba los elementos diferenciadores del atraso secular, la postergación y la necesaria redención del pueblo andaluz, como forjadores de unos signos étnico-culturales e identitarios

que se transmutaron, en el contexto de la crisis final del régimen franquista, en poderosos acicates para la emergencia de amplias redes de movilización cívica en favor de la democracia[15].

En una dirección paralela a la transitada por los autores anteriores se encuentra la investigación llevada a cabo por la profesora Mary Nash, sobre el movimiento feminista surgido en la Barcelona de los años setenta[16]. Su libro, nos invita igualmente a cambiar los enfoques y los paradigmas empleados hasta ahora para abordar desde una perspectiva mucho más compleja y pluridimensional, el estudio de la movilización social que precedió y clausuró la instauración del régimen de libertades y derechos democráticos en nuestro país. El prisma de lo cotidiano y del constructivismo social, tal como sugiere su trabajo, puede ser una buena herramienta y brinda importantes posibilidades. Pues propicia acercarnos a los sujetos, explorar sus inquietudes a la vez que sacar a flote lo que permanece inadvertido y que, sin embargo, regulariza las pautas sociales. Su investigación conecta, de esta forma, con las propuestas de algunos historiadores como Alf Lüdtke, Dorothee Wierling o Luis Castell, entre otros, que consideran que la exploración de la vida cotidiana es sustancial para apreciar los fenómenos históricos en toda su complejidad y variedad, pero también con las premisas de otros sociólogos constructivistas. Tal es el caso de Alberto Melucci. En la línea de lo apuntado por este último, Mary Nash destaca la decidida importancia que para las mujeres tuvieron los espacios habilitados por las organizaciones políticas y sindicales, así como por los movimientos asociativos (vecinales) y culturales (nova cançó). Por cuanto aquellas «redes sociales» sirvieron para que las mujeres dieran cuenta de sus penurias, de sus dificultades e incomprensiones, y construyeran, a partir de sus propias experiencias y de sus insatisfacciones personales, nuevos significados y concepciones alternativas del mundo. En efecto, fue en dichas redes, y en esta fase de latencia, donde las mujeres edificaron, en un proceso de negociación y renegociación, no exento de tensiones, una nueva identidad colectiva opuesta y enfrentada a la identidad colectiva dominante y a su código cultural. Fue allí también donde el movimiento feminista logró articular un discurso, un marco de referencia, sustentado sobre un amplio abanico de aspectos culturales y simbólicos, con el que deconstruyó y reinterpretó la realidad para influir, a través de amplias y llamativas campañas de protesta con las que ponía fin a su fase de incubación y de latencia, a las audiencias en las que percibía la posibilidad de encontrar eco y respaldo[17].

En suma pues, a la luz de la novedad de estas aportaciones se hace

imprescindible cambiar nuestra percepción sobre el origen y desarrollo de los movimientos sociales y la adhesión a los mismos de las y los ciudadanos. Sobre todo porque cada vez estamos más convencidos, a raíz de todo lo expuesto en las páginas precedentes, de que el soporte material, social y espiritual sobre el que se sostuvieron las vivencias y las experiencias exhibidas por las personalidades y los grupos y colectivos sociales que se erigieron en el sostén de los movimientos cívicos, las redes de sociabilidad y las estructuras organizativas del sindicalismo democrático, debe ser aprehendido en su compleja magnitud. Entendemos, pues, que tan esencial asunto debe prestar una especialísima atención a los factores relevantes de los procesos de movilización y participación, tal es el caso de los marcos de referencia y las identidades colectivas, así como a los específicos «discursos» y «lenguajes» a través de los que apareció simbólicamente definido aquel sustrato vivencial al que nos acabamos de referir.

RECREACIONES SIMBÓLICAS, VIVENCIAS Y REDES DE SOLIDARIDAD. LA MOVILIZACIÓN SOCIAL BAJO EL FRANQUISMO VISTA DESDE NUEVAS CLAVES INTERPRETATIVAS

Hemos querido destacar en este capítulo la importancia que tuvo la movilización social en la crisis del régimen franquista. Y lo hemos hecho ofreciendo una visión de conjunto si bien nos hemos detenido muy especialmente en las nuevas claves interpretativas que se han planteado al respecto. Claves que parten del interés y de las más recientes aportaciones teóricas que sobre los movimientos sociales y las acciones colectivas vienen proporcionando disciplinas tan diversas como la Sociología, la Psicología social y política, y la Historia. La causa de este interés radica en las profundas transformaciones de las sociedades en el ámbito de la estructura de sus sistemas políticos y en la expansión de la participación en la vida pública, donde los movimientos sociales, al actuar como agentes dinámicos, han tenido mucho que ver con los cambios generados en la cultura política, en la configuración de nuevas identidades colectivas y en la redefinición del sentido de la ciudadanía. Por tal motivo, y por los sugerentes resultados derivados del tenso y rico debate que se suscitó a finales de los años setenta en el seno de las Ciencias Sociales a propósito de la conmoción provocada por la quiebra de las premisas del pensamiento moderno y del paradigma científico-técnico sobre el que se sustentaba, conviene que tengamos muy presentes las

nuevas claves y coordenadas interpretativas ofrecidas por las perspectivas teóricas que se han venido ocupado desde entonces del análisis y estudio de las acciones colectivas y la emergencia de la protesta. La interiorización que de la realidad hace el individuo a través de las construcciones discursivas se ha situado, tal como hemos comprobado, en el primer plano de los nuevos enfoques teóricos. Asimismo, su mutua interacción (del individuo) con los demás se torna fundamental para entender su aproximación o alejamiento, por ejemplo, con respecto a un movimiento sociopolítico, a un proyecto de acción o a una violenta reacción contrarrevolucionaria[18]. De esta forma, las nuevas aportaciones teóricas conceden una importancia decisiva a la elaboración de marcos de referencia y de determinados lenguajes por cuanto los consideran esenciales e imprescindibles para la movilización de los individuos. Otorgan, pues, a los mencionados marcos y lenguajes, un valor instrumental en la formación de identidades colectivas dotadas del suficiente impulso en la concitación de múltiples adhesiones individuales orientadas hacia la acción o la movilización[19]. Y los concibe, en un sentido lato, como complejos agregados de interpretaciones simbólicas que poseen la capacidad de reconstruir idealizadamente la realidad, imprimiéndole una facultad explicativa.

Por todo lo anterior, parece que tiene escaso sentido que, por nuestra parte, sigamos empeñados en utilizar y aplicar exclusivamente ciertos enfoques funcionalistas o estructuralistas para explicar las movilizaciones, ya sean obreras o vecinales, surgidas en la España de los años sesenta y setenta. A día de hoy, parece más que probado que las construcciones teóricas dualistas y mecanicistas sustentadoras de la tradicional historia social, que permitían explicar los mecanismos de la percepción humana mediante la asunción de la premisa de la exactitud de la conciencia subjetiva, concebida como mero reflejo de la realidad y su experimentación material, han sido ampliamente refutadas por el empuje de novedosos y pujantes paradigmas explicativos. Se hace imprescindible, por tanto, dar un paso más en nuestro intento de analizar la emergencia de cuantos movimientos sociales, cívicos, políticos y sindicales participaron activamente en el proceso de desestabilización, debilitamiento y posterior sustitución del régimen franquista por un nuevo ordenamiento jurídico-político instalado sobre los fundamentos del estado de derecho, el reconocimiento de las libertades democráticas, el principio de representación política y el ordenamiento constitucional propios del régimen democrático y parlamentario que hoy disfrutamos. En tal sentido, se hace necesaria la auscultación de las representaciones mentales y los componentes simbólicos con los que los mencionados actores, y la panoplia de redes organizativas y movimientos

asociativos en los que acabaron insertos, dieron significado a sus experiencias, tanto desde el ámbito vivencial más íntimo, como desde aquel otro fraguado en las redes de la acción colectiva. De lo contrario, afirmamos que correríamos un grave riesgo de fatal incomprensión, acerca de los móviles que condujeron las conductas y los actos de los protagonistas individuales y colectivos de las particularizadas historias que rodean el desenvolvimiento de múltiples movimientos sociales y acciones colectivas de oposición y lucha contra el régimen de Franco, si soslayamos la atención necesariamente otorgada al modo único con que tales actores interiorizaron sus vivencias. Pues es ampliamente aceptada la premisa que confiere a la agencia de las representaciones mentales y simbólicas del mundo y la realidad, un papel determinante en el complejo proceso de la modelación de los comportamientos y la elección particularizada de las decisiones[20]. Y en parecido riesgo incurriríamos si rehuyésemos el estudio de la exclusiva y personalísima percepción con la que todos aquellos se hicieron conscientes de la circunstancia de ser partícipes de una secuencia de hechos inédita e irrepetible.

En el ámbito de las relaciones laborales, la interiorización que hicieron amplios colectivos de las clases populares de su vivencia de explotación en el trabajo, y del padecimiento de las pésimas condiciones sociolaborales en las que se desenvolvía su cotidiana existencia, se vinculó con una serie de conceptualizaciones y recreaciones simbólicas. Que contraponían principios y valores esenciales como el derecho al trabajo y a una vida digna, en una visualización permanentemente contrastada con su condición misma, a la que consideraban lastrada y humillada por un régimen político al servicio de minorías privilegiadas y egoístas. Todas estas percepciones, recreadas y visualizadas por los trabajadores en el tajo y en encuentros muchas veces fortuitos e improvisados (descanso para el bocadillo, charlas en el bar), fueron creando un sentimiento de «unidad», una «estructura de sostenimiento», que debió de constituir la base de las protestas y actuaciones colectivas, al tiempo que garantizaba la persistencia de un activismo latente en un entorno político poco o nada receptivo. La dictadura franquista había conseguido desorganizar a los sectores sociales populares en una medida importante. Sin embargo esto no significó que el régimen tuviera éxito en su política sindical[21]. Al contrario, la capacidad del movimiento obrero para organizarse bajo la forma de nuevas redes de solidaridad (Comisiones Obreras), constituyó un elemento esencial para que los trabajadores, junto a un cada vez más combativo movimiento social urbano representado en la forma de Asociaciones de Vecinos y Cabezas de Familia, Asociaciones Culturales, Asociaciones de Consumidores, etc., se enfrentasen a

un Estado dictatorial y represivo, y a una patronal reaccionaria. Un magnífico ejemplo lo encontramos, en este sentido, en el libro de Javier Hernández. Este antropólogo ha sabido plasmar, con sumo acierto, cómo la construcción de los «discursos de identificación» llega a promover la acción de los colectivos sociales en la recta final de la dictadura. Partiendo del análisis micro, el autor pone de manifiesto cómo los líderes de la asociación de vecinos del barrio sevillano de «El Cerro del Águila», para conseguir la acción unitaria masiva de sus convecinos, recurrieron a la construcción de una imagen de identificación enfatizando los elementos de cohesión social frente a la dinámica social divergente que se vivía en la década de los setenta. La idea de barrio humilde, la identificación de los problemas del barrio con la acción especulativa de los poderes públicos, la exaltación de una visión idealizada de lo obrero, de lo popular, y de lo local –conceptos a los que se le dio una carga significativa de solidaridad, altruismo y conciencia, frente a lo externo (administración, capital especulativo) al que se le identificó como insolidario, depredador e individualista–, permitieron a los líderes de la asociación de vecinos construir una dualidad antagónica (dentro/fuera; bueno/malo) muy efectiva para fomentar la participación en las acciones reivindicativas a favor de la democracia[22].

Los movimientos urbanos surgidos, de este modo, de una doble causalidad (el carácter del proceso de urbanización y sus repercusiones desigualitarias, así como la incapacidad del sistema político para canalizar «disuasivamente» las tensiones generadas) dieron una nueva dimensión a la conciencia pública y a los movimientos colectivos. Los «problemas de barrio», expuestos y discutidos por personas y grupos sin visibilidad pública, «sumergidos» en la vida cotidiana[23], vitalizaron, a través de las asociaciones de vecinos y otros centros sociales, reivindicaciones diversas relacionadas con la vivienda, la escuela, la sanidad o las actuaciones urbanísticas, planteando problemas casi insolubles a la cada vez más vulnerable administración franquista. La implantación de un sistema político democrático, participativo, terminó convirtiéndose en la meta, o, si se prefiere, en el marco de motivación de todas las movilizaciones registradas en aquellos años[24]. Lo que imposibilitó la perpetuación de un régimen que ofrecía como única alternativa a los deseos de cambio silencio, represión y muerte como lo demostró hasta septiembre de 1975.

CONCLUSIÓN

Muchos de los intentos explicativos que se han ofrecido sobre el progresivo desmoronamiento del régimen se han instalado sobre el empleo de herramientas de análisis y útiles hermenéuticos excesivamente endeudados con los presupuestos teóricos del materialismo histórico, el marxismo clásico o la historia social tradicional. Por consiguiente, se ubican sobre un edificio teórico que ha privilegiado los cambios operados en la esfera de las relaciones sociales, y la vivencia material de los individuos, en la obtención de respuestas adecuadas a los interrogantes formulados sobre los móviles que hicieron posible la emergencia de la protesta colectiva y la acción social organizada. No obstante, resulta inexcusable advertir que, tales planteamientos metodológicos y analíticos, han menospreciado sistemáticamente la virtualidad explicativa y la fertilidad epistemológica de aquellos otros procedimientos exegéticos que añaden cuestiones decisivas para el estudio de los movimientos sociales y la protesta colectiva, tales como la influencia decisiva que sobre los mismos ejercieron las construcciones simbólicas y representativas de la realidad, o la forja de marcos de interpretación capaces de aportar decisivos elementos identitarios, o de consolidar fuertes lazos cohesivos entre sus participantes, protagonistas y adherentes. Algo de todo ello es lo que hemos dejado expuesto en las páginas precedentes a modo de propuesta y ensayo.

[1] Este capítulo se ha realizado gracias a los proyectos de investigación «Historia y memoria del hambre: Sociedad, vida cotidiana, actitudes sociales y políticas de la dictadura franquista (1939-1959)» (HAR2016-79747-R), Ministerio de Ecnomía y Competitividad y «Las izquierdas, el rechazo de las políticas sociales del franquismo y la conquista de la democracia en el mundo rural andalud, 1936-1986» (HAR2017-83744-C3-2P), Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

[2] R. Carballo; A. García Temprano y J. A. Moral Santín (dirs.), Crecimiento Económico y crisis estructural en España (1959-1980), Madrid, Akal, 1981.

[3] Sobre este particular consúltese: C. Laíz Castro, Los partidos de la izquierda radical durante la transición española, Madrid, Los libros de la Catarata, 1995; E. G. Rico, Queríamos la revolución: crónicas del FELIPE (Frente de Liberación Popular), Barcelona, Flor del Viento, 1998; J. A. García Alcalá, Historia del

«Felipe» (FLC, FOC y ESBA): de Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria, Madrid, CEPC, 2001; J. M. Castells; J. Hurtado y J. M. Margenat (eds.), De la dictadura a la democracia. La acción de los cristianos en España (1939-1975), Bilbao, Desclée de Brouwer, 2005.

[4] Son numerosos los ejemplos que podemos citar al respecto. Señalamos solo algunos de ellos, F. Isart, Quién hizo el cambio, Barcelona, Argos Vergara, 1984; R. Martín Villa, Al servicio del Estado, Barcelona, Planeta, 1984; C. Iniesta Cano, Memorias y recuerdos, Barcelona, Planeta, 1984; F. Álvarez de Miranda, Del «contubernio» al consenso, Barcelona, Planeta, 1985; J. M.a Areilza, Diario de un ministro de la monarquía, Barcelona, Planeta, 1987; L. Calvo Sotelo, Memoria viva de la transición, Barcelona, Plaza & Janés, 1990; A. Osorio, Trayectoria política de un ministro de la monarquía, Barcelona, Planeta, 1990; M. Herrero de Miñón, Memorias de estío, Madrid, Temas de Hoy, 1993; Ch. T. Powell, El piloto del cambio, Barcelona Planeta, 1993; J. Bardavio, Las claves del rey. El laberinto de la transición, Madrid, Espasa-Calpe, 1995; P. Fernández-Miranda y A. Fernández-Miranda, Lo que el rey me ha pedido, Barcelona, Plaza & Janés, 1995, y C. Abellá, Adolfo Suárez, Madrid, Espasa Calpe, 1997.

[5] Véase al respecto los siguientes trabajos X. Domènech, Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008 y O. J. Martín García, A tientas con la democracia. Movilización y cambio político en la provincia de Albacete, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008.

[6] V. Pérez Díaz, El retorno de la sociedad civil, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1987. Del mismo autor: La primacía de la sociedad civil, Madrid, Alianza, 1993. También X. Domènech, Clase obrera, antifranquismo y cambio político…, op. cit.

[7] Una síntesis de este debate lo encontramos en E. Hernández Sandoica, Tendencias historiográficas actuales: escribir historia hoy, Madrid, Akal, 2004, y F. Cobo Romero (2007), «Moldes teóricos y paradigmas historiográficos para el estudio de los “nuevos movimientos sociales”», en T. M.a Ortega López (ed.), Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos, Granada, Universidad de Granada y Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 75-109.

[8] Para esta cuestión pueden consultarse M. A. Cabrera Acosta, Historia,

lenguaje y teoría de la sociedad, Madrid, Cátedra, 2001.

[9] La advertencia del agotamiento de aquellas tradiciones interpretativas para explicar las acciones colectivas en la España franquista no es, ni mucho menos, reciente. A comienzos de la década de los ochenta ya era planteada esta cuestión por J. Álvarez Junco y M. Pérez Ledesma, «Historia del movimiento obrero: ¿una segunda ruptura?», Revista de Occidente 12 (1982), pp. 19-42.

[10] J. Casquette, Política, cultura y movimientos sociales, Bilbao, Bakeaz, 1998, p. 132.

[11] A. Melucci, Acción colectiva, vida cotidiana y democracia, México, El Colegio de México, 1999, p. 37.

[12] A. Melucci, «Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales», Zona Abierta 69 (1994), pp. 153-180, p. 155.

[13] F. Cobo Romero (2007), «Moldes teóricos y paradigmas historiográficos para el estudio de los "nuevos movimientos sociales"», en T. M.a Ortega López (ed.), Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos, Granada, Universidad de Granada y Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 75-109.

[14] Véase al respecto E. Laraña, La construcción de los movimientos sociales, Madrid, Alianza, 1999.

[15] F. Cobo Romero y T. M.a Ortega López, «El Partido Comunista de España y la cuestión agraria en Andalucía durante el Tardofranquismo y la Transición Política a la Democracia, 1956-1983», Historia Actual Online 7 (2005), pp. 27-42.

[16] M. Nash, Dones en Transició. De la resistència política a la legitimitat feminista: les dones en la Barcelona de la Transició, Ajuntament de Barcelona, Regidoria de la Dona, 2007.

[17] Muy próxima a la propuesta planteada por Mary Nash se encuentra la investigación siguiente R. López Romo, Del gueto a la calle. El movimiento gay y lesbiano en el País Vasco y Navarra, 1975-1983, Donostia-San Sebastián, Gakoa, 2008.

[18] A. Reckwitz, «Toward a Theory of Social Practices. A development in culturalist theorizing», en G. M. Spiegel (ed.), Practicing History. New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn, Londres y Nueva York, Routledge, 2005, pp. 249-252.

[19] A. Melucci, «Getting Involved: Identity and Mobilization in Social Movements», en B. Klanermans; H. Kriesi y S. Tarrow. (eds.), From Structure to Action: Comparing Social Movements Across Cultures, Greenwich (CT), JAI Press, 1988, pp. 329-348; H. Johnston; E. Laraña y J. Gusfield, «Identidades, ideologías y vida cotidiana en los nuevos movimientos sociales», en E. Laraña y J. Gusfierld (eds.), Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1994, pp. 3-42, p. 34; y E. González Calleja, La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder, Madrid, CSIC, 2002, 190 y ss. y 306-307.

[20] H. White, «Afterword», en V. E. Bonnell y L. Hunt (eds.), Beyond the cultural turn. New directions in the study of society and culture, Berkeley, University of California Press, 1999, pp. 319-324.

[21] Y ello a pesar de que lo intentó con la puesta en marcha de una política paternalista, en un primer momento, y populista más tarde. Véase al respecto los trabajos siguientes J. Babiano Mora, Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958), Madrid, CES, 1998; C. Molinero, La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista, Madrid, Cátedra, 2006 y A. Amaya Quer, «Empresas sin capitalistas. El discurso propagandístico de la Organización Sindical Española sobre la cogestión durante los años del desarrollismo, 1957-1969», II Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea, Granada, 22-25 de septiembre de 2009 (inédito).

[22] Véase J. Hernández Ramírez, El cerro del Águila e HYTASA. Culturas de trabajo, solidaridad e imágenes de identificación, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1999, pp. 187-192.

[23] Véase A. Melucci, Nomads of the Present. Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society, Philadelphia, Temple University Press, 1989.

[24] Los marcos de motivación de los movimientos sociales implican un proceso

de construcción social de símbolos y códigos culturales con los que los actores individuales se identifican, además del reconocimiento de los motivos e identidades de los protagonistas. Véase D. A. Snow y R. D. Benford, «Master Frames and Cycles of Protest», en A. Morris y C. M. Mueller (eds.): Frontiers in Social Movement Theory, New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1992, pp. 133-155.

X. ¿UNA HISTORIA MARXISTA PARA EL SIGLO XXI?

Algunas propuestas para el debate

Francisco Erice Sebares

Universidad de Oviedo

¿RECUPERAR EL MARXISMO? ENTRE LO POSIBLE Y LO DESEABLE

El tono interrogativo e hipotético del título que encabeza estas reflexiones pretende reflejar y a la vez suscitar un sano ejercicio de humildad y realismo, derivado del reconocimiento de una derrota histórica[1]. Desde hace al menos un tercio de siglo, en términos generales, el marxismo va retrocediendo en el debate intelectual y político, casi tocando fondo en su capacidad de influencia, al menos la evidente, reconocida o confesa. Paralelamente, algunos de los axiomas del posmodernismo y sus múltiples derivaciones se han ido convirtiendo en una especie de «sentido común» entre los científicos sociales y particularmente, con matices, entre los historiadores[2].

La pregunta inicial plantea, a su vez, una doble consideración: ¿es deseable una historia marxista futura que pueda ser calificada como tal y, por tanto, parece útil emplear tiempo y esfuerzo en construirla? ¿Es, a la vez, posible? La respuesta a ambas cuestiones dista de ser sencilla. Resulta perfectamente entendible que haya quienes, procediendo incluso de la tradición marxista, consideren conveniente aceptar su influencia diluida, a modo de impregnación, en la práctica de los historiadores, sin necesidad de plantear su revitalización como corriente específica, con un nivel de cristalización que podría aislarla o resucitar viejas tentaciones dogmatizantes. Algunos creen simplemente que, si bien a Marx se le seguirá leyendo en el siglo XXI como se lee a un clásico, el marx-ismo carece de un horizonte futuro prometedor. Hay quien piensa que frente al

Marx reloaded (recargado) que propone Postone, nos encontramos ya con un Marx desactivado, un personaje brillante pero irremediablemente más propio del siglo XIX que de nuestro tiempo, tal como lo presenta la densa semblanza de Sperber. Anticipo, en todo caso, que la respuesta de este texto va a ser positiva a los dos elementos del doble interrogante, aunque el grado de seguridad que puede exhibirse con respecto a lo deseable siempre será mayor, obviamente, que en relación con lo posible. Además, como nos recordaba con gracejo el viejo Hobsbawm, los historiadores no poseen el don de la profecía y «como el resto de los mortales, saben ser sabios una vez que el acontecimiento ya ha sucedido»[3].

Para formular mi punto de partida, tomaré prestada la pregunta que planteaba no hace mucho Terry Eagleton en su libro Por qué Marx tenía razón:

¿Y si todas las objeciones que se plantean más habitualmente a la obra de Marx estuvieran equivocadas? ¿O, cuando menos, aun no siendo desatinadas del todo, lo fueran en su mayor parte?[4].

Si cambiamos «Marx» por «marxismo» o «historiografía marxista», podemos hacer nuestras las inquietudes de Eagleton, al igual que las dudas que manifiesta albergar sobre determinadas ideas marxianas, que no le impiden concluir, sin embargo, que «Marx tuvo la suficiente razón a propósito de razonable número de cuestiones importantes como para que llamarse marxista pueda ser una descripción juiciosa de uno mismo». Para quienes cultiven el prejuicio de que invocar las razones del marxismo equivale a levantar una nueva (o vieja) ortodoxia, debo aclarar que tan extemporáneo interés queda lejos de los propósitos del presente texto; asustarse ante las necesarias revisiones, cambios y adaptaciones es olvidar aquella oportuna observación de Raymond Williams: «si no se está en una iglesia no hay por qué temer a la herejía»[5].

Son muchas las dudas que cabe sostener acerca de que las críticas al marxismo historiográfico se hayan hecho siempre desde posiciones que tomen en consideración su objeto de análisis con ecuanimidad y conocimiento de causa; o bien desde propuestas alternativas que representen un avance con respecto a la situación cuestionada. De hecho, el marxismo que llegó a desarrollarse entre muchos historiadores era –en expresión de Eley y Nield– «agnóstico y distante»,

configurando un marco analítico bastante flexible. Ya en su momento el inolvidable historiador marxista Juan José Carreras, refiriéndose al sesgo antropológico que tomaba la disciplina histórica a comienzos de los años noventa del pasado siglo, se preguntaba si no se trataba «no tanto de una ruptura metodológica como de una regresión, por muy enriquecida que se presente, al viejo principio del historicismo rankiano de comprender cada época, cada individuo, en sus propias categorías»; por el contrario, el marxismo –añadía– «constituye implícita o explícitamente el supuesto necesario (en el caso de la relación sociología-historia) o el correctivo compensador (en el caso de la relación historia-antropología) de todos los movimientos y aproximaciones que han sido evocados». Más recientemente, otro historiador español, Núñez Seixas, recordaba la injusticia de muchas críticas a la vieja Historia social (incluido sus componentes más solventes, de Thompson al «mejor Hobsbawm», de Kocka a Wehler), «ya que esta –señalaba– ha sido a menudo estigmatizada con base en fantasmas historiográficos más ficticios que reales»[6].

Compartiendo básicamente estos supuestos, voy a desarrollar una exposición que, ciertamente, tomará prestadas muchas ideas ajenas (de hecho, se basará en ellas) y deberá dejar las cuestiones fundamentales simplemente esbozadas. Las dimensiones de un texto como este, referente a un tema tan vasto, apenas permiten presentar sus tesis de manera amplia, con lo cual, aunque nuestras pretensiones sean más argumentales que apodícticas, la impresión final que puede resultar de su lectura destilará inevitablemente superficialidad y tono desiderativo. Primero, abordaré los diagnósticos sobre la crisis del marxismo y sus derivaciones en el ámbito general de las ciencias sociales o de la historiografía en particular, así como la emergencia y despliegue de los supuestos posmodernistas. A continuación, desgranaré algunas propuestas polémicas en las que podría sustentarse una razonable recuperación del marxismo entre los historiadores, junto con algunas sugerencias prácticas para facilitar este retorno. Tendré en cuenta, en ese sentido –y es una idea recurrente en todo el texto– que, parafraseando a Marx, «el arma de la crítica» no puede sustituir a la «crítica de las armas», y que las posibilidades del marxismo historiográfico no son independientes de los avatares del «marxismo político», aunque tampoco resulten estrictamente reductibles a él. No se requiere demasiada sutileza para entender que las batallas intelectuales nunca se diriman en el campo estricto de la «razón pura». Y hay que recordar que, en el caso específico del marxismo, se trata de un producto intelectual que, desde sus orígenes, ha combinado, en dosis diversas, componentes histórico-analíticos con elementos político-propositivos o filosófico-especulativos. Algunos científicos

sociales han considerado posible diferenciar unos y otros, como Duby, que establecía una división entre «el marxismo como reflexión sobre la historia y el marxismo al servicio de un sistema político»; como Schumpeter, que salvaba al sociólogo y economista frente al Marx «profeta»; a la manera de Elster, distinguiendo en Marx una «teoría empírica de la historia» y una «filosofía especulativa de la historia»; o al modo de Marvin Harris, que aseguraba que un Marx «deshegelianizado y desproletarizado subsume varias de las principales tendencias de la teoría antropológica contemporánea y desafía a todas las restantes», y que «para rescatar la "ley de la historia" de Marx hemos de romper el dominio que el activismo político ejerce sobre los aspectos científicos de su contribución». Más atinadas me parecen, por el contrario, las tesis que parten de la concatenación entre ambos aspectos, especialmente en el marxismo clásico; por ejemplo las de Gustavo Bueno, que considera que la «parte histórica» y la «parte metahistórica» de la teoría marxista se encuentran «dialécticamente entrelazadas», con relaciones de realimentación mutua[7].

LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA. UNA CRISIS PROFUNDA Y DILATADA

La crisis de la historiografía marxista, en gran medida paralela a la de la denominada Historia social, comienza a atisbarse en la década de los setenta, consolidándose y profundizándose en las dos siguientes. Coincide grosso modo con el despliegue de la crítica posmoderna, aunque no debe reducirse a ella. Hobsbawm, que vivió el proceso con preocupación y rechazo, recuerda que, a partir de los años ochenta, el marxismo entró en recesión, «tanto política como intelectualmente». Eso no significa que esta corriente haya desaparecido del debate intelectual, pero sí al menos que ha disminuido notablemente su presencia[8].

Para el ámbito de la Historia, Palmer ha subrayado que, ya antes de la gran «implosión» de 1989, la sensibilidad a la cultura que había mostrado la mejor Historia social se había trocado «en un culturalismo cada vez más despolitizado, a pesar de ser exhibido con mucha fanfarria intelectual en la pirotecnia interpretativa del postmodernismo». Lo cierto es que, en esta década, según Aurell, «poco quedaba […] del materialismo histórico». Desde luego, casi nada

en Francia, donde se había consolidado entre los intelectuales el «consenso antitotalitario» (léase anticomunista), y donde el «nuevo filósofo» André Glucksmann podía escribir, con claros acentos popperianos, cosas tales como que «teorizar es aterrorizar»[9].

Es cierto que, como ha recordado oportunamente Piqueras, los historiadores marxistas siempre habían sido una minoría, aunque creativa. Pero también es verdad que, además de contar con figuras de gran predicamento intelectual, las ideas marxistas, en sus formas «vulgares» o más sofisticadas, habían logrado incidir significativamente en la Historia «convencional». El marxismo influyó de manera decisiva en la Historia social, aportando –en la obra de sus mejores cultivadores– un marco muy flexible, con concepciones fuertes de la causalidad social, la determinación y la totalidad, sin desdeñar el análisis de las ideologías y las formas culturales. Más allá de la historiografía, «penetró profundamente en todas las formas del saber social», marcó la Sociología (de Weber a Bourdieu) e impulsó nuevos enfoques en distintas disciplinas, expresándose además, como visión del mundo, «en diversos códigos filosóficos»[10].

La crisis del marxismo no solo coincidió con la eclosión de nuevas prácticas historiográficas que vinieron a ampliar considerablemente los campos temáticos y a afinar los criterios metodológicos de la disciplina, sino que se manifestó también en la evolución de historiadores y corrientes formados en la estela del materialismo histórico o surgidos en su periferia hacia posiciones posmodernas, eclécticas e incluso notoriamente antimarxistas. Así sucedería, en cierto modo, con los History Workshop británicos, que tantos recelos provocaban en Hobsbawm, y con la «historia de la vida cotidiana» en Alemania, que suscitaba idénticas suspicacias en Kocka y que transitaba desde Marx y Thompson al «giro lingüístico» y la antropología de Clifford Geertz. O con la microhistoria italiana, cuyos cultivadores procedían también, en gran medida, del marxismo o círculos afines. Luego vendría la deriva de los cultural studies británicos, desde su inicial inspiración en un cierto marxismo o materialismo cultural (Thompson, Raymond Williams) hacia orientaciones y temáticas más conformistas; o de los estudios subalternos, surgidos en la India con clara impronta marxista-gramsciana a comienzos de los ochenta y pronto encauzados hacia planteamientos más vinculados al posestructuralismo y cercanos a los denominados estudios poscoloniales[11].

En un sentido más general y no estrictamente historiográfico, tal como apunta Jameson, el marxismo empezó a experimentar signos de crisis mucho antes de la

caída del muro de Berlín, por razones esencialmente políticas, por las arremetidas de los «posmarxismos» filosóficos (ligados al naciente feminismo y a los diversos posestruturalismos) y como consecuencia del auge de la derecha intelectual defensora del mercado. En este contexto, la defección de sus intelectuales fue haciéndose cada vez más evidente. En Francia, según proclama ufano Alain Minc, el mito del «intelectual comunista» muere prácticamente después del 68. Thernborn recuerda que el flamante posmodernismo atrajo sobre todo a pensadores de izquierdas, aprovechando «la desmoralización y la incertidumbre» de este sector. Hobsbawm coincide en que, sobre todo desde los ochenta, «el marxismo estaba ya en regresión entre los intelectuales»[12].

Estos cambios y transferencias de lealtades reflejaban inicialmente, en el ámbito historiográfico, según Hobsbawm, «la extraordinaria revolución cultural que se produjo a finales de los sesenta». Antes de la llegada del posmodernismo, se comenzaba ya a hablar menos de «estructura» y más de «cultura», menos de «análisis» y más de «descripción». Más que de «un desafío intelectual», se trataba de «un cambio de talante», especialmente en las generaciones de investigadores de izquierdas posteriores a los años sesenta, que pretendían «no tanto el descubrimiento histórico, la explicación o incluso la exposición de la historia, cuanto la inspiración, la empatía y la democratización»: «aquella era una gente para la que la historia no era tanto un modo de interpretar el mundo cuanto un medio de autodescubrimiento o, a lo sumo, de obtener un reconocimiento colectivo». El abandono del marxismo, continúa Hobsbawm, «se generó en el seno de la vieja izquierda radical», y no era indiferente a la conciencia ecológica, que no solo cuestionaba la vieja idea de progreso, sino que producía una especie de inversión de la perspectiva de la «inevitabilidad histórica», que pasaba de positiva a negativa. El posmodernismo aparecía así como «expresión del agotamiento y el desencanto de los pensadores de izquierdas» y se nutría de «la desmoralización y la incertidumbre que rodeaban a la izquierda»; pero también surgía en un clima de desindustrialización y cambio social histórico. Paralelamente, se detectaba una creciente seducción por los denominados nuevos movimientos sociales, que se iban configurando como potencial campo de acción política en contraste con la crisis de las viejas fórmulas de la izquierda. En palabras de Susan Buck-Morss,

la teoría marxista no pudo resistir el escrutinio de la teoría feminista, la teoría poscolonial, la teoría crítica de la raza y otras teorías, que ampliaron el concepto

de opresión y explotación más allá de lo que ocurría en las naves de las fábricas. En lo tocante a su definición de la universalidad humana, las miras del marxismo eran, como mínimo, estrechas. Y su lógica, a menudo determinista, estaba fuertemente anclada en una teoría de los estadios históricos que se ha demostrado sencillamente inexacta[13].

Podríamos caer en la tentación de reducir las motivaciones de semejantes cambios a la simple moda –que debería entonces ser ella misma explicada–, o bien a razones crematísticas y de prestigio profesional asociadas a las subvenciones que los nuevos proyectos de historia cultural (con temas más llamativos y menos comprometidos) empezaron a acaparar. Sin exagerar la incidencia de razones tan prosaicas, hay que tener en cuenta que los aspectos no estrictamente intelectuales forman parte –como señalan Eley y Nield– del habitus de la historiografía, que «no puede reducirse a un conjunto de posiciones surgidas de la teoría del conocimiento, sino que incluye estímulos mucho más opacos como las creencias políticas, las contingencias cronológicas, las afiliaciones concretas y las subjetividades de todo tipo»[14].

Dentro de estos factores no estrictamente intelectuales, sin duda los políticos desempeñaron un papel fundamental. La incertidumbre ante la práctica desaparición del marco conceptual y organizativo que caracterizó al movimiento obrero durante un siglo arrastró a muchos intelectuales hacia nuevos horizontes. Jodi Dean habla de «los miedos y las ansiedades de una izquierda en declive, nostálgica, autopunitiva, apegada a su propio fracaso y aparentemente incapaz de imaginar un futuro igualitario y emancipador». Finalmente, como señala Fontana, los desengaños de 1989 se llevaron por delante «no solo una retórica degradada que pasaba fraudulentamente por marxismo, sino toda la tradición de lo que solía denominarse la historia económica y social». Al desintegrarse la política socialista –según Thernborn– la ciencia social marxista se quedó sin apoyos. De hecho el posmodernismo, según algunos de sus impugnadores, no fue sino el resultado de esa derrota política, como lo fueron las «hibridaciones teóricas» que empezaron a proliferar en los distintos campos del pensamiento crítico[15].

No deja de ser curioso que el proceso histórico real que restó credibilidad al marxismo no concidiera prescisamente con una etapa de moderación del capitalismo. Como apunta Eagleton, «los mismos factores que contribuyeron a

que el marxismo fuera objeto de rechazo otorgaban renovada credibilidad a sus reivindicaciones»; de hecho, el orden social al que criticaba no mitigó su virulencia, sino que se hizo más despiadado, con lo cual la carga sociopolítica del marxismo se volvía potencialmente más relevante. Hobsbawm subraya incluso que el mundo globalizado que surgió en la década de los noventa es, en algunos aspectos cruciales, asombrosamente parecido al que alumbró El manifiesto comunista de 1848[16].

AUGE Y MISERIA DEL POSMODERNISMO

La quiebra del compromiso marxista de muchos historiadores, como el de los intelectuales en general, dificultó la renovación de una Historia social hasta entonces abierta e integradora, y redujo la aportación significativa de esta corriente en los cambios, desiguales pero en muchos aspectos inequívocamente positivos, que experimentaron los distintos campos de la historiografía. Y, sobre todo, abrió espacios para la expansión de las tendencias posmodernas que –justo es reconocerlo– han tenido mayor peso en la crítica de la vieja Historia social o alguna de sus manifestaciones que en la producción de investigaciones propias[17].

Ni que decir tiene que el enemigo central de estas nuevas corrientes ha sido la Historia social y, muy especialmente, el marxismo. Uno de los profetas, quizá el máximo, de la llamada Historia postsocial, Patrick Joyce, ha lamentado, entre ufano y displicente, que la «apología de una Historia social en decadencia» tenga aún credibilidad en algunas áreas, «particularmente en el Reino Unido»[18]. Ello no impide que algunos posmodernos puedan incluso referirse con cierta frecuencia a Marx o exhibir una imagen de izquierdistas y hasta de anticapitalistas. Así sucede con Derrida[19] o –por más motivos– con Foucault[20]. En cambio Lyotard recuerda que el posmodernismo cuestiona radicalmente la idea de emancipación que acompañó a los metarrelatos de los siglos XIX y XX. En general, resulta difícil deducir proyectos políticos concretos de planteamientos tan abstrusos y ambiguos, según se ha señalado incluso a propósito de algunas feministas posmodernas, como Judith Butler. Desde posiciones próximas al materialismo filosófico de Gustavo Bueno, Felipe Giménez subraya el carácter objetivamente reaccionario del fenómeno:

El posmodernismo filosófico de pensamiento débil fomenta el oscurantismo y la superstición ante el devastador resultado de su análisis nihilista […] y de su deconstrucción de la tradición filosófica de Occidente. El posmodernismo es liberal e incluso reaccionario, legitimando así los intereses de la propiedad y del orden social establecido. Es el discurso de la resignación, del fatalismo […]. Frente a la nada del posmodernismo hay que oponer el materialismo ilustrado filosófico y frente al liberalismo hay que oponer socialismo y racionalismo[21].

Sabido es que el pensamiento posmoderno rechaza los metarrelatos de la modernidad y la noción de progreso, rompiendo con la visión de la historia como instancia unitaria en nombre de su fragmentación y pluralidad. La primera víctima de esta concepción es, pues, algo tan caro al marxismo como la concepción histórica totalizadora. Lyotard, por ejemplo, aboga por una posición «antitotalizante, antimetanarrativa y relativista». Spivak muestra «una desconfianza sistemática, política, estratégica e incluso autobiográfica hacia los pensamientos y las culturas de la “totalización”». La segunda víctima es la idea misma de determinación (abusivamente presentada como determinismo), sustituida por la de contingencia. Los posmodernos cuestionan la continuidad histórica y defienden la inexistencia de un mundo material «objetivo» que el analista (el historiador) pueda detectar; consideran que las fuentes históricas no se identifican con ninguna realidad externa (tesis de la no referencialidad). Cabrera lo sistematiza en lo que se ha denominado «historia postsocial»: no hay una materialidad «objetiva», sino una construcción de la misma con categorías que le dan significado y que no se derivan de la existencia de los fenómenos reales, sino más bien de «la interacción entre esos fenómenos y otras categorías previamente existentes», dentro de un «proceso genealógico, es decir, de la transformación práctica de otras categorías anteriores». Son, en definitiva, componentes de una concepción del mundo o «imaginario». Lo que un fenómeno significa para las personas que lo perciben no depende del fenómeno mismo, sino de las categorías mediante las que se le aprehende; la concepción de la realidad no está causalmente determinada por la realidad misma, sino por la matriz categorial a través de la cual se percibe. La realidad (o su sentido) es construida por el discurso. Para Derrida, no existe nada fuera de los textos. Según Joan Scott, toda experiencia es un acontecimiento lingüístico[22].

En definitiva, no hay una realidad material «objetiva», y los documentos no nos proporcionan acceso a algo que se pueda calificar como tal. Como dice Jenkins, «nada está dado a la mirada, sino que “su significado” es construido por ella»; al pasado solo se accede mediante «dispositivos de ficción», lo cual implica un completo relativismo: «un pasado, muchas historias». Según Anskermit, se pueden hacer muchas afirmaciones «verdaderas» sobre el mismo texto, y lo que se necesita –siguiendo su metáfora– es pasar del tronco a las hojas, tal como lo explica K. Jenkins:

En el perspectivismo antiesencialista, antifundacional y nominalista de lo posmoderno, si deseamos privilegiar algo, entonces privilegiamos las hojas […]. Porque creo que ahora sabemos que nunca ha habido nada más que las hojas. No es tanto que el viento las haya arrancado del árbol: nunca ha habido árbol. Nunca ha habido un tronco. Ni ramas. Ni ramitas. Ni tallos. Y todo lo que ha habido alguna vez son hojas. Y no tenemos idea de donde vinieron, o qué significan o para qué existen (o existieron). Están simplemente como si dijéramos «ahí» arrastradas por el viento para acá y para allá. Sin ningún punto cognoscible[23].

Puede que este tipo de planteamientos haya aportado algún contrapunto crítico de interés pero, en conjunto, constituye un asalto en toda regla no solo a las certezas o las supuestas ingenuidades epistemológicas de la vieja Historia social, sino de la racionalidad histórica misma. Como cualquier nihilismo o escepticismo radical, resultaría impracticable llevado hasta sus máximas consecuencias. Hobsbawm, que parte de que sin distinguir realidad y ficción «no puede haber historia», recuerda además que, ante los grandes dilemas morales, «pocos relativistas son realmente fieles a su convicción». Como recalca acertadamente Eagleton acerca de la pura contingencia, «si no hubiera regularidades ni tendencias predecibles a grandes trazos en la vida social, seríamos incapaces de llevar a cabo acciones intencionales»[24].

Las críticas hechas a los posmodernos han insistido además, con razón, en sus consecuencias políticas desmovilizadoras. Para Harvey, el pluralismo y la «diferencia» deben estar presentes en cualquier análisis y proyecto de cambio social, pero no como mero agregado o suma, ya que «si no podemos aspirar […] a una representación unificada del mundo, ni a una concepción que tome en

cuenta su carácter de totalidad llena de conexiones y diferenciaciones y no lo vea como un perpetuo desplazamiento de fragmentos, ¿cómo aspiraríamos a actuar en forma coherente en relación con el mundo?». Callinicos opina que el posmodernismo ha contribuido negativamente a la proliferación de particularismos militantes, que dejan intacta «la homogeneidad de base del sistema capitalista mundial». Conceptos como el de «poder disperso» de Foucault invalidan las luchas al difuminar irremediablemente el objetivo; según Harvey, «solo mediante un ataque multifacético y pluralista a las prácticas de represión localizadas podía estructurarse algún desafío global al capitalismo que no cayera en las múltiples represiones del capitalismo bajo formas nuevas». El posmodernismo actúa como mecanismo de diversión que no ayuda comprender los problemas reales; por eso, como lamenta Fontana, «la historia académica produce constantemente hoy, textos sobre otros textos, no sobre los problemas del hombre y la sociedad». En frase de Kohan, estas corrientes representan «la legitimación metafísica de la impotencia política». Las luchas culturales por las diferencias, «aunque justas en sus reclamos específicos», terminan dejando intacto el capitalismo, y la praxis revolucionaria se disuelve «en el aire volátil de la pura discursividad». El capitalismo puede asumir perfectamente ciertas «pluralidades» y «diferencias». Aunque aparentemente neoanarquistas, muchos de estos discursos no pasan, en el mejor de los casos, de ser puramente liberales[25].

El posmodernismo representa, además, una forma, a veces extrema, de idealismo[26]. Parafraseando al Marx de La ideología alemana, algunos posmodernos serían como aquellos filósofos alemanes que creían que nos ahogamos porque nos dejamos llevar por la idea de gravedad. Sus posiciones conducen a la inacción, al rechazar cualquier metarrelato que proporcione coherencia al devenir histórico, ya que, como recuerda la historiadora norteamericana Joyce Appleby, la metanarración «es una necesidad, pues es el tipo de relato que torna posible la acción en el mundo». Y aunque puedan admitirse en parte sus críticas a lo que –abusivamente– califican de determinismos, su visión del papel del lenguaje establece a su vez un determinismo férreo de otro signo, especialmente ajeno al protagonismo humano[27].

DEL MARXISMO AL POSMODERNISMO: GÉNERO, MULTICULTURALISMO Y CRÍTICAS AL EUROCENTRISMO

El impacto del posmodernismo se extendió a desarrollos historiográficos nuevos vinculados a movimientos sociales alternativos y a campos cuyos enfoques disputaban al marxismo su anterior primacía dentro del pensamiento crítico. Ha influido mucho, por ejemplo, en la Historia de las mujeres, particularmente en la formulación y aplicación del concepto de género. Frente a los intentos de combinar género con clase o de enriquecer con la Historia de las mujeres el paradigma de la Historia social, Joan Scott y algunas otras historiadoras feministas han asumido las tesis del «giro lingüístico», conceptos de Foucault o métodos y nociones derridianas como las de «deconstrucción», «suplemento» y «diferencia». Scott asegura congratularse de que la Historia «ya no trata más de las cosas que les ocurrieron a las mujeres y a los hombres, ni de la forma en que estos reaccionaron», sino de «cómo se han construido las significaciones subjetivas y colectivas de hombres y mujeres vistos como categorías de identidad». Rechaza, asimismo, cualquier «explicación universal»[28].

Otro campo fundamental en el que se ha proyectado los esquemas posmodernos y posestructuralistas es el de los cultural studies. Los estudios culturales, como es sabido, surgieron en la década de los sesenta en los aledaños del marxismo británico y fueron transitando hacia posiciones políticamente más descomprometidas. Stuart Hall, uno de sus inspiradores iniciales, los definía no hace mucho por la heterogeneidad, el eclecticismo, la transdisciplinariedad y la tendencia a la hibridación. Lo cierto es que estos rasgos fueron acentuándose, especialmente con el paso, a partir de los años ochenta, a Estados Unidos, avalados ahora de manera amplia por los referentes teóricos de la «escuela francesa» (Barthes, Lyotard, Foucault, Derrida). Frente al anterior tratamiento prioritario de la cultura como prolongación de la lucha social, predominarían luego los estudios de medios de comunicación y cultura de masas reemplazando –en palabras de Cusset– el viejo paradigma del marxismo cultural por la «microdescripción estilística, irónica y cómplice», en una línea claramente posmoderna: «las actividades culturales ya no son fenómenos sociales; se han transformado en textos por descifrar». Hall admite influencias de Gramsci, pero manifiesta sus dudas sobre Marx; en cambio –añade– le resultaban atractivas la «diseminación» de Derrida y la idea de vivir «entre fracturas» de Foucault. En Estados Unidos, los cultural studies van sustituyendo el énfasis en las clases por las comunidades y «microgrupos», centrándose en la «pop culture», «entidad nueva, cuyos desafíos en la lucha social les interesan menos que la invención de códigos específicos y la “creatividad” de los receptores». De ese modo, se

despolitizan y –se ha dicho– hacen el juego «al capitalismo cultural»[29].

Desde posiciones marxistas, Jameson les ha criticado su renuncia a la gran teoría, mientras que Žižek cuestiona su énfasis en el multiculturalismo, que el filósofo esloveno considera una forma de ideología del capitalismo global, incluyendo una «distancia eurocéntrica condescendiente o respetuosa para con las culturas locales»[30]. También se han puesto en duda, en los cultural studies, su déficit de interés por la historia y la economía o su «teoricismo» elegante como sucedáneo del compromiso:

se ha impuesto poco a poco una noción de cultura instrumental, funcional, en relación con la necesidad de regulación social del nuevo orden mundial, bajo la égida de los nuevos imperativos de gestión simbólica de los ciudadanos y de los consumidores por los estados y las grandes unidades económicas[31].

En cuanto a los estudios poscoloniales, surgen también, de la mano de Said, con influencias posestructuralistas no siempre explícitas. Su libro Orientalismo (1978) ha sido situado «en la encrucijada entre el trabajo de Foucault sobre las formaciones discursivas (aquí, Oriente como discurso) y el régimen de saber-poder (Oriente como saber nacido de la fuerza colonial), y las reflexiones de Antonio Gramsci sobre la hegemonía, en cuanto difusión de representaciones y no de verdades». A la vez, Said criticaba a Marx por estar imbuido de la visión «orientalista romántica»[32].

Los poscoloniales tratan, pues, de cuestionar el «logos» occidental y cambiar nuestra imagen de la modernidad a partir de la pluralidad de experiencias y la crítica a las visiones eurocéntricas, desde perspectivas heterogéneas de «hibridación»[33]. Una corriente próxima a este tipo de trabajos son los estudios subalternos que, creados bajo una influencia marcadamente marxista (sobre todo gramsciana y maoísta), derivaron luego hacia un poscolonialismo más o menos despolitizado. Los primeros subalternistas, a principios de los ochenta, abordaron la descolonización de la India y el papel de los movimientos campesinos como historia «desde abajo» a la manera británica, de la mano del concepto gramsciano de «clases subalternas» y la noción foucaultiana de discontinuidad. Guha criticaba el «estatismo» de la historiografía india (es decir,

la reducción de la historia a los Estados) y las complicidades entre el imperialismo y la escritura de la Historia «universal» a la manera occidental. Desde 1986, surgirían discrepancias entre el sector marxista y «un ala más literaria», partidaria de centrarse en el «relato» y la «enunciación» subalternos. Este alejamiento de las posiciones marxistas se ha ido consolidando[34].

Como muestra de esta evolución, podemos apuntar a las figuras de Spivak y Chakrabarty. Spivak considera que los estudios subalternos plantean por un lado la necesidad de pluralizar las modalidades de cambio social y enfocarlo como confrontación y no como transición, soslayando «la gran narrativa de los modos de producción»; y paralelamente, «que tales cambios estén señalados o marcados por un cambio funcional en los sistemas de signos». Parece evidente –asegura Spivak– que «el relato de la lógica del capital es el relato de Occidente, que el imperialismo establece la universalidad del relato de los modos de producción y que ignorar a los subalternos hoy en día es, quiérase o no, continuar con el proyecto imperialista»[35].

En cuanto a Chakrabarty, asegura combinar sin mayor reparo al Marx universalizador con el Heidegger particularizador. Especialmente, subraya la crítica al marxismo en lo que tiene de visión universalista eurocéntrica, y recuerda las impugnaciones hechas por Guha a la visión de Hobsbawm sobre el campesinado y los movimientos «prepolíticos», en gran parte heredada de Marx y –aunque los subalternistas no lo señalen– no del todo ajena al propio Gramsci[36].

Entre las críticas al poscolonialismo, destaca la de quienes ven en este movimiento la despolitización de las corrientes anticoloniales y tercermundistas. El vocablo poscolonialismo encaja mejor, desde luego, en lo «políticamente correcto», que los de «imperialismo» o «necolonialismo». Aparece en la década de los ochenta coincidiendo con el eclipse del paradigma tercermundista y alineado con otros «pos» («posestructuralismo», «posmodernismo», «posmarxismo», etc.) Según algunos de sus impugnadores, el término encubre las políticas racistas-colonialistas, minimizando las relaciones con discursos anticoloniales y sugiriendo una superación del neocolonialismo como categoría pasada de moda[37].

Hay que recordar que la tradición marxista, pese a sus inevitables marcas de origen, tampoco ha desdeñado las críticas al eurocentrismo o a las visiones unilineales de la historia[38]. Pero eso no significa que se acepten las propuestas

del poscolonialismo, que Fontana considera, de manera un tanto despectiva, «prácticamente inútil para los historiadores». En todo caso, sin que ello suponga necesariamente nostalgia del unilinealismo eurocentrista, hay quien detecta, en las recusaciones del eurocentrismo, sesgos peligrosos de relativismo cultural. Eagleton, tal vez de forma algo exagerada, tacha el libro de Said Orientalismo de «notablemente antimarxista» y, si bien reconoce que el poscolonialismo ha producido trabajos «de infrecuente perspicacia y originalidad», piensa que, como movimiento, representa poco más que «el Ministerio de Asuntos Exteriores del posmodernismo». El poscolonialismo, «aun preservando ese legado revolucionario en cierto sentido, representa en otro un distanciamiento con respecto a dicha herencia», «es un discurso posrevolucionario adecuado a un mundo igualmente posrevolucionario». En concreto, resulta preocupante que la etnicidad, la identidad y el género sustituyan a la clase, obviando por ejemplo que «el conflicto entre las grandes empresas transnacionales y la mano de obra mal pagada, étnica y en muchos casos femenina del sur del planeta es una cuestión de clase en el sentido marxista estricto del término». Recuerda además que la historia de Europa está plagada de ideas emancipadoras junto a otras opresoras, lo mismo que sucede en otros continentes idealizados por los poscoloniales; muchos antieurocentristas –asegura– no pasan de ser europeos con complejo de culpa que practican una especie de racismo a la inversa[39].

Por su parte el también marxista británico Fred Halliday nos recuerda que términos como «eurocentrismo» se manejan con suma frivolidad, pues «confunden una declaración sobre origen histórico con una valoración encubierta que necesita justificación en sus propios términos». Al fin y al cabo, dice Halliday, en muchos sentidos el eurocentrismo es un punto de partida válido: «el sistema económico, social y político que predominó en el mundo moderno, en todas sus variaciones, incluida la de Extremo Oriente, es un producto europeo, y se extendió a través de una combinación de presión económica, militar y política conocida por el término de imperialismo». Europa creó un mundo a su propia imagen, «tanto si nos gusta como si no». El mismo Hobsbawm ha formulado esta idea de modo parecido:

Porque es indiscutible que desde finales del siglo XV la historia del mundo se volvió eurocéntrica y continuó siéndolo hasta el siglo XX. Todo lo que distingue al mundo de hoy del mundo de los emperadores Ming y mogoles y los mamelucos tuvo su origen en Europa. Ya sea en la ciencia y la tecnología, en la

economía, en la ideología y la política o las instituciones y costumbres de la vida pública y privada. Ni siquiera el concepto de «mundo» como sistema de comunicaciones humanas que abarca todo el globo podía existir antes de que los europeos conquistasen el hemisferio occidental y surgiera una economía mundial capitalista[40].

EL MARXISMO Y LA INTELIGIBILIDAD DE LA HISTORIA

En definitiva, es dudoso que la crítica posmoderna, pese al interés de algunos de sus apuntes y la ampulosidad de sus pretensiones, haya logrado consolidar una alternativa que aventaje a los viejos paradigmas historiográficos; la denominada Historia postsocial sigue siendo, probablemente, poco más que una entelequia. Tal vez el pensamiento posmoderno haya sido más que una moda, pero está lejos de suponer «la respuesta definitiva». La propuesta de una historia que niegue la causalidad, la referencialidad y hasta una noción aceptable de «verdad» resulta seguramente asumible por grupos de iniciados que escriben interminablemente «textos sobre textos», pero solo en momentos de retroceso de la conciencia social crítica puede llegar a imponerse. Lo que decimos para los esquemas más doctrinariamente posmodernos puede valer también, con matices, para las visiones más extremas e idealistas de la historia cultural. En medio de un mundo lleno de problemas e incertidumbres –como bien señala Piqueras– deberíamos recordar que, además de representaciones, lenguajes, percepciones y subjetividades, existen –y no como meras construcciones textuales– las realidades materiales, las guerras, el hambre o la desigualdad[41].

En estas reflexiones partimos, por el contrario, de que el marxismo sigue manteniendo relevancia intelectual, más allá de sus insuficiencias o debilidades históricas y aunque sufra competencias y hasta rechazos dentro del pensamiento crítico. Hobsbawm aseguraba, en sus trabajos de las décadas finales del siglo XX, que, pese a que muchas de sus piezas necesitan ser remozadas, la concepción materialista de la historia de Marx seguía siendo «con mucho, la mejor guía». Pero incluso autores más críticos reconocen esta relevancia, como Jack Goody: «no soy un no marxista –afirma–, porque todavía pienso que Marx ofrece muy buenos puntos de partida para el tratamiento de diversas cuestiones»[42].

No podemos ignorar, sin embargo, que hablar de marxismo en general no aclara demasiado la situación y que ha habido y habrá, inevitablemente, diversos marxismos y mestizajes varios con ideas de otras procedencias. Y si nos adentramos concretamente en la obra de Marx, tampoco podemos obviar que, como la de cualquier otro pensador, está plagada de elementos potencialmente contradictorios, énfasis alternativos, desarrollos incompletos o cambios de perspectiva. Incluso hay quien piensa, como Gustavo Bueno, que Marx no llega a formular «ninguna teoría general sobre la naturaleza de la conexión de los factores determinantes de la vida política e histórica», y que la capacidad que muestra para medir el peso relativo de unos y otros en cada caso hay que atribuirlo a su tacto especial, mientras en muchos de sus sucesores se convierte en eclecticismo y equilibrio inestable «que encubría muchas veces una orientación voluntarista, envuelta en una ideología objetiva, materialista»[43].

Las propuestas que vamos a enunciar no pretenden, por tanto, ser «más marxistas» que otras (si es que semejante caracterización tiene sentido), pero creo que recogen las orientaciones del mejor marxismo. Cuando se separan de las formulaciones mismas de Marx o de la tradición del materialismo histórico, siguen siendo congruentes –o al menos no contradictorias o incompatibles– con su espíritu. Como no podría ser de otra manera, casi siempre marchan claramente a contrapelo de las tendencias hoy dominantes (o más resonantes) de la historiografía.

Quizá lo primero que una Historia marxista para el siglo XXI debe reclamar es su función crítica y su utilidad social, en la línea de lo que Fontana planteaba recordando a su maestro Pierre Vilar y en rechazo del academicismo elitista:

En un momento tan confuso como este en el que vivimos, me parece necesario recordar a los historiadores su obligación de abandonar los terrenos fantasmagóricos y estériles en los cuales se han refugiado en estos últimos años para retomar el estudio de aquellos que puede servir para explicar los problemas esenciales de los hombres y las mujeres de nuestra época, y que pueda ayudar a resolverlos[44].

Admitir la utilidad social de la disciplina implica sin duda distanciarse de

algunos planteamientos claves del posmodernismo, ya que supone aceptar la inteligibilidad de la historia, su capacidad para proporcionar conocimientos de algún modo «veraces».

El marxismo puede aprovechar, además, la ventaja potencial sobre otras corrientes de pensamiento de que se trata de una teoría de pretensiones sistemáticas, que aspira a integrar el conjunto de la vida social, y no de una teoría sectorial o «regional»; lo cual le otorgaría superioridad, por ejemplo, sobre «paradigmas críticos» como el feminista y el ecologista, pese a las intenciones de estos, más discutibles, de situarse en el centro de la explicación social (o simplemente de renunciar a cualquier «centralidad»). Se trata de un pensamiento, además, plagado de historicidad («pensarlo todo históricamente: he ahí el marxismo», decía Pierre Vilar), que rehúye –tal como se plantea en La ideología alemana– tratar el material histórico «especulativamente», como si la historia adquiriera «sus fines propios e independientes»[45].

Frente al posmodernismo, el marxismo defiende que la historia es inteligible, y posee «lógicas», estructuras, reglas, pautas o regularidades[46]. Ello implica que, cuando menos, deben ser seriamente cuestionadas las concepciones que resaltan ante todo la contingencia y la discontinuidad, así como el escepticismo gnoseológico.

Es bien conocido, en todo caso, el descrédito que arrastran hoy las visiones «progresistas» y teleológicas de la historia. Según Jameson, determinismo tecnológico y teleología constituyen una constante tentación dentro del marxismo. Pero eso no significa que la concepción marxista deba necesariamente participar de esos rasgos, por más que haya compartido con el resto de las ideologías liberales y socialistas del siglo XIX una cierta idea de progreso. Eagleton resume de este modo las críticas que los posmodernos han hecho a estos supuestos:

La Historia, lo opuesto a la historia con minúscula, es un asunto teleológico para el posmodernismo. Depende de la creencia de que el mundo se estaba moviendo premeditadamente hacia cierto objetivo predeterminado que le es inmanente incluso hoy y que provee la dinámica de su inexorable despliegue. La Historia tiene una lógica propia y coopta nuevos proyectos aparentemente libres para sus propios e inescrutables fines. Puede haber ciertos retrocesos aquí o allá, pero

hablando generalmente, la historia es unilineal, progresiva y determinista[47].

Sin embargo –añade Eagleton– quienes sostenían esta creencia ya han desaparecido de la faz de la tierra, y es dudoso que Marx fuera uno de ellos. Por el contrario, algunos posmodernos radicales practican incluso una teleología inversa: la de que la Ilustración conduce inexorablemente a los campos de exterminio y al Gulag. Pese a sus riesgos, no es cierto que cualquier idea universal o creencia en una naturaleza humana compartida resulte opresiva para «la otredad de los demás»[48]. ¿Por qué metafísica razón, en definitiva, no pueden ser compatibles (o compaginarse) una razonable defensa de la universalidad con la aceptación de las diferencias?

Marx y Engels nunca creyeron en una Historia (con mayúsculas) que actúe como tal, aunque sus opiniones en este terreno incurran en fluctuaciones e incluso contradicciones. Lo cierto es que, en La Sagrada Familia y La ideología alemana, reaccionaron contra las visiones teleológicas e idealistas, y criticaron las especulaciones frente a «la historia tal como realmente ha sucedido» o a la manera hegeliana:

La concepción histórica de Hegel supone un espíritu abstracto o absoluto que se desarrolla de tal manera que la humanidad no es más que una masa que está impregnada más o menos conscientemente de él. En el cuadro de la historia empírica, exotérica, Hegel hace que se realice, pues, una historia especulativa, esotérica. La historia de la humanidad se convierte en la historia del espíritu abstracto de la humanidad, por consecuencia, extraña al hombre real.

Por el contrario, para Marx y Engels,

¡la historia no hace nada, «no posee una inmensa riqueza», «no libra combates»! Ante todo es el hombre, el hombre real y vivo, el que hace todo eso y realiza combates; estemos seguros de que no es la historia la que se sirve del hombre como un medio para realizar –como si ella fuera un personaje particular– sus

propios fines; no es más que la actividad del hombre que persigue sus objetivos[49].

Es verdad que Marx habló de «leyes históricas», a veces con sobrada contundencia. En el «Prólogo» a la primera edición de El capital se refiere a leyes o tendencias «que se imponen con férrea necesidad», propia de «leyes naturales». También llega a exhibir un rígido unilinealismo histórico, cuando asegura que los países no pueden saltarse «fases naturales de desarrollo» ni abolirlas por decreto, y que los más avanzados muestran a los demás países su propio futuro. Sin embargo, esas fases o «leyes» no parece que conduzcan necesariamente a un fin prefijado ni resulten inexorables. Incluso en su conocido «Prefacio» a la Contribución de la Economía Política, aun cuando presenta el resumen de etapas históricas, habla de «guía para sus estudios». Años más tarde, censurará con acritud la intención de algunos de «metamorfosear mi esbozo de la génesis del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica de la marcha general impuesta fatalmente a todos los pueblos en cualquier situación en que se encuentren», rechazando confundir sus tesis con la llave maestra de «una filosofía de la historia, cuya suprema virtud es ser suprahistórica»[50].

Marx sostuvo, sin duda, cuestionables posiciones eurocéntricas, asunto complejo que ya hemos comentado. Pero esa perspectiva basada en la experiencia de Europa occidental aparece al menos matizada en los textos de la última etapa de su vida sobre la cuestión colonial irlandesa o las posibilidades revolucionarias en Rusia. En todo caso, los marxistas del siglo XX rectificarían de facto esta idea y los neomarxistas y marxistas tercermundistas han criticado agudamente estos sesgos presentes en los textos marxianos. Wallerstein, por ejemplo, sentencia que «la adopción marxista de un modelo evolucionista de progreso ha sido una enorme trampa»[51]. Algunos historiadores marxistas han arremetido contra la idea de progreso, como Thompson o Fontana, retomando incluso este último, a su manera, las cautelas críticas de Walter Benjamin[52].

Además, podría entenderse, como hace Gramsci, el concepto de «necesidad histórica» en sentido no determinista, vinculándolo a los de «racionalidad» y «regularidad». Y aunque ya no resulta asumible la «escatología secular del progreso» (teleología), lo que sí parece aún defendible es que los procesos históricos evolucionan en sentidos comprensibles y con cierta regularidad, y por ello, en cierto modo y dentro de determinados límites, «predecibles». Hobsbawm

lo ha expresado de este modo:

Marx me hizo ver que la historia es una herramienta sin la cual no podemos comprender nada de lo que sucede en el mundo. Me convenció su idea de que la historia puede ser vista y analizada como un todo y que tiene… no quiero decir leyes, porque eso se parecería demasiado a una visión positivista al viejo estilo, pero sí una estructura y una regularidad […][53].

Rudé lo define de forma aún más contundente: «lo que aprendí de Marx no fue solo el hecho de que la historia tiende a progresar mediante conflictos entre las clases sociales (un punto de vista, por cierto, perfectamente "respetable" cien años atrás), sino también que esta tiene unas pautas que se pueden descubrir, y se mueve hacia adelante (y no hacia atrás, ni en círculos, ni a partir de sacudidas inexplicables) y, de manera amplia, desde un estadio inferior a otro superior»[54].

HISTORIA TOTAL, DETERMINACIÓN Y CAUSALIDAD

La visión totalizadora no es exclusiva pero sí característica de la Historia marxista y sus principales cultivadores. De estirpe hegeliana, se encuentra ya en Marx, explicitada y en ejercicio. En la tradición marxista, quien la ha expresado con mayor contundencia es Lukács, para quien el método dialéctico supone «el dominio metódico de la totalidad sobre los momentos singulares», la «clave misma del conocimiento histórico de las relaciones sociales». Los historiadores marxistas más reputados han sido abanderados permanentes de la totalización. Pierre Vilar atribuye a la Historia el análisis de «la totalidad de las relaciones humanas». La Historia planteada por Marx –afirma– pretende ser a la vez coherente («gracias a un esquema teórico sólido y común»), dinámica y total («es decir, capaz de no dejar fuera de su jurisdicción ningún terreno de análisis útil»). La realidad no puede ser dividida en compartimentos estancos (economía, política, ideas). Lo que importa es esta interconexión y el sentido general:

Nos acercamos a una noción de «historia global» que yo he defendido a menudo y que provoca algunos sarcasmos. ¡Como si se pudiera decirlo todo de todo!

Bien mirado, de lo que se trata tan solo es de indicar aquello de lo que depende el todo, y aquello que depende de todo. Es mucho. Es menos que las inutilidades antaño amontonadas por los historiadores tradicionales o, en nuestros días, por los capítulos yuxtapuestos que, precisamente, abandonados a los «especialistas», pretenden tratar de todo[55].

Fontana ha defendido esta visión totalizadora contra la lógica posmoderna de la fragmentación y la pluralidad irreductible de sentidos. Se trata de «abarcar la totalidad del cuadro social», cosa que ahora debe hacerse incluyendo «muchos factores que anteriormente no tomábamos en cuenta». A Hobsbawm, Marx le enseñó que «la historia puede ser vista y analizada como un todo»:

Las nuevas perspectivas para la historia también deben llevarnos a esa meta esencial de quienes estudian el pasado, aunque nunca sea cabalmente realizable: «la historia total». No la «historia de todo», sino la historia como una tela invisible donde se interconectan todas las actividades humanas. Los marxistas no son los únicos en haberse propuesto ese objetivo –Fernando Braudel también lo hizo– pero fueron quienes lo persiguieron con mayor tenacidad, como decía uno de ellos, Pierre Vilar[56].

No solo los historiadores marxistas defienden una visión histórica totalizadora. También abogan por una re-totalización histórica quienes siguen reivindicando –aun con críticas– la herencia de la vieja Historia social. Eley, por ejemplo, ha propuesto «recobrar cierta confianza en la posibilidad de captar la sociedad en su conjunto, de teorizar sus fundamentos de cohesión y estabilidad y de analizar sus formas de movimiento»[57].

La idea de totalidad no está exenta de complejidades ni de riesgos de interpretación monista, metafísica y teleológica. Pero, para los marxistas, tiene,

además de ventajas analíticas, connotaciones «políticas». Eagleton reconoce que «el descrédito teórico de la idea de totalidad, es esperable en una época de derrota política de la izquierda»; «no buscar la totalidad es el código para no atender al capitalismo». Jameson, por su parte, ha resaltado «las ventajas del análisis totalizador» del capitalismo; la teorización de la totalidad es «indispensable» en el proyecto teórico y práctico del marxismo, «en la medida en que debe entender necesariamente el capitalismo como un sistema y debe por tanto insistir en las interrelaciones sistemáticas de la realidad contemporánea». Para él, «hay una multiplicidad de perspectivas desde las cuales uno debe aproximarse a esa totalidad, sin que ninguna de ellas la agote»; esa inconmensurabilidad absoluta «es la razón de ser de la propia dialéctica». El planteamiento hoy del viejo ideal de la «historia total» requiere, en todo caso, cambios y reajustes. Habrá que renunciar –señala Fontana– a «las deficiencias de las viejas versiones»; entre otras cosas, al eurocentrismo y el modelo único de evolución «con sus concepciones mecanicistas del progreso»[58].

Además de aspirar a la totalidad, una Historia marxista requiere un concepto de determinación fuerte, aunque no un principio determinista. Ello se contrapone a la idea-límite posmodernista de la pura contingencia. Según Balibar, Marx incorpora un esquema de causalidad que en ocasiones es teleológico y otras no. Eagleton enfatiza más bien lo segundo: para Marx, «tiene que haber una manera de escanear o radiografiar el presente que nos revele un determinado futuro encerrado como potencial en este presente»; pero «son muchos los futuros diferentes que están implícitos en el presente»[59].

Los posmodernistas cuestionan, como es sabido, la idea misma de determinación. Tal concepción parece contrastar con el tipo de causalidad que, según Pierre Vilar, interesa al historiador, que tendría más que ver con los contextos determinantes que con el acontecimiento en sí; según Vilar, el historiador «busca la causa de la explosión en la fuerza expansiva de los gases, no en la cerilla del fumador»[60].

En todo caso, la idea de determinación de los historiadores sociales clásicos, especialmente los británicos, era bastante flexible. Thompson, sobre todo, siempre intentó «salvar» la acción humana del constreñimiento estructural, hasta el punto de que incluso se le ha acusado de «indeterminismo». En realidad, no parece estar muy lejos del concepto de determinación que manejaba Raymond Williams: «hay diferencias entre un proceso que fija límites y ejerce presión, ya sea mediante alguna fuerza externa o por las leyes internas de desarrollo, y otro

proceso en el que el contenido posterior está esencialmente prefigurado, pronosticado y controlado por una fuerza externa preexistente». Williams considera que, en el análisis cultural marxista, ha predominado la segunda opción, pero él se inclina por la primera. Sin embargo –añade–, no es posible vaciar a la idea de totalidad marxista de «cualquier proceso de determinación»[61].

Lo que, desde luego, resultaría inasumible en una reconstrucción de la historiografía marxista es la idea de una determinación unifactorial y unilateral, en el sentido por ejemplo del economicismo. Interpretaciones «tecnológicas» del marxismo como la de Cohen resultan escasamente útiles para el historiador. Aunque se invoquen textos de Marx en los que enfatiza la determinación económica, hay que recordar que, para él, la economía nunca es una «tecnología», sino que trata de relaciones sociales. Hobsbawm nos recuerda que, «en sus escritos históricos propiamente dichos», Marx «es exactamente lo contrario de un reduccionista económico»[62].

El propio concepto de producción, central en Marx, lejos de reducirse a lo económico-estructural, resalta precisamente la actividad humana. A diferencia de los animales, el hombre «produce» su propia vida en un proceso consciente y creador:

Es precisamente en la elaboración del mundo de objetos donde el hombre se acredita realmente como un ser genérico. Esta producción es su vida genérica laboriosa. A través de ella se revela la naturaleza como obra suya y su realidad. El objeto del trabajo es, por tanto, la objetivación de la vida genérica del hombre, en cuanto que, no limitándose a contemplarse intelectualmente como en la conciencia, sino viéndose activo y laborioso, se ve realmente duplicado y, por tanto, dentro de un mundo creado por él[63].

El conocido texto del Prefacio de 1857 y, de forma algo menos mecánica, El 18 Brumario de Luis Bonaparte, entre otros pasajes de Marx, plantean la conocida metáfora base-supestructura, que ha sido frecuentemente cuestionada, por sólidas razones. Marx utiliza, en ocasiones, otras metáforas, no exactamente con la misma intención, pero que marxistas posteriores han rescatado, como la que

sugiere impregnación[64]. Sea como fuere, la idea de la determinación económica del resto de los fenómenos debe cuando menos ser matizada. El propio Engels lo intentó, con mejor o peor fortuna, hablando de determinaciones en «última instancia»[65].

Gramsci es probablemente, entre los clásicos marxistas, el que más se ha esforzado en criticar la determinación unidireccional de las superestructuras por parte de la base económica. Así, refiriéndose a las críticas de Croce sobre el materialismo histórico, lamenta que muchos considerados teóricos «hayan hecho de la “estructura económica” una especie de “dios desconocido”». La pretensión de explicar toda fluctuación de la política y la ideología como «una expresión inmediata de la estructura –señala– debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo, o prácticamente […] con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas». Marx introduce en sus investigaciones multitud de cautelas que «no podían hallar lugar en las obras generales». Un acto político puede ser un error de cálculo o responder a necesidades organizativas de un partido, grupo o sociedad. Lo mismo sucede con la ideología. Por ejemplo, sería absurdo buscar explicaciones en la estructura a cada lucha ideológica en la Iglesia católica, pues la mayor parte de las discusiones están ligadas a «necesidades sectarias, de organización». Estructura y superestructura forman un «bloque histórico», en el que el «conjunto complejo y discorde de las superestructuras son el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción»; hay, pues, una reciprocidad necesaria entre ambas instancias. La expresión tradicional de que la anatomía de la sociedad está en la economía es una simple metáfora; a este mismo orden de cosas responden afirmaciones como la de que las superestructuras son meras «apariencias»[66].

Desde luego el marxismo historiográfico, al menos en sus mejores expresiones, no ha sido nunca economicista. Pierre Vilar, cuya obra tiene una importante dimensión de Historia económica, subrayaba que el modelo de Marx siempre iba más allá de la economía «pura», enfocándose hacia «la totalidad de las relaciones humanas». Para Vilar, «las contradicciones de clase son el motor de la historia del mismo modo que la técnica y la economía están en el origen de esas contradicciones»[67].

No es economicista, desde luego, el marxismo británico. Ni siquiera Hobsbawm, pese a que haya defendido que «el análisis de cualquier sociedad, en cualquier momento de la evolución histórica, debe empezar con el análisis de su modo de producción», es decir, de la manera en que el hombre se adapta a la naturaleza y

la transforma con su trabajo, y «las medidas sociales por medio de las cuales se moviliza, despliega y asigna el trabajo». Tampoco, y de manera más enfática, Thompson, para quien «las ideas y los valores están situados en un contexto material, y las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas»: lo cual «desde una perspectiva es un modo de producción, desde otra un modo de vida». Thompson considera que hay en la tradición marxista «presiones hacia el reduccionismo» y que la metáfora base-superestructura introduce una «confusión radical». La definición de la necesidad en términos materiales «tiende a imponer una jerarquía de causación que da una prioridad insuficiente a otras necesidades». El capitalismo se basa en formas de explotación que son simultáneamente económicas, morales y culturales. En cuanto a Rudé, al referirse a lo que aprendió de Marx y Engels, afirma también que los factores materiales son esenciales, pero las mismas ideas –como señalaba Marx– se convierten en fuerza material cuando se hacen colectivas; «lo que nunca aprendí de ninguno de ellos –añade– fue que la historia debiera interpretarse según un apretado determinismo económico»[68].

Williams se ha destacado asimismo por el repudio del determinismo económico, con posiciones parecidas a las de Thompson, tal vez más elaboradas. Así, rechaza la fórmula base-superestructura por «su carácter rígido, abstracto y estático», y la considera próxima a fórmulas burguesas, al «pensamiento utilitario». La base no debe entenderse «como una abstracción tecnológica o económica fija», sino como «un conjunto de actividades específicas de hombres en relaciones reales, tanto económicas como sociales, que encierran contradicciones fundamentales y variaciones que las sitúan, siempre, en un estado de proceso dinámico». Eagleton ha cuestionado, de forma parecida, la interpretación habitual del materialismo histórico en términos de dicotomía base-superestructura. Hay –dice– elementos que no pertenecen ni a una ni a otra. Además –añade– esta última la entenderíamos mejor si la concibiéramos «más como un conjunto de prácticas que como una especie de lugar o espacio»[69].

Según Gustavo Bueno, la diferenciación base-superestructura procede de «una metáfora arquitectónica desafortunada». Ambos deben considerarse conceptos conjugados. Las superestructuras fenoménicas no tienen una función motora, pero sí conformadora tal «que constituya la posibilidad de su realimentación». El carácter fenoménico de la superestructura «ha de tener un momento de verdad objetiva, que ciframos precisamente en su funcionalidad para captar o canalizar la energía del exterior, de modo en principio indefinido, y poder seguir reproduciéndola». Esta distinción fue desarrollada por el Diamat en una

perspectiva dualista, dogmática y no crítica, de suerte que base terminaba equivaliendo a materia y superestructura a «espíritu»; hoy necesita –afirma– ser «vuelta del revés», como otras de Marx. La base soporta a la superestructura, pero no como los cimientos a los muros del edificio, sino como el tronco de un árbol a las hojas o, mejor aún, como los huesos del organismo soportan los demás tejidos del vertebrado: «las hojas no son meras secreciones del tronco, sino superficies a través de las cuales se canaliza y se recoge la energía exterior que hace que el tronco pueda crecer; los tejidos del vertebrado no brotan de los huesos, sino ambos del cigoto». Por tanto, las superestructuras actúan como filtros, canales, etc. de la energía exterior que sostiene a la base del organismo, cuyo desplome tendrá lugar internamente (salvo que pueda agotarse la energía exterior que lo alimenta) cuando las superestructuras sean incapaces de captar la energía o mantener el tejido intercalar que la canaliza dentro de su morfología característica[70].

ACCIÓN HUMANA, CLASE Y EXPERIENCIA

Parece evidente que un marxismo renovado debe otorgar un papel importante a la human agency frente a la determinación omnímoda de las estructuras. Eso no significa sobrevalorar la acción individual[71], renunciar a los constreñimientos estructurales y dar rienda suelta al peso del azar y la contingencia. «Los hombres –señala Marx en El 18 Brumario– hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y transmite el pasado»[72].

Es sabido que la tradición marxista, sin negar la existencia de otros colectivos humanos, ha subrayado el papel de las clases. El concepto de clase es complejo, incluso en la misma obra de Marx, y depende, en sentido no especulativo o formal sino operativo, tanto de las relaciones de producción (Miseria de la filosofía), como de la conciencia o de las formas de vida (El 18 Brumario de Luis Bonaparte). En Miseria de la Filosofía, Marx enunciaba la famosa diferencia entre clase en sí y clase para sí:

Las condiciones económicas, transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política[73].

Unos años más tarde, en El 18 Brumario, esbozaba una definición de la clase más social y cultural, incluyendo la conciencia colectiva:

En la medida en que millones de familias viven bajo condiciones económicas de existencia que las distinguen por su modo de vivir, sus intereses y su cultura de otras clases y las oponen a estas de un modo hostil, aquellas forman una clase[74].

Las clases son, en la tradición marxista, sujetos históricos fundamentales. La historiografía marxista, diversa y plural, ha conservado en general la idea del peso de la agencia humana, el carácter colectivo de la misma y el papel central de la clase, aunque no su exclusividad. Así sucede en el marxismo británico, dentro del cual Thompson representa la posición más proclive a las explicaciones intencionales y a las posturas accionalistas. En todo caso, Thompson no ignora los factores estructurales (incluidos los económicos) condicionantes de la acción humana, si bien por ejemplo en La formación de la clase obrera los analiza no tanto en sí mismos como en sus efectos a través de la percepción y la experiencia de los individuos. Ni él ni otros marxistas consideran que las clases sean el único protagonista colectivo históricamente actuante. Thompson nos recuerda que «no todos los fenómenos humanos se pueden asimilar a las categorías de poder, ni de clase». Rudé, por ejemplo, ha analizado, para la etapa preindustrial, las acciones de la multitud, mostrándose reacio a utilizar, para esos momentos, el término clase[75].

La nueva Historia política y cultural y el pensamiento posmoderno han cuestionado la determinación y el «esencialismo» de clase, así como la asociación entre clases y política; en muchos casos, han transformado la clase en

«discurso», reduciendo así el conflicto a «términos inmateriales». En sentido contrario, recientemente, Domenico Losurdo reivindica el concepto central de lucha de clases como «teoría general del conflicto social», huyendo de su concepción estrictamente binaria y dándole una capacidad de absorción –a mi juicio excesiva– de otras contradicciones, como las de género o nacionales. Más equilibrado, Eagleton ha subrayado dos cuestiones en mi opinión coherentes con la tradición del mejor marxismo anterior: la importancia de las clases y el rechazo al reduccionismo clasista. La clase es una categoría social ampliamente abarcadora y con capacidad de proyección transversal sobre otras identidades, pero eso no significa, por ejemplo, que la clase trabajadora en concreto deba ser contemplada como el único agente transformador; eso es un error de «algunos marxistas trogloditas», contrario pero semejante al de ciertos «posmodernos» que imaginan que ese agente ha sido sustituido por los nuevos movimientos sociales[76].

Si hablamos de la human agency, necesitamos contar con una «teoría de la acción social». Un marxismo renovado debe incorporar –con las oportunas readaptaciones– las valiosas reflexiones sobre acción social y movimientos sociales que han ido desarrollándose en las últimas décadas, así como otras «teorías de alcance intermedio» (Merton) o conceptos que proporcionan eficaces instrumentos en la Historia y la Sociología actuales (sociabilidad, redes sociales, mediadores culturales, representaciones, repertorios de acción colectiva, etc.)[77]. Con ellos se complejiza, de manera fértil, el análisis de los mecanismos que vinculan al «ser social» con la conciencia colectiva. Es evidente que la acción humana no es una simple respuesta –ni una respuesta simple– a las presiones estructurales, lo cual convertiría casi en circulares a los procesos sociales. Losurdo plantea algo sabido: que la conciencia colectiva no surge «de una supuesta evidencia empírica», y «se configura como producto de la acción directa o indirecta de múltiples sujetos y conflictos sociales». Desde fuera del marxismo, pero con posiciones no hostiles hacia él, el interesante concepto de habitus de Bourdieu incluye el sistema de disposiciones estructuradas generadoras de prácticas y representaciones, pero no considera a los agentes como meros soportes de las mismas. Entre los historiadores, Kocka nos recuerda que las estructuras y los procesos «son más que las sumas de las experiencias», y que «las experiencias no están totalmente determinadas por estructuras y procesos». El problema es que –como señala La Capra– «en su uso común e incluso académico, la idea de experiencia continúa siendo una caja negra o un concepto extremadamente laxo y abarcativo»[78].

Entre los historiadores marxistas, quien ha popularizado más la noción de experiencia es precisamente Thompson, con un «interesante parecido de familia» con el habitus de Bourdieu, según César Rendueles. Para el británico, «la relación intelectual entre el ser social y la conciencia social –o entre “cultura” y “no cultura”– está en el centro de cualquier comprensión del proceso histórico dentro de la tradición marxista». Su concepto de experiencia no se encuentra, en todo caso, exento de problemas[79].

En La formación…, Thompson afirma que la clase se forma cuando los seres humanos tienen «experiencias comunes», heredadas o compartidas, y por ello articulan «la identidad de sus intereses frente a otros». Esta experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción, y la conciencia de clase es la forma en la que se expresa en términos culturales. A lo largo del libro, el concepto entra en juego en forma de sentimientos, vivencias, percepciones, etc. Estas se entienden en términos de cierta «transparencia social», rechazando, en ese sentido, el concepto de «falsa conciencia». En Miseria de la teoría, Thompson no parece introducir grandes variantes; la experiencia «surge espontáneamente en el interior del ser social, pero no surge sin pensamiento, surge porque los hombres y las mujeres (y no solo los filósofos) son racionales y piensan acerca de lo que les ocurre a ellos y a su mundo». A partir de ahí, «penetra sin llamar a la puerta». Intentando aclarar el concepto y responder a algunas críticas, Thompson introducía posteriormente determinadas matizaciones que parecen inducir a mayor confusión, afirmando que la experiencia «constituye el empalme entre cultura y no cultura, la mitad dentro del ser social, la mitad dentro de la conciencia social», y diferenciando la experiencia vivida y la percibida[80].

En todo caso –y es lo que ahora importa–, los planteamientos de Thompson, tal vez imprecisos y «contaminados» de lenguaje coloquial, pretenden resaltar la importancia de las vivencias humanas, socialmente condicionadas pero capaces de generar conocimiento «veraz» y operativo, y apunta a las relaciones de esas vivencias con la conciencia social. La noción ha sido objeto de críticas como las de Sewell, que arguye que Thompson le otorga demasiada carga explicativa, además de una enorme vaguedad: «el significado del término “experiencia” es en sí mismo tan amorfo que resulta difícil asignarle un papel, delimitado en la teoría de la formación de la clase, y Thompson todavía lo complica más al utilizarlo de una manera inconsistente y confusa». Anderson señala que el concepto no permite distinguir entre una experiencia «verdadera» y una «falsa» (por ejemplo, la religiosa, que puede ser muy intensa). Benítez subraya que

Thompson confunde los determinantes estructurales con la percepción subjetiva de los mismos. Desde perspectivas posmodernas y feministas, Joan Scott califica la noción thompsoniana de experiencia (y por ende su concepto de clase) de esencialista. Dándole la vuelta al argumento, Eley y Nield observan que la postura de Scott también puede ser bastante esencializante[81].

Otro modelo de análisis potencialmente fértil, que nos limitaremos prácticamente a mencionar, es el que plantea Rudé, enfocando las acciones del menu peuple con esquemas que recuerdan a la tradición leninista y sobre todo gramsciana (motivaciones materiales e ideología «importada»), distinguiendo elementos «inherentes» y creencias o ideas «derivadas», con mayor equilibrio entre ser social y conciencia y, sobre todo, con más atención a los mecanismos mediante los cuales los grupos sociales articulan sus respuestas colectivas[82].

POLÍTICA Y CULTURA

Probablemente donde en mayor medida se juega sus posibilidades un marxismo historiográfico renovado es en los terrenos de la política y la cultura. Dentro de lo que Iggers ha calificado de ampliación «inconmensurable» del campo de la investigación histórica, la Historia política y la cultural son, desde luego, las que han aportado mayores y más interesantes contribuciones a la renovación de los últimos decenios. Además, esta transformación se ha hecho a menudo no solo al margen del marxismo, sino directamente contra él. La nueva Historia política no viene ya, en general, a reivindicar el viejo historicismo remozado, aunque a veces pueda parecerlo, sino que se expande prodigiosamente con la aportación de numerosas influencias sociológicas y antropológicas. En gran medida, ha rechazado las explicaciones sociales y estructurales en nombre la autonomía de lo político, del sujeto individual y del papel del acontecimiento. Sirinelli relaciona su revival con «el retroceso progresivo de la influencia del marxismo» y «el retorno al sujeto pensante y actuante». René Rémond lo vincula con la revalorización del papel de los individuos, la contingencia y los acontecimientos, echando por tierra interpretaciones determininistas, pues «lo político constituye la brecha por la cual irrumpe la libertad en la historia de los hombres»[83].

Mayor capacidad renovadora aún suele otorgarse a la Historia cultural, campo de

contornos particularmente indefinidos y desarrollo bulímico[84]. Tal como señala Hernández Sandoica, la Historia cultural abarca objetivos amplísimos, «recubriendo el espacio que antes trataba de cubrir la historia social». No resulta nada extraño que, con la misma vaguedad antaño que ahora, como aseguraba Patrick Joyce en los años noventa, «si antes éramos todos historiadores sociales, ahora todos comenzamos a ser historiadores culturales». Una parte sustancial de este campo historiográfico se ha desarrollado desde posiciones netamente confrontadas con la vieja Historia social y con el marxismo, por ejemplo bajo influencias antropológicas como la de Clifford Geertz, las tesis del «giro lingüístico» o el posestructuralismo. Así sucede con la que Lynn Hunt denominó «nueva historia cultural», en la órbita de la antropología y la teoría literaria. Las denuncias del «reduccionismo sociológico» y la revitalización del individuo y la subjetividad; la primacía de la interpretación textual; la crítica de la objetividad y la totalidad; o el predominio de la comprensión sobre la explicación, a la manera geertziana… son algunas señas de identidad de esta «nueva» Historia cultural. Otras variantes, menos radicales, no abandonan del todo el terreno desbrozado por la vieja Historia social, pero dando primacía a la cultura, en el sentido de Roger Chartier, que habla de reemplazar la Historia social de la cultura por un Historia cultural de lo social; «y el orden de los factores –apuntan Serna y Pons– aquí sí que altera el producto»[85].

Cabe la tentación de identificar la Historia cultural más reputada e influyente con una simple moda o un retorno al idealismo, pero la caracterización, aplicable en muchos de estos casos, sería injusta y equivocada si se generaliza. Además de la ampliación del campo de estudios y de las interpretaciones audaces y sugerentes, o más allá de las concesiones al relativismo y otros elementos «posmodernos», muchos de los historiadores culturales más conocidos (Peter Burke, Roger Chartier, Robert Darnton, Natalie Z. Davis, Carlo Ginzburg, etc.) niegan asumir la lógica de la posmodernidad, y algunos incluso reivindican influencias marxistas. Así, Ginzburg ha rechazado las interpretaciones posmodernas de su obra, minimizando por ejemplo la importancia de Foucault y, en la diferencia que Isaiah Berlin dibujaba entre intelectuales «tipo erizo» (los que lo relacionan todo con una visión central y un sistema coherente) y «tipo zorra» (de pensamiento disperso y difuso), admite sus concomitancias con el segundo modelo, pero –añade– «puede que en la base yo sea incluso un erizo, porque a pesar de que todo lo que escribo parezca muy disperso, diría que en el fondo existe una continuidad». Por su parte Quentin Skinner cuestiona el «positivismo» del marxismo y su noción de ideología, pero no admite su rechazo como un todo; por el contario, considera como hipótesis de partida necesaria que

el ser social determina la conciencia, juzga útiles muchos de los conceptos de esta tradición y valora altamente su diagnóstico del capitalismo de nuestro tiempo[86].

Una actitud inteligentemente crítica ante la nueva Historia cultural no puede basarse en el mero desdén, sino en la aceptación al menos de los marcos de debate que genera, lo cual no supone, obviamente, asunción acrítica de sus métodos o fundamentos. Puede admitirse, con Geoff Eley, que las diferencias entre la Historia social y la Historia cultural «implican menos una oposición que una oportunidad», y que en cierto modo se necesita combinarlas para «captar la sociedad en su conjunto». No debemos tampoco infravalorar el peso que aún mantienen –más allá de las modas y de la capacidad renovadora, supuesta o real, de muchas nuevas corrientes– algunos elementos centrales de la vieja Historia social, como la aspiración totalizadora, presente por ejemplo en muchos autores de la nueva Historia política. Ruano-Borbalan hacía, en ese sentido, en torno al cambio de siglo, un diagnóstico significativo, tras aludir por ejemplo a las tesis de Foucault: «hoy, una mayoría de los historiadores persiste, sin embargo en ver en la sociedad una totalidad inteligible y descriptible». Desde posiciones marxistas, se trata, en definitiva, de entrar en el debate acerca de los nuevos conceptos y desarrollos historiográficos. Un ejemplo ilustrativo puede ser el de la noción de «cultura política», que tan importante papel desempeña en la renovación de los estudios de Historia política. Miguel Ángel Cabrera, analizando dicho concepto, afirma que se ha utilizado en tres sentidos diferentes: para subsanar las insuficiencias de la Historia política tradicional, para refirmar el paradigma de la Historia social, o para erigir un modelo explicativo de acción política diferente. Resulta difícil, desde posiciones marxistas, asumir esta tercera función, ligada a las propuestas posmodernas o de la Historia postsocial, pero no las otras, particularmente la segunda, que pretende conectar situación social y acción política no de manera directa, sino con la mediación de la cultura, en lo que Cabrera denomina «paradigma materialista renovado»[87].

¿Cuál es el bagaje histórico que puede ofrecer el marxismo a este respecto? Hay, ciertamente, buenas Historias políticas y culturales o un razonable manejo de esos factores por parte de historiadores marxistas, pero sí resulta cierto que, dentro de la tradición teórica del marxismo existen, en este terreno, bastantes carencias. Antoine Artous, minucioso reconstructor de las teorías políticas de Marx, reconoce que no encontramos en el pensador alemán «una teoría del Estado capitalista que sea el correlato del análisis de las relaciones de producción capitalistas realizado en El capital», y que muchas de las

insuficiencias perviven en el marxismo posterior del siglo XX; lo cual no impide que algunas de sus aportaciones puedan considerarse decisivas. Thompson afirma, no sin razones entendibles, que el marxismo ha descuidado las relaciones de poder, lo cual ha dificultado su afinamiento analítico sobre cuestiones como el nacionalismo, el estalinismo o la Guerra Fría. Parece evidente que existen huecos ostensibles en las visiones marxistas de la política internacional, las luchas entre Estados o la cuestión nacional. Lo cual no significa que Marx o sus seguidores, como se ha dicho, solo fueran sensibles a la explotación y no a la dominación[88].

Dentro de este terreno, en todo caso, algunas ideas básicas de Marx y Engels, convenientemente aplicadas, siguen conservando su potencial fertilidad, frente a determinadas derivas posmodernas y ciertas tendencias historiográficas que desconectan lo político de los intereses sociales o le otorgan una especie de prioridad constitutiva: la primacía de los conflictos de la «sociedad civil» con respecto al Estado; o el reconocimiento del carácter de clase del mismo, junto con la insoslayable «autonomía relativa» de su funcionamiento. Según el marxismo clásico, el Estado no es la encarnación de la nación o el pueblo, ni un poder opuesto o al margen de la sociedad, sino producto de esta y sus contradicciones. La clave de la política está en las relaciones sociales y «no hay jamás un movimiento político que al mismo tiempo no sea social»[89].

Para Marx, la vida material es «la base real del Estado». Eso no significa –aunque a veces se exprese de forma simplificada– que el Estado constituya un mero instrumento de clase. Marx teorizó acerca de la «autonomía relativa» del Estado, por ejemplo a propósito del bonapartismo. En el proceso que se analiza en El 18 Brumario de Luis Bonaparte, la burguesía teme a la república porque socava su base social y ya no puede ocultarse tras la corona, ni «desviar el interés de la nación mediante sus luchas subalternas intestinas y con la monarquía». Esto la hace retroceder ante «las condiciones puras de su dominación de clase». La burguesía percibía que «todas las armas forjadas por ella contra el feudalismo se volvían contra ella misma», que las libertades civiles y los organismos de progreso amenazaban su dominación de clase. Su mismo interés le aconsejaba esquivar el peligro de su gobierno propio. «Para salvar la bolsa», tenía que «renunciar a la corona»[90].

Después de Marx, Gramsci y otros enriquecieron el análisis político marxista, generándose una diversidad de posiciones que pluraliza ampliamente la tradición, casi siempre vinculando el campo de lo político, sin negar sus

mecanismos propios y dinámicas peculiares, a los intereses y conflictos sociales. Las teorías de Marx sobre el Estado pueden resultar insuficientes, pero algunas de sus intuiciones continúan siendo hoy de «sentido común». Por ejemplo, parece evidente que el Estado es partidista y no neutral entre los grupos sociales; como, con buen tino, sentencia Eagleton, «lo ilusorio es creer en la imparcialidad del Estado»[91]. Por eso, no resulta aceptable separar, salvo a efectos puramente propedéuticos o procedimentales, lo político de los intereses, relaciones y conflictos sociales, como hace cierta Historia cultural o posmoderna.

Ningún marxismo, renovado o no, puede ser idealista o «culturalista», pero a la vez debe conceder un papel importante a la cultura, como de hecho ya hicieron muchos historiadores marxistas. Y ello reconociendo que, tal como observa nuevamente Thompson, el marxismo ha desarrollado menos una teoría de la cultura que de otros aspectos, e incluso ha desdeñado a veces la influencia de los factores culturales[92].

Y si hablamos de la Historia política o cultural, no podemos menospreciar un concepto de la tradición marxista –aunque venga de más atrás– como el de ideología, profusamente usado por Marx, no siempre de manera clara y unívoca. En La ideología alemana, se afirmaba que las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante en cada época y «la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes». La historia de las ideologías debe hacerse en relación con sus bases materiales y no como una historia «fantasmagórica» de espíritus e ideas. Las ideologías se ligan a las clases, según se señala en El 18 Brumario:

Sobre las diversas formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de la vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los plasma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se los imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta[93].

Gramsci reflexionó recurrentemente sobre las ideologías, además de plantear

muchas cuestiones de interés relativas a la cultura popular. Para él, «dado que no puede existir cantidad sin calidad (economía sin cultura, actividad práctica sin inteligencia y viceversa), cualquier contraposición de los dos términos es un contrasentido». Constituye un error considerar las ideologías como meras apariencias o elucubraciones arbitrarias. En realidad, hay que distinguir entre «ideologías históricamente orgánicas», necesarias para determinada estructura, e «ideologías arbitrarias». Las históricamente necesarias organizan a las masas y forman el terreno en el que se mueven los hombres, adquieren conciencia de su posición y luchan. Marx se refiere a la fuerza que pueden tener, hablando de la «solidez de las creencias populares». En definitiva,

no hay que concebir la «ideología», la doctrina, como algo artificial y superpuesto mecánicamente (como un vestido sobre la piel, y no como la piel que es producida orgánicamente por todo el organismo biológico animal), sino históricamente, como una lucha incesante[94].

El concepto de ideología no resulta fácil, pero es fundamental para subrayar, por ejemplo, la opacidad de las condiciones objetivas que orientan la acción más allá de la conciencia de los actores; o la relación profunda entre ideas e intereses materiales. Eagleton lamenta que dicha noción se haya ido evaporando en los escritos de posmodernos y posestructuralistas. El abandono responde, seguramente, a «un titubeo político más profundo de sectores enteros de la antigua izquierda revolucionaria, que frente a un capitalismo temporalmente en posición ofensiva ha emprendido una firme y vergonzante retirada de cuestiones “metafísicas” como la lucha de clases y los modos de producción, la acción revolucionaria y la naturaleza del estado burgués». Para Eagleton, el concepto de ideología es preferible al uso incontinente de la noción de discurso: «la fuerza del término ideología reside en su capacidad para discriminar entre aquellas luchas del poder que son de alguna manera centrales a toda forma de vida social, y aquellas que no lo son». Por el contrario, los teóricos del discurso posmarxistas «deben proscribir la cuestión del origen de las ideas». Desde posiciones marxistas, se trataría de recuperar una noción de ideología que recoja creencias conscientes y articuladas, pero también dimensiones afectivas, inconscientes, míticas y simbólicas. La ideología es una «fuerza social organizadora que constituye activamente a los sujetos humanos en la raíz de su experiencia vivida

y pretende dotarles de formas de valor y creencias relevantes para sus tareas sociales específicas y para la reproducción general del orden social». Por ello Žižek defiende la «implacable pertinencia» de esta noción, desvinculándola de la problemática «representacionalista», porque la ideología no es mera «ilusión»[95].

POSIBILIDADES Y ESTRATEGIAS

Aunque los diagnósticos sobre el estado de salud del materialismo histórico en el presente y acerca de sus perspectivas de futuro pueden ser muy diversos, lo que al menos parece claro es que los textos de Marx siguen manteniendo su pertinencia para analizar algunos aspectos de la realidad actual. Hay que pensar incluso que más que en otros tiempos, ya que, como dice Eagleton a propósito de los análisis marxistas del presente, «lo que solía ser fantasía apocalíptica no es hoy más que sobrio realismo». Jameson ve a Marx «tan inagotable como el propio capital», con resonancias, acentos y significados nuevos en cada ocasión. El propio Thernborn piensa que «a pesar de todas las derrotas políticas que ha sufrido, la creatividad intelectual del marxismo sigue vigente». Hobsbawm cree que aún hoy tenemos que hacernos «las mismas preguntas» que Marx, aunque reconoce que «cualquier futuro resurgimiento del interés por el marxismo tendrá que basarse sin lugar a dudas en sustanciales reajustes de las tradicionales interpretaciones de su pensamiento». Bidet y Dumenil preconizan no un mero retorno sino una reconstrucción acorde con las necesidades de nuestro tiempo, lo que denominan altermarxismo. Se trataría ya de otra teoría, pero no de un mero «posmarxismo», dado que este proyecto supone «aceptar el reto marxista»; y aunque –añaden– lo que se desarrolló bajo la bandera del marxismo (análisis de la explotación y dominación, luchas sociales, universalismo) se despliega hoy bajo otros paradigmas (los de la ecología, el feminismo, la democracia radical y el altermundismo), no es fácil prescindir del marxismo, pues ¿se puede comprender la generalización del trabajo precario o la crisis ecológica sin el análisis de la ganancia?; o ¿es posible entender el racismo poscolonial o los conflictos Norte-Sur sin hacer referencia al imperialismo?[96].

A lo largo del presente texto, se han planteado algunas tesis que permiten diagnosticar la vigencia del marxismo o su posible recuperación en el análisis

histórico-social. Procede ahora concluir, en breve, con algunas consideraciones «tácticas» sobre cómo favorecer el razonable retorno de un marxismo igualmente razonable al debate historiográfico.

En primer lugar, ante todo, el marxismo del futuro debe ser necesariamente abierto, capaz de integrar, con los correspondientes reajustes, los mejores desarrollos del campo de la Historia. Eso no significa caer en el simple eclecticismo o pretender reconciliaciones imposibles. Otra posibilidad, legítima sin duda, pero menos interesante, consiste en aceptar la disolución de los componentes del marxismo en otras corrientes, a modo de impregnación, con riesgo de hacerles perder una carga crítica derivada en gran parte de su sistematicidad; o el mero sincretismo, mezclándolos con otras ideas, con riesgo de provocar incoherencias. El ejemplo del sugerente intento de Eley y Nield de combinar la vieja Historia social con el giro lingüístico y la posmodernidad muestra las posibilidades, pero también los límites de estas mixturas, sobre todo cuando se escoran «hacia un aplacamiento de los puntos de vista posmodernistas»[97].

La segunda propuesta tiene que ver con la utilidad de la convergencia entre historiadores racionalistas y críticos en la línea propuesta por Hobsbawm. Cabe recordar que el historiador británico ha defendido siempre un cierto «frentepopulismo historiográfico» de los renovadores de la Historia, así como la conveniencia de que los marxistas no se aislaran en guetos intelectuales. Hace ya una década, el historiador británico sugería «reconstruir el frente de la razón», o sea, «restablecer la coalición de quienes desean ver en la historia una investigación racional sobre el curso de las transformaciones humanas» frente a los que niegan la posibilidad de la comprensión histórica, los relativistas y los antiuniversalistas[98].

Una última consideración, derivada de la anterior, atañe a la necesidad de recuperar la vieja Historia social, enriquecida con nuevos desarrollos y contenidos. Es el deseo que manifestaba, por ejemplo, Núñez Seixas, rechazando, desde luego, el «marxismo de garrafón» y los «fundamentalismos weberianos», y recordando que en Thompson, Hobsbawm, Kocka o Wehler, destacaban la ponderación entre el papel de las estructuras y la acción humana, o entre la teoría y la investigación empírica. Lo más positivo de esa vieja Historia social –según Eley y Nield– radicaba no solo en su vocación totalizadora o su determinación materialista y estructural, sino también en su capacidad para ampliar e incorporar nuevas perspectivas. Recientemente, en una semblanza de

Hobsbawm, José Antonio Piqueras nos recordaba oportunamente que «no se concibe hoy la historia profesional actuando como si Marx y los marxistas posteriores a él, con sus propuestas sobre la sociedad, el Estado y la economía, no hubieran existido, al margen de que se suscriban sus conclusiones en parte o en todo». Y añadía una sentida loa, de acentos cervantinos, a los viejos y buenos tiempos de la Historia social que otros muchos, sin pretensión alguna de alimentar nostalgias, podemos suscribir:

Dichosa edad y décadas dichosas en las que la buena historia avanzaba, no sin fatiga, en la convicción de que se construía una forma de conocimiento del pasado que ayudaba a comprender el presente, para algunos con el ánimo de transformarlo en un sentido similar al añorado por don Quijote en su discurso a los cabreros […]: un mundo donde siendo comunes los bienes y recursos cuya apropiación estaba en el origen de los antagonismos sociales, acabara la injusticia, la desigualdad, la dominación de unas naciones por otras, el dominio político[99].

No podemos olvidar –y no es este un argumento menor en su defensa– que, como señalaba Palmer, los más notables historiadores sociales supieron situarse «en el lugar donde confluyen la interpretación del mundo y el intento de cambiarlo»[100].

[1] La hibridación teórica que caracteriza a los marxismos actuales no dejaría de ser producto de esa derrota, según R. Keucheyan, Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos, Madrid, Siglo XXI de España, 2013, pp. 86 y 92.

[2] G. Eley y K. Nield, El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2010, p. 84.

[3] G. Thernborn, ¿Del marxismo al posmarxismo?, Madrid, Akal, 2014, pp. 6-7, 130-131 y otras. M. Postone, Marx Reloaded. Repensar la teoría crítica del capitalismo, Madrid, Traficantes de Sueños, 2007. J. Sperber, Karl Marx. Una vida decimonónica, Madrid, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2013. E.

Hobsbawm, Años interesantes. Una vida en el siglo XX, Barcelona, Crítica, 2003, p. 210.

[4] T. Eagleton, Por qué Marx tenía razón, Barcelona, Península, 2011, p. 11.

[5] R. Wiliams, Cultura y materialismo, Buenos Aires, La Marca, 2012, p. 39.

[6] G. Eley y K. Nield, El futuro, pp. 192 y 213. J. J. Carreras, Razón de historia. Estudios de historiografía, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 235-236. X. M. Núñez Seixas, «La historia social ante el dominio dela historia cultural: algunas reflexiones», en Historia Social 60 (2008), p. 183.

[7] G. Duby, Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau, Madrid, Alianza, 1988, p. 101. J. A. Schumpeter, Capitalismo, socialismo y democracia, Barcelona, Folio, 1984, pp. 61-72. J. Elster, Una introducción a Karl Marx, Madrid, Siglo XXI de España, 1991, p. 108. M. Harris, El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura, Madrid, Siglo XXI de España, 1983, 4 ed., p. 191. G. Bueno, «Perestroika, revolución de octubre y marxismo», en Ábaco 9 (1990), pp. 61-72.

[8] E. Hobsbawm, Años interesantes, p. 271, y Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011, Barcelona, Crítica, 2011, p. 391. D. Bensaïd (Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica, Buenos Aires, La Herramienta, 2003, pp. 9-18), a comienzos del siglo XXI, reconocía el retroceso del marxismo en general, pero también de otras corrientes de «marxología académica carente de miras subversivas», como la teoría de la regulación o el marxismo analítico; en todo caso, citaba a una nónima de marxistas de evidente peso, como Brenner, Harvey, Jameson, Eagleton, Losurdo, Ellen Meiksins Wood, Žižek o Callinicos. G. Thernborn (¿Del marxismo…?, pp. 37-53) menciona, en un balance general, la pérdida de fuerza de la antaño potente economía marxista japonesa y la historia radical en la India; la obsolescencia del «ensayo político intelectual de izquierdas» en América Latina; o la desaparición del «marxismo de masas» de estudiantes y profesores jóvenes en Europa y América Latina.

[9] B. D. Palmer, «La historia social y la coyuntura presente», en Historia Social 60, 2008, pp. 188-189. J. Aurell, La escritura de la memoria. De los positivismos a los posmodernismos, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005, p. 149. G. Noiriel, Sobre la crisis de la historia, Madrid, Catedra /

Frónesis, 1997, p. 42. R. Keucheyan, Hemisferio, p. 28.

[10] J. A. Piqueras, «El dilema de Robinson y las tribulaciones de los historiadores sociales», en Historia Social 60, 2008, p. 68. E. Hobsbawm, Sobre la historia, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 10 y 152-154. G. Eley y K. Nield, El futuro, p. 192. J. Bidet y G. Duménil, Altermarxismo. Otro marxismo para otro mundo, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, p. 13.

[11] E. Hobsbawm, Años interesantes, pp. 272-273. J. Kocka, Historia social y conciencia histórica, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 74-86. G. Noiriel, Sobre la crisis, pp. 147-149. J. Serna y A. Pons, Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg, Madrid, Cátedra/Frónesis, 2000. S. Hall y M. Mellino, La cultura y el poder. Conversaciones sobre los cultural studies, Buenos Aires, Amorrortu, 2011. J. Fontana, «Ranahit Guha y los "Subaltern Studies"», en R. Guha, Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 7-16. S. Mezzadra (comp.), Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales, Madrid, Traficantes de Sueños, 2008.

[12] F. Jameson, Valencias de la dialéctica, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013, p. 417. A. Minc, Una historia política de los intelectuales, Barcelona, Duomo, 2012, p. 374. G. Thernborn, ¿Del marxismo…?, p. 43. E. Hobsbawm, Cómo cambiar, pp. 395-399.

[13] E. Hobsbawm, Años interesantes, pp. 272-273. E. Hobsbawm, Cómo cambiar, pp. 399-401. G. Thernborn, ¿Del marxismo…?, pp. 41-43. S. Buck-Morss, «Una ética de lo común(ista)», en S. Žižek (ed.), La idea de comunismo. The New York Conference (2011), Madrid, Akal, 2014, p. 90.

[14] J. A. Piqueras, «El dilema», p. 61. G. Eley y K. Nield, El futuro, p. 208.

[15] J. Dean, «Deseo comunista», en S. Žižek (ed.), La idea de comunismo, p. 99. J. Fontana, «Actualidad de Pierre Vilar», en A. Cohen Amselen y R. G. Peinado Santaella (eds.), Historia, historiografía ciencias sociales, Granada, Universidad de Granada, 2007, p. 87. G. Thernborn, ¿Del marxismo…?, pp. 132-133. R. Keucheyan, Hemisferio, pp. 47, 92 y otras.

[16] T. Eagleton, Por qué Marx, pp. 20-22. E. Hobsbawm, Cómo cambiar, p. 15.

[17] E. Breisach, Sobre el futuro de la historia. El desafío posmodernista y sus consecuencias, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2009, p.

255. G. G. Iggers (La ciencia histórica en el siglo XX, p. 96) se lo pregunta de manera más directa y contundente: «hay teorías acerca de una historiografía posmoderna. La cuestión es si también hay formas posmodernas de la historiografía».

[18] P. Joyce, «¿El final de la historia social?», en Historia Social 50 (2004), p. 31 y nota 18.

[19] K. Jenkins, ¿Por qué la historia? Ética y postmodernidad, México, FCE, 2006, pp. 70-71 y 80, aunque reconoce que la «deconstrucción» puede ser políticamente neutra, califica a Derrida como «hombre de izquierda» democrático. En cambio Alex Callinicos (Contra el postmodernismo, Buenos Aires, R&R, 2011, p. 172) afirma que «cualesquiera que sean sus convicciones políticas, que en todo caso no parecen elevarse demasiado por sobre un liberalismo de izquierda corriente, Derrida es incapaz de fundamentarlas racionalmente porque se niega los recursos para analizar las disposiciones sociales existentes, que rechaza, y para justificar su rechazo esbozando un estado de cosas más adecuado». François Cusset (French Theory. Foucault, Derrida, Deleuze & Cía. y las mutaciones de la vida intelectual en Estados Unidos, Barcelona, Melusina, 2005, pp. 135-137) subraya la ambivalencia política de su obra.

[20] Se ha dicho que Foucault «permite pensar nuevas dimensiones del capitalismo» y «pensar en el límite», y que «una gran parte del interés que se deriva de la obra de Foucault para nuestro tiempo es que sí supo conectar la dispersión de poderes con la fragmentación del sujeto revolucionario y la dispersión de los movimientos sociales». Véase F. Álvarez-Uría y J. Valera, «Introducción a un modo de vida no fascista», en M. Foucault, Estrategias de poder, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 9-25.

[21] J. F. Lyotard, La posmodernidad (explicada a los niños), Barcelona, Gedisa, 1990, p. 36. F. Cusset, French Theory, p. 296. F. Giménez Pérez, El materialismo filosófico de Gustavo Bueno, Oviedo, Pentalfa, 2004, p. 21.

[22] K. Jenkins, ¿Por qué la historia?, pp. 11-12, 40-41, 124,143, 91 y 93, 124 y 143. G. Vattimo, El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura postmoderna, Barcelona, Gedisa, 1990, 3.a ed., pp. 15-16. F. Cusset, French Theory, pp. 206-209. M. A. Cabrera, «La historia postsocial: más allá del imaginario moderno», en T. M. Ortega López (ed.), Por una historia global. El

debate historiográfico en los últimos tiempos, Granada, Universidad de Granada, 2007, pp. 46-52 y 60-67. M. A. Cabrera, «La situación actual de la Historia: un paisaje cambiante», en M. A. Cabrera y M. McMahon (coords.), La situación actual de la Historia. Ensayos de historiografía, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Universidad de la Laguna, 2002, p. 29. G. M. Spiegel, «La historia de la práctica: nuevas tendencias en historia tras el giro lingüístico», en Ayer 62, 2006, pp. 39-40.

[23] K. Jenkins, ¿Por qué la historia?, pp. 11, 14-15, 30, 41-42, 229-231 y 256-257. F. R. Ankersmit, «Historiografía y posmodernismo», en Historia Social 50, 2004, pp. 7-23.

[24] E. Hobsbawm, Sobre la historia, p. 8. T. Eagleton, Las ilusiones, p. 64.

[25] D. Harvey, La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, pp. 63, 65, 69 y 387. A. Callinicos, Contra, p. 31. S. Žižek, En defensa de la intolerancia, Madrid, Sequitur, 2007, p. 59. E. Breisach, Sobre el futuro, p. 208. J. Fontana, «E. P. Thompson, hoy y mañana», en Historia Social 18 (1994), p. 6. N. Kohan, Nuestro Marx, Madrid, La Oveja Roja, 2013, pp. 36-38, 41 y 59.

[26] «La crisis de la aspiración a la verdad objetiva sobre el pasado, pretendida materia de la ciencia histórica, es en última instancia una nueva reedición de la crítica idealista-historicista a la historia tradicional positivista, ampliada ahora a la historia social empírica» (J. A. Piqueras, «El dilema», p. 85).

[27] K. Marx y F. Engels, La ideología alemana. Crítica de la novísima filosofía alemana en las personas de sus representantes Feuerbach, B. Bauer y Stirner, y del socialismo alemán en las de sus diferentes profetas, Madrid, Akal, pp. 9-10. J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, Las verdades sobre la historia, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1998, pp. 201 y 220.

[28] S. O. Rose, ¿Qué es historia de género?, Madrid, Alianza, 2012, pp. 27-28 y 37-40, 209 y 214. F. Thebaud, Escribir la historia de las mujeres y del género, Oviedo, KRK, 2013, pp. 219-235. J. Wallach Scott, Género e historia, México, FCE, 2008, pp. 25, 30 y otras.

[29] S. Hall y M. Mellino, La cultura, pp. 20-28 y 55-62. F. Cusset, French Theory, pp. 142-147.

[30] F. Jameson y S. Žižek, Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 85-98 y 171-172. Para S. Žižek (En defensa, pp. 56 y 59), «la forma ideológica ideal del capitalismo global es el multiculturalismo», y la lucha por las diferencias culturales «deja intacta la hegemonía de base del sistema capitalista mundial».

[31] A. Mattelart y É. Neveu, Introducción a los estudios culturales, Barcelona, Paidós, 2004, pp. 69 y 159-160.

[32] R. J. C. Young, «Nuevo Recorrido por las Mitologías Blancas», en S. M. Mezzadra (comp.), Estudios Postcoloniales, p. 198.

[33] A. Mattelart y E., Neveu, Introducción, pp. 141-143. S. Mezzadra, «Introducción», en S. Mezzadra (comp.), Estudios Postcoloniales, pp. 15-25. F. Cusset, French Theory, pp. 147-153.

[34] F. Cusset, French Theory, pp. 153-154. D. Chakrabarty, «La historia subalterna como pensamiento», en S. Mezzadra (comp.), Estudios Postcoloniales, pp. 145-165. R. Guha, Las voces de la historia; y La historia en el término de la historia universal, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 75-76.

[35] G. Chakravorty Spivak, «Estudios de la Subalternidad. Deconstruyendo la historiografía», en S. Mezzadra (comp.), Estudios postcoloniales, p. 33. G. Chakravorty Spivak, ¿Puede hablar el subalterno?, Buenos Aires, El cuenco de plata, 2011, pp. 83-84.

[36] D. Chakrabarty, Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica, Barcelona, Tusquets, 2008. D. Chakrabarty, «La historia subalterna», pp. 155-156. R. Guha, Las voces, pp. 95-111. «Gramscianismo» de Hosbabwm en su enfoque de lo «prepolítico» y otros aspectos, en F. Erice, «Thompson y Hobsbawm frente a los dilemas del marxismo historiográfico: concepción de la historia, estrategia teórica y propuesta política», en Sociología Histórica 3 (2013), pp. 220-223.

[37] E. Sohat «Notas sobre lo “postcolonial”», en S. Mezzadra (comp.), Estudios Postcoloniales, pp. 103-120.

[38] S. Amin lo ha planteado reiteradamente en su visión de los procesos de transición al capitalismo, o en su libro El eurocentrismo. Crítica de una ideología, México, Siglo XXI de España, 1989. Un interesante ejercicio de

crítica histórica en ese sentido es el de J. Fontana, Europa ante el espejo, Barcelona, Crítica, 1994.

[39] J. Fontana, La historia de los hombres, Barcelona, Crítica, 2001, p. 38. T. Eagleton, ¿Por qué Marx…?, pp. 210-212.

[40] F. Halliday, El islam y el mito del enfrentamiento, Barcelona, Bellatera, 2005, p. 280. E. Hobsbawm, Sobre la historia, pp. 226-227.

[41] E. Hobsbawm, Sobre la historia, p. 8. J. A. Piqueras, «El dilema», p. 87.

[42] E. Hobsbam, Sobre la historia, pp. 9 y 173. M. L. G. Pallares-Burke, La nueva historia. Trece entrevistas, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2005, p. 34.

[43] G. Bueno, Ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas», Logroño, Biblioteca Riojana, 1991, pp. 281-283.

[44] J. Fontana, «Actualidad de P. Vilar», p. 24.

[45] R. Keucheyan, Hemisferio, p. 40. K. Marx y F. Engels. La ideología alemana, p. 38.

[46] «El marxismo y la ciencia social histórica se hallan unidos por la idea de que la sociedad y la historia poseen una coherencia interna», según G. G. Iggers, La ciencia histórica, p. 72.

[47] F. Jameson, Representing Capital. El desempleo: una lectura de «El capital», Madrid, Lengua de Trapo, 2012, p. 95. E. Hobsbawm (Sobre la historia, pp. 152-153) incluye, entre los rasgos que menciona del «marxismo vulgar», la creencia en «las leyes de la historias y la inevitabilidad histórica».

[48] T. Eagleton, Las ilusiones, pp. 77-83.

[49] K. Marx y F. Engels, La Sagrada Familia o Crítica de la crítica crítica contra Bruno Bauer y consortes, Madrid, Akal, 2013, pp. 111 y 120.

[50] K. Marx, El capital. Crítica de la Economía Política, Madrid, Siglo XXI de España, 1978, t. I, pp. 5-9; Contribución a la Crítica de la Economía Política, Madrid, Alberto Corazón, 1976, p. 37. K. Marx y F. Engels, Imperio y colonia.

Escritos sobre Irlanda, México FCE, 1979, pp. 52-53.

[51] Recuérdense sus artículos sobre la India de 1853, en K. Marx y F. Engels, Obras Escogidas, Madrid, Fundamentos, 1975, t. I, pp. 352-367. T. Shanin (ed.), El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo, Madrid, Revolución, 1990. I. Wallerstein, El capitalismo histórico, Madrid, Siglo XXI de España, 1988, pp. 87-101.

[52] Véase F. Erice, «Thompson», p. 211. J. Fontana, Europa, p. 154 o la Historia de los hombres, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 353-367.

[53] A. Gramsci, Cuadernos de la Cárcel, México, Era, 1986, t. 4, pp. 326-327. E. Hobsbawm, Entrevista sobre el siglo XXI. Al cuidado de Antonio Polito, Barcelona, Crítica, 2000, p. 18.

[54] G. Rudé, El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular, Valencia, Biblioteca de Historia Social, 2000, p. 102.

[55] G. Lukács, Historia y consciencia de clase, Grijalbo, México, 1969, pp. 7-11. P. Vilar, Economía, Derecho, historia. Conceptos y realidades, Barcelona, Ariel, 1983, pp. 225-226.

[56] J. Fontana, La historia después del fin de la historia. Reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 81-82. E. Hobsbawm, «El desafío de la razón. Manifiesto para la renovación de la historia», en Polis. Revista académica de la universidad bolivariana 11, 2005.

[57] G. Eley, Una línea torcida. de la historia cultural a la historia de la sociedad, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2008 p. 296.

[58] T. Eagleton, Las ilusiones, pp. 29-30. F. Jameson, Representing, pp. 27 y 217, y Valencias, p. 461. J. Fontana, La historia de los hombres, pp. 354-355.

[59] É. Balibar, La philosophie de Marx, París, La Découverte, 2014, ed. revisada, pp. 152-155. T. Eagleton, Por qué, pp. 76 y 79.

[60] G. Eley y K. Nield, El futuro, pp. 149-164. R. Keucheyan, Hemisferio, pp. 237-238 y 243-24. P. Vilar, Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Barcelona, Crítica, 1980, p. 23.

[61] G. Eley y K. Nield, El futuro, p. 99. F. Erice, «Thompson», pp. 227-228. R. Williams, Cultura, pp. 51-56. Habría que subrayar la relación, para los marxistas, entre inteligibilidad de la historia y posibilidades de acción transformadora.

[62] G. A. Cohen, La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa, Madrid, Siglo XXI de España, 1986. E. Hosbabwm, Sobre la historia, p. 168.

[63] K. Marx, «Manuscritos económico-filosóficos de 1844», en Escritos de juventud de Carlos Marx, México, FCE, 1987, p. 601.

[64] K. Marx, Líneas fundamentales de la crítica de la Economía política (Grundrisse), Barcelona, Grijalbo, 1977, t. I, p. 30. E. P. Thompson manifiesta su preferencia por esta fórmula (por ejemplo en Agenda para una historia radical, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 38-39). En cambio a Pierre Vilar no le parece propia del mejor Marx, aunque la imagen es fuerte y sugerente (P. Vilar, Economía, pp. 220-221).

[65] Carta de F. Engels a H. Starkenburg, 1894, en Obras Escogidas de Marx y Engels, t. II, pp. 537-543.

[66] A. Gramsci, Cartas desde la cárcel, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006, pp. 273-275. A. Gramsci, Cuadernos, t. III, pp. 161-162 y309.

[67] P. Vilar, Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español, Barcelona, Ariel, 1976, 3.a ed., p. 23. P. Vilar, Economía, p. 213.

[68] G. Eley y K. Nield, El futuro, p. 217. E. Hobsbawm, Sobre la historia, p. 168. E. P. Thompson, Agenda, pp. 11-12. E. P. Thompson, Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos, Valencia, Biblioteca Historia Social, 2002, p. 99. G. Rudé, El rostro, p. 102.

[69] R. Williams, Cultura, pp. 38 y 54. «Es probable –añade– que ese no fuera el concepto de superestructura manejado por Marx pero, aun así, no deja de ser una forma útil de depurar su propio argumento». T. Eagleton, Por qué, pp. 148-149.

[70] G. Bueno, Ensayo sobre las categorías, pp. 282-283 y 82-84. G. Bueno, El mito de la cultura. Ensayo de una filosofía materialista de la cultura, Barcelona, Prensa Ibérica, 1996, pp. 231-233.

[71] En ese sentido, cualquier marxismo que merezca ese nombre deberá tomar

con interés pero también con cautela los enfoques que vuelven a subrayar la importancia del individuo (el «retorno de los actores») obviando incluso sus anclajes sociales y enfatizando el peso de una subjetividad descontextualizada. Sobre la vuelta del sujeto individual, véanse como ejemplo breves observaciones de J.-C. Ruano-Borbalan, «Introduction génerale», en L'histoire aujourd'hui, Auxerre, Sciences Humaines, 1999, pp. 8-9.

[72] K. Marx, «El 18 Brumario de Luis Bonaparte», en Obras escogidas de Marx y Engels, Madrid, Fundamentos, 1975, t. I, p. 250.

[73] K. Marx, Miseria de la Filosofía. Respuesta a la Filosofía de la miseria del señor Proudhon, Madrid, Siglo XXI de España, 1979, 6.a ed., p. 158.

[74] K. Marx, «El 18 Brumario», t. I, p. 341.

[75] F. Erice, «Thompson», pp. 228-235. E. P. Thompson, Las peculiaridades, p. 103. H. J. Kaye, «George Rudé, historiador social», en G. Rudé, El rostro, p. 71.

[76] J. A. Piqueras, «El dilema», p. 61. G. Eley y K. Nield, El futuro, pp. 19-23, 26, 78, 168 y otras. D. Losurdo, La lucha de clases Una historia política y filosófica, Barcelona, El Viejo topo, 2014. T. Eagleton, Las ilusiones, pp. 94 y 98.

[77] S. Tarrow, El poder en movimiento. los movimientos sociales, la acción colectiva y la política, Madrid, Alianza, 1994. D. Mac Adam et al., Movimientos sociales: perspectivas comparadas, Madrid, Istmo, 1999. R. K. Merton, Teoría y estructura sociales, México, FCE, 1992, 3.a ed., pp. 56-91.

[78] D. Losurdo, La lucha de clases, p. 139. F. Vázquez García, Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón, Madrid, Montesinos, 2002, pp. 63-89. J. Kocka, Historia social y conciencia histórica, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 77-78. D. La Capra, Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica, México, FCE, 2006, pp. 17-18 y 57-103 (cita textual en p. 61).

[79] C. Rendueles, «Teoría social y experiencia histórica. la polémica entre E. P. Thompson y Louis Althusser», en Sociología Histórica 3, 2013, p. 193. E. P. Thompson, Las peculiaridades, p. 91. F. Erice, «Thompson», pp. 230-232.

[80] E. P. Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, Madrid, Capitán Swing, 2012, pp. 27-28 y otras; Miseria de la teoría, Barcelona, Crítica,

1981, pp. 19-21; «La política de la teoría», en R. Samuel (ed.), Historia popular y teoría socialista, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 313-315.

[81] F. Erice «Thompson», p. 232. William H. Jr. Sewell, «Cómo ser forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera», en Historia Social 18, 1994, pp. 85-87. P. Anderson, Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson, Madrid, Siglo XXI de España, 1985, p. 30. P. Benítez Martín, E. P. Thompson y la historia. un compromiso ético y político, Madrid, Talasa, 1996, pp. 123-129. J. Scott, «Historia de las mujeres», en P. Burke (ed.), Formas de hacer Historia, Madrid, Alianza, 1993, pp. 85-86. G. Eley y K. Nield, El futuro, pp. 141-142.

[82] H. J. Kaye, «George Rudé», pp. 50 y 58-59.

[83] G. G. Iggers, La ciencia histórica, p. 104. S. Pedersen, «¿Qué es la historia política ahora?», en D. Cannadine (ed.), ¿Qué es la historia ahora?, Granada, Almed/Universidad de Granada, 2002, pp. 79-112. E. Hernández Sandoica, Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy, Madrid, Akal, 2004, pp. 422-436. J.-F. Sirinelli, «L'histoire politique et culturelle», en J. C. Ruano-Borbalan (coord.), L'histoire aujourd'hui, pp. 157-163. R. Rémond, «Las tendencias de la historia contemporánea en Francia», en R. Rémond et al., Hacer la historia del siglo XX, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 19-23.

[84] J. Serna y A. Pons (La historia cultural. Autores, obras, lugares, Madrid, Akal, pp. 15-16) hacen una enumeración de algunos de los temas de la Historia cultural reciente que les ocupa 40 líneas del texto, una página completa. Interesante resumen de los diversos desarrollos de este campo, centrado en Francia, en Ph. Poirrier, Les enjeux de l'histoire culturelle, París, Editons du Seuil, 2004.

[85] E. Hernández Sandoica, Tendencias historiográficas, pp. 374 y 383-384. J. Aurell, La escritura, pp. 177 y 179-183. J. Serna y A. Pons, La historia cultural, p. 167.

[86] J. Serna y A. Pons, La historia cultural, pp. 66, 182, 194-195, 199 y otras. M. L. G. Pallares-Burke, La nueva historia, pp. 223-253 sobre Ginzburg en general y 262-264 sobre apreciaciones de Skinner en torno al marxismo.

[87] G. Eley, Una línea torcida, pp. 293-297. J. C. Ruano-Borbalán, «Introduction génerale», p. 9. M. Á. Cabrera, «La investigación histórica y el

concepto de cultura política», en M. Pérez Ledesma y M.a Sierra (eds.), Culturas políticas: teoría e historia, Instituto Fernando el Católico (CSIC)/Universidad de Zaragoza, 2010, pp. 19-85, especialmente pp. 59 y 79.

[88] A. Artous, Marx, el Estado y la política, Barcelona, Sylone, 2016, p. 36. E. P. Thompson, Agenda, pp. 11-12. E. Kohan, Nuestro Marx, pp. 61, 533-536, etc.

[89] K. Marx y F. Engels, Obras escogidas, t. II, pp. 336-337. K. Marx, Miseria, p. 160. K. Marx y F. Engels, La ideología alemana, p. 57.

[90] K. Marx, La ideología alemana, p. 286. Obras escogidas, t. I, pp. 277-278, 291-293, 326 y 340.

[91] Breve resumen de principales debates sobre teoría política marxista, en G. Taylor, «El marxismo», en D. Marsh y G. Stoker (eds.), Teoría y métodos de la ciencia política, Madrid, Alianza, 1997, pp. 255-272. T. Eagleton, Por qué Marx, pp. 189-190.

[92] J. Serra y A. Pons, La historia cultural, pp. 35-44.

[93] K. Marx y F. Engels, La ideología alemana, pp. 50-51 y 143. K. Marx, El 18 Brumario, p. 276.

[94] A. Gramsci, El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973, p. 44 y 56-57. A. Gramsci, Cuadernos, t. 2, p. 58.

[95] M. Vázquez García, Pierre Bourdieu, p. 67. P. Bourdieu y T: Eagleton, «Doxa y vida cotidiana: una entrevista», en S. Žižek (comp.), Ideología. Un mapa de la cuestión, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 296-297. T. Eagleton, Ideología, Una introducción, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 13-15, 27 y 280-283. S. Žižek, «Introducción», pp. 7-42.

[96] T. Eagleton, Por qué Marx, pp. 20-22. F. Jameson, Representing, p. 19. G. Thernborn, ¿Del marxismo…?, p. 84. E. Hobsbawm, Cómo cambiar, pp. 25 y 403. G. Bidet y G. Duménil, Altermarxismo, pp. 14-18.

[97] Es la opinión, que comparto, de J. Sangster «Historia Social», en Historia Social 60, 2008, pp. 213-224, que reconoce que el intento es «bien intencionado y a menudo intelectualmente estimulante».

[98] Véase F. Erice, «Thompson», p. 219. E. Hobsbawm, «El desafío».

[99] X. M. Nuñez Seixas, «La historia social», pp. 183-184. G. Eley y K. Nield, El futuro, pp. 145-146. J. A. Piqueras, La era Hobsbawm en historia social, México, El Colegio de México, 2016, pp. 19-20.

[100] B. D. Palmer, «La historia social», p. 192.

XI. PARA UNA HISTORIA DE LA HISTORIA MARXISTA

Josep Fontana

Uno de los mayores problemas que hay para definir qué sea una historia legítimamente marxista es el de que, por principio, debe ser una historia que vaya más allá de las codificaciones más o menos dogmáticas que forman lo que la mayoría entiende por «marxismo», con el agravante adicional de que, a diferencia de lo que sucede con la política o la economía, no se contaba hasta hace pocos años con textos publicados de Marx que expusieran con claridad sus ideas acerca de la historia, aunque, paradójicamente, estas constituyesen una de las bases fundamentales de lo que se denominaba materialismo histórico.

El núcleo inicial de estas ideas lo elaboraron Marx y Engels en Bruselas entre el verano de 1845 y el otoño de 1846, y las consignaron en el extenso texto de La ideología alemana, que decidieron no publicar y que no se editó hasta 1932 (y en una edición satisfactoria hasta 1965). Aunque Engels dijera más tarde que el libro reflejaba que sus conocimientos de historia económica eran todavía precarios, la verdad es que contenía planteamientos que hubiera sido útil que se divulgasen con anterioridad como la afirmación de que las abstracciones teóricas, «por ellas mismas y separadas de la historia real, no tienen ningún valor»[1].

La primera ocasión en que dieron a conocer algo acerca de su visión de la historia fue en la publicación de El manifiesto comunista de 1848, con la afirmación de que «la historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy es la historia de luchas de clases». El momento revolucionario que esperaban que se produjera en 1848 se frustró, y Marx dedicó al análisis de lo que había ocurrido Las luchas de clases en Francia, publicado en 1850, y El 18 Brumario de Luis Bonaparte, publicado en 1852, que comenzaba con una afirmación contundente: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en las condiciones elegidas por ellos, sino en unas condiciones directamente dadas y heredadas del pasado»[2].

Aunque hay en El 18 Brumario elementos interesantes acerca de la concepción de la historia, no se trata propiamente de una investigación histórica, sino de un análisis político de actualidad. Y aunque sabemos que las reflexiones de Marx en este campo siguieron madurando, su plena dedicación en los años centrales de su vida a desentrañar el funcionamiento de la economía capitalista de su tiempo dio lugar a que estas reflexiones no se publicasen, como ocurrió, por poner un ejemplo, con las referidas a las formaciones económicas precapitalistas que desarrolló en los Grundrisse, que permanecerían inéditas hasta la segunda mitad del siglo XX[3].

En 1859, en cambio, Marx publicó en el prefacio de su Contribución a la crítica de la economía política[4] una formulación esquemática, que quedaría como texto canónico, citado e interpretado una y otra vez, que, lamentablemente, se convirtió en aquello mismo que Marx y Engels habían condenado en La ideología alemana, una «abstracción teórica» que condicionaba el estudio de la realidad. Esta formulación contenía elementos innovadores, junto a otros que eran residuos de la concepción histórica de la escuela de la ilustración escocesa, como la sucesión de «los modos de producción asiático, antiguo, feudal y burgués moderno», que iba a llevar a debates y confusiones inacabables.

La adopción que muchos hicieron como guía interpretativa de un texto como este contrasta con la riqueza de matices que encontramos en la práctica del propio Marx, como puede verse en el capítulo veinticuatro del volumen primero de El capital, sobre «La llamada acumulación originaria», que es posiblemente la mejor muestra que tenemos del Marx historiador, donde al estudiar la expropiación de los campesinos y la génesis de un mercado interno para el capital industrial, nos muestra cómo detrás de este proceso no hay solamente las consecuencias inevitables de la evolución económica, sino, para comenzar, la coerción ejercida por las clases dominantes a través del Estado, con el fin de forzar a los campesinos a someterse al «sistema del trabajo asalariado» mediante la aplicación de leyes brutales. Con lo cual se ha conseguido que «aparezcan en un polo las condiciones de trabajo como capital y en el otro polo seres humanos que no tienen que vender más que su fuerza de trabajo», en un esfuerzo que no cesa hasta haber logrado que la clase trabajadora acepte esas condiciones como leyes naturales, «por educación, tradición y costumbre»[5].

La dedicación de Marx al estudio del capitalismo realmente existente prosiguió hasta el fin de su vida. Cuatro años antes de su muerte, en 1879, escribía a Danilson que no podía terminar el volumen segundo de El capital antes de que

concluyese la crisis por la que estaba atravesando la economía inglesa: «Hay que observar el curso real de los acontecimientos hasta que lleguen a su maduración antes de poder consumirlos productivamente, con lo cual quiero decir “teóricamente”»[6]. Lo que significa que el viejo Marx no se consideraba en posesión de un juego de herramientas teóricas sobre el capitalismo que le permitiese juzgar lo que sucedía sin seguir con la práctica de «observar el curso real de los acontecimientos».

Menos aún podía pensarse en la existencia de una «teoría marxista de la historia», que se pretendería desarrollar más adelante sobre la base del prefacio a la Contribución. Hubiera bastado con prestar atención a algunas cartas que muestran un Marx real lleno de dudas y de vacilaciones. Como ha dicho Kiernan, la concepción de lo que pudiera entenderse como una historia marxista padeció del hecho de que no se hubiesen publicado la mayoría de los textos que mostraban cómo había evolucionado el pensamiento de Marx después de la Contribución[7].

Sabemos de sus dudas, por ejemplo, por la carta que escribió a Engels el 25 de marzo de 1868 en que le explicaba que la lectura de los libros de Maurer sobre las instituciones de los germanos le había hecho reflexionar sobre la supervivencia de las formas precapitalistas en un entorno capitalista, lo que le llevó posteriormente a matizar en la traducción francesa de El capital lo que sobre la expropiación de los campesinos había dicho en el capítulo 24 de la edición alemana, reduciendo su aplicación al ámbito de la Europa occidental, que habría seguido el modelo inglés, y dejando entender con ello que había otras vías posibles de evolución. Una idea que amplificará a finales de 1877 en una carta al director de una revista rusa, que no llegó a enviar, en que precisaba que en el capítulo 24 no había pretendido otra cosa que «trazar el camino por el cual surgió el orden económico capitalista en la Europa occidental del seno del régimen económico feudal»[8].

Por entonces había estudiado la lengua rusa y se había informado sobre la evolución de la economía de Rusia. El 16 de febrero de 1881 Vera Zasulich le escribió una carta para preguntarle si él creía, como la mayoría de los marxistas rusos, que la comunidad campesina era una forma de organización arcaica destinada a desaparecer. El tema preocupaba a Marx, que escribió hasta cuatro borradores de una extensa carta que no llegó a enviar, que muestran que pensaba seriamente en la posibilidad de que, si el capitalismo no seguía avanzando en Rusia, existía la posibilidad de que pudiese convertirse en una sociedad sin

clases sin necesidad de sufrir previamente el paso por el capitalismo. Algo que desbordaba el esquema de 1859[9].

Nadie, ni el propio Engels, que hizo publicar el borrador de la carta de 1877 después de la muerte de Marx, parece haber advertido la importancia de estas ideas. En los últimos años de su vida, dese 1890, Engels escribió una serie de textos sobre la concepción de la historia en que se mostraba alarmado al ver que los jóvenes usaban el marxismo como un sistema para encontrar respuestas deducidas automáticamente de un esquema previo. «El método materialista –decía– resulta contraproducente si, en lugar de adoptarlo como un hilo conductor del estudio histórico, se utiliza como un esquema fijo e inamovible con el que clasificar los hechos históricos». A lo que añadía, en carta a Conrad Schmidt: «Toda la historia ha de ser nuevamente estudiada […] antes de emprender la tarea de deducir sus correspondencias […]. Hasta ahora no se ha hecho nada de esto». Y en 1894, un año antes de su muerte, insistía en combatir el determinismo económico[10].

Karl Kautsky añadiría más tarde:

La exactitud más o menos absoluta de la concepción materialista de la historia no depende de las cartas y los artículos de Marx y de Engels, solo puede probarse por el estudio de la propia historia […]. Esta era también la opinión de Marx y de Engels; lo sé por conversaciones privadas con este último y encuentro la prueba de ello en el hecho, que parecerá extraño a muchos, de que los dos no hablaban sino raramente, y con brevedad, de su teoría, y ocupaban la mayor parte de su actividad en aplicar esta teoría al estudio de los hechos[11].

Lo que ocurre es que esta aparente llamada al sentido común tiene una compleja lectura política. Ni Marx ni Engels eran dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán, el SPD, y en ocasiones se habían mostrado críticos con sus planteamientos. Tras la muerte de Marx, Engels parece haber iniciado un cierto acercamiento a la dirección del SPD, en los momentos en que esta se orientaba hacia el parlamentarismo, despertando la oposición de una serie de jóvenes militantes izquierdistas que reivindicaban la tradición revolucionaria de El manifiesto comunista. Era a estos militantes a los que Engels dirigía sus

advertencias sobre la interpretación del materialismo histórico, y lo hacía en vísperas de un congreso del partido[12].

En contra de lo que pudieran hacer creer estos pronunciamientos contra el dogmatismo, Engels se dedicó en estos años a una tarea que contribuyó a la codificación del «marxismo» como un cuerpo de doctrina, a través de sus trabajos de divulgación del pensamiento de Marx, lo que hacía con mucha claridad y dándole un aire de «ciencia». Sus obras de síntesis, y en especial Socialismo utópico y socialismo científico, del que el propio Engels reconocía que «ninguna otra obra socialista, ni El manifiesto comunista ni El capital de Marx, ha sido traducida tantas veces», fueron la referencia esencial para el marxismo ortodoxo que, por obra de autores como Kautsky, Plejánov o Labriola, elaboró una supuesta doctrina científica que permitía anunciar a los militantes que tenían las leyes de la historia a su favor y que el triunfo de la causa era inevitable[13].

Esta fosilización se dejó sentir de manera más aguda, si cabe, en España, donde los anticipos prometedores que aparecieron a finales del siglo XIX, como el Informe de la Agrupación socialista madrileña, de Jaime Vera (1884) o las Notas para la historia de los modos de producción en España de Juan José Morato (1897), no tendrían continuidad. Uno de los «pensadores» del Partido Socialista Obrero Español, el filósofo Verdes Montenegro, sostenía en 1917 que lo que importaba no era la validez de las ideas de Marx, sino la bondad de las propuestas formuladas por el partido[14]. Y un dirigente tan importante como Indalecio Prieto confesaba en 1930 su total ignorancia acerca de la doctrina y la historia del marxismo, cuando, en el exilio en París, le pedía a Gorkín que le facilitara algún libro sobre Marx, sobre Lenin y sobre la revolución rusa, «pero lo más sencillos posible, que para dormirme me basto yo»[15].

En Rusia, mientras tanto, el marxismo, triunfador en apariencia con la revolución soviética, sufría primero los efectos simplificadores de la voluntad de divulgación pedagógica, con textos como La teoría del materialismo histórico: Manual popular de sociología marxista de Nikolai Bujarin, que provocaría las iras de Gramsci, quien denunciaba «la nefasta tendencia a […] reducir una concepción del mundo a un formulario mecánico, que da la impresión de tener toda la historia en el bolsillo»[16].

A ello se sumaría más adelante la intervención de Stalin que en octubre de 1931 decidió que el trabajo de los historiadores había de acomodarse en cada momento a las directrices del partido, condenando a las «ratas de biblioteca» que pretendían «seguir estudiando» temas que el partido había decidido y que había que considerar por ello como axiomas. Su intervención llegó tan lejos como para enmendar el texto canónico del prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política, eliminando el «modo de producción asiático» para poder elaborar «un esquema único y necesario por el cual han de pasar todas las sociedades», con lo que el materialismo histórico acababa convirtiéndose en lo que Marx combatía: una filosofía de la historia[17].

La reducción del marxismo a poco más que un recetario de fórmulas se reflejaría en el mundo de habla castellana en la forma en que se invocaban los textos como explicaciones de la realidad, sin prestar demasiada atención a su sentido. Solo así se puede entenderlo sucedido con la traducción de Wenceslao Roces de El capital, que fue durante muchos años la versión de referencia, donde una serie de errores de traducción que podían advertirse sin más que el empleo del sentido común, pasaron inadvertidos de la edición madrileña de 1934-1935 a la mexicana de 1946 y a la nueva edición, también mexicana, de 1959, que se presentaba como «cuidadosamente revisada». Deslices que ofenden al sentido común se repetían de una cita a otra sin ser advertidos, lo cual demuestra el tipo de lectura litúrgica que se hacía de estos textos[18].

Todo esto no sería tan grave si no fuese porque este marxismo litúrgico se utilizaba como cobertura de análisis de la situación económica faltos de rigor, como los de Ramos Oliveira[19], y de planteamientos políticos que en ocasiones resultaban poco menos que delirantes.

Pero en este panorama de fosilización del pensamiento marxista «ortodoxo» hay una excepción que resulta obligado señalar: la de los historiadores. No me refiero, como es lógico, a los funcionarios académicos de los países del «socialismo realmente existente», que se plegaban, como lo hacen sus colegas en todas partes, sea cual sea la ideología de los gobiernos, a las exigencias políticas del momento, sino a los investigadores: a aquellos que, empeñados en analizar la realidad, convirtieron efectivamente su formación marxiana en una herramienta de interpretación no solo del pasado, sino también del presente.

En la propia Unión Soviética este sería el caso de algunos arqueólogos e historiadores de la Antigüedad oriental, como Igor Diakonoff[20], de algunos medievalistas o de investigadores de los siglos modernos como Boris Porshnev, Alexandra Lublinskaya o Anatoli Ado. Recuerdo mis conversaciones con Svetlana Pozharskaya, una historiadora rusa que me explicaba que en la Academia de Ciencias estaban preparando una historia de Europa, que no avanzaba porque los especialistas en la Antigüedad y en la Edad Media estaban sumidos en tremendos debates teóricos, mientras quienes tenían que redactar la parte contemporánea estaban de acuerdo en todo y no tenían problema alguno. No se daba cuenta de hasta qué punto revelaba este hecho la forma en que la asimilación de la ortodoxia había asfixiado su sentido crítico. Porque la verdad es que Pozharskaya era una mujer sincera y de buena fe, un tanto ingenua, que más adelante se convertiría en una entusiasta propagandista de la «perestroika».

En los países de la Europa oriental hubo también, al margen del academicismo ortodoxo, una historiografía de una extraordinaria calidad, con nombres como los de Josef Polishensky, Frantisek Graus o Josef Macek en Checoslovaquia o como Manfred Kossok en la Alemania Oriental. Y lo mismo valdría para un caso como el de Manuel Moreno Fraginals, en Cuba, y su espléndido estudio sobre «El ingenio». Todavía recuerdo el día en que una funcionaria cubana me decía, al explicarle yo que conocía y apreciaba a Moreno: «¡Ah, sí! Pero ese es muy poco marxista». Qué sabía la desgraciada qué fuese eso del marxismo.

La mayoría de estos hombres sufrieron como consecuencia de su esfuerzo por mantenerse coherentes. Quisiera ilustrarlo con el ejemplo de dos que he conocido. Este fue el caso de Manfred Kossok, que desde la Universidad de Leipzig, en la República Democrática Alemana, dirigió una importante serie de estudios de historia comparada de las revoluciones en los tiempos modernos, de 1500 a 1917[21]. Kossok vivió ilusionado los momentos que siguieron en 1945 a la victoria sobre el fascismo, en que parecía que era posible fundar una sociedad democrática e igualitaria.

Les leeré sus propias palabras sobre esto: «Aquellos años fueron los años de las grandes esperanzas, de las visiones, de las utopías –fin del imperialismo en 10 o 20 años, liberación de todos los pueblos, bienestar universal, paz eterna– y fueron años de ilusiones heroicas: el socialismo real como el mejor de todos los mundos». Pero «en lugar de una revolución desde abajo se impuso una revolución desde arriba. Los intentos espontáneos de un viraje democrático-popular, que se mostraban en los comités antifascistas, fueron bloqueados

rápidamente. Las auténticas posibilidades revolucionarias de los años de 1946 a 1948, culminando en la constitución de 1948, propuesta por el Congreso popular, no lograron realizarse. El poder del pueblo se convirtió en la "dictadura de los obreros y campesinos" que en realidad se reducía a la dictadura de un partido y finalmente, a la del buró político del "partido dirigente". El crimen histórico de la casta estalinista consistió en abusar del idealismo de generaciones enteras y desacreditar de manera irreparable la idea del socialismo».

La forma en que este breve paréntesis de democracia socialista fue decapitado es bien conocida, pero la realidad de lo que significaba aquel proyecto ha sido olvidada. Como me dijo en una ocasión Edward P. Thompson: «Este fue un momento auténtico y no creo que la degeneración que siguió, en la cual hubo dos actores, el estalinismo y Occidente, fuese inevitable. Pienso que es necesario volver a ocuparse de ello y explicar que este momento existió».

Kossok participó más adelante en los esfuerzos por transformar el régimen de la Alemania Oriental en una democracia socialista, que estaban tomando fuerza en el movimiento que en octubre y noviembre de 1989 animaba una amplia corriente de democracia directa que pedía libertad y derechos humanos en el marco de un socialismo renovado. El movimiento reclutó a jóvenes, estudiantes, intelectuales, sacerdotes, obreros… Todas las esperanzas se derrumbaron por un complejo de razones internas y externas, en las que desempeñó un papel decisivo la venta que hizo Gorbachov de esta Alemania a Helmut Kohl.

El otro nombre que quisiera recordar es el de un historiador checo, Bohumil Badura, discípulo de Polishensky, con el que he mantenido una larga amistad. No era miembro del Partido Comunista, y no disfrutó por ello de ningún privilegio, pero vivió con ilusión la llamada «primavera de Praga» en que, me decía, compartió el entusiasmo popular «por un sistema político ejemplar y un desarrollo económico que podía elevar el nivel de vida del pueblo dentro de una economía socialista». Y sufrió al ver que los países del ámbito del socialismo real condenaban aquel intento –leyendo la prensa de estos países, me decía, «me parecía estar en un mundo irreal, en que la silla no es realmente la silla sino un instrumento diabólico, y en que el verdadero nombre de la verdad es la mentira»–. Años después, cuando los regímenes de las «democracias populares» habían desaparecido, me confesaba, cenando una noche en Barcelona: «pero yo sigo sintiéndome socialista».

En la Europa occidental destacó sobre todo la historiografía marxista británica,

que se desarrolló ligada a los problemas políticos de su tiempo y que dio nombres de tanta influencia como los de Rodney Hilton, Christopher Hill, Edward Thompson, Eric Hobsbawm, Gordon Childe y algunas figuras tan singulares como Geoffrey E. M. de Ste. Croix, un abogado conservador que cambió de convicciones en 1936, ante el avance del fascismo y la experiencia de la Guerra Civil española. Ste. Croix fue piloto de la Royal Air France durante la Segunda Guerra Mundial y, acabada esta, abandonó su trabajo de abogado para estudiar historia en la Universidad de Londres e iniciar una carrera de investigador que culminó, a los setenta años de edad, con una obra maestra de inspiración marxista: La lucha de clases en el mundo griego antiguo.

En Francia, donde la tradición socialista estaba representada por una línea que iba de Jaurès, pasando por Labrousse a Pierre Vilar, surgió también un verbalismo estéril, el del estructuralismo marxista, amparado por la cobertura filosófica de Althusser, quien, criticando «la confusión que reina en el concepto de historia», se decidió a reestructurar la disciplina desde la pura reflexión filosófica, en un ejercicio de metateoría. El modo de producción se dividió en estructuras regionales y se estableció todo un juego de relaciones entre estas, con el que se quería resolver verbalmente todas las contradicciones. La euforia verbalista estimuló la creación de toda suerte de nuevos «modos de producción especializados» –doméstico, tributario, parcelario, etc.– cayendo en la vieja trampa de «resolver» los problemas reformulándolos verbalmente. No se trataba de «consumir teóricamente la realidad», como pedía Marx, sino de usar una teoría previamente establecida para interpretarla.

El panorama sufrió una mutación con el conjunto de los cambios que se produjeron a partir de 1968, cuando se frustraron las esperanzas revolucionarias en París, en México y en Praga, y a lo largo de los años setenta, cuando comenzó una reacción intelectual que en Estados Unidos fue anunciaba por Lewis Powell al prevenir al mundo de los negocios del peligro que representaban las ideas progresistas que se estaban desarrollando entre los intelectuales y en las universidades, mientras en Gran Bretaña la señora Thatcher no solo luchaba contra los sindicatos, sino que se esforzaba en eliminar de la enseñanza cualquier rasgo de una historia social progresista, proponiendo en la Cámara de los Comunes: «En lugar de enseñar generalidades y grandes temas, ¿por qué no volvemos a los buenos tiempos de antaño en que se aprendían de memoria los nombres de los reyes y las reinas de Inglaterra, las batallas, los hechos y todos los gloriosos acontecimientos de nuestro pasado?»[22].

El terreno que ocupaba el estudio de la sociedad fue invadido en primer lugar por el giro cultural y por el análisis del discurso, y la historia pasó de ser un esfuerzo científico para explicar la realidad a «una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa» en que la visión del pasado surgía de la poética histórica usada[23]. Y de ahí al posmodernismo, con su diversidad de enfoques teóricos, que perseguían «el análisis histórico de la representación frente a la quimérica persecución de una “realidad” histórica perceptible y accesible», con lo cual se acababa negando la posibilidad y la utilidad de la historia[24].

El desencanto político se llevó por delante el estructuralismo marxista francés, entre la tragedia personal de Althusser y Poulantzas, y la oportunista conversión de los Furet o Le Roy Ladurie, pero no sucedió lo mismo con la historiografía marxista británica, que se había desarrollado implicándose en los problemas políticos y sociales de su tiempo. Esta fue la causa de que la mayoría de sus miembros rompieran con el Partido Comunista británico hacia 1968. Pero, a diferencia de lo ocurrido en Francia, estos hombres se mantuvieron fieles a sus ideas, como ocurrió con Edward Thompson, que participó activamente en la lucha por la paz, y se reafirmó en sus principios cuando en 1991 volvió a la historia con Customs in common.

Lo mismo ocurrió, aunque de un modo distinto, en un caso como el de Eric Hobsbawm, quien no rompió formalmente con el partido, pero que se mantuvo intelectualmente independiente, y que dedicó sus últimos libros a analizar la crisis del socialismo, tanto en su vertiente revolucionaria como en la socialdemócrata[25], y a proponernos, ante la caótica situación de comienzos del siglo XXI, que «una vez más, ha llegado la hora de tomarse en serio a Marx», recuperando su instrumental de análisis. «No podemos prever las soluciones de los problemas a los que se enfrenta el mundo en el siglo XXI, pero para que haya alguna posibilidad de éxito deben plantearse las preguntas de Marx», aunque haya que prescindir de las respuestas que les dieron sus discípulos[26].

La historiografía marxista actual ha sobrevivido a la crisis que hundió el «socialismo realmente existente», aceptando lo que había de justo en las críticas a que fue sometida y ha incorporando lo que había de positivo en unas propuestas alternativas que han ido decayendo, sin mostrarse a la altura de sus ambiciones. Ha retenido elementos del giro cultural asociándolo, como ha dicho Geoff Eley, a un retorno a la historia social que compagina una variedad de modos de mirar al mundo, tanto en el pasado como en el presente[27]. Ha roto con las escalas tradicionales del espacio y del tiempo, con el fin de reemplazar

las viejas interpretaciones lineales por otras capaces de percibir la diversidad, y de sustituir el mito de la continuidad por la búsqueda de la contingencia. Ha abandonado los restos de un eurocentrismo originario para abrirse a los desafíos de la world history y de la big history. Y tiene todavía el reto de desarrollar lo que se inició como «historia desde abajo» en la línea que propone Ranahit Guha, el inspirador de la escuela de los estudios subalternos, cuando reclama la necesidad de abandonar la tradición narrativa clásica para nuevas buscar formas que nos permitan incorporar al relato todas las voces de la historia[28].

Pero el mayor de los desafíos que se plantean hoy a los historiadores marxistas es el de contribuir al análisis de la gran mutación del capitalismo que estamos viviendo. Un cambio que comenzó en los años setenta del siglo pasado como una «gran divergencia» en el reparto de los beneficios de la producción entre trabajadores y empresarios (que acabó convirtiéndose en la diferencia creciente que separa hoy a los pobres de los ricos), y que nos está llevando a una desigualdad extrema, que no solo está conduciendo a empeorar los niveles de vida de los más, sino que se ha llevado por delante, complementariamente, una parte considerable de nuestras libertades[29].

El último análisis del Crédit Suisse muestra que un 8,6 por 100 de los más ricos reúnen más del 85 por 100 de la riqueza mundial, mientras que el 70 por 100 de los más pobres no llegan a poseer ni un 3 por 100. Pero el rasgo más alarmante de estos cálculos es el que se refiere a la rapidez con que la desigualdad crece de un año a otro, lo que ha llevado a Danny Dorling a decir que si este ritmo continuase, en pocos años «el 1 por 100 de los más ricos del planeta lo poseerían todo y los pobres no tendrían nada»[30].

Una situación que un gran empresario norteamericano, Nick Hanauer, analiza diciendo que, si bien alguna desigualdad es necesaria para el funcionamiento de una economía capitalista, el grado actual de acumulación de la riqueza está convirtiendo nuestra sociedad en una cada vez más semejante a la feudal.

Ninguna sociedad –dice– puede tolerar este nivel de crecimiento de la desigualdad. De hecho, no hay ejemplo en la historia de la humanidad de que se haya acumulado una riqueza semejante y no hayan aparecido las horcas de la rebeldía. Mostradme una sociedad muy desigual y os mostraré un estado policial. O una insurrección. No hay ejemplos en sentido contrario. No se trata

de si ocurrirá, sino de cuándo ocurrirá[31].

No estamos hablando de una crisis de la que se esté saliendo con una lenta recuperación, como pretenden hacernos creer quienes la comparan con la de los años treinta del siglo pasado, sino de una auténtica mutación que se ha instalado para durar: de un cambio en las reglas del juego, que condiciona los caminos del futuro.

La función del historiador consiste, en este caso, en desvelar las razones que frustraron las perspectivas de lo que en 1917 parecía que iba a ser un siglo de revolución social: una trayectoria que fue capaz de obtener en la Segunda Guerra Mundial la victoria sobre el fascismo, y que garantizó, en las décadas que siguieron a su fin, la implantación del Estado de bienestar y unos años en que los ingresos de los de abajo crecían más que los de los de arriba, sin que ello fuese obstáculo para el florecimiento de la producción y de la riqueza. ¿Por qué falló esta trayectoria de progreso? ¿Cuáles fueron las razones que explican la mutación que se inició en los años setenta? En un libro que ha ejercido una gran influencia Thomas Piketty viene a decirnos que la desigualdad, la superioridad de la acumulación del capital sobre el crecimiento económico, es un rasgo permanente de la historia y que, tras haber pasado por esta anómala etapa en que soñamos en cambiar las cosas, el futuro vuelve a ser del capital y de la riqueza heredada.

Quienes no aceptamos que la aspiración a un mundo más igual sea algo a lo que haya que renunciar, tenemos la obligación de ayudar a desvelar, a través del análisis del pasado, los mecanismos que han conducido a esta situación, con el fin de contribuir a despertar las energías colectivas que son necesarias para combatirla. En un libro que apareció póstumamente Edward Thompson evocaba aquella aspiración a una democracia social plena, nacida en la posguerra de 1945 al calor del antifascismo, que frustró la Guerra Fría. Y sacaba de ella una gran esperanza para el futuro, si éramos capaces de recuperar aquellos valores. ¿Es esto posible? Su respuesta era: «Esta no es una pregunta que podemos hacer a la historia. Es, en esta ocasión, una pregunta que la historia nos hace a nosotros». Unas palabras que tienen plena validez hoy, cuando todas las conquistas sociales que se habían logrado en dos siglos de luchas colectivas están amenazadas por una nueva y peligrosa reacción.

[1] La ideología alemana en Marx Engels Werke (en lo sucesivo MEW), Berlín, Dietz, 3, pp. 9-530 [ed. cast.: Madrid, Akal, 2014]. De este texto hay una mala traducción castellana de W. Roces, con erratas que desnaturalizan su sentido. Sobre esta obra, A. Cornu, Karl Marx et Friedrich Engels, París, PUF, 1970, IV, pp. 170-285; M. Rossi, La génesis del materialismo histórico, Madrid, Comunicación, 1971, III, pp. 19-194 y, sobre todo, P. Vilar, «Marx y la historia», en Historia del marxismo, Barcelona, Bruguera, 1979, I, pp. 126-145.

[2] «Der achtsehnte Brumaire des Louis Bonaparte», en MEW 8, pp. 111-207.

[3] Inéditos hasta 1939-1941, pero desapercibidos hasta les ediciones alemanas de 1952 y 1956, y divulgados tan solo gracias a la edición inglesa preparada por E. Hobsbawm, Karl Marx, Pre-capitalis economic formations, Londres, Lawrence and Wishart, 1964.

[4] MEW 13, pp. 8-9.

[5] MEW 23, pp. 741-791. Sigo la versión castellana de M. Sacristán en Karl Marx Friedrich Engels, Obras, vol. 41, Barcelona, Grijalbo, 1976.

[6] En MEW 34, pp. 370-375.

[7] V. Kiernan, «History», en D. McLellan (ed.), Marx: the first hundred years, Londres, Francis Pinter, 1983, pp. 57-102.

[8] Carta al director de la revista Otechesvennie Zapiski, en MEW 19, pp. 107-112. Sobre esta carta, que no llegó a enviar, véase H. Wada, «Marx and revolutionary Russia», en Th. Shannin (ed.), Late Marx and the Russian road. Marx and the Russian perifery of capitalism, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1983, pp. 40-75.

[9] Sobre esta cuestión, el libro de Shannin citado en la nota anterior.

[10] Estas cartas se pueden encontrar en MEW 37, pp. 411-413 y 435-438, y MEW 39, pp. 205-207.

[11] K. Kautsky, La doctrina socialista, Buenos Aires, Claridad, 1966, p. 21.

[12] Sobre el debate con los jóvenes, F. Mehring, Storia della socialdemocrazia tedesca, Roma, Riuniti, 1974, III, pp. 1374-1380, y G. Mayer, Friedrich Engels. Una biografía, México, FCE, 1979, pp. 837 y ss. Una revisión del papel de Engels en G. Labica, F. Fernández Buey et al., Engels y el marxismo, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1998.

[13] Por ejemplo, G. V. Plejánov, El materialismo histórico, Madrid, Akal, 1975; A. Labriola, La concepción materialista de la historia, Barcelona, Editorial 7 ½, 1979; K. Kautsky, El pensamiento económico de Karl Marx, Buenos Aires, Baires, 1974, etc.

[14] J. Verdes Montenegro, De mi campo. Propaganda socialista, Madrid, Calleja, 1907.

[15] J. Gorkín, El revolucionario profesional, Barcelona, Aymà, 1975, pp. 317-318.

[16] A. Gramsci, Il materialisme storico e la filosofia di Benedetto Croce, Turín, Einaudi, 1956, donde dedica las páginas 117 a 168 a la crítica del manual (la cita en p. 126).

[17] J. Barber, Soviet historians in crisis, 1928-1932, Londres, Macmillan, 1981; Centre d'Etudes et Recherches Marxistes, Sur le Mode de production asiatique, París, Editions Sociales, 1969; R. Bartra (ed.), El modo de producción asiático. Problemas de la historia de los países coloniales, México, Era, 1975; S. P. Dunn, The fall and rise of the Asiatic mode of production, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1982; B. O'Leary, The Asiatic mode of production. Oriental despotism, historical materialism and Indian history, Oxford, Blackwell, 1989.

[18] He explicado estos errores en detalle en J. Fontana, «El pensamiento marxista en España», en E. Fuentes Quintana (ed.), Las críticas a la economía clásica (Economía y economistas españoles, vol. 5), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001, pp. 747-763.

[19] A. Ramos Oliveira, El capitalismo español al desnudo, Madrid, Librería Enrique Prieto, 1935.

[20] L. S. Klejn, La arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida, Barcelona, Crítica, 1993. De Diakonoff véase The paths of history, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, con un prefacio de Geoffrey

Hosling.

[21] A Kossok se le dedicó un volumen, con estudios acerca de su obra y una antología de escritos suyos: L. Roura y N. Chust (eds.), La ilusión heroica. Colonialismo, revolución e independencia en la obra de Manfred Kossok, Castellón, Universitat Jaume I, 2010. Anteriormente se había publicado una compilación de estudios, M. Kossok et al., Las revoluciones burguesas, Barcelona, Crítica, 1983.

[22] Sobre los trabajos de reforma de la enseñanza de la historia en Gran Bretaña, T. C. Lewis, «The National Curriculum and history», en V. R. Berghahn y H. Schlisser (eds.), Perceptions of History. An Analysis of School Text books, Oxford, Berg, 1987, pp. 128-140. La cita de Thatcher, de P. Maestro, «El modelo de las historias generales y la enseñanza de la historia», en J. J. Carreras y C. Forcadell (eds.), Usos públicos de la historia, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 219.

[23] R. Rorty, El giro lingüístico, Barcelona, Paidós, 1990; H. White, Metahistory, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973 (ed. cast.: México, FCE, 1992); Tropics of discourse. Essays in cultural criticism, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978 y The content of the form. Narrative discourse and historical represnetation, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1990.

[24] J.-F. Lyotard, La condition postmoderne, París, Seuil, 1979 [ed. cast.: Madrid, Cátedra, 2006] ; P. Anderson, Los orígenes de la posmodernidad, Barcelona, Anagrama, 2000 [también en Madrid, Akal, 2016]; F. Jameson, «Theories of the postmodern», en The cultural turn, Londres, Verso, 1998, pp. 21-32 [ed. cast.: Buenos Aires, Manantial, 2000]. F. R. Ankersmit, «The origins of postmodernist historiography», en J. Topolski (ed.), Historiography between modernism and postmodernism, Amsterdam, Rodopi, 1994, pp. 87-117; F. R. Ankersmit, History and topology. The rise and fall of metaphor, Berkeley, University of California Press, 1994; P. Joyce, «The end of social history», en K. Jenkins (ed.), The postmodern history reader, Londres, Routlege, 1997, pp. 341-365. Una reafirmación de sus principios se encontrará en el volumen colectivo: K. Jenkins, S. Morgan y A. Munslow, Manifestos for History, Londres, Routlege, 2007. M. Roberts, «Posmodernism and the linguistic turn», en P. Lambert y Ph. Schofield, Making History: An Introduction to the History and practices of a discipline, Londres, Routledge, 2004, pp. 227-240.

[25] Entrevista sobre el siglo XXI, al cuidado de Antonio Polito, Barcelona, Crítica, 2000; Guerra y paz en el siglo XXI, Barcelona, Crítica, 2007 y, sobre todo, Cómo cambiar el mundo, Barcelona, Crítica, 2011.

[26] Cómo cambiar el mundo, p. 25.

[27] G. Eley, A Crooked Line. From Cultural History to the History of Society, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2005, p. 187. Paralelamente, pero con un carácter menos personal, el tema se aborda en G. Eley y K. Nield, The future of Class in History, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2007.

[28] R. Guha, Las voces de la historia y otros estudios subalternos, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 17-32.

[29] Unas referencias mínimas se pueden encontrar en J. L. van Zanden, et al., How was life? Global well-being since 1820, OECD, 2014; E. Saez y G. Zucman, Wealth inequality in the United States since 1913: evidence from capitalized income tax data, National Bureau of Economic Research, Working Paper 20624, october 2014; J. Stiglitz, «Slow growth and inequality are political choices. We can choose otherwise», en Washington Monthly, november/december 2014, etc.

[30] Credit Suisse, Global Wealth Report 2014, Zúrich, 19 de septiembre de 2014; D. Dorling, «Why current global inequality is unsustainable», en Social Europe Journal, 28 de octubre de 2014.

[31] N. Hanauer, «The pitchforks are coming… for us plutocrats», en Politico Magazine, julio-agosto de 2014; véase el comentario de S. Keen, «The revolt of (part of) the top 1 por 100 of the top 1 por 100», en Real-World Economics Review Blog, 19 de julio de 2014.

SOBRE LOS AUTORES

Francisco Cobo Romero

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Granada, sus líneas de investigación se centran en la Segunda República y la Guerra Civil, la dictadura franquista y en el desarrollo de la agricultura andaluza durante el primer tercio del siglo XX, así como el proceso de politización del campesinado andaluz, la protesta y los conflictos sociales. Es autor de numerosos trabajos relacionados con esas líneas de investigación publicados en revistas como Ayer, Historia Social e Historia Agraria y en obras colectivas. Es coautor de Franquismo y posguerra en Andalucía oriental: represión, castigo a los vencidos y apoyos sociales al régimen franquista, 1939-1950 (2005). Entre sus libros destacan: La conflictividad campesina en la provincia de Jaén durante el periodo 1931-1939 (1991); La Guerra Civil y la represión franquista en la provincia de Jaén, 1936-1950 (1994); Conflicto social y violencia política: el largo camino hacia la dictadura, Jaén, 1917-1950 (1999); De campesinos a electores. Modernización agraria en Andalucía, politización campesina y derechización de los pequeños propietarios y arrendatarios (2003); Por la Reforma agraria hacia la revolución. El sindicalismo agrario socialista durante la Segunda República y la Guerra Civil 1930-1939 (2007). Su actual proyecto de investigación es Crisis del franquismo. Construcción identitaria y transición a la democracia en la Alta Andalucía (1959-1979).

Francisco Erice Sebares

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo, ha orientado su labor investigadora en el campo de la Historia social a aspectos como la conflictividad social, la formación de la burguesía y el desarrollo del capitalismo en Asturias, la historia de los comunistas y diversos temas relacionados con el concepto y los problemas de la memoria colectiva. Es autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros, entre los que cabe destacar: Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX (1995). Coautor y coordinador de Los comunistas en Asturias, 1920-1982 (1996); coautor de Nosotros los comunistas.

Memoria, identidad e historia social (2009); y autor de Guerras de la memoria y fantasmas del pasado. Usos y abusos de la memoria colectiva (2009). Su último libro es Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963) (2017). Fue coordinador de la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas (2012-2017) y es miembro del equipo coordinador de la revista Nuestra Historia.

Josep Fontana

Fue catedrático de Historia Económica en las Universidades de Valencia, en la Autónoma de Barcelona y en la Pompeu Fabra donde fundó y dirigió el Instituto d’Història Jaume Vicens Vives hasta su jubilación. Doctor honoris causa por la Universidad Rovira i Vigil de Tarragona; Valladolid y Gerona y Emérito de la Universidad de Valencia. Maestro de generaciones de historiadores, ha recibido diversos premios por su trabajo historiográfico que lo han convertido en una referencia de la historiografía española en el mundo. Desde su libro La quiebra de la monarquía absoluta, 1814-1820, con sus trabajos contribuiría a la renovación en la forma de pensar la historia en España con títulos como La historia (1974); Historia: análisis del pasado y proyecto social (1982); La historia después del fin de la Historia (1992) o la Historia de los hombres (2000-2005). Su labor como editor en editoriales como Ariel o Crítica facilitó la difusión en España de la historia que se hacía en Europa. Otros título importantes son Europa ante el espejo (1994); Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945 (2011); El futuro es un país extraño (2013); La formació d’una identitat (2014). Su último libro es El siglo de la revolución (2017).

Carlos Forcadell

Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza, sus comienzos investigadores se centraron en la historia social, política y sindical de la España contemporánea y posteriormente pasaría a ocuparse de temas y

métodos de historia cultural de la sociedad y de la política, así como de historia de la historiografía. Entre otros libros es autor de Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español, 1914-1918 (1978); editor, junto a Juan José Carreras, de Usos públicos de la Historia (2003); ha codirigido el tercer volumen de la Historia de las culturas políticas en España y América latina. Coautor y coeditor de El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea (2015) y La Restauración y la República, 1974-1936 (2015). Fue comisario, junto con Alberto Sabio, de la exposición Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo, 1936-1957 (2006). Fue presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y director de la revista Ayer (2006-2010) y dirige la Institución Fernando el Católico.

José Gómez Alén

Catedrático de Historia de Enseñanza Media, orienta sus líneas de investigación hacia la conflictividad laboral y el mundo del trabajo durante el franquismo. Autor de numerosos trabajos en revistas, obras colectivas y libros como: As Comisións Obreiras de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo (1995) o Manuel Amor Deus. Unha biografía da resistencia obreira ao franquismo (2008). Es coautor de O dez de marzo. Unha data na historia (1997); Astilleros en el Arco Atlántico. Trabajo, historia y patrimonio (2013); Abogados contra el franquismo. Memoria de un compromiso político, 1939-1977 (2013); Cristina, Manuela y Paca. Tres vidas cruzadas entre la justicia y el compromiso (2017); Estado e industria. La construcción naval en Argentina, Brasil, España y Portugal (2017) y «Work, workers and labour conflicts in the shipyard Bazán-Navantia, 1950-2014» en Shipbuilding and Ship Repair Workers Around the World. Case studies, 1950-2010 (2017). Fue director del Archivo Histórico de las Comisiones Obreras de Galicia/Fundación 10 de Marzo (1991-2005) y de la revista DEZEME (2000-2006). Es miembro de la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas y de la coordinación de Nuestra Historia.

José Luis Ledesma Vera

Doctor en Historia y Civilización Europea por el European University Institute (Florencia), es profesor de Historia de los Movimientos Sociales y Políticos en la Universidad Complutense de Madrid. Sus investigaciones se centran en la violencia durante la Guerra Civil y la posguerra, así como en diversos aspectos relativos a la Segunda República, temas sobre los que ha publicado trabajos en revistas y obras colectivas. Es autor de Los días de llamas de la revolución (2004), coautor de Violencia roja y azul. España 1936-1945 (2010) y coeditor de Cultura y política de la violencia. España siglo XX (2005), Avenida de la República (2007), La Segunda República en la encrucijada: el segundo bienio (2009) y La República del Frente Popular. Reformas, conflictos y conspiraciones (2010). Los objetos de sus trabajos en curso son el Consejo de Aragón (1936-1937), la historia social de la violencia en la España de la primera mitad del siglo XX y, en términos más amplios, la violencia en las guerras civiles y revoluciones contemporáneas.

Carlos Martínez Shaw

Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona y actualmente Catedrático Emérito de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, es miembro de la Real Academia de la Historia y presidió el Centro de Estudios de Historia Moderna «Pierre Vilar» de Barcelona. Ha dedicado su labor investigadora a la historia económica y la historia marítima del Antiguo Régimen y escrito, entre otras obras, Cataluña en la Carrera de Indias, 1680-1756 (1981), La emigración española a América, 1492-1824 (1993), El Siglo de las Luces. Las bases intelectuales del reformismo (1996), La Ilustración (2001), Felipe V (2001), El sistema comercial español del Pacífico, 1765-1820 (2007) e Historia Moderna: Europa, África, Asia y América (2015). Ha editado numerosos libros y artículos dentro de su temática y ha organizado (junto con Marina Alfonso Mola) nueve exposiciones internacionales dedicadas a temas propios de su campo, como Esplendor de España, 1598-1648. De Cervantes a Velázquez (1998), El Galeón de Manila (2000), Oriente en Palacio (2003),

Europa en papel (2010) o Carlos III y el Madrid de las Luces (2016).

Teresa María Ortega López

Profesora titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada. Sus líneas de investigación están relacionadas con la Guerra Civil, la dictadura franquista y la transición, y las relaciones laborales y la protesta social. Sobre estos temas ha publicado numerosos artículos en revistas como Historia Social, Ayer o Historia Agraria y capítulos en diversas obras colectivas. Es coautora de Franquismo y posguerra en Andalucía Oriental. Represión, castigo a los vencidos y apoyo social al régimen franquista 1936-1950 (2005) y La extrema derecha en la España contemporánea (2008), y autora de Por una historia global. El debate historiográfico en los últimos tiempos (2007); Trabajadores y jornaleros contra patronos y verticalistas. Conflictividad laboral y reivindicaciones democráticas en una provincia periférica y escasamente desarrollada (2001); Del silencio a la protesta: Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977 (2004).

José Antonio Piqueras

Catedrático de la Universidad Jaume I de Castellón. Sus líneas de investigación se orientan hacia relaciones sociales y los cambios políticos en la historia de España y América latina, el socialismo y la historiografía. Entre sus libros podemos señalar: La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión (1992); Sociedad civil y poder en Cuba (2006); Cánovas y la derecha española: del magnicidio a los neocon (2008); Bicentenario de la libertad: la fragua de la política en España y las Américas (2010); La esclavitud en las Españas. Un lazo transatlántico (2012); El federalismo. La libertad protegida, la convivencia pactada (2014), y La historia social en la era Hobsbawm (2016). Coeditor de A Social History of Spain Labour: New Perspectives on Class, Politics and Gender (2007) y State of Ambiguity: Civic Life and Cultural Form in Cuba's First Republic (2014),

codirige desde 1988 la revista Historia Social. Fue Premio de Ensayo de la Generalitat Valenciana 2004 por su libro Persiguiendo el porvenir. La identidad histórica del socialismo valenciano, 1870-1976.

Domingo Plácido

Catedrático Emérito de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, desde 1972 ha centrado su trabajo investigador en la Grecia Clásica y el mundo antiguo en general y la Hispania antigua. Ha publicado desde entonces obra historiográfica en revistas, obras colectivas y libros entre los que podemos reseñar: Cultura y religión en la Grecia arcaica (1989); La civilización griega en la época clásica (1989); La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante las guerras del Peloponeso (1997); Poder y discurso en la antigüedad clásica (2008); Las provincias hispanas durante el alto imperio romano (2008); Hispania antigua (2009); La construcción ideológica de la ciudadanía: identidades culturales y sociedad en el mundo griego antiguo (2009) o Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos (2014). Es miembro del Comité Científico de Dialogues d'Histoire Ancienne (Besançon); de Il Mediterráneo antico (Roma) y Argos (Buenos Aires) y desde 2004 presidente del Groupe Internationale de Recherche sur l'Esclavage dans L'Antiquité, Girea.

Julián Sanz Hoya

Doctor en Historia por la Universidad de Cantabria y en la actualidad profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia. Su principal línea de investigación se ha centrado en las derechas españolas, la organización de la dictadura franquista en las provincias y el fascismo español en clave comparada; ha trabajado asimismo sobre cuestiones de historia del movimiento obrero y de identidad nacional. Es autor de numerosos trabajos en obras colectivas y revistas (Historia Social, Ayer, Alcores). Entre sus libros pueden destacarse De la resistencia a la reacción. Las derechas frente a la Segunda

República (2006) y La construcción de la dictadura franquista en Cantabria (2009); es editor y autor del estudio introductorio de Bruno Alonso, En las Cortes Constituyentes de la República (2005) y coeditor y coautor de E. P. Thompson: Marxismo e historia social (2016) y de Cuarenta años y un día. Antes y después del 20-N (2017). Actualmente es el coordinador de la sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas y forma parte de la coordinación de Nuestra Historia.

Juan Trías Vejarano

Catedrático Emérito de Historia de las Ideas Políticas de la Universidad Complutense, Madrid, universidad de la que fue vicerrector de Estudiantes. Director de la Fundación de Investigaciones Marxistas (1991-1997), ha centrado sus investigaciones en el Antiguo Réfimen, la transición del feudalismo al capitalismo y la historia del pensamiento político de los siglos XIX y XX y ha publicado trabajos en obras colectivas como autor, coordinador o editor sobre temas relacionados con sus líneas de investigación. Entre otros libros es autor de Pi Margall. Pensamiento social (1968); Almirall y los orígenes del catalanismo (1975). Es coautor de Federalismo y Reforma Social en España, 1840-1870 (1975) y ha participado en obras colectivas como Las Utopías en el mundo occidental (1981); Cien años después de Marx. Ciencia y marxismo; Estudios sobre la Constitución española, vol. 1 (2008) o editor de V. I. Lenin. Obras completas, vol. 1 (1986); coeditor de Rosa Luxemburg. Actualidad y clasicismo (2001) y Gramsci y la izquierda europea (coord.; 1992). También son frecuentes sus textos en diversas revistas de pensamiento: Sistema; Utopías/Nuestra Bandera; Estudios de historia social; Revista de estudios políticos o en la prensa diaria como El País; Publico.es y Crónica Popular.